NUNCA TE ENAMORES DE UN POLI MALO



KIRSTY CAMPBELL

NUNCA TE ENAMORES DE UN POLI MALO

KIRSTY CAMPBELL

Edición electrónica (ebook)
1ª edición diciembre 2023.
Reservados todos los derechos.

Esta obra está registrada en el Registro General de la Propiedad Intelectual (Ministerio de Cultura y Deporte, España), con fecha de efecto 30/11/2023.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio sin la autorización por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los nombres de personajes, los acontecimientos y los lugares de esta novela son producto de la imaginación o han sido usados como entidades de ficción. Los personajes, lugares o marcas reales que son mencionados en la obra han sido nombrados como referentes culturales. Su uso no significa un intento de esponsorización de la obra por parte de sus propietarios.

Copyright © 2023 Kirsty Campbell
All Rights Reserved

Maquetación y diseño de la portada:
Cristina Redondo (Derechos Reservados. Código Safe Creative: 2312054463723).
cristina.rj@icloud.com

Prefacio
LAURA

Sol, playa y mojito, mientras disfrutaba de esa belleza paradisiaca que posee Cala Bassa Beach, en Ibiza. ¿Qué más podía pedir? La compañía, en esos momentos, era mi preferida, la de mis dos mejores amigas, Cova y Lucía. Las conocía desde pequeñas, cuando empezamos a ir juntas a la escuela infantil en Gijón y pasábamos los fines de semana en Cangas de Onís, cada una en casa de sus abuelos. Fueron muchos años de juegos, de risas, de confidencias.

Desde entonces, habían cambiado muchas cosas. Cova había conseguido acceder a la Carrera Fiscal tras aprobar la oposición a la judicatura y alcanzar una plaza. Se había pasado cinco años de auténtica anacoreta solo para preparársela. De hecho, esa había sido la razón por la que Lucía y yo estábamos allí. Había que celebrarlo por todo lo alto. Sabíamos el tremendo esfuerzo que había supuesto para ella.

Incluso Lucía había accedido. Y eso, siendo ella, ya era mucho decir. Vivía por y para su empresa de organización de bodas, las 24 horas del día, los 365 días del año. Teniendo en cuenta que estábamos a mediados de agosto y era temporada alta, ese viaje había supuesto un verdadero esfuerzo para ella. No se trataba de la cantidad de trabajo. En cuanto a ese punto, tenía muchísima suerte. Contaba con un equipo impresionante que funcionaba a la perfección. El problemilla radicaba en que, para una persona obsesiva como ella, era prácticamente imposible delegar.

En mi caso, yo estaba de vacaciones. Soy historiadora y, por entonces, trabajaba con un contrato de investigación en la Universidad de Copenhague. ¿Y cómo había terminado allí? Pues muy sencillo. La culpa la tuvo Ragnar Lothbrok y la serie *Vikings*, de Netflix, a la que estaba enganchada.

Yo disfrutaba de un contrato de investigación postdoctoral en el Instituto de Historia, del CSIC, en Madrid. Pero dentro de las prerrogativas de ese contrato estaba la de llevar a cabo un año de investigación en un centro extranjero. En cuanto mi jefe me dio los papeles para solicitarlo, ni me lo pensé y elegí Dinamarca. ¿Qué podía salir mal? Me subí a la parra, para qué negarlo. Me vi a mí misma, en plan Lagertha, blandiendo mi espalda en plena batalla. Lo que no vi fue la lejanía, el altísimo nivel de vida, hasta para un mísero café, y el clima terrible para un habitante de la Península Ibérica.

Después de mi primer mes allí, rogué a todos los santos del calendario para que acabasen con todos los catedráticos de Historia Medieval excesivamente longevos. Necesitaba una justificación que me permitiese volver antes a España sin incumplir las condiciones de mi contrato con el CSIC. Pero no parecía que nadie por ahí arriba estuviese por la labor.

Es verdad, que no te lo he dicho. Soy medievalista. Asturiana y medievalista, sí. Otro tópico más sobre mis hombros. ¡Qué le voy a hacer! He mamado a Pelayo, la batalla de Covadonga y la Reconquista desde que nací. Y, claro, al final mi sangre tira hasta para elegir especialidad.

Mi tesis tuvo que ver con todo eso, por supuesto. Ya, ya lo sé. Seguramente, ni te interese. De hecho, a nadie le interesa la tesis doctoral de ninguna persona, excepto al que la está haciendo. Ni a su director de tesis, te lo digo yo. De hecho, a los directores de tesis son a los que menos les interesa, salvo por los puntos que implica dirigirla de cara al Ministerio para su

currículo. Ni al tribunal que la evalúa. Ni siquiera a tus compañeros de facultad, ni a tus amigos, ni a tu gato, ni a tus padres. Bueno, a mis padres sí que les interesó en su momento, pero porque a ellos siempre les había gustado todo lo relativo a la configuración del Reino Astur en la Alta Edad Media. Si es que, como asturianos, somos un clásico.

Al lío.

Pues estaba yo tumbada, tan ricamente, con mi bikini naranja, frente a la maravillosa Cala Bassa Beach, escuchando el suave crujir de la espuma del mar al llegar a la arena; dejándome mecer con la calidez del sol sobre mi piel blancucha y enyesada por mi crema factor 50+; relajada, bajo la suave brisa que movía los rizos encrespados de mi melena pelirroja; y en una especie como de ensoñación deliciosa de la que no pretendía salir en los siguientes minutos. Muy guay todo, ¿verdad? Pues las jodidas Moiras, esas divinidades de la Antigua Grecia que se dedicaban a determinar el destino de los simples mortales como yo, decidieron tocarme las narices ese día.

De pronto, mi teléfono móvil empezó a sonar con la melodía del himno de Asturias.

A ver, no es que sea así de friki; que lo soy. Tengo por costumbre exportar mi pequeña madre patria, sus moscovitas y sus carbayones, allá por donde me lleva la vida y la defiendo de cualquier inepto que se le ocurra decir que el cachopo es un San Jacobo gordo. Pero mi corazón astur no es la única razón por la que mi iPhone suena así. Esa es la melodía que tengo enlazada con el contacto de mis padres. No me gusta el suspense de saber quién será el que llame. Por eso, tengo a los miembros de mi familia y a mis más cercanos amigos vinculados a canciones que les identifican al primer tono. Para el resto, mi teléfono móvil suena al ritmo de ‘Weird People’, de *Little Mix*.

En realidad, esta canción también se identifica mucho conmigo. Siempre me he sentido muy así, «weird», rara, sin más. Ya os lo he dicho, soy pelirroja y con un rizo encrespado que da un volumen a mi pelo triple equis. Destaco con mi cabellera aunque no quiera. «Pumuki» me llamaban los cabrones del cole. ¿No sabes quién es? Busca, búscalo en Google. Venga, que te espero. ¿Ya lo has hecho? ¿Has visto el encrespado pelirrojo que tiene ese pequeño duende? Pues mi infancia fue similar después de que mi madre decidiese cortarme el pelo para controlar la plaga de piojos que había tomado mi cabeza. La culpa no era mía. Yo me bañaba todos los días, pero siempre me encantó dar abrazos a todos los niños conocidos y por conocer.

Ahora, lo llevo mucho más largo y cae por mi espalda. De hecho, cuando me lo aliso, que suele ser nunca, me llega hasta la cintura. Pero eso solo se da en ocasiones especiales. Lo normal es que mi pelo vuele libre, sin ningún arreglo más que hacerme coletas y moños de todos los tipos: italianos, de bailarina, despeinados, dobles, coletas altas, bajas, informales, desenfadadas, trenzadas… Y, por esa razón, llevo siempre algún coletero en mi muñeca. Domar a la bestia es clave para sobrevivir a algunas situaciones. Aun así, me encanta mi pelo. Estoy divina de la muerte con él. Y, cuando me miro al espejo, me veo genial.

No te creas que siempre gocé de esa seguridad. Ni mucho menos. Me costó años alcanzarla, aunque mis amigos y mi familia me ayudaron mucho en ese camino.

Los pelirrojos nacemos con un cartel de neón sobre la cabeza que invita a todos a ir a por nosotros con la máxima acritud posible. La tolerancia a la diversidad no está dentro de los rasgos que definen al ser humano. Y nosotros, los pelirrojos, nos salimos de la imagen normativa.

Soy un clásico de la herencia ancestral Neanderthal mezclada con la línea Sapiens-Sapiens. De los primeros, piel lechosa, pecas, pelo rojizo abundante y encrespado, y ojos claretes. En concreto, los míos son de un azul cristalino. Dice mi padre que le recuerdan «al mar en calma». Y eso lo dice él, precisamente, que me conoce más que nadie y sabe que ese término no puede

aplicarse a mí ni dormida. En fin... Sin embargo, a diferencia de los Neandertales, yo nunca gocé de un cuerpo fornido y estética aguerrida. ¡Qué va! Todo lo contrario. Lo que me dejó como herencia genética la otra línea, la de los Sapiens, fue un cuerpo minúsculo y aflautado que, en conjunto, siempre me hizo parecer la prima hermana asturiana de Ana de las Tejas Verdes.

Sí, a mí también me encantaba. Pero a los críos con los que compartí clase les gustaba más emular a las odiosas Gertie y Josie Pye. Y, si lo estáis pensando, no; nunca encontré a mi Gilbert Blythe. Ni lo busco, que quede claro. Durante un tiempo lo hice, pero eso ya quedó atrás. Ahora soy una mujer madura y segura de mí misma. O eso creo. A veces. Depende del día. Según les da a mis oscilaciones emocionales. Pero, en serio, creedme: no buco a ningún Gilbert que se precie. Estoy centrada en mi carrera y nada más. Las relaciones que tengo son rápidas, fugaces, de esas que no dejan huella, no despistan y dejan libre todo el colchón de mi cama. ¡Me encanta dormir atravesada y despatarrada! Los pocos que han estado más tiempo conmigo lo saben y lo han sufrido con creces.

Muchas veces, cuando lo explico, la gente me pregunta si he sufrido alguna experiencia traumática que me haga huir de mi media naranja. Mi respuesta es clara: no busco una media naranja. De hecho, las naranjas me dan acidez de estómago. Y, cuando algo no te sienta bien, hay que apartarlo de tu dieta. En esos casos, no hay Omeprazol ni Almax que valga. Es cierto que, de vez en cuando, me gusta tomarme un zumito en el desayuno, pero no todos los días.

No me veo enganchada a nadie. Mi madre me dice que es porque todavía no he encontrado al hombre adecuado y que, cuando lo haga, entenderé la libertad que te otorga una relación con la persona amada. Yo le digo que sí, que vale, que muy bien. ¡Qué la voy a decir! ¡Es mi madre! Me quiere y desea lo mejor para mí. Lo que ocurre es que todavía no se ha dado cuenta de que *lo mejor* para mí no pasa exclusivamente por tener un compañero de vida.

Mis padres llevan años diciéndome que quieren ser abuelos. Y yo les digo que ya lo son, que no se preocupen. Tenía un gato que me cuidaban hasta que se marchó de casa a recorrer monte. Y, también, tengo un hermano que ha decidido repoblar el planeta con sus seis hijos. Oye, que adoro a mis sobrinos. Pero, jolines, ¿tenían que ser tantos? Están a tiro de piedra para rebautizarse como los Von Trapp y dedicarse a cantar aquello de:

«So long, farewell, auf Wiedersehen, good night»[1].

Bueno, en realidad, ya lo cantan.
En Navidad.
Siempre.

Cuando vienen a casa de mis padres a comer, parece que se han abierto las puertas a los trescientos espartanos. Todos chicos. Cinco de ellos entre la pre y la adolescencia, aunque incluso el más enano ya apunta maneras. El resto, con la efervescencia hormonal saliéndoles por las orejas. Y todos, por supuesto, hambrientos. Esos niños desajustan la economía del país más estable de la Zona Euro. Además de ser una prole sin precedentes en mi línea familiar, cortita y reducida, comen como si se fuera a acabar el mundo.

—Están en edad de crecimiento —dice mi *güelu*, orgulloso, cuando los ve engullir como bestias.

Y lo estarán, seguro. El más mayor, que tiene quince años, mide metro ochenta. Y los demás van por el mismo camino. De hecho, cuando me ven, me llaman *La tía llavero*. Muy graciosos todos, sí. Hasta el enano, de seis años.

¿Que cómo ha habido cuerpo y ganas para tener seis críos en nueve años? Yo te lo explico.

El primero vino con mucha alegría, sin esperarlo ni buscarlo, y con gran espacio dentro de la placenta. Pero los dos recibimientos posteriores los tuvimos que hacer por partida doble. Gemelos. Dos veces. Efectivamente. Tú lo has dicho. ¡Menuda puntería! Aunque el último volvió a gozar de la soledad en el útero de su madre.

Lo que no puedo entender es cómo mi cuñada puede seguir mirando a la vida con ese tono *feelgood* que se gasta. Es todo armonía. Es todo equilibrio. Es todo belleza. Rubia, melenón sedoso, cuerpo de ninfa, ojos azules y curiosos, sonrisa perpetua, tono de voz suave y melódico. Californiana, por cierto. No me extraña que mi hermano se la folle tanto. ¡Es que me la quiero follar hasta yo! Pero con esos seis o se mete algo, o es que mi hermano, médico con acceso a drogas legalmente, se lo echa en el Nesquik que se toma por la noche.

Volvamos a Ibiza.

Con la tranquilidad que te aporta el reposo sereno del mar en calma y ese cielo azul balsámico, descolgué la llamada de mis progenitores.

—Hola, mami.

—¡Laura, hija!

Enseguida discerní el tono de angustia de mi madre.

—¿Qué pasa?

Pues te cuento lo que pasaba. Mi padre y mi madre han estado siempre muy unidos. Su amor fue cociéndose a fuego lento desde su infancia. Y, desde el momento en que decidieron unir sus vidas, no ha habido nada que les haya separado más de dos días. No se cansan de estar juntos para todo. Trabajan juntos. Leen juntos. Pasean juntos. Montan en bicicleta juntos. Cuando se pillan la gripe, lo hacen juntos. Y, por supuesto, lo que me quería decir mi madre ese día era que:

—Nos tienen que operar de apendicitis.

—¿«Nos tienen»?

—Sí, a los dos —reiteró mi apenada madre dolorida.

—¡Dios, mamá! ¿¡¡Cómo demonios se os puede haber inflamado el apéndice a los dos al mismo tiempo!!?

Lo que os decía. Juntos para todo. Hasta para saludar a la muerte.

—He intentado hablar con Alonso, pero me han dicho que está en una operación.

Ya os he dicho que mi hermano es médico. Cardiólogo, para más señas, en el Hospital General de Villalba, en Madrid.

—¡Pero, mamá! ¡Estoy en Ibiza! ¡Dios! ¿¡Cómo lo hago para ir allí contigo!?

A esas alturas, Cova y Lucía ya se habían incorporado de sus tumbonas y me miraban con tensión.

—Cariño, tranquila —me empezó a serenar mi madre.

¡Mi madre! ¡Mi madre tranquilizándome a mí! Ya me vale… Ella, que estaba a punto de que un cirujano le abriese su vientre en canal, hasta llegar a su intestino grueso, y seccionase ese pequeño órgano infectado antes de que reventase y provocase una mayor.

—¡Ay, mami!

—Laura, escucha, cariño.

—¡Ay, mami!

—¡Escucha! —tronó. Me quedé tiesa como un palo—. Tu padre y yo no necesitamos que estés en el hospital.

—¿No?

—No. Todo va a ir bien. Además, la tía Tere viene ya desde Bilbao para quedarse con nosotros

Mi tía Tere, hermana de mi padre, era la típica tía molona, vasca y que, con sus sesenta y tres años, vivía la vida a todo color. No tenía marido ni ganas que le quedaron después de enterrar al suyo. Tampoco tuvo hijos, *«afortunadamente»*, según repite ella cuando se le pregunta. Hace veinte años, después de enviudar, le tocó el Euromillón y, desde entonces, todo fue para ella un nuevo revivir vital. Lo mejor siempre ha sido que, como Alonso y yo somos sus únicos sobrinos, nos ha colmado hasta la saciedad de amor, de cariño, de regalos y de algún que otro dinerillo *«sin que se enteren tus padres»*. Que también vienen muy bien. Que, aunque el idealismo sea lo más para la cultura occidental, lo mejor es reflexionar sobre cuestiones metafísicas con un buen puñado de cifras en la cuenta del banco.

—¡Pero, mamáááá! ¡Cómo quieres que no esté a tu lado, en tu lecho, para cogerte la mano!

Siempre he sido muy melodramática. Lo sé.

—¡Laura! ¡Deja de decir tonterías! Lo que tu padre y yo necesitamos es que te encargues del hotel rural durante estas próximas dos semanas.

«Mierda».

—¿Y Emma no puede?

Emma es mi cuñada *feelgood*.

—¿Pero qué pretendes? ¿Que tu cuñada venga desde Madrid, dejando a sus seis hijos solos, para encargarse de la Casona? ¡No! Te necesitamos a ti.

Había que intentarlo.

A ver, entendedme. No es que quisiera quedarme en Ibiza a seguir bailando al ritmo de Jason Derulo. Tampoco quería cargar a mi cuñada *feelgood* con más responsabilidades de las que ya tenía. Es que lo que no quería era dormir en esa casa. Y encargarse del hotel durante el mes de agosto implicaba tener que hacerlo.

Tengo mis razones. Poderosas. En concreto: un fantasma. Sí, lo has leído bien: FAN-TAS-MA. Nadie lo ve, pero yo lo siento a mi lado cada vez que me pongo bajo ese techo. ¡Qué sí! ¡Qué sí! Que ya sé lo que estáis pensando. Que estoy majara. Que me lo estoy inventando. Que el pelo naranja ha infectado mis neuronas. Ya he oído todo ese tipo de chanzas y muchas otras por parte de aquellos a quienes se lo he contado. Pero esa casa blanca, de tejas verdes, –Sí, mi madre también era muy fan de Lucy Maud Montgomery–, con sus tres plantas, sus ocho habitaciones, dos de ellas abuhardilladas, a orillas del río Deva, bajo la sombra de la Basílica de Nuestra Señora de Covadonga, y con desayuno incluido; esa casa alberga un ser de otro mundo. De hecho, sé exactamente cuando llegó.

Fue después de que mis padres la compraran. Por entonces, yo tenía catorce y mucho tiempo libre. Había terminado mis exámenes en el instituto. En esos días, apenas hacíamos nada en clase y las tardes, soleadas y calurosas, las solíamos utilizar en ir a Ribadesella a la playa. Solo me quedaba esperar a que diesen la campanada de fin de curso para irme con mi tía Tere a Donosti unas semanas. Alonso no iba. Por esas fechas, ya andaba bastante ocupado. Ese año, había terminado la carrera e iba a empezar la residencia en Madrid y su primera paternidad. Casi nada.

No os lo he dicho, pero es que mi hermano y yo nos llevamos nueve años. Nueve, sí. Y sin otros críos de por medio. Llegué a este mundo cuando ya nadie me esperaba. Fui un *«¡Ahíva!»* en toda regla.

En el caserón, los obreros estaban dando los últimos retoques para que mis padres pudieran inaugurar el negocio en dos semanas. De hecho, ya tenían reservadas muchas habitaciones. Pero un día frío y lluvioso de mediados de junio (*This is Asturias, darling!*), Cova, Lucía y yo decidimos pasar la tarde allí. Los obreros ya se habían ido y mis padres habían bajado al

Alimerka de Cangas de Onís a por más comida para llenar la despensa del hotel.

La culpa de todo la tuvo Cova. Estaba enganchada al programa de Iker Jiménez, *Cuarto Milenio*, y por la noche se escuchaba los *podcast* antiguos de *Milenio Tres*, de la *Cadena Ser*. Nos empezó a contar que el mismísimo Iker había venido a Mieres en busca de un fantasma que había estado asustando a los mineros del valle de Turón. Claro, la esencia asturiana y el morbazo paranormal tiró de nosotras, y Lucía y yo empezamos a escuchar con atención todo aquel periplo.

—Por lo visto, —nos aseguró una Cova siseante—, los mineros de La Rabaldana lo vieron. Apareció enfrente suya, vestido con traje y corbata, y sosteniendo su cabeza entre las manos.

—¿Su cabeza?

—Su cabeza —aseguró mi amiga.

—Y, entonces, ¿cómo llevaba la corbata puesta? Tendrían que haberle cortado la cabeza desde muy arriba para que le quedase algo de cuello, ¿no crees? Y eso debe ser muy complicado.

Siempre he tenido una mente muy analítica. Lo sé.

Cova me chistó y siguió contando. Y aquello empezó a derivar en otras historias. Así que, muy animadas con nuestro espíritu parapsicológico y ambientadas con una intensa tormenta, que empezó a golpear contra las ventanas, decidimos hacer una sesión de güija. ¿Qué podía salir mal? Cogimos un folio, un boli *BIC* para dibujar el tablero, una moneda de dos euros y fuimos para adelante. ¡Sí, señor! Como dice Tom Arnold, en *Mentiras arriesgadas*:

«Con dos cojones; gilipollas, pero con dos cojones».

¿Salió bien? Obviamente, no. Todo friki de la parapsicología sabe que, si llevas a cabo una sesión de güija, nunca, pero que nunca, nunca, nunca debes dejar salir la moneda del papel. Nunca. Lo repetiré una vez más. Nunca.

Pues se salió.

Estábamos mis dos amigas y yo con nuestro dedo índice sobre la moneda de dos euros, viendo cómo las fuerzas ocultas guiaban la pieza de un lado a otro, al compás de nuestras preguntas de *«¿Hay alguien aquí?»*, *«¿Eres de este mundo?»*, *«¿Cómo te llamas?»*, –Arturito, por cierto–, cuando un rayo descargó cerca del Monte Auseva. Al tiempo, la puerta de la casa se abrió con un chirriante crujido. Los gritos brotaron de nuestras gargantas y salimos corriendo hacia cualquier lado que nos llevase fuera de allí. Ni siquiera nos dimos cuenta de que mis empapados padres estaban en la entrada, con el pomo de la puerta todavía sujeto y cargados con bolsas del *Alimerka*. Nos dio lo mismo. Tiramos monte arriba, hacia la Basílica, a ver si con un poco de suerte alguien nos redimía de nuestros pecados esotéricos.

Pero Arturito se quedó allí.

Siempre que he podido, he buscado información en la hemeroteca del archivo de Cangas sobre algún Arturito que hubiese muerto a una temprana edad y en extrañas circunstancias, pero nunca logré averiguar nada. Sin embargo, su presencia es más que evidente. Al menos para mí.

—Laura, cariño. Van a ser sólo dos semanas —insistió mi madre.

Se olía lo que rondaba por mi cabeza. Ella sabía lo que me acojonaba el tema de Arturito. En más de una ocasión, había tenido que dormir conmigo por su culpa.

—¿Y quién está ahora allí?

—El *güelu* Bras y su amigo Selmo. Pero, hija, el *güelu* no puede quedarse todo el día. Sabes que está muy mayor.

Imaginaos la película. Un hotel ideal, en la *crème de la crème* de Asturias, en plenos Picos de Europa, en la falda de la montaña del Monte Auseva, a tiro de piedra de la Basílica de Santa

María de Covadonga, centro neurálgico del turisteo peninsular y de parte del extranjero; donde gente de todo el mundo acude para conocer uno de los lugares más emblemáticos de la historia de este país. Y se encuentran con un alojamiento hotelero regentado, en ese mismo momento, por dos *güelos* de 85 años, con boina, garrote y que solo hablan *bable*. No hay más inmersión posible.

—¡Jolines, mamá!

—¡Todo el mundo está de vacaciones o trabajando, hija!

—Y, entonces, ¿qué? ¿Voy a tener que estar sola? ¿Las veinticuatro horas? ¿Es que no hay nadie que vaya a venir a ayudarme o a hacerme compañía?

—Tranquila, cariño. Estarás sola, pero van a ser muy pocas horas. Están los clientes y Amelia, que va a limpiar la casa por la mañana. Y también Pelayín, que irá a ayudarte todos los días por la tarde, cuando salga de trabajar.

«¡Mierda!».

Pelayín, el otro factor que me instaba a quebrar el corazón de mi madre, negarme en redondo, decepcionar a mi progenie y poner en juego mi herencia. Pelayín, en realidad, se llamaba Míkel. Pero, cosas de la vida, la gente de Cangas siempre lo llamó de ese modo. Su tatarabuelo se llamó Pelayo. Su bisabuelo se llamó Pelayo. Su abuelo se llamó Pelayo. Su padre se llamó Pelayo. Sin embargo, su madre decidió acabar con aquello y puso a su hijo un nombre vasco, imponiendo sus orígenes por encima de la tradición familiar de la línea *friki* asturiana. ¿La hicieron caso? Pues sí, en el Registro Civil. Pero, para el resto de la familia, vecinos y amigos, Míkel siempre fue Pelayín, cosa que a él le crispaba.

La cosa se generalizó tanto que, incluso en el colegio al que iba en Cangas de Onís, los profesores también lo llamaban así. Y los que jugábamos con él los fines de semana, cuando íbamos a casa de nuestros abuelos, también lo hacíamos, aunque solo para joderle.

Míkel era un chico muy popular y tremendamente querido. Solía encandilar a mayores y a pequeños con su buen estar y su preciosa sonrisa. Pero, cuando llegó su adolescencia, todo cambió. Y cuando digo todo, fue todo. La madre de Míkel falleció por un atropello el verano en el que él cumplía trece años. Yo, por entonces, tenía siete. Su padre prefirió mudarse de Cangas a Gijón, donde le resultaba más fácil compaginar sus infernales horarios de trabajo en los astilleros con la paternidad monoparental. Le fue imposible, sobre todo, por los turnos de noche.

Mis padres, que conocían al padre de Míkel desde su infancia en Cangas, decidieron echarle una mano. Nosotros vivíamos a unas calles de ellos. Mi hermano y él, a pesar de los dos años y medio de diferencia, se llevaban muy bien, y habían crecido y jugado juntos en la misma pandilla. Míkel, de hecho, era casi como de la familia. Por eso, hablaron con el padre de Míkel y acordaron que el niño se viniese con nosotros a casa cuando él no pudiese cuidarlo.

De ese modo, Míkel se convirtió en un miembro más. Comía en casa, hacía los deberes en casa y la mayoría de las noches las pasaba también en nuestra casa, compartiendo habitación con Alonso. Mi hermano, para chincharme, siempre me decía que él era su hermano pequeño y que yo era adoptada. En realidad, no tengo ninguna duda de que para Alonso eso hubiera sido lo ideal. Mi hermano y Míkel terminaron siendo inseparables y su relación, hoy en día, sigue siendo igual de fraternal. Por el contrario, mi infancia con ellos dos estuvo siempre llena encontronazos. Ambos hacían un tándem perfecto y yo suponía un estorbo para los intereses que, como adolescentes, tenían ya por entonces.

Cinco años nos pasamos así, hasta que Míkel fue lo suficientemente mayor. Para entonces, entre él y mi hermano ya se había fraguado un vínculo imposible de quebrar. También, con el

resto de mi familia. De hecho, mis padres siguieron tratándolo como un hijo y él actuaba con ellos del mismo modo, casi como si fuesen sus padres.

No ocurrió lo mismo conmigo. Sí, cuando fui pequeña. Yo para él era la *enana* a la que no dejaba de incordiar, aunque con la que siempre tenía palabras amables, gestos de cariño y tiempo de escucha cuando volvía del colegio con las evidentes consecuencias que me traía mi pelo rojo. De hecho, en más de una ocasión me salvó de alguna buena en el parque.

Pero, cuando empecé a sumar años, las cosas empezaron a cambiar. Para entonces, Míkel ya no vivía en casa y nuestros encuentros eran menos frecuentes. Sin embargo, empezaron a ser mucho más intensos. Las miradas dejaron de ser las mismas. Los roces casuales dejaron de pasar inadvertidos. Las conversaciones no volvieron a transcurrir relajadas. Cada vez que estaba a su lado me invadía un torrente de sensaciones incontrolables, demasiado evidentes y muy difíciles de dominar. Y sé que a él le pasaba lo mismo.

Míkel terminó Derecho y, pocos meses después, aprobó la oposición a Policía Nacional. Sus diez meses en la Academia de Ávila, más sus destinos dispersos por Cantabria y León, hicieron que todo perdiese fuerza. Cuando volvió a Gijón, para incorporarse a un puesto en Oviedo, yo ya estaba haciendo la carrera en Donosti, en la Universidad del País Vasco, y vivía a cuerpo de reina en casa de mi tía Tere.

Durante esos años, nuestros encuentros se redujeron a bodas, bautizos y comuniones, alguna comida familiar, alguna quedada entre amigos y algún tropiezo casual por Gijón o por Cangas. En cada uno de ellos, volvía a rebelarse ese sentimiento escondido que dominábamos a duras penas. Pero, en una de esas celebraciones, el bautizo de mi segundo par de sobrinos, todo se desbordó, y Míkel y yo terminamos follando contra la pared del hotel de la celebración y en la parte de atrás de su coche.

Fue un error. Enseguida lo supe y Míkel me dejó muy claro que él también lo entendió así. De hecho, después de aquel encuentro, no regresó a la celebración. Pasaron los días, los meses, y no volví a verlo. No hubo ninguna llamada. No hubo ningún mensaje. Ni por su parte, ni por la mía. Si eso me hubiera pasado ahora, no hubiera dudado en levantar el teléfono para encarar esa circunstancia y discutir, si hubiera sido preciso. Pero, por entonces, yo era todavía muy joven y muy inmadura, y pensaba que debía ser él quien tenía que llamarme a mí.

Yo seguí con mi vida. Él también. Continué estudiando en Donosti. Después, me marché a Madrid para hacer el segundo tramo de mi doctorado y viajé de aquí para allá. Estuve otros tantos con un contrato posdoctoral en el CSIC y, debido a mi trabajo y mis malas decisiones, terminé trasladándome a Copenhague. Míkel, durante todos esos años, siguió trabajando en Oviedo como policía nacional. Su padre falleció, se casó, se divorció, estuvo ingresado en la UCI por un disparo que estuvo a punto de llevárselo por delante y consiguió un puesto de Inspector de Policía en Oviedo. Y, aunque mi familia sí que lo acompañó, yo no estuve presente en ninguno de esos momentos claves de su vida por voluntad propia.

Eso no me libró del tormento por la obligada distancia que me auto impuse o de sentir los colmillos de la angustia clavándose sobre mí en los momentos más aciagos. Pero lo hice en silencio, buscando siempre intermediarios que me diesen una información que nunca obtuve de primera mano; tratando de hallar siempre una excusa para cuando todo eso sucedía y así no aparecer; e intentando sortear mi cobardía a través de algún mensaje de texto, escueto y frío.

Aun así, las escasas veces que nos vimos obligados a reencontrarnos nos mostró la quiebra evidente de nuestra relación. Mi resentimiento me llevó a ignorarlo como a un extraño cuando la familia o los amigos volvían a reunirse. Tampoco me resultó muy complicado. En esos primeros encuentros, no me pasó desapercibido el muro invisible que él colocaba sobre mí.

La relación se tensó. Ya no solo empezamos a evitarnos cuando compartíamos lugar. Llegamos, incluso, a esquivarnos, buscando caminos alternativos, cruzándonos de acera o haciéndonos los despistados cuando nos veíamos por casualidad en la calle.

Casi una década después, todavía seguíamos sufriendo las consecuencias de ese desacierto. Y, en esos momentos, las circunstancias me abocaban a tener que compartir espacio y tiempo con él, a pesar de llevar años sin hablarnos, salvo lo mínimo, y bajo una tensión similar a la que posee el reactor de una central nuclear.

—Laura, dime que irás. No tenemos a nadie más que pueda ocuparse del hotel ahora mismo. —Silencio—. Hija…

—Tranquila, mamá. Por supuesto que iré.

Chernóbil, ¡allá voy!

1
LAURA

Y allí estaba yo, mirando esa preciosa casa blanca, de tejas verdes, con ventanas de madera, repleta de un césped vigoroso, unas hortensias llenas de vida y un aroma a naturaleza exuberante que desbordaba los sentidos. Habían pasado diez horas desde que había hablado con mi madre. Ella y mi padre ya estaban operados con resultados tranquilizadores, y permanecían bajo la vigilancia y cuidados de mi tía Tere. Y, en ese tiempo, yo me había recorrido el trazado Ibiza-Madrid-Oviedo-Covadonga con llamadas constantes entre mi hermano, mi tía, mi *güelu* y mis amigas. En esos momentos, estaba saliendo del taxi que me había llevado hasta el hotel rural de mis padres. Lo hacía con la noche ya encima y una ligera llovizna de bienvenida.

A pesar de haberme pasado gran parte de mi vida bajo ese monte, el Auseva me asombraba en nuestro reencuentro con todo el poderío natural que albergaba. En mitad de su recorrido, se discernían claramente las luces de la Basílica de Santa María de Covadonga como un intento del ser humano de domar esa naturaleza salvaje y primigenia. Era imposible. El perfil nocturno de la montaña se reclinaba sobre ella y dejaba en evidencia los superfluos intentos del hombre por doblegarla.

Más allá, se atisbaban las débiles luces de los farolillos de las otras casas rurales que había en la zona y de los restaurantes, ya dormidos. Todo, de forma muy débil, con una suavidad que el viajero aprecia; casi como si no quisiesen molestar a la nocturnidad con su presencia. Y, por supuesto, esa misma atmósfera la alcanzaba el hotel de mis padres, *La Casona de Deva,* que descansaba junto al puente del río que lleva el nombre de esa divinidad pagana del amor y que tiempo atrás quedó olvidado bajo el actual topónimo de río Mestas.

Muchas culturas han sacralizado el lugar de Covadonga antes de la cristiana. Es lógico. La potencia natural que posee es única y recrea en el inconsciente colectivo una serie de imágenes que ya de por sí generan una respuesta apasionada, ferviente, idólatra, casi mágica.

Asturias es un paraíso en la tierra. ¡Ojo! Si alguien se le ocurre discutírmelo, tendrá que vérselas conmigo. Y si es cántabro, mucho más.

El taxista me ayudó a bajar la maleta y, con los ruedines golpeando el asfalto mojado de la carretera, comencé a andar hacia el caminito de baldosas de pizarra que llevaba hasta el caserón. En ese escaso trayecto, recibí con cierta melancolía la suave lluvia de verano que nos regalaba el cielo. No impuse ninguna prisa a mi andadura. Dejé que aquellas gotas resbalaran por la piel desnuda de mis brazos y se impregnasen en el vestido corto ibicenco que llevaba. Los dedos de mis pies la recibieron también y las sandalias se cargaron de la humedad que dormía desde hacía horas sobre esa tierra. Mi pelo volvió a recibir a su antigua amiga; esa, que le dotaba de aquel encrespado tan mío y del que ya no quería desprenderme.

Terminé de bajar tres escaloncitos y derivé hacia la fachada principal de la casa, con su gran portón de madera y la balconada cerrada en los dos pisos superiores. Las sillas y las mesas que mis padres desgranaban por el jardín estaban refugiadas bajo el tejado de la balconada para evitar la lluvia. Había dos parejas sentadas en ellas y disfrutaban, en un silencio cómodo, del sonido de las aguas del Deva y del repicar de las gotas. Al pasar junto a ellos, saludé:

—Hola, buenas noches.

Y avancé hacia la entrada. A su derecha, el gran ventanal con cuarterones de madera permitía intuir el salón de la casa. Sus muros de piedra se alternaban con paredes lisas de color amarillo oscuro y quedaba revestida con recios muebles de madera de roble. En los sillones, frente a la chimenea, había una pareja sentada y también vi moverse a una mujer de un lado a otro.

No me paré a observar quién más podía haber. No me hacía falta. Mi tía Tere ya me había puesto en aviso de quién estaba allí, en la recepción, supliendo a mi *güelu* Bras y a su amigo Selmo.

Al abrir la puerta, me encontré directamente con sus ojos. Fue una mirada rápida, que enseguida desvió para volver a centrar su atención sobre el mapa que explicaba a la pareja con la que hablaba desde el mostrador de bienvenida. Solo una mirada; una única mirada de escasos dos segundos en la que recibí una frialdad que devoró todos los recuerdos amables que todavía albergaba.

«Te vas a enterar, *poli* malo».

Lo de «*poli* malo» no me lo había inventado yo. Me lo había dicho mi hermano, que aseguraba que ese solía ser el postureo que adquiría aquí el señor inspector de policía cuando tenía que hacer un interrogatorio. Muy típico de él.

Terminé de entrar. Arrastré y golpeé la maleta con más ruido del aconsejado para las valoraciones de Tripadvisor, y caminé decidida hacia él. Saludé a los clientes con una sonrisa y un «Hola, buenas noches». Pasé dentro del mostrador y brindé a Míkel con mi más notable cortesía de llegada.

—Buenas noches, Pelayín.

Entré fuerte para tocarle las narices. Torció levemente su rostro hacia el mío, me acribilló con sus ojos castaños y, bajo un tono gravísimo, se obligó a responder con un «Hola» más seco que pegar un lametón a un puñado de tierra. Después, devolvió su interés a la explicación que estaba dando.

No me mantuve quieta. Me abrí hueco de paso con mi maleta a base de golpearle las piernas. Míkel se apartó y, molesto, chasqueó su lengua, pero ni dijo nada ni me miró. Solo se quitó como pudo para dejarme pasar por la estrechez del hueco que me permitía acceder al fondo. Allí estaba la puerta de la zona privada de la Casona. La crucé, aunque, antes de cerrar, lo eché un vistazo rápido. A pesar de todo lo ocurrido, no se podía desmerecer el delicioso culo que le hacían siempre los vaqueros.

«¡Ains! ¡Qué bueno que está este tío, leche!».

Después, cerré.

Míkel siempre fue un chico guapo. Para qué engañarnos. Si hubiera tenido que elegir a un Gilbert Blythe, hubiera sido él, no os lo niego. Aunque de Gilbert tenía poco. Esa elegancia rural, *naïf* y decimonónica no formaba parte de su naturaleza. Él siempre destiló otro *standard* de belleza. Si yo era la prima hermana asturiana de Anne Shirley, Míkel tenía la pinta del típico actor buenorro, moreno, alto y musculado, haciendo de excombatiente de la CIA en mitad de Afganistán, y con la tarea ajetreada de tener que liberar a un pueblo sometido por los talibanes. Tiene un aspecto de tío duro que echa para atrás. Si Stallone le hubiera conocido con más años, le hubiera fichado para *Mercenarios*, te lo digo yo.

—¿Y este quién es, Sylvester?

—Un tipo duro asturiano con raíces vascas.

—¿Y qué habilidad tiene?

—Acojonar.

Porque Míkel, sonriendo, se llevaba de calle a cualquiera. Y cuando estaba de buen humor, era el rey de la fiesta. Pero cuando se cabreaba... ¡Ufff! No me extraña que siempre le fichasen como *poli* malo en los interrogatorios.

Afortunadamente, yo nunca tuve que sufrirlo, pero sí lo vi, sí. Y no veas. Su imponente presencia, su mirada directa, la tensión de su rostro, sus poderosos brazos y sus grandes manos, con las que partía nueces para todos; con todo ello amilanaba a cualquiera. ¿He dicho a cualquiera? En realidad, era capaz de amedrentar a cualquiera, sí. Menos a mí. A mí no me engañaba.

Entendedme. Yo estaba muy bregada. Que yo tenía a mis espaldas mucho patio de colegio y muchas horas de columpios en el Parque Isabel la Católica. Había esquivado muchas piedras, lo que me había aportado unos grandes reflejos, y había desarrollado una poderosa musculatura en las piernas a base de huir a la carrera por las calles de Gijón y de Cangas de Onís. Además, a Míkel lo conocía desde niña y había convivido con él desde los siete años. Sabía de su carácter duro, curtido a base de tener que lidiar con una vida que le había golpeado desde muy niño y de forma terriblemente cruel. Pero también había visto su verdadera esencia; esa que solo conocíamos muy pocos y con la que a mí siempre me había colmado hasta *El Incidente* del bautizo. Para mí no eran ajenas ni su ternura, ni su extremo cuidado, ni su fidelidad, ni su entrega con los suyos, ni su cercanía, ni su delicioso cariño, ni su delicadeza, ni su constante esmero. Con muy pocos, eso era verdad. Pero la sabiduría del amor consiste en eso, en saber a quién debes brindárselo. La naturaleza de Míkel era como la un *croissant* recién sacado del horno, aunque para la inmensa mayoría pareciese un bizcocho que llevaba dos semanas sobre la encimera de la cocina.

Recorrí con mi maleta la primera parte de aquella estancia, donde mis padres habían dispuesto la cocina para preparar los desayunos. Fui dejando un rastro de agua con mis sandalias y con las ruedecillas del trolley, pero en esos momentos poco me importó. Necesitaba llegar a mi habitación de una vez por todas. Crucé la puerta hacia otro pasillo que enlazaba con los dos dormitorios que allí había. Abrí decidida el que yo solía ocupar, pero me quedé clavada al ver lo que había al otro lado. Alguien había dejado una bolsa de deporte grande, muy, pero que muy grande, sobre la cama. Supe de inmediato de quién se trataba.

—¡Uy, no! ¡Por encima de mi cadáver!

Pase que tuviese que cancelar mis vacaciones y dejar a mis amigas disfrutando de la playa en Ibiza para venir a ayudar a mis padres. Pase que tuviese que armarme de valor durante quince días para lidiar con las fuerzas ocultas que escondían al fantasma de Arturito por las esquinas de la Casona. Pase que tuviese que aguantar que el *poli* malo estuviese rondando también por allí. Pero que se quedase a dormir… ¡No iba a pasar por ahí!

Solté mi maleta y fui directa hacia aquella bolsa de deporte, la cogí de las asas y, con fuerza, la tiré al suelo. Aquello pesaba como si llevase un muerto dentro.

«¡Eh! ¡Espera! Es *poli*. A lo mejor lleva un muerto dentro. Porque ¿es de él? ¿No? No puede ser de otra persona. O sí. ¿Hay alguien más aparte de él y de Arturito en esta casa?».

Abrí la cremallera para confirmarlo y, ya de paso, para cotillear un poco. De golpe me invadió todo su aroma, ese que siempre había adorado y que, aunque me lo negase, llevaba demasiados años echándolo en falta. No pude evitar que mis labios dibujasen una suave sonrisa al dejarme cubrir por él. ¿Podría haber parado tras confirmar que era de Míkel? Pues sí, pero no

lo hice. Camisetas de manga corta, vaqueros, dos pantalones de chándal, sudaderas, un par de zapatillas deportivas, calcetines, varios bóxers de *Dolce Gabana* –«¡Mmm!»–, un neceser, una bomber de cuero estilo *poli* malo…

—¡Uy! ¿Y esta funda hermética con este candadito? ¿Qué tendrá?

En ese mismo instante, mi móvil comenzó a sonar con el *Txuri-urdin*, o, lo que es lo mismo, el himno de la Real Sociedad y máxima exaltación del orgullo patrio donostiarra. Un escalofrío me recorrió entera. Era demasiado tarde para que mi tía me llamara desde el hospital. Mi mente me golpeó con el miedo de que hubiera ocurrido algo grave. Por ello, tiré la funda, con lo que tuviera dentro, y aparté la bolsa a patadas para llegar cuanto antes a mi bolso. Con angustia, busqué el teléfono y descolgué.

—¡Tía!

—*Epa!*

—¿Va todo bien?

—Claro —respondió con pachorra.

—Me había preocupado.

—¿Pues?

—Por la hora.

—Por eso yo llamaba —dijo con ese golpeo de sílabas tan euskaldún—. ¿Llegaste?

—Sí, tía, lo siento. Debería haberte mandado un mensaje, pero no llevo ni cinco minutos en la casa. —Me pasé la mano por el pelo para retirármelo del rostro—. ¿Y papá y mamá?

—Bien. Dormidos. Al *aita* le costó más porque todavía algo dolorido anda. Los hombres, como siempre, de todo quejándose. «Que si las grapas, Tere», «Que si me meo, Tere», «Que si me pica, Tere». ¡No sé cómo la *ama* le puede aguantar, *kabenzotz*! Porque tu madre es una santa-santa. Que yo a mi hermano conozco y sé que, cuando enferma, no hay quién lo aguante.

—Tía, ¿tú estás bien?

—Claro.

Y lo dijo con firmeza, como diciendo «¿A caso lo dudas?». Como para llevarle la contraria.

—De verdad, tía, ¿no será demasiado para ti sola?

—Tranquila, *pitxin*. Tú a lo tuyo. Tus padres han dicho que en la Casona estés, ¿no? Pues en la Casona a estar. Y yo, con ellos. En nada, les darán el alta, me los cargo en el Maserati y para Gijón volvemos. ¡Si esto en un par de días se pasa!

—Bueno, en un par de días… —cuestioné.

—Ya verás como la semana con unas *fabes* la terminan.

—¡No! ¡Con unas *fabes*, no!

—Ya me lo dirás, *pitxin*, ya me lo dirás.

—Espero no tener que presenciarlo.

—Oye, ¿ya viste a Pelayitxu?

Como os dije, a Míkel no le llamaba «Míkel» ni Dios. Y mira que mi tía Tere lo tenía fácil por vivir donde vivía. Pero ni por esas. Para ella, «Pelayitxu» era la forma cariñosa de metamorfosear su apelativo a la vasca.

—Sí, lo he visto. —Y suspiré para mis adentros y mis afueras—. Pero no he podido hablar con él. Estaba con unos clientes explicándoles algo.

—¡Qué guapo que está! Pero guapo, guapo.

«Pues sí».

—Hacía tiempo que no lo veía —siguió ella—. Pero es que Pelayitxu es como el buen

txacoli, a más años, más impresionante lo veo. ¿Sigue soltero?

—No… no sé, tía. Sé que se divorció hace unos años, pero no sé si ahora… —No me apetecía hablar de las relaciones de Míkel con mi tía, la verdad. Pero aquella duda empezó a rascar mi cerebro de forma insistente. Como la urticaria. ¡Aj!—. ¿Cuándo lo has visto?

—Se pasó antes de subir. Vino a ver cómo estábamos y por si necesitábamos algo. —Como siempre, Míkel destilando amabilidad y ternura con mi familia. Había cosas que, por mucha distancia que se impusiese, por mucho tiempo que pasase y por muy *poli* malo que fuese, no cambiarían nunca. Ese pensamiento terminó por estremecerme. Cerré los ojos, sacudí mis hombros y me dije a mí misma que el aleteo que sentía en el estómago no era más que hambre—. Bueno, ¿y cómo lo vas a hacer tú? Porque él ha dicho que irá después de salir de trabajar.

—No creo que sea necesario ni que esté por aquí. Puedo apañármelas sola.

—Pero Pelayitxu ha dicho…

—Lo que diga Pelayín me da igual, tía. Él tiene que estar a su trabajo, cazando asesinos, narcotraficantes y esas cosas de *poli*. ¡Y ya está! Yo lo único que necesito es un coche. —Mi padre, cuando empezó todo, se bajó de forma temeraria con su coche hasta el Hospital de Oviedo. Lo había dejado mal aparcado, se lo había terminado llevando la grúa. Y ahora el vehículo estaba en el depósito y con varias multas en su expediente—. Bajaré mañana a por el coche del *güelu*…

—¿A por esa tartana?

La tartana, como lo llamaba mi tía, era un *Chevrolet Corvette Stingray*, del año 1968, biplaza, descapotable, y que nadie supo nunca de dónde lo había sacado mi abuelo. Pero allí estaba, aparcado en el jardincillo de la puerta de su casita en Villanueva de Cangas, junto a las macetas de los geranios. Si se le preguntaba, él solo decía que se lo había comprado a un *yanki*, en los años 80, por veinte mil pesetas. Nada más. Si se insistía, volvía a repetir ese mantra para inquietud de todos. Así que, año tras año, asumimos esa mini historia sin más datos. Mejor ni indagar.

—Es lo que hay, tía. Bajar a Oviedo, para ir al depósito y pagar la multa, me llevaría toda la mañana o más. No puedo dejar la Casona tantas horas sola. —Me llevé la mano a la frente para intentar aclarar mis ideas—. No sé… Le pediré a Míkel si, al menos, puede retirarlo del depósito y dejarlo bien aparcado en algún sitio. Y, después, ya veremos cuándo vamos a recogerlo.

—¿Pero el de tu abuelo arranca?

—Imagino que sí. El *güelu* ha tenido que venir de algún modo.

—Tu abuelo estaba jugando a la petanca con Selmo cuando lo llamaron. Un vecino, que estaba con ellos, fue el que los subió arriba. Y luego, Pelayitxu llamó a un amigo suyo, que trabaja en el Parador, para que se lo llevase a él y a Selmo de vuelta, a la que ese muchacho iba a currar. Así que, a lo mejor, ni coche tienes, *txiki*.

Bufé.

—Necesito un coche. Eso mínimo.

—¿Qué vas a hacer, pues?

—Ni idea, tía. Ya veré si…

Pero ni pude terminar la frase. De pronto, escuché unos pasos firmes que se acercaban por el pasillo. Me vi a mí misma tirada en el suelo, hablando con mi tía, con mi bolso desparramado y, lo que era peor, la bolsa de deporte de Míkel abierta, volteada tras mis patadas, y con la funda hermética esa y varias prendas por el suelo.

«¡Ay! ¡Mierda!».

Comencé a guardar todas sus cosas dentro mientras me despedía de mi tía Tere.

—Mañana hablamos, tía, y te cuento, ¿vale?

—*Ondo da!*

Cerré la cremallera con ímpetu, alcé la mirada hacia atrás y… *¡Pum!* Pillada. Míkel estaba en la puerta, con los ojos cargados de perplejidad y clavados sobre mí. Su cara era todo un poema de glosas nada poéticas y sí muy manchadas de suspicacia. De hecho, había fruncido el ceño. Y, cuando Míkel fruncía el ceño…

«¡Tierra, trágame!».

Me había visto cerrar esa maldita cremallera. Tenía que pensar de forma rápida y eficaz.

«Este tío interroga a los malos. Se las sabe todas».

—Tía, tengo que dejarte. Llámame con lo que sea.

—*Agur, pitxin*. Y no te preocupes por nada, que la tía Tere ya está aquí.

—*Agur*, adiós. —Y colgué—. ¡Hoooola! —solté con aire musical y una sonrisa de oreja a oreja. Míkel se cruzó de brazos marcando esos buenos bíceps que tenía (*«¡Ñam!»*), se apoyó en el cerco de la puerta(*«¡Ñam! ¡Ñam!»*) y ladeó levemente la cabeza (*«¡Ñam! ¡Ñam! ¡Ñam! ¡Ñam! ¡Ñam!»*)—. Era mi tía Tere.

—Ya.

—Estaba preocupada por si había llegado. Me he puesto a hablar con ella y, lo siento, no me he dado cuenta. Me he sentado en la cama y he tirado tu bolsa de deporte. Y como sonó así como muy fuerte, no sabía si había roto algo, por eso… pues…

«¡Me pilla! ¡Me pilla! ¡Si es que yo no sé mentir!».

—¿Tus padres están bien? —preguntó.

Y creo que solo lo hizo porque no quería seguir viéndome cómo me hundía en el fango por el arrastre de mis falacias patrañeras.

—Bien, bien. Dormidos ya.

—Mmm.

Sonreí de nuevo de forma mecánica y me engarcé los mechones de pelo por detrás de una oreja. Míkel bajó su mirada, se sonrió a sí mismo y pasó dentro del dormitorio muy despacio. Mi corazón me saludó a puñetazos. Intenté tragar.

«¿Qué demonios me pasa? Deja de actuar como una niña enamorada del tío que vivía en la habitación de tu hermano. ¡Ya!».

Ni siquiera recordaba la última vez que había estado a solas con él. Habíamos evitado tanto algo así que mis recuerdos me remitían únicamente al momento en que nos acostamos. Me tendió la mano para levantarme del suelo. Me lo pensé, pero finalmente la agarré. Su calor me llegó de golpe con ese mero contacto. Tiró de mí con fuerza y me puse de pie frente a él. Demasiado cerca. Demasiado arriesgado. Busqué sus ojos castaños alzando mi rostro. Él absorbió los míos. Di un paso atrás para alejarme de su escrutinio. Volví a sonreír mecánicamente y, después, traté de normalizar aquella situación que se me empezaba a ir de las manos.

—¿Y qué tal? ¿Cómo va todo? —Ni le dejé responder—. Oye, que no hace falta que te

quedes. Gracias por venir, pero ya estoy yo por aquí para encargarme de la Casona. —Rasgó esa mirada penetrante que me hacía chiribitas. Di un paso más hacia atrás. Choqué contra el colchón. Volví a sonreír y a recogerme el pelo tras la oreja. Toda una exposición de inseguridad gratuita para dejarle claro lo que me generaba su sola presencia. ¡Bien por mí!—. Tú, además, tendrás mucho trabajo, ¿verdad? ¿Ya te has ido de vacaciones? O no. ¿Te vas a la playita este verano? ¿O dónde vas? ¿Algún viaje planeado?

—No, aún no estoy de vacaciones —dijo con una serenidad aplastante y una ligera sonrisilla en sus labios.

No sabría decir qué le hacía tanta gracia.

—Pues yo sí que lo estaba. En Ibiza. Con Cova y con Lucía.

—Lo sé. Por eso he venido.

—Ya.

Ladeó su rostro y su mirada se cargó de calidez.

—Hacía mucho que no nos veíamos.

Crucé los brazos para calmar el estremecimiento que me recorrió entera.

—Sí, muchísimo. ¿La última vez fue…?

—Navidad.

—¡Sí, es verdad! Nochebuena —precisé—. Te pasaste por casa de mis padres un rato, pero tenías que trabajar esa noche.

—Sí.

Y sentí que me traspasaba con la mirada, tal y como si estuviese recreando ese encuentro. No fue más allá de un saludo rápido y pasajero, seguido de un beso suave en la mejilla. Sin embargo, me removió todo por dentro y me envolvió en una espiral llena de contradicciones con las que no pude lidiar; las mismas en las que estaba cayendo en ese momento.

Debía acabar con todo aquello cuanto antes. Me agaché hasta el suelo para coger su bolsa de deporte y se la tendí.

—Pues nada. ¡Gracias por venir!

Me observó molesto.

—Laura, voy a quedarme.

—No, de verdad, no hace falta.

Y se la tendí de nuevo. Míkel cogió las asas de la bolsa de entre mis manos, pero la volvió a dejar sobre la cama en un movimiento oscilante con el que venció su pecho sobre mí. ¡Jolín! ¡Qué bien olía!

—Laura, le he prometido a tu madre que me quedaría estos días contigo por la noche. He conseguido cuadrarlo todo y creo que podré estar por aquí a las siete de la tarde. Me iré por las mañanas a eso de las ocho. Al menos, durante esta semana.

—Déjalo, de verdad, es mucho ajetreo.

—No, no lo es.

—Terminarías agotado.

—Estoy acostumbrado.

—Tardas más de una hora en llegar hasta aquí.

—No me importa.

—Ya, vale, pero a mí sí me importa. —No insistió. Se quedó mirándome perplejo y con un evidente halo de pesar. Quizá el tono fue demasiado brusco, pero el constante cosquilleo que bañaba mis hombros, mi cuello y mis brazos me estaba empezando a consumir. Míkel reaccionó como era de esperar. Adquirió un tono adusto en su rostro que me dejó claro que había captado

el mensaje. Traté de reorientarlo hacia otro lado para así no quedar tan expuesta e intentar diluir lo que evidentemente él ya sabía que pasaba—. Imagino que tendrás tu vida. Tendrás tus cosas. Y yo me basto, de verdad.

—Es mucho trabajo para una sola persona.

—Amelia estará aquí, conmigo.

—Amelia viene después de los desayunos, hace las habitaciones, limpia la casa y se va.

—Hablaré con ella para ver si puede…

—No puede, Laura. Tiene más trabajos en otros sitios. Lo sabes.

Sí, lo sabía.

Míkel colocó las manos sobre las caderas, respiró profundamente e intensificó su mirada. Me sentí invadida por su profundo escrutinio, por la potencia de su fisonomía. Parecía una montaña cubriéndome entera.

—Míkel… —titubeé.

Pero él detuvo mis oscilaciones y encaró directamente el problema.

—No quiero suponer un quebradero de cabeza para ti. Si quieres que me vaya, lo haré.

Se me cayó el mundo a los pies. Leí sin velos su desánimo, como si le hubiese azotado una sacudida certera y tremendamente dañina. Ser consciente de aquello me generó un vacío intenso en el pecho. Destapé mi sonrisa disfrazada y le dejé ver mi desasosiego.

Su respuesta fue inmediata. Suavizó sus labios en un gesto amable, aunque cargado de tristeza. Llevó su mano a mi rostro y acarició mi mejilla. Temblé con la calidez de ese contacto que ni por asomo esperaba y que me recordaba demasiadas cosas. Después, deshizo la distancia entre nosotros para despedirse. Escondí la mirada, pero él inclinó mucho más su cuerpo para buscarme. Cerré los ojos, aunque eso no le frenó para dejar un suave beso sobre mi cara. Ardí entera.

—Llámame si necesitas ayuda —susurró sobre mi oído.

Mi piel reaccionó y todo el bello de mi cuello se alteró sin poder evitarlo. Míkel se alejó y a mí me envolvió la frialdad más absoluta. Volví mi atención hacia él. Estaba cogiendo las llaves del coche y la cartera. Se cargó su bolsa del hombro y se dispuso a salir.

—¡Míkel! —Se volvió de inmediato. Mordí mi lengua para intentar que mis palabras no brotasen de ella. Me fue imposible. Al final, se impuso mi corazón sobre mi juicio, mi añoranza sobre mi cautela. Pero, sobre todo, venció mi sentimiento de responsabilidad hacia él—. No te vayas. Es muy tarde y está lloviendo. Además, a esta hora estarás agotado de todo el día. Quédate esta noche y ya te vuelves a la mañana.

Me evaluó durante unos segundos, pero mantuve firme. Sonreí como pude, pero Míkel no me siguió en el tono. Bajó la mirada un solo instante, y lo hizo serio, con muchísimo pesar. Con solo ese gesto, me quedó claro que él ya no estaba cómodo con esa situación. Aun así, aceptó.

—Gracias, Laura.

—No —dije casi sin voz—. Gracias a ti.

2
LAURA

Siempre he sido un poco anárquica en cuanto a organización se refiere. Habitualmente, mi mesa da una imagen muy desordenada. Libros, notas, fichas, folios, servilletas de papel con ideas, pósits pegados por todas partes, vasos de cartón usados que se apilan unos encima de otros con café de máquina reseco, tickets de compra y *bolis* de colores. ¡¡¡Muchísimos *bolis* de colores!!! Es una imagen embrollada que suele aterrar a cualquiera. Si Marie Kondo viese mi lugar de trabajo, le daba un pasmo. Me he pasado media vida respondiendo a los «Pero ¿cómo puedes trabajar así?» o los irónicos «¿Encuentras algo ahí dentro?» con una respuesta básica: funciona.

De hecho, creo que las personas así no somos desordenadas. Todo lo contrario. Mantenemos un orden dentro de ese desorden; o, al menos, nuestro cerebro suele visualizarlo de ese modo. Creo que nos hace ser mucho más flexibles y, por tanto, reaccionamos ante los problemas de la vida con soluciones más creativas, adaptativas y divergentes.

Mi madre nunca fue así. De hecho, la Casona era una extensión de ese perfeccionismo al que ella aspiraba siempre en su vida. Cada uno de los elementos de aquel hotel estaba tratado con sumo cuidado, casi de forma obsesiva. Las orquídeas, bien dispuestas en cada mesa del desayuno; los jabones y los geles de baño, con la inclinación adecuada de treinta grados a la línea paralela; las toallas, dobladas en pliegos de tres; los paraguas de la entrada, con un orden alterno de blanco y verde. Incluso la esencia que desgranaba esa casa por sus rincones, mezcla de notas de vainilla con flor de naranjo, era igualmente equilibrada. A fin de cuentas, eso es quizá lo que busca el viajero, el equilibrio que la convulsa vida del día a día no le permite encontrar.

Lo bueno que tenía todo aquello era que el orden obsesivo de mi madre facilitaba las cosas y permitía que cualquiera pudiese asumirlo sin trabas. Las cosas eran así y ya está. No había que darle más vueltas. Solo había que seguir sus pautas a pies juntillas. Nada más. Cero quebraderos de cabeza sobre qué hacer o cómo actuar. De hecho, ella había diseñado un organigrama de trabajo para que, en su ausencia, el que estuviese al frente trabajase con aquella misma dinámica y disciplina.

En esos momentos, yo me encontraba frente al ordenador con la intención de refrescarme de todos los pasos que tendría que dar al día siguiente. Para una persona como yo, aquella labor en cadena resultaba algo tediosa, pero ni me planteaba variarla. Sin embargo, no pude evitar dejar algo de mi propia cosecha y, armada con un boli violeta, monté una cadena de pósits rosas que seguían la estructura cronológica de trabajo a la que debería atenerme al día siguiente. Metí en medio pósits verdes con las alteraciones a añadir al mecanicismo compulsivo de mi madre y que respondían, principalmente, a solucionar mi problema de transporte y las compras de los productos que necesitaba.

Era muy tarde. Rozábamos casi la media noche, pero había que esperar a que la pareja que todavía estaba fuera de la casa, recogidos bajo la lluvia, decidiese subir a su habitación. Las cosas funcionan así en los alojamientos rurales. Hasta que el último huésped no se va a la cama, tú tampoco.

Míkel y yo nos habíamos estado evitando durante las dos últimas horas. Eso sí, él me había

preparado la cena cuando yo estaba en la ducha: un sándwich de tortilla francesa con lechuga. Mi favorito. Lo había dejado dentro del dormitorio de mis padres junto con una botella de agua. Cuando lo vi, volví a decirme a mí misma que el revoloteo que acariciaba mi vientre respondía al hambre que tenía.

«O a Arturito. Seguro que Arturito está por aquí. ¡Arturito, vete, por Dios! ¡Qué ya tengo suficiente, eh!».

Había que protegerse de algún modo frente a ese alarde de ternura.

La maldita ternura; la más destructiva de la sensaciones. No hay peor mal que embelese tus sentidos. Genera una tremenda satisfacción por la protección y cuidado que te regalan, y eso te desarma totalmente. Te deja apocada, vulnerable, vencida. Quizá, si en vez de ese sándwich, que muy poca gente sabía cuánto me gustaba, me hubiese hecho un *bollu preñau*, a base de un contundente chorizo, la cosa hubiera sido distinta. O no. Pero sospechaba que la acidez que se hubiera derivado en mi estómago me hubiese dejado sin ganas de pensar en el afecto con el que cargaba ese detalle.

Me lo zampé en dos bocados para acabar cuanto antes con mis mariposas lastimeras. Pero el aleteo incesante volvió a mí en cuanto salí del dormitorio y vi a Míkel sentado en uno de los sofás del salón. Estaba leyendo un libro y su imagen me hizo suspirar involuntariamente. Efectivamente, sí. Lo has leído bien. Suspiré como la Dama de Shalott al ver a Lancelot. Tal cual. ¿Patético? Pues no te lo voy a negar, pero es que el maldito *poli* estaba buenísimo. Y en esa posición relajada, mucho más.

¡Ains!

Él levantó su rostro al sentir mi presencia. Yo le sonreí de lejos. Él me respondió del mismo modo. Y lo hicimos sin palabras, sin ningún tipo de cercanía, pero con una intensidad palpable que nos enlazó en la distancia.

Salí huyendo.

Me senté frente al ordenador y de espaldas a él. Podría haberme acercado hasta allí y sacar una conversación insustancial que hubiera distendido aquel ambiente tenso que no dejaba de invadirnos. Pero me resultaba prácticamente imposible traspasar el muro que habíamos generado todos esos años atrás. En ese momento, era ya demasiado alto, demasiado firme, demasiado inaccesible.

Desde entonces, no me había movido de allí y él tampoco se había acercado. ¿Eso me sirvió de alivio? Pues no. Todo lo contrario. Mi cuerpo seguía reaccionando a su presencia a pesar de no tenerlo a vista. Era como si la energía que me conformaba pudiese expandirse y revolotear entorno a él; como si su mirada acariciase mi espalda, mi cuello, mis hombros; como si nuestras almas jugasen a entrelazase, a pesar de todo.

Soy una mujer con muchas capacidades. Muchísimas. Pero entre ellas no estaba la de ignorar al tipo que me empotró contra una pared de ladrillos y me arrancó un orgasmo en menos de cinco minutos, solo como aperitivo a lo que vino después en su coche. Ni tampoco era capaz de olvidar que, mucho antes de que todo eso pasase, yo ya llevaba tiempo deseándolo, casi desde niña. Ni mucho menos acallar la voz interior que me aseguraba que nunca podría dejar de anhelarlo, por mucha distancia que impusiese, por mucho tiempo que pasase, por muchos hombres que discurriesen por mi vida. Un asco, vamos. Prefería cien mil veces el estremecimiento de Arturito, con sus posibles *poltergeist*, al que me asaltaba con Míkel cerca.

Terminé de engarzar mi ristra de pósits al *iMac* y lo dejé tan *empetalado* que a mi madre y a Steve Jobs les hubiera dado un pasmo. Justo entonces, sentí que Míkel se aproximaba. Clavé mis

ojos en la pantalla con ánimo de que me absorbiera al más estilo de *Tron*. Pasó dentro del mostrador de bienvenida y se acercó hasta mí. Apoyó una mano en lo alto del respaldo de mi silla, la otra sobre la mesa y volcó su cuerpo sobre el mío. Mi respiración se entrecortó y no moví ni un pelo. Sus labios se acercaron hasta mi oído y su voz grave me susurró desde muy cerca, haciéndome cosquillas. Me estremecí.

—Voy a hacerme una infusión. ¿Quieres que te prepare algo?

Volví mi rostro. Me tenía acorralada. Muy de él, por cierto. Sentí un tirón en el vientre y dejé escapar el aire. Sus labios estaban demasiado ceca y se mostraban como un reclamo difícil de eludir. De hecho, mis ojos se perdieron unos segundos en ellos. Me obligué a volver a su mirada.

—No, no gracias. —Y me eché unos escasos centímetros hacia atrás, no por la presbicia, sino para intentar establecer una distancia que ni tenía allí dentro—. Esto… Míkel, vete ya a la cama. No es necesario que te quedes.

—No me importa.

—De verdad. Vete y descansa. Si no, mañana no podrás coger a los malos. —Me sonrió divertido, pero no dijo nada. Por ello, volví a insistir—: Vete.

—De acuerdo.

Pero no; no sé fue de inmediato. Mantuvo unos instantes más esa mirada cargada sobre la mía. Poseía una potencia fascinante. La sensación fue similar a como si quisiera absorberme y llevarme donde mis propios anhelos me sugerían. Yo me hacía la tonta, pero ellos me silbaban y luego berreaban en mi cerebro: «¡Eh! ¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Ya verás cómo mola!». Pero no, no, no. No podía volver a recorrer ese camino. Lo he dejado claro, ¿verdad? ¿No? Pues no.

—No te acuestes muy tarde —se despidió por fin.

—Lo que ellos me dejen.

Los huéspedes, no los anhelos. Por si había dudas.

Míkel volvió a sonreír de esa forma que tenía, tan suave, tan cercana, tan íntima, tan fascinante, y ante la que yo estaba más que vendida. Pasó hacia el interior de la zona privada y cerró la puerta tras de sí. Dejé escapar el aire poco a poco.

«¡Ay, Arturito! ¡Ya podrías ser tú el que me hicieses temblar de este modo y no él!».

De pronto, un frío extremo me traspasó de arriba a abajo. El vello de mi nuca se erizó como respuesta. Se me cortó la respiración y me quedé quieta mientras mi corazón bombeaba desbocado.

—¡Uy! ¡Qué frío hace ahí fuera!

Me giré como un resorte hacia aquella voz. La pareja de humanos vivos, que estaba en el porche, había pasado dentro de la casa en el más absoluto silencio. Suspiré y sonreí de oreja a oreja tras confirmar que no se trataba de las energías oscuras de los *chungui* planos paralelos.

—Pero para mañana dan un día abierto y soleado, ¿verdad? —me preguntó ella.

—Sí. Amaneceremos con lluvia, pero luego, al mediodía, volverá a salir el sol. De hecho, creo que llegaremos a veintiocho grados. Al menos, esa era la última previsión que vi.

—Bueno, —cortó él con prisa—, ¿vamos subiendo?

Ella asintió con una sonrisa juguetona. Ahí había tema.

—Que paséis buena noche.

—Igualmente.

Dejé que se marcharan y, cuando escuché la puerta de su habitación cerrarse, yo hice lo mismo con el ordenador. Apagué la sesión y me dirigí a la puerta principal para atrancarla con llave. Dejé la pequeña luz que manteníamos encendida toda la noche y apagué el resto. Miré por

el ventanal que daba al puente que cruzaba por el río Deva. La oscuridad había engullido todo el paraje. De hecho, ya habían apagado las luces de la Basílica y solo se intuía el perfil de la montaña por los diferentes tonos de negrura. La luna se insinuaba detrás de las nubes rotas que ya apenas desgranaban agua. El Auseva dormía y ya era hora de que yo lo hiciese también; entre otras cosas, porque no me apetecía nada seguir más tiempo allí sola.

Lo que no sabía era lo que me estaba esperando al otro lado.

3
LAURA

Pasé con rapidez hacia la zona privada y recorrí el pasillo apagando interruptores hasta el dormitorio de mis padres. Solo se quedó encendida una guirnalda de luces led colgada en la pared. Entré, cerré la puerta y busqué en mi maleta el pijama con el que me había ido a Ibiza. No era adecuado para una noche asturiana como aquella. Se trataba de un pijama corto satinado, en color azul oscuro, de tirantes y detalles de transparencias en la parte superior del top. Iba con un pantaloncillo de cintura elástica. Muy mona, sí. Lo sé. Muy frío para la Asturias interior. También.

La alternativa más calentita estaba en la habitación de enfrente. Y no; no se trataba de meterme en la cama con Míkel. Que no hubiera estado mal, oye. Soñar es gratis, aunque a veces se pague un precio emocional por ello. Pero me refería a la ropa que guardaba en aquel armario.

Quiero mucho a mi madre, pero por nada del mundo me iba a poner uno de sus camisones de franela. Tengo una piel atópica extremadamente sensible, herencia genética de mis ancestros neandertales. Y mi intención no era pasarme la noche rasca que te rasca. Seda, algodón y poliéster, ok. El resto, me pican. Y mucho. Con ese presupuesto, ya os podréis imaginar cómo fue la vida de mi piel bajo la tiranía de la lana que mi madre me imponía en los inviernos de mi infancia. ¡Aj!

Eso sí. La cogí unos calcetines rosas de su cajón y, por encima, me coloqué una chaqueta de punto fino del mismo tono.

Activé la alarma del teléfono a las seis de la mañana. Horror. Después, coloqué mis brazos en jarras y miré la cama. En el norte peninsular, a muchos alojamientos rurales les cuesta todavía dar el salto al edredón nórdico. Sé que estoy haciendo una crítica destructiva a la tradición de mis orígenes y ahora mismo todos los asturianos del mundo mundial, junto con cántabros, vascos y gallegos queréis lapidarme. Pero es que esa forma de hacer la cama pesa. Y mucho. Al final de la noche terminas con luxación de tobillos.

Además, el edredón es mucho más funcional para todo. Con un solo movimiento de muñeca, *¡ale-hop!*, ya tienes la vida solucionada. No es necesario ahondar en las profundidades del colchón para engarzar bien todo el conjunto de sábanas, manta, colcha guateada y mantita a los pies. Que esa es otra. ¡Por Dios! ¿Qué necesidad hay de ensandwicharnos? A ver. Que el movimiento nocturno de los pies es saludable. De hecho, es recomendable que el riego sanguíneo llegue también a nuestras articulaciones inferiores por aquello de seguir viviendo.

Por ello, antes de acabar convertida en una loncha de queso fundido, empecé a desarmar toda la armonía apolínea que mi madre desgranaba. Imbuida de un espíritu dionisiaco en toda regla, arranqué la mantita de Chenille que había a los pies y la tiré al suelo; desencajé la colcha guateada de florecillas amarillas y verdes; descuajé la manta de lana, áspera y tullida, que, como os he dicho, siempre me producía picor. De hecho, me vi imbuida en una locura destructiva y terminé tirándola al fondo de la habitación con el crujido típico de la electricidad estática que albergaba. ¡Aj! Me rasqué los brazos, las piernas, los sobacos, la cabeza, la cara. Extraje la sábana blanca y la dejé caer liviana sobre el colchón. Y, solo entonces, me sentí bien. Me metí debajo de ella y jugueteé con los dedos de mis pies acariciando la tela. Pero, en el último

momento, alargué mi mano hacia la mantita de Chenille para echármela en el piecero.

Miré al techo y respiré profundamente. Era hora de enfrentarse a las fuerzas ocultas de la naturaleza que habitaban aquella casa. Porque, por supuesto, todo amante de la parapsicología que se precie sabe que los fantasmas salen de noche. A las doce de la mañana, con un sol radiante y 35 grados a la sombra, no se te aparece ninguna Niña de la Curva.

—Habrá que ir durmiendo —me dije en voz alta y, por si acaso, alguien más me oía desde su mundo paralelo.

Estaba muy cansada para una sesión de *poltergeist* nocturna, la verdad.

Desvié los ojos hacia la mesilla de noche. Allí, la lamparita, con su mampara beige y florecillas prensadas, me otorgaba una luz tenue, cálida y segura frente a la oscuridad de la noche.

—Laura, no seas cría. Apaga la luz de una vez.

Y me obligué a ello con poco ánimo y muchas dudas. Cuando lo hice, la habitación se cubrió de negrura. Miré hacia la ventana, pero el exterior solo me devolvió la deformación de la misma tonalidad que me envolvía.

—¡Venga! ¡Tú puedes! —Respiré y cerré los ojos. Crujido en el techo. Volví a abrirlos—. Las vigas, Laura. Las vigas —me regañé—. Cosas del calor, que las seca y crujen. —De nuevo, sonó otra vez—. Joder… —musité.

Me puse a tararear ‘Lollipop’, de *Mika*, a ver si con suerte aquel ritmo frenético y desenfadado me hacía olvidar mis miedos.

“Sucking too hard on your lollipop
Or love's gonna get you down
Sucking too hard on your lollipop
Or love's gonna get you down
Say love, say love
Or love's…”.

Y, de pronto, un fuerte golpe se escuchó dentro de mi propia habitación. El terror me invadió de lleno. Me incorporé de la cama y encendí la luz con premura. Con el corazón embravecido, miré de un lado a otro, pero nada. Como siempre, no había ni rastro de lo que había generado esa sacudida.

—¡Joder, Arturito! —me quejé bajo un lamento velado.

Me volví a tirar sobre la cama con cabreo.

«Soy una adulta. ¡Soy una adulta! Los fantasmas no existen. Todo esto es fruto de mi propia autosugestión y por haberme enganchado durante años al programa de Iker Jiménez. No hay nada aquí de otro mundo. ¿Vale?».

No me respondí. Aun así, volví a tomar aire como si me fuera la vida en ello, me giré y apagué de nuevo la luz, pero ya no había nada que me serenase. Todo mi cuerpo albergaba la tensión que siempre me acompañaba en las noches que había pasado en aquella casa desde mi adolescencia. Solo que, por entonces, tenía a mi madre para dormir a mi lado si la paranoia me asediaba demasiado. Esa noche, no había nadie.

«O quizá…».

Lo valoré. ¡Vaya si lo valoré!

«—Hola, *poli* malo. Tengo miedo. ¿Puedo acurrucarme a tu lado?
»—Claro, preciosa. Ven aquí. Yo te protegeré con mis poderosos brazos».

La novela romántica, que hace mucho daño.

Cerré los ojos para recordar lo que no debía e imaginé aquello con lo que no había dejado de fantasear en años. Un poco tonta sí que me puse. Para qué lo vamos a negar. El hecho de recrear sobre mi cuerpo sus manos sabias me hizo estremecerme y pedirme más. Dejé escapar un leve suspiro de mi boca y comencé a acariciarme con mis dedos muy despacio, poco a poco. Recorrí mi cuello, mi clavícula, mi pecho, mientras la imagen de Míkel volvía a mí, una y otra vez. Me rendí a mí misma y sucumbí al recuerdo de cada momento en el que lo tuve dentro. ¡Cómo follaba! ¡Dios! Era el maldito Eros en persona.

No sé si os acordareis de Philippe Petit, un francés que caminó sobre un alambre tendido entre las dos Torres Gemelas, a casi 500 metros de altura, en el *World Trade Center* de Nueva York. Pues el control del equilibrio que Míkel me demostró a la hora de follar de pie estaba a la altura de ese tío. En serio. Lo he vuelto a probar tres veces y en todas ellas he terminado dándolo por perdido o con ciática.

Pero con Míkel no; con Míkel todo encajó a la perfección sin necesidad de esfuerzos. Dicen que cuando dos personas se compenetran en la cama están hechas el uno para el otro. No sabría decir, pero lo que me quedó muy claro ese día fue que Míkel y yo nos acoplábamos como dos piezas de un puzle. Y, a ver, que no es fácil; que me saca veinticinco centímetros. Pero esa diferencia de altura no fue un problema para que mi pierna se ensamblara perfectamente a su cadera, que nuestros genitales se alinearan, y que la penetración fuera limpia y precisa. El ritmo que impusimos fue rápido y delirante, y el orgasmo que me atravesó, tan intenso que quedé debilitada entre sus brazos.

Nunca me importó menos que los ladrillos de un edificio se clavasen a mi espalda.

Esa escena se dibujó en mi mente y, como en otras ocasiones, me provocó una potente descarga de deseo sobre mi pubis. Llevé mis manos más allá y me acaricié despacio. Dejé escapar el aire y me rendí a la necesidad delirante de rendirme a su recuerdo.

Pero, de pronto, sonaron tres toques sobre la hoja de mi puerta. Abrí los ojos totalmente desconcertada. Llevé mi mano a la mesilla, encendí la luz y me quedé mirando la madera como si pudiese discernir quién estaba al otro lado.

«¿Quién va a ser, Laura? No hay nadie más que pueda entrar en esta zona. ¿Qué demonios querrá? A lo mejor se ha puesto tontorrón como yo y… ¡Ay! ¡Leñe!».

Y aquel pensamiento sí que me desestabilizó mucho más. Despacio, saqué los pies de la cama y, con paso lento, me fui aproximando hasta allí. Envolví mi cuerpo en la chaqueta rosa que me cubría y, solo entonces, me dispuse a abrir.

Nadie. No había absolutamente nadie al otro lado.

Saqué la cabeza hacia el pasillo. La guirnalda led que había en ese tramo me daba la suficiente luz como para confirmar que no había ni la más mínima presencia de Míkel. Confundida, cerré la puerta. Estaba prácticamente segura de que había oído esos tres toques sobre la madera. Volví a la cama, me metí dentro y me quedé unos segundos mirando el techo. No sabía qué pensar. El sonido había sido demasiado evidente.

Terminé dándome por vencida. Me giré hacia la lamparilla de noche y apagué de nuevo la

luz. Cerré los ojos y traté de volver a las ensoñaciones previas que me hacían olvidarme del rollito paranormal que me rondaba. Pero, sin buscarlo ni esperarlo, mi mente me traicionó y permitió que se abriese paso la pregunta que me había lanzado mi tía aquella misma noche.

«¿Habrá rehecho su vida de nuevo? Alonso no me ha dicho nada».

En realidad, llevaba años sin preguntarle nada a mi hermano sobre Míkel a no ser que sacase el tema él. Y en esos casos, incluso, solía desaparecer de escena para no oír nada. Me daba pánico escuchar sus nuevas, sobre todo, después de su compromiso. Temía que ese momento se repitiera y, como entonces, acabase rompiendo mi corazón otra vez.

«¡Ah! ¡Joder! Es que no tenía que haberme liado con él. Metí la pata hasta…».

De pronto, volví a escuchar tres toquecitos en la puerta. Mis ojos se abrieron y se clavaron en ella.

«No es él. Esto no es cosa de Míkel».

Esa vez no encendí la luz. Ni siquiera tuve fuerzas para moverme. El miedo me había paralizado y solo atendía a las potentes pulsaciones que golpeaban sobre mi pecho. Intenté tragar para pasar la zozobra, pero mi garganta se había transformado en una grieta seca y estrecha por la que no corría ningún fluido. Sentí el agarrotamiento en todo mi cuerpo. Mis manos, aferradas a la sábana, comenzaron a temblar.

Esos tres golpecitos se volvieron a repetir, aunque en otro lado distinto de la habitación, cerca de la ventana. Mi respiración se descompensó por completo y un escalofrío me recorrió entera. Busqué con mis ojos el cristal. Y, entonces, vi cruzar una sombra por delante.

Salí de la cama como un resorte y me puse al otro lado de la habitación, a oscuras y sin dejar de mirar en aquella dirección. Temblaba de miedo. Apenas era consciente de lo que sucedía. Mi cerebro había colapsado y solo atendía a una visión de bucle. De nuevo, sonaron tres toquecitos junto a la puerta. Me giré hacia ella. Y, acto seguido, otros tres más, en la dirección de la ventana. Cuando volví mis ojos otra vez hacia allí, lo vi.

Se me congeló el alma.

Ni siquiera mis cuerdas vocales profirieron el grito que mi boca luchaba por liberar. El miedo las había doblegado al silencio. Lo que se clavó sobre mi retina me generó un estallido de terror y me insufló una descarga de adrenalina lo suficientemente exacerbada como para salir de allí a la carrera. Abrí la puerta y me lancé directa a la habitación de enfrente.

—¡Míkel! —demandé sin apenas voz.

De un golpe, se levantó de la cama. Atención: con únicamente un pantalón de pijama largo y el pecho al descubierto. Sí. Nada más. ¡Ñam! Lástima que yo ni reparase en ello porque estaba a punto de morirme de miedo. Me sostuvo de los brazos y, en la penumbra de la habitación, buscó rápidamente una respuesta.

—¿Qué ocurre?

—Hay alguien… Ahí fuera… pequeño. Como… Como… ¿un niño?

—¿Dónde?

—En la ventana.

Con unas agallas envidiables, me rodeó y fue directo hacia el dormitorio de mis padres. Lo seguí y vi que abría las hojas de la ventana de par en par para poder mirar fuera. ¡Qué seguridad,

oye! Me obligué a caminar tras él, pero me fue imposible. Estaba tan aterrorizada que era incapaz de acercarme hasta aquel lugar.

Míkel cerró y se volvió hacia mí.

—Laura, ¿estás segura? —Asentí—. ¿No podría ser un mal sueño?

—Todavía no estaba dormida.

Cruzó de nuevo hacia su habitación. Lo seguí al trote. Se cambió el pantalón del pijama por unos pantalones vaqueros y cogió una sudadera. Cuando empezó a calzarse las botas, reaccioné.

—¡Míkel, no salgas! —Me demandó con la mirada—. Lo que he visto no… no parecía… no…

—¿Qué, Laura? —insistió con esa templanza tan suya.

Sin embargo, no fue lo suficientemente intensa como para apartarme de la frialdad que todavía me envolvía. Di dos pasos hacia él, me arrodillé enfrente suya y comencé a explicarle.

—Escuché que llamaban a mi puerta. Me levanté, pensando que eras tú, pero no había nadie. Volví a la cama y, de nuevo, llamaron otra vez. Cuando me levanté de nuevo, sentí esos mismos toques en la zona de la ventana. Y al girarme hacia ese lado, fue cuando lo vi allí fuera.

Míkel entornó su mirada.

—¿Qué viste, Laura?

—A ese niño, pero no sé si era un niño de verdad.

—¿A qué te refieres?

—A que era raro. Como si estuviese sacado de esas fotografías antiguas…

Me llevé la mano a la cabeza. No podía pensar con claridad. Intenté estructurar mis ideas bajando el rostro. Míkel lo envolvió con una mano y me instó a que lo levantara para mirarme a los ojos. Los latidos de mi corazón empezaron a golpearme mucho más fuerte, aunque no por la razón que me azotaba previamente. Su tacto era delirante y excesivamente sugestivo.

—¿Qué has visto? —demandó muy despacio y con una tensión cada vez más palpable.

—No sé si era real —musité turbada.

—Quizá fue solo una sombra o un reflejo…

—No, Míkel, no. Vi a un crío de unos seis años ahí fuera. Lo vi como te estoy viendo a ti ahora mismo. Cuando te digo que no sé si era real es porque… no… no me pareció… de este mundo.

Acción y reacción. De golpe y sin anestesia. Toda la tensión que había albergado el rostro de Míkel se evaporó por completo. Enarcó sus cejas y una sonrisa ladeada se dibujó en sus labios.

—¿Todavía sigues creyendo que Arturito ronda por la casa?

Sí, Míkel lo sabía. De hecho, fue uno de los primeros a quién se lo conté. Lo hice en la boda de un amigo común, con varias copas de más y bastante chisposa. Aunque por entonces reaccionó de forma más comprensiva que aquella noche. Al menos, el silencio que me brindó ese día no fue tan hiriente como lo que estaba viendo en ese momento.

Aparté su mano de mi rostro de malas maneras, me incorporé y di dos pasos hacia atrás con bastante cabreo.

—¡Lo he visto, Míkel! ¡Estaba ahí fuera!

—Vale, vale —siguió con tono conciliador—. No te digo que no hayas visto algo…

—¡He visto a un niño pequeño! —Me miró con condescendencia y eso me irritó mucho más —. ¡Oh! ¡Bien! ¡Pues no me creas!

—Baja la voz. Hay gente dormida.

Lo seguí encarando a susurros.

—Sé lo que he visto. ¡Te lo aseguro! Había un maldito niño ahí fuera, de este o de otro

mundo

Se sonrió a sí mismo y, después, cogió su teléfono móvil.

—No te muevas de aquí.

Y se fue caminando hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —grité presa del pánico—. No puedes salir ahí fuera con eso rondando. —No paró—. ¿Y si es un alma de la *Güestia*?

Míkel se volvió hacia mí riendo. ¡Joder! ¡Qué belleza de sonrisa tenía el muy capullo!

—¿La *Güestia*? ¿En serio? —Pues, mira, no. Ni yo, con mi tendencia *friki* parapsicológica, me terminaba de creer que hubiese almas en pena, errabundas y procesionarias que se dedicasen al excursionismo nocturno. Pero el tonito faltón que utilizó me tocó las narices y, además, dilapidó toda la libídine que me había levantado en los dos segundos previos. Míkel fue consciente al ver mi cara de cabreo, así que siguió hablándome con una cadencia más mesurada —. Laura, no creo en fantasmas. Lo siento. Pero sí me preocupa que pueda haber un crío de esa edad sólo por esta zona y a esta hora de la noche. —Lo miré agitada. Iba a salir—. No temas nada. Enseguida vengo.

Lancé mi mano a su brazo para frenarlo.

—No te vayas —supliqué a media voz.

Míkel se detuvo. Me sonrió con suavidad y rasgó levemente sus preciosos ojos castaños. Llevó su mano hacia mi mejilla y me acarició con una terneza que me desarmó por completo. Aquel gesto me sacó de bruces de la histeria en la que me encontraba y me llevó directa al anhelo más absoluto. Quebró las puertas tras las que yo había encarcelado a la añoranza y me dejó sin defensas. No pude mirarlo. Bajé mi rostro y cerré los ojos. Se separó de mí con otra caricia y, tras ello, emprendió el camino hacia la salida.

4
LAURA

Veinte minutos fueron los que Míkel estuvo fuera. ¿Veinte minutos en los que volví a sentir la presencia de Arturito? No. ¿En los que el miedo a estar allí dentro sola me consumiera? Tampoco. ¿En los que escuché o vi algo extraño? Ni por asomo. ¿Por qué? Pues muy sencillo. Por él. Por Míkel. Porque colapsó mi mente. Porque invadió mi pensamiento. Porque, después de las caricias de su voz, de su mirada y de sus manos, ya no hubo nada más.

Míkel encaró la salida de la casa con esa seguridad envidiable que destilaba. Ya os lo he dicho, a tipo duro no le gana nadie, salvo John Wick. Y solo porque John Wick gana a todos los tipos duros, incluso a Chuck Norris. Bueno, a Chuck Norris no. A ese no le gana ni Dios.

Cuando vi a Míkel marchar por el pasillo, me impactó la firmeza de su cuerpo, la solidez de su andar, su espalda erguida y esos hombros anchos y rectos. Ya no sabía muy bien qué era lo que había visto. Pero lo que tenía muy claro era que, si yo fuese Arturito, me emparedaba contra la primera pared que tuviese a mano antes de que Míkel me pillase. No sabía cómo sería su actuación contra los delincuentes, pero esa imagen de *poli* malo era, de primeras, bastante intimidatoria.

¿Que me puso tontorrona? Pues, oye, sí. No te lo voy a negar. ¿Quizá demasiado? Pues también.

Me envolví en la chaqueta de mi madre y me pegué al cristal, primero, de la ventana de mi habitación y, luego, de la de mis padres. Lo seguí con la mirada mientras recorría la casa. Permití que el deseo me envolviese mucho más bajo su fascinante imagen. Solo cuando lo vi coger el camino hacia el puente que cruzaba el Deva y que subía hasta la Basílica, por los Jardines del Príncipe, desperté. Abrí una de las hojas de la ventana y lo llamé en susurros:

—¡Chist! ¡Chist! ¡Míkel! ¡Míííííkel!

Se dio la vuelta y me miró a distancia. Hice un aspaviento con la mano para que volviera, pero él me señaló con su dedo pulgar el camino hacia arriba. Y no. Sinceramente, no quería que subiese por ahí a esa hora.

Covadonga es un lugar tranquilo. Allí solo estaba el Gran Hotel Pelayo, la Santina, la Basílica, la Casa Capitular y el Museo. Pero la noche había caído hacía mucho, las luces del paraje ya se habían apagado y las hordas de turistas se habían bajado a sus alojamientos. Con ese descanso y la cantidad de mierda que quedaba tras ellos, muchos animalillos aprovechaban la coyuntura para bajar del monte en busca de comida. Y, cuando digo animalillos, no se trata solo de ratoncetes, serpientes u otros bichillos. Estamos en mitad de Picos de Europa, cosa que se le suele olvidar al turista que viene en masa y deja sus desperdicios donde le place. Allí hay lobos, jabalíes y, por supuesto, el amigo oso pardo que, cuando tienen mucha hambre, bajan a ver qué encuentran si no tienen nada mejor a tiro de pata. No buscan nunca el enfrentamiento. Pero, en un momento dado, si te topas con ellos y se asustan, puedes tener un encontronazo mortal.

La imagen de Míkel se me perdió en la oscuridad de la noche. El hecho de dejar de verlo me generó bastante desasosiego. Por ello, atravesé toda la zona privada para salir a la puerta de la casa que daba hacia ese área. Abrí, me envolví en la chaqueta de hilo que cubría mi pijama y lo esperé intranquila. Lo hice a pesar de la débil lluvia que había vuelto a aparecer, de la humedad

creciente, del frío acuciante. Fueron muchos minutos de incertidumbre que incluso llegaron a turbarme de manera dañina. Solo cuando empecé a intuir la luz de la linterna de su teléfono móvil, pude respirar.

Míkel llegó hasta mí con su pelo y su ropa mojadas por la llovizna. Al verme apostada en la puerta, se sonrió así mismo. Me dio lo mismo que le hiciese gracia que lo estuviese esperando de esa guisa. No me moví ni un milímetro de aquel lugar. Al llegar a mi altura, me susurró:

—Vamos dentro.

Y colocó su mano en mi cintura para instarme a pasar primero. Lo hice seguida por él. Ya dentro, se sacudió el pelo de su cabeza de forma enérgica y, después, se lo echó hacia atrás con los dedos de la mano. Soberbio. Divino. ¿Y yo? Babeante. Sin más.

Cerré la puerta y volví a atrancarla con llave. Míkel me esperó en la hoja de acceso a la zona privada. Pero, al llegar a ella, no pude evitar más la espera:

—¿Has visto algo?

—Nada. —Pasamos dentro y cerramos. Cruzamos la cocina y enfilamos el pasillo que conectaba con los dos dormitorios—. Aun así, voy a llamar a los compañeros de la Guardia Civil de Cangas para que se acerquen a echar un vistazo.

Sacó el teléfono, pero antes de poder desbloquearlo, puse mi mano sobre la pantalla y le obligué a que me mirara.

—Míkel, no era un crío normal.

Ladeó la comisura de sus labios en un gesto divertido.

—Laura, ya está bien. Deja de darle vueltas al tema de Arturito.

—Entonces, ¿por qué un crío iba a estar apostado en la ventana de esa habitación y a esta hora?

—Lo primero es que no sabemos si se trata de un niño.

—Sé lo que vi.

—¿Y cómo lo viste? ¿Estabas tranquila, tumbada en la cama, a punto de dormirte? ¡Noooo! —canturreó—. Me has dicho que estabas asustada porque estabas escuchando ruidos.

—No eran ruidos. Eran golpecitos, como cuando llamas. Toc-toc-toc.

Se paró frente a las puertas de los dormitorios, puso las manos sobre mis hombros, los acarició y enlazó mi mirada.

—Laura, estabas agotada. Llevas todo el día viajando. Has llegado aquí, con toda la tensión por la operación de tus padres, con todo el agobio que supone tener que encargarte de la casa tú sola estas dos semanas. Y, sobre todo, por tener que dormir en un lugar que, desde hace años, te da miedo por un juego que hiciste con tus amigas.

—¿Me estás diciendo que son imaginaciones mías? ¿Que estoy loca?

—No —respondió con serenidad—. Es posible que hubiese alguien ahí fuera. No te aseguro que no. Pero estabas demasiado condicionada como para discernirlo con claridad.

—Entonces, ¿qué es lo que crees? —demandé, cada vez más cabreada.

Se echó hacia atrás, retiró sus manos de mis hombros e irguió su postura.

—Bueno… —Acarició su mentón despacio—. Puede que alguien estuviese pasando por aquí, viese la luz encendida, te viese a ti dentro y… Ya sabes. —Le demandé con la mirada—. Quizá se animó a echar un vistazo desde más cerca. —No entendí. Andaba yo un poco espesita aquella noche. No se demoró más y me lo aclaró con dureza—: Desgraciadamente, Laura, en todas partes hay pervertidos con ganas de masturbarse.

—¡Dios! ¡Qué asco! —Crucé mucho más la chaqueta sobre mi pecho y me di la vuelta, dispuesta a entrar en el dormitorio. Pensar en aquello me generaba mucha más angustia que

imaginar a Arturito en pleno *poltergeist*. Caminé decidida hacia la ventana y cerré las cortinas de golpe. Al darme la vuelta, vi a Míkel con los brazos cruzados y apoyado en el cerco de la entrada. Su deseable imagen se me clavó en la retina y navegó por todo mi cuerpo hasta anclarse en mi vientre—. Vale, —comencé nerviosa—, pues ya está. Asunto cerrado.

Pero no. Para Míkel el asunto no estaba cerrado. Dio un paso al frente y entró en el dormitorio. Lo hizo poco a poco, con la mirada puesta en el suelo y con su rostro cargado de cierta cautela. Mi corazón comenzó a latir embravecido.

Pum.
Pum.
Pum.
Pum.
Pum.

Llegó hasta mi altura, buscó mi mirada y ladeó su cabeza.

Pum.
Pum.

—¿Estás bien?

—Sinceramente, no —respondí a punto de perder el norte—. Odio esta casa. Odio a Arturito…

Y un golpe seco vino del techo. Boté en el sitio y me encogí.

—Hay mucha gente alojada, Laura. Solo es eso.

—Lo será para ti.

—¿Quieres que durmamos juntos?

Y no sé qué fue lo que me molestó más, si que me tratase como una niña asustada o que lo dijese con esa tranquilidad pasmosa, carente de toda lascivia.

—No —respondí categórica.

—Puedo traer el colchón de la cama y ponerlo junto a la tuya.

Otra punzada dañina.

—¡He dicho que no!

Sus labios esbozaron una sonrisa suave.

—No quería molestarte. Lo siento.

Y aquello terminó por encolerizarme mucho más. La vergüenza se clavó en mis mejillas al sentirme tan expuesta. Me lie, para qué negarlo. Me embarré en mis propios recuerdos, en mi propia añoranza, y leí en Míkel un cinismo aberrante que, por supuesto, no había. Sin embargo, mi desestabilidad se impuso. Creí ver un desprecio claro al recuerdo de lo vivido entre nosotros y sobre el que parecía que él pasaba como si nada.

—Es tarde.

Y le di la espalda para acelerar su marcha. Sin embargo, su mano se aferró alrededor de mi brazo y, con delicadeza, me instó a girarme de nuevo hacia él.

—Ey, ¿qué ocurre?

—No ocurre nada.

Me solté con un tirón seco. Míkel borró de inmediato la serenidad que lo cubría y su mirada se ensombreció.

—Laura…

—Te he dicho que es tarde. Quiero dormir de una vez. Vete.

No se fue. Siguió observando en silencio cómo me metía en la cama, me tumbaba y me cubría con la sábana hasta la cabeza. Me oculté allí dentro sin saber muy bien por qué actuaba así. Quizá porque aún me sentía como esa niña pequeña que quería estar siempre a su lado; la que abría su sonrisa cada vez que sentía las mariposas en su vientre cuando estaba cerca; la que llevaba años soñando con un paso más para creer que lo que ocurrió entre nosotros no fue solamente una noche de sexo. Y eso me cabreaba porque, a pesar del tiempo pasado, a pesar de que constantemente me lo negara a mí misma, todo aquello seguía doliendo. Confirmé lo que llevaba años negándome, que ese encuentro significó mucho más para mí de lo que yo quería afrontar y me marcó de por vida. Pero ni siquiera era eso lo que más dolía. Lo que realmente me flagelaba era ratificar que para él no había significado lo mismo, sino que yo había sido un ítem más, que ahora permanecía tachado en su lista de «Posibles».

Míkel se mantuvo allí dentro unos segundos más. Quizá esperaba una respuesta por mi parte, quizá estaba valorando lo que debía hacer. Sin embargo, optó por la salida más fácil y, al mismo tiempo, la más dañina.

—Descansa, Laura.

Lo dijo con voz muy baja y con una cadencia que creí apática. Sus pasos se alejaron de la cama y, acto seguido, la puerta de la habitación se cerró despacio.

Después de aquello, ya no hubo más Arturito, ya no hubo más pervertidos disfrutando a mi costa, ya no hubo más inquietud por los golpes, los crujidos o los plañidos de las puertas en mitad de la noche. Solo hubo un intenso sentimiento de desengaño que, de hecho, no era ajeno a mí. Y me odié; me odié como nunca por seguir montada en ese carrusel que no me llevaba a ninguna parte y del que Míkel se había bajado, nada más terminar de estar conmigo aquel lejano día.

Pasé mucho tiempo sentada en la cama, con las piernas recogidas entre mis brazos, apoyada en el cabecero y mirando únicamente a la oscuridad. Dejé que mi mente se perdiese por los recuerdos que volvieron a mi presente. No luché contra ellos. Todo lo contrario. Me dejé llevar a través de ese sendero tortuoso y con cierta nostalgia por haber perdido la relación tan buena que ambos teníamos previamente. No fuimos hermanos, como sí ocurrió con Alonso. Míkel y yo no estábamos abocados a ello porque nuestro corazón nunca latió de esa manera. En nuestro pecho había otro tipo de sentimiento. Por supuesto, hubo cariño, cuidado, confianza. Pero, también, mucho más. Y, en cuanto tomé conciencia del porqué de esas emociones, ya no hubo vuelta a atrás.

Me he ido forjando como un mujer independiente, feliz y completa. A pesar de las subidas y bajadas, he tenido la vida que he querido. He gozado, he reído, he llorado, he conseguido logros y, también, he fracasado; he acertado, me he equivocado y he disfrutado de las relaciones por las que he pasado. O, bueno, lo he intentado porque, en realidad, siempre he sido más de rollos pasajeros y sin pocas ataduras. Soy así. Y me siento bien.

Entiendo a las personas que les gusta vivir un amor duradero y sentirse acompañados en esta aventura. Las comprendo, de veras, pero yo nunca me he visto así, ni he sentido esa necesidad ni esa dependencia emocional con ninguna de mis parejas. De hecho, para algunos he llegado a ser despegada o, incluso, distante y me han llegado a reprochar mi falta de compromiso. No me salía, lo siento. Nunca he llegado a sentir ese amor romántico y pasional, ni esa serenidad de haber alcanzado a tu compañero o tu compañera de vida con los tipos que se han cruzado en mi camino. Tampoco me importó porque siempre me sentí bien.

Sin embargo, la cosa no fue nunca igual con él. Con Míkel sí que hubo algo más. Siempre me dije que todo eso que sentía era fruto del cariño que nos teníamos previamente. Habíamos crecido juntos y él, de alguna manera, se había ido abriendo hueco en mí muy despacio. Entre nosotros nunca hubo romanticismo. O, al menos, no como yo me lo imaginaba. Sí hubo miradas. Sí hubo gestos. Sí, muchas caricias suaves y veladas, con las manos, con los besos, con la voz. Pero romanticismo puro y duro, de manual de Mr. Darcy con Lizzy Bennet, nunca. Al menos, como siempre he creído que debería ser. O, quizá, como equivocadamente creía que debiera haber sido.

Pasión, atracción y deseo sí, por supuesto. Estar con él fue para mí una experiencia intensa que estuvo cargada de un erotismo ardiente nada habitual. De hecho, nunca volví a sentir ese torrente de deseo, ese furor incombustible, que casi acabó conmigo en la hora que estuve entre sus brazos. He hecho cosas muy locas. Me he divertido muchísimo. Pero lo que viví ese día fue diferente.

Aunque no solo se trataba de eso. Lo que sentía al volver a casa, lo que me invadía cada vez que me encontraba de nuevo con Míkel fue siempre agotador. Mermaba en la distancia, pero me enajenaba sin tregua cuando nuestras miradas volvían a encontrarse. Él era parte de ese hogar que añoraba cuando estaba fuera. Él era parte de esa calidez que me emocionaba al volver a mis orígenes. Él era parte del lugar de remanso al que me gustaba retornar. Sin embargo, a diferencia de mi familia, Míkel implicaba mucho más. Me lo escondí durante años porque aún no quería asumir lo que ya sabía, lo que más me atemorizaba: que solo a él le hubiera abierto un hueco en mi vida para que la compartiéramos juntos; que solo con él añoré esa vida que con otros me negaba.

«Da lo mismo. Ya todo da igual».

Y con ese pensamiento derrotista, me metí de nuevo bajo la sábana. Cogí mi teléfono móvil, me puse una *playlist* relajante y me dejé llevar hasta que el cansancio me dejó vacía en mis sueños.

5
LAURA

Escuché en la lejanía una llamada tronante a base de un «Pi-pipí-Pi-pipí-Pi» y que procedía de la alarma de mi teléfono móvil. La apagué con desgana, me acurruqué con el manto narcotizante de la somnolencia y me volví a quedar dormida. Entendedme. Había pasado una noche de mierda, tras un día de mierda y con un descanso de mierda. La modorra combatió a puñetazos durante mucho tiempo con el acelerón que llevaba por todo. Y solo a las cinco de la madrugada consiguió vencer ella. No caí en un sueño, no. Más bien, entré en coma profundo porque, para qué ocultarlo, los días anteriores me los había pasado de fiesta hasta el amanecer en Ibiza. Mi déficit de descanso iba ya regulín antes de llegar a Asturias. Y todo el estrés que me dio la bienvenida me abrió las puertas a la morada de Morfeo de par en par.

—Bienvenida, preciosa. Pasa, pasa. Aquí tienes tu cama.

—Gracias, Morfeo. ¿Me vas a dar la píldora roja?

—Ese es otro Morfeo, querida.

Y me acarició la mejilla. ¿O no? No sabría decir…

—Bueno, me da lo mismo. A mí me das la píldora azul, que ahora mismo ando muy liada para rebeliones.

—¿Segura?

—¡Uy! ¡Ya te digo yo que estoy segura!

—Pero vives en un mundo irreal, dominado por las máquinas, sin libertad…

—¿Pero no me habías dicho que no eras ese otro Morfeo?

—Da igual. Esto es un sueño. No te rayes. Deja que fluya como quiera. ¿Qué me decías?

—Que ahora me pillas muy liada como para ser consciente de la dolorosa realidad que Matrix impone sobre los seres humanos. No estoy yo muy libre para unirme a la guerra, a Sión y esas cosas de más. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

Y, de nuevo, sentí ese roce delicioso de sus dedos sobre mi rostro.

—Qué cariñosón eres, ¿no, Morfeo?

—Yo no soy el que te está acariciando.

—¡Ah! ¿No?

«¡Oh! ¡Dios! ¿Y quién me está acariciando la mejilla mientras duermo? Porque yo estoy dormida, ¿verdad? ¿O ya no estoy dormida? ¿Lo estoy, sí o no? Yo creo que sí porque si estuviera despierta no estaría fantaseando con que Míkel, vestido de Morfeo, el de *Matrix*, –¡Ñam! ¡Ñam! ¡Ñam!– me acaricia la mejilla. Jolín, ¡qué bien huele! Esa colonia que lleva es de… A ver, a ver… Bergamota… Almizcle… Cedro... ¡Uy! ¡Qué rico! Se mezcla de forma deliciosa con su aroma propio y que tanto me pone… ¡Ahíva! ¡Otra caricia! ¿De quién demonios es esa mano? ¡Ay, mi madre! ¡Que va a ser que no estoy dormida y el de las caricias y la colonia va a ser él! ¡Que va a ser él!».

Pues, efectivamente, era él. Sin que yo me percatara, Míkel había entrado en el dormitorio

que yo ocupaba y había decidido hacer lo que mi alarma no había logrado: despertarme. Pero, a diferencia de ese sonido repetitivo y machacante, él había optado por una fórmula mucho más estimulante que el café.

—Laura —lo escuché llamarme con voz muy baja.

Pero ni me atreví a abrir los ojos. Solo quería que cogiese su maleta y se fuera de una vez para no volver a verlo más. Quería olvidarme de él, de lo que me hacía recordar, de lo que me hacía añorar, de lo que me despertaba al tenerlo cerca. Así que opté por hacerme la muerta. Así. Sin más. ¿Qué más opciones tenía? Era eso o abrir los ojos.

Ya, sí, vale. Lo sé. Cobarde hasta el final. Pues muy bien. ¡Meteos conmigo lo que queráis! Yo lo llamo supervivencia emocional.

De nuevo, sus dedos recorrieron mi mejilla. Lo hicieron como antes, de forma muy sutil, delicada, casi imperceptible. Pero no se quedó ahí. Dibujó con ellos el perfil de mi mandíbula y subió hasta mi boca. Rozó mis labios con delicadeza y todo explotó en mi interior. Ardí por dentro. Pero, entonces, se apartó. Lo hizo de forma tan brusca que me dio por abrir los ojos para buscar una respuesta. De inmediato, la vi: arrepentimiento.

—Hola —me saludó.

Y lo hizo con una débil sonrisa teñida de tristeza. No le respondí. Me mantuve seria, fría, callada. Por tres razones. La primera, me había jodido que se separara. Sí. Lo siento. Si inicias una cosa, la terminas. La segunda: ¿A qué diantres había venido eso después de casi una década? Y tres: mi aliento era putrefacto. Al menos, había que mantener la integridad intacta.

—Siento haberte despertado —siguió a media voz—, pero te has quedado dormida y ya son las siete y cuarto. Los desayunos empiezan a las ocho y media. —Esperó alguna respuesta por mi parte, pero continué muda. Bajó sus ojos con un halo de pesar que me desconcertó. No entendía nada. Esa inseguridad y ese nerviosismo no eran propios de él—. Laura… —comenzó a decir.

Y vi claramente cómo hacía esfuerzos sobrehumanos por encontrar las siguientes palabras. Me incorporé despacio y me quedé sentada en la cama y apoyada en el respaldo. Su actitud no era normal. Cierto era que, cuando estaba cabreado, tendía a actuar de forma muy reservada, distante, silenciosa, incluso severa. Pero no lo estaba, no. No se trataba de eso. Le ocurría otra cosa que hacía que se sintiese como…

«Desbordado».

—¿Qué te pasa, Míkel?

Y lo dije con mi aliento de dragón insuflando ponzoña mañanera.

Míkel elevó su mirada y me volvió a sonreír con dificultad. Llevó su mano sobre una de las mías y la envolvió. Temblé como consecuencia de ese contacto inesperado. Se mantuvo así como perdido, con mi mano escondida bajo la suya y desgranando caricias lentas con su dedo pulgar.

—Míkel —demandé desconcertada.

Sin mirarme, elevó mi mano y la llevó a sus labios. Dejó un suave beso sobre ella que me generó un aleteo demasiado intenso como para poder esconderlo. Busqué su mejilla y lo acaricié de manera muy sutil con mis dedos. Su frente se llenó de marcas por la presión que albergaba. Intuí su lucha, su desgaste, su quebranto. Mi garganta sintió la presión por el desconsuelo de lo que veían mis ojos. Mi alma se inundó de un temor extremo y solo atendí a demandarle de nuevo.

—Míkel, dime qué te ocurre, por favor.

Elevó sus ojos hacia mí y volvió a sonreír de forma mecánica.

—No es nada. Es solo que… tengo un día complicado. Solo es eso. —Y se levantó de golpe

—. Tengo que irme, Laura. Si no, llegaré tarde. —Asentí de manera autómata porque no entendía nada de lo que estaba pasando—. Llámame si necesitas algo. —Y casi sin voz, añadió —: Me ha gustado volver a verte. Adiós.

Caminó hacia atrás, se dio la vuelta y salió rápido del dormitorio.

6
MÍKEL

Diez años…

Habían pasado diez años desde que ocurrió aquello y mi vida volvía a desestabilizarse como cada vez que la veía. Diez años en los que traté de negarme a mí mismo lo que sentía; lo que se fue gestando desde mucho tiempo atrás; lo que traté de esconder; lo que luché por frenar. De nada sirvió. Me dejé llevar por mi deseo más añorado y di rienda suelta a mis más ocultos anhelos en aquel bautizo. Pasé por encima de la que era mi familia, de la confianza de su hermano, que era al mismo tiempo el mío, y fui incapaz de frenar mi vehemencia. Sabía, perfectamente, que ella también lo quería, pero Laura tenía entonces diecinueve años. Era yo el que debí frenar aquello.

Alonso ya me lo había advertido tiempo atrás.

—No te acerques a mi hermana.

—No me acerco a ella.

—No soy imbécil, Míkel. Veo como la miras. ¡Es una cría! No quiero tener que volver a repetírtelo.

Cuando Alonso me lanzó esa advertencia, Laura tenía diecisiete años. Yo, seis más. Hacía tiempo que ya no vivía en su casa. De hecho, acababa de volver de la Academia de Policía de Ávila y estaba en Gijón, de vacaciones, antes de incorporarme a mi destino; uno que me alejaría de ella por mucho más tiempo.

Ni siquiera esa distancia me sirvió. Para entonces, ya era incapaz de evitar que se colara en mis sueños y no sabía qué hacer. Sentía que la estaba fallando; que, con mi deseo desbocado, no la estaba protegiendo. Laura no podía ser para mí.

Me mantuve firme en esa convicción hasta dos años después, en el fatídico día del bautizo de los hijos de Alonso en que todo se me fue de las manos. Pasé del Cielo al más terrible de los Infiernos en apenas unos minutos.

Nos habíamos pasado todo ese día juntos. Desde el momento en que nos habíamos visto, apenas nos habíamos separado. Después de casi cuatro meses sin verla, aquello estaba siendo como alcanzar el Paraíso. Hablamos, reímos, nos contamos los cambios en nuestra vida. La noche fue cayendo en el jardín del hotel donde se celebraba el bautizo. Y ese velo nocturno también nos ofreció una intimidad cada vez más buscada. Los niños seguían jugando. La familia charlaba, ya más bebida de la cuenta. Los amigos empezaban a desparramar demasiado. Y ella y yo decidimos alejarnos un poco de allí y pasear por los jardines del hotel.

Ni siquiera llegamos a pisarlos. Cuando doblamos la esquina del edificio, Laura me observó de soslayo y rasgando esos preciosos ojos azules llenos de vida. Le mantuve la mirada en silencio. Y, cuando dio un paso hacia mí y apoyó su mano en mi vientre, me dejé llevar. Tomé su nuca con una mano y, desesperado, me lancé a sus labios. Ni siquiera me planteé parar aquello. Ese pensamiento quedó totalmente anulado en mi cerebro cuando ella me respondió con la misma pasión que yo albergaba. Pegó su cuerpo al mío y se perdió junto a mí en la espiral de deseo de la que no pudimos salir en mucho tiempo.

Recuerdo su cuerpo sensual atrapado entre la pared y mi pecho. Esa noche, lo recorrí con mis

manos casi de forma enfermiza. Al principio, de manera insuficiente sobre la tela de ese adictivo vestido que llevaba. Después, colándome por debajo y llegando a mis rincones más añorados. Nos perdimos juntos en aquella locura y soñamos con que aquello podía ser posible.

Aun a pesar del tiempo transcurrido, todavía podía recordar sus gemidos suaves sobre mi oído; su cuerpo desnudo, sometido al mío, mientras la penetraba en la parte trasera de mi coche; sus pequeños pechos sobre mis ojos, mientras me cabalgaba como una poderosa amazona. Solo con rememorarlo me excitaba. De hecho, en ese mismo momento, me encontraba dentro de mi BMW, en mi plaza de aparcamiento de la Comisaría de Policía Nacional de Oviedo, y esperando a que todo cediera y acabase con esa erección que se clavaba con dolor hasta en mi propia alma.

¡Dios! Añoraba cada retazo de su cuerpo, su adictivo aroma, la calidez de su piel… Pero, sobre todo, su risa; esa que había desaparecido después de aquel mismo día y que nunca volví a escuchar dirigida a mí. Echaba de menos sus confidencias, sus planes o que simplemente me buscara para contarme cómo le iba, o para mantener una charla insustancial sobre la última película que hubiera visto o sobre cualquier cosa que se le pasara por la cabeza. Me encantaba tenerla cerca y sentir la comodidad que ella no camuflaba estando a mi lado.

Eso fue algo que sucedió desde muy pronto, desde muy niña. Siempre halló en mí el refugio que no la dio su hermano para lidiar con su día a día. En innumerables ocasiones, escuché su relato doloroso tras salir del colegio y la tuve que abrazar para aportarle seguridad ante lo que vivía. Pero, cuando ella encontraba la calma en mí y brotaba su sonrisa, me sentía pleno. La acompañé en multitud de ocasiones en situaciones que hubieran acabado con cualquiera, pero no con ella. Laura es de ese tipo de gente fuerte y valiente que, además, no temen expresar sus emociones. De hecho, siempre he pensado que la gente más aguerrida es aquella que no teme mostrar su sensibilidad frente al mundo.

Yo no soy así y no lo he sido nunca. No he sido un cobarde, pero a veces he envidiado su valentía. Siempre he preferido mostrar la misma imagen de mí mismo. Era el modo de protegerme cuando estaba más hundido. Ella se reía de mí y me recordaba que las tortugas tienen un caparazón muy duro porque por dentro son muy blanditas. Y nunca se lo pude negar. Por eso, su presencia me desestabilizaba tanto y me ahogaba en la impotencia. Y, por eso mismo, Laura era capaz de lidiar con todo aquello mucho mejor de cómo yo lo hacía.

Nunca volví a acercarme a ella. Lo valoré, pero no pude. Me pusieron en una encrucijada y elegí lo que creí que sería lo mejor, sobre todo, para Laura. Esa dicotomía, además, no me la puso cualquiera.

Después de nuestro primer encuentro, nos fuimos a mi coche y allí nos demoramos mucho más tiempo. Cuando todo acabó, decidimos volver por separado. Ella salió primero. Pero, cuando cinco minutos más tarde fui a seguirla, alguien me estaba esperando fuera. La frialdad con la que me recibió Alonso me dejó claro que no había palabras que pudiesen esconder lo ocurrido ni, por supuesto, calmarlo. Por eso, cuando descargó un puñetazo sobre mí, ni siquiera traté de evitarlo. Lo asumí y no luché por frenar su ira. Le había traicionado. A pesar de que me lo había advertido, yo había faltado al compromiso que tenía con él. Había minado su confianza y le había mentido.

—¡Es una cría! —me gritó, preso de cólera.

En realidad, Laura no lo era. Ya había dejado de serlo hacía mucho tiempo. Su madurez era más que evidente, pero entendía que su hermano la siguiera viendo de ese modo. Dejó escapar por su boca múltiples reproches que me hirieron de muerte. Para Alonso yo me había convertido en un ser subversivo y degradante. Intenté explicarle lo que sentía por Laura, pero no me creyó. Y no se quedó ahí. Me mostró a las claras que yo no podía ofrecerle nada a su hermana más que

una Asturias perdida en mis propios anhelos, cuando ella ya estaba volando libre hacia un futuro prometedor lejos de allí. Me exigió que no volviese a acercarme a ninguno de ellos en lo que me quedaba de vida. Me amenazó incluso con cometer una locura si lo intentaba. Y eso me destrozó.

Lo hice por ella y por la que hasta el momento había considerado mi familia. No volví a la celebración. Me monté en mi coche y me fui de allí. No quería que aquello terminase abriendo una grieta entre ellos por mi culpa. Pero, sobre todo, no quería ser un lastre para Laura. Era cierto lo que me dijo Alonso. Laura siempre poseyó unas alas que la podrían llevar muy lejos. Tenía una mente clara, creativa, inspiradora. No debía convertirme en el ancla que la amarrase a puerto. Tenía que dejarla marchar mar adentro para que recorriese el mundo que se la ofrecía. Pero, sobre todo, para que lo hiciese libre, sin ataduras que la pudiesen condicionar en sus decisiones.

Desaparecí durante meses para todos. No volví a hablar con Laura, ni con Alonso, ni con nadie de la familia. A pesar de las llamadas reiterativas de los que consideraba casi como mis padres, no hice nada para volver a verlos. Por supuesto, respondía, pero colgaba rápido bajo excusas burdas. Aquella situación me dolía demasiado como para dilatarla. Los encuentros casuales por la calle los resolvía con la misma rapidez. Hacía las preguntas de rigor y finalizaba abruptamente, bajo una tensión evidente.

Solo cuando el cáncer me arrebató a mi propio padre, un año después, volvimos a encontrarnos en el camino. No con ella, aunque entendí su ausencia. La excusa que me dieron no fue suficiente para cubrir lo que yo sabía perfectamente que pasaba. Ya era demasiado tarde para poder restablecer un corazón al que yo había dañado de aquella forma con mi huida. Era lógico que, después de no volver a verla, ni llamarla, ni escribirla, Laura hubiese decidido apartarme de su camino y, por supuesto, no transitar por el mío, ni siquiera bajo esas circunstancias. No la merecía la pena volver a encontrarse con esa persona que había dilapidado su confianza, con aquel tipo que le había fallado de la manera más cruel.

Pero, el hecho de comprenderla, no me libró de sufrir el daño por saberla tan lejos. Me dolió de forma inhumana recibir un único mensaje de *«Lo siento mucho»* cuando perdí a mi padre. Un solo WhatsApp, felicitándome tras mi alta en el hospital, cuando me hirieron de bala. O su *«Me alegro. Espero que seas feliz»* cuando anuncié mi compromiso. Y no. No lo fui porque, entre otras cosas, aquel matrimonio fue una tortura tóxica en la que ni siquiera sabría decir por qué me metí, cuando ya intuía cómo era Aitana. Lo curioso de todo aquello fue que, en los momentos más oscuros de ese tránsito, Laura apareció en mi mente para sanarme con su recuerdo y para insuflar el aire limpio que necesité muchas veces.

Sin embargo, las cosas sí mejoraron con Alonso. Aquel primer infortunio nos dio la posibilidad de volver a acercarnos, poco a poco, muy lentamente. Años después y con mucha paciencia, conseguimos restablecer nuestra amistad. Los cimientos no eran los mismos. Ni siquiera se asemejaban a la solidez de aquellos que yo había quebrado. Aun así, me sirvieron y traté de demostrar al que había sido mi hermano que podía confiar en mí de nuevo.

Nunca volví a acercarme a Laura de aquel modo. Nuestros encuentros se volvieron cada vez más fríos y distantes. Y mientras mi amistad con Alonso se fue restaurando, con ella la degradación siguió su curso. Con, además, un factor añadido: el del amor escondido que sufría y que me mataba cada vez que volvía a verla.

Dejé que ese último pensamiento me absorbiera mientras perdía mis ojos a través del cristal de la ventanilla del coche. Las finas gotas de lluvia resbalaban sobre él, tal y como si se tratase de una metáfora de lo que sentía mi corazón en esos momentos. Expulsé el aire de entre mis dientes con muchísima fuerza. Mis labios esbozaron la rígida mueca de la rabia constreñida, de la impotencia. Tensé mi mandíbula mucho más de lo que mis molares podían soportar y volvieron a

azotarme los flagelos del arrepentimiento, de la añoranza, de la pesadumbre más amarga.

Pero, de pronto, unos golpes en el cristal de la otra ventanilla me sacaron de aquel marasmo. Miré hacia allí y vi a Loles, mi compañera. Abrí el cierre de seguridad y ella entró en el habitáculo.

—¡Odio Asturias! —Reí en silencio—. ¿No os quitáis la nube de encima nunca?

—No te quejes. Llevábamos una semana con sol y treinta grados hasta ayer. Además, al mediodía volveremos a torrarnos. Si quieres este verdor, debes dejar que las nubes entren.

—No me convences, Inspector Caveda.

—Pues ya sabes lo que hacer, sub-inspectora Durán.

—Sacar una nota más alta para volver a mi amada isla. —Loles era tinerfeña y le hubiera encantado poder quedarse allí, disfrutando del clima balsámico de su tierra natal. Pero su nota en la oposición de inspectores la había degradado «al País de los godos más godos de toda la Península», como ella nos llamaba—. Hoy toca día jodido, ¿eh?

—Sí.

Efectivamente. Tal y como había dicho Loles, el día no iba a ser tranquilo. Teníamos una operación para detener a un prófugo de la justicia italiana. Íbamos a llevarlo a cabo durante el habitual paseo que hacía con su perro en el Parque de Invierno, de Oviedo. Tanto Loles como yo habíamos formado parte del equipo de investigación y ahora nos tocaba la guinda final. Sin embargo, la adrenalina típica que me invadía ese tipo de días no aparecía por ningún lado. Todo lo contrario. Estaba sumido en una apatía que, a cada minuto que pasaba, me consumía más.

—Te noto mal.

Sonreí con suavidad. Nos conocíamos ya lo suficiente como para poder leernos entre líneas.

—No es nada. Es solo que no he pasado buena noche.

—¿Y eso? ¿Hubo algún empeoramiento en el hospital?

—No, ninguno. Las dos operaciones fueron bien, y Elena y Samuel están estupendamente. Antes de que empecemos, llamaré a Tere, la hermana de Samuel, para ver cómo han pasado la noche.

—Entonces, ¿por qué me parece que tu cara no es solo porque hayas extrañado la almohada?

Bajé la mirada y reí en silencio. El gesto desapareció enseguida y mis labios volvieron a teñirse con la nostalgia que me asediaba. Cada vez que mi mente volvía a Laura era como si me asestasen una nueva puñalada profunda.

—No es nada —musité.

Pero el radar de mi compañera ya se había puesto en marcha. Volví mi atención hacia ella. Me observaba con una sonrisa pícara y los ojos rasgados.

—¿Qué pasa con la hija que volvía de Ibiza? ¿Llegó?

Me armé con mi habitual hermetismo.

—Sí. Llegó por la noche y ya se ha quedado al frente de la Casona.

—¿Y tú dormiste allí?

—Sí, claro.

—¿Con ella? —insistió divertida.

La fusilé con la mirada.

—No.

Loles amplió su sonrisa y, dándome unos toquecitos en la pierna con su mano, sentenció:

—Ya imagino, entonces, el porqué de esa cara.

Reaccioné de inmediato.

—¡Eh! ¡No te líes, Durán! Ya te lo dije ayer. Son como mi familia.

—¿Te he contado alguna vez que me lie con mi primo Pablo en su Primera Comunión? —Directamente, cogí el tirador de la puerta y me dispuse a salir del habitáculo. Loles me siguió todavía más jovial—. Vaya, vaya. Pensé que nadie podía entrar en tu palacio de hielo, mi dulce Elsa. —Cerré el coche con fuerza y le clavé la mirada bajo una clara advertencia. Le dio lo mismo—. ¿Desde hace cuánto que nos conocemos? ¿Dos años?

—Y tres meses —añadí con desgana.

—Dos años y tres meses, y creo que no he visto esa cara de perrillo lastimero por una tía en todo este tiempo.

—Loles —le advertí cortante.

—¡Oh! ¡Venga ya! ¿No me lo vas a contar?

—No hay nada que contar.

Y metiendo las manos en los bolsillos de mis vaqueros, emprendí el camino hacia la puerta de la comisaría. Loles trotó un poco hasta ponerse a mi altura.

—¿Y cómo se llama?

—¿Cómo se llama quién?

—¡Vamos, Caveda! —Tensé mis labios—. ¡Dame el nombre! ¿Qué quieres? ¿Que lo averigüe por mi cuenta?

—Te estás montando tú sola una historia que no hay.

—Claro, claro… —Y comenzó a carcajearse con ganas—. Por eso estás así de tenso. Venga, compañero. ¿Qué pasa con esa chica que hace que tu habitual arrogancia desaparezca?

—¿Arrogancia? —la demandé molestó.

—En el buen sentido, Caveda. En el buen sentido. Pero, venga, dime. Qué es lo que hay para que esa pose severa se haya transformado en melancolía.

—¡De qué vas, Durán! ¿Melancolía también?

—A raudales. A mí no me engañas. Te llevo observando desde mi coche diez minutos. ¡Pareces un alma en pena! Solo te he visto así de afligido cuando se murió tu gato.

Comprimí la mandíbula, pero el sonido de mi teléfono nos ahorró una respuesta hiriente. Me puse en alerta. Era demasiado temprano para recibir una llamada personal. Lo saqué del bolsillo trasero de mis pantalones y vi el contacto que me demandaba a esa hora.

«Alonso».

Cerré los ojos e imaginé la razón de su premura. Me paré en la puerta de la comisaría para hablar con él antes de entrar. Loles se alejó, pero solo unos metros y se mantuvo más atenta de lo que me hubiera gustado.

—Hola, Alonso.

—¡Ey! ¡Míkel! ¿Te cojo bien?

Su tono de voz trataba de ser relajado, pero lo conocía demasiado para saber que había una tensión que intentaba controlar a duras penas.

—Sí, no te preocupes. Todavía no he entrado.

—Te llamaba para ver qué tal había ido todo ayer. Acabo de hablar con mi tía y me ha dicho que te quedaste en la Casona con Laura a pasar la noche. No sabía que lo harías… —Ahí estaba, su quebradero de cabeza, su miedo y el mío propio. Tomé aire despacio, casi rendido, y eché mi rostro hacia atrás mientras cerraba los ojos. Nunca desaparecería de él su recelo al igual que yo no podría desvanecer lo que sentía por Laura—. Mi tía ya me ha dicho que mi madre te lo pidió. Y, bueno, solo te llamaba para decirte que no es necesario que vuelvas a pasar la noche allí. Acabo de hablar con Emma y va a coger un vuelo para Oviedo…

Le corté de inmediato.

—Espera, espera. ¿Qué estás diciendo?

—Que Emma va a subir a ayudar a Laura. Es demasiado trabajo para mi hermana sola. Y tú, además, tienes el tuyo. No tienes por qué cargar con más responsabilidades…

Tensé mis labios al escuchar cada una de esas excusas.

—¿Y qué me dices de tus hijos? Porque estamos a jueves, y tú tienes que trabajar todavía el viernes y la semana que viene.

—Lo he hablado con Emma y creo que, si les compramos hoy la Play 5, con el *God of War*, el *Gran Turismo* y el *Call of Duty*, y les dejamos varias pizzas en la nevera, será suficiente para tenerles entretenidos las ocho horas que yo estoy fuera de casa. Además, solo serán unos pocos días. Ya sabes que el miércoles empiezo mis vacaciones y pretendía subir. Con estos seis, no me da la nómina para más. —Y soltó una risa tensa e impostada.

No me podía creer lo que estaba escuchando. Estaba desesperado por evitar que Laura y yo estuviésemos a solas en la Casona.

—Alonso…

—De veras, Míkel, no te preocupes. Ya has hecho suficiente.

—Alonso, escucha…

—Tú, además, estás a hora y pico de allí. Es una paliza que tengas que subir después de salir de trabajar.

—Alonso… —susurré sin apenas fuerza, al verme consumido por sus temores.

—Además, Emma está encantada. Ya sabes lo que le gusta Asturias y seguro que unos días allí, sin todos estos, la vienen bien. Si yo pudiese, también me iba, no te creas.

—Alonso —le corté con firmeza. Y decidí encarar de frente el tema que él eludía—. No voy a quedarme más a dormir en la Casona. —Su silencio posterior me confirmó lo que ya venía sospechando. No le forcé. Ante todo era mi amigo, mi hermano. Pero no podíamos seguir dando vueltas al fantasma que todavía nos asediaba—. Laura me ha dicho que no necesita ayuda y que no hacía falta que estuviese más tiempo allí. Solo pasé la noche por no tener que volverme tan tarde. Pero nada más. No tienes que preocuparte por nada.

Trató de esconderse.

—Míkel, no… no es eso. No estoy preocupado. Es solo que… Ya has hecho suficiente por mi familia. No es necesario… —Tomé aire de forma tan profunda que le llegó la gravedad de mi ánimo—. Eh, oye —susurró—. No te lo tomes a mal.

—No me lo tomo a mal.

—De veras. Solo lo hago para no causarte más problemas.

—Alonso, tengo que colgar.

—Sí, vale. De acuerdo. Lo siento. No te molesto más. No te preocupes. Ya, si eso, hablamos esta noche y…

—Te llamo. Pasa buena mañana.

Y colgué antes siquiera de escuchar su despedida.

Respiré despacio y llevé a mis pulmones un aire que no aligeró el malestar que me golpeaba hasta las entrañas. Dejé la mirada perdida y la rabia volvió a invadirme por todo. Por Alonso, por mí, por mi cautela, por mi condena. Pero, sobre todo, por ella. Por traicionarla. Por no haber luchado. Por no haberle dado voz cuando debí hacerlo. Por haber perdido la oportunidad de estar con la mujer a la que le hubiera entregado mi vida. Por saber que, por mucho que hiciera, nunca más volvería a recuperar su afecto.

Unos pasos a mi espalda me sacaron de inmediato de aquel bucle. Miré a Loles. Se había

colocado a mi lado en el más absoluto silencio. No duró mucho. Volvió su rostro hacia mí y, cuando logró enlazar su mirada a la mía, preguntó:

—¿Era la almohada?

Me sonreí a mí mismo.

—Más o menos.

7
LAURA

Mi abuelo siempre fue un rebelde. Con sus ochenta y cinco años a las espaldas, era incapaz de engañar a nadie. Ni su boina, ni sus pantalones de pana atados con un cordel de esparto, ni sus calcetines azules a juego con sus alpargatas, ni su camisa blanca, abotonada como el más noble señor, podían diluir la esencia irreverente que le constituía. Siempre fue así y nunca se lo escondió a nadie. De hecho, eso era lo que más fascinaba a mi abuela. Tras su pérdida, esa llama indomable e inconformista se fue diluyendo demasiado rápido. Sin embargo, había ocasiones en las que volvía a recordarnos que aún quedaban ascuas muy vivas en su interior.

Por eso, cuando lo vi a aparecer en el parking de la Casona con su amigo Selmo, ambos montados en el Chevrolet *Corvette Stingray* descapotable y al ritmo de 'Highway to Hell', de *AC/DC*, supe que su espíritu revolucionario se había levantado a tope ese día. ¡Qué imagen icónica! ¡Madre! Varios tipos que pasaban en ese momento de camino hacia la Santina se pararon y les grabaron con sus teléfonos móviles. Yo hubiera mandado ese vídeo directo a la feria de ARCO. Surrealismo en estado puro.

Le sonreí en la distancia y alcé mi brazo para saludarlo con la mano. Mi *güelu* dio dos golpecitos en el claxon del Chevrolet para responder. Y, cuando sonaron los últimos acordes de la melodía, apagó el motor. Fue lo que me bastó para dejar la silla que estaba colocando y salir corriendo hacia allí. Cuando llegué a su altura, él ya estaba cerrando el descapotable con ese aire indomable de perdonavidas que siempre le había gustado mostrar.

—¡*Güelino*! —Y me lancé a sus brazos.

Mi abuelo, que ya no tenía el equilibrio para esos impulsos, dio un traspié al no poder soportar mi embestida. Pero, afortunadamente, el lateral del coche lo frenó. Después, me envolvió en sus brazos huesudos.

Mi *güelu* Bras pertenecía a la línea Sapiens-Sapiens de la que os hablé al principio. Era muy delgado, consecuencia directa de pasar por una posguerra guisada a base de muchos *arbeyos*[2], pero pocos cachopos. A pesar de todo, era muchísimo más alto que los hombres de su generación. Sin embargo, su altura no la habíamos heredado, ni su hija ni su nieta. Sí, mi hermano Alonso. De hecho, ambos se parecían bastante físicamente, salvo porque mi hermano había ido desarrollando en los últimos años la imagen de un CEO de manual, tal y como si lo hubiesen sacado directamente de una de las empresas del Ibex-35. Cuando lo miraba, no sabía si iba a su trabajo como médico o a dirigir el hospital. A menudo me preguntaba dónde había quedado esa vocación con la que había iniciado la carrera, porque el espíritu sanitario estaba cada vez más diluido en su vida.

Mi abuelo, afortunadamente, no había perdido nada de su esencia. Incluso mantenía su leve melenita de eterno rockero. Visto en conjunto, con unos vaqueros y una camiseta, irradiaba una imagen muy similar a la de Mick Jagger. Con menos morritos, eso sí. Y si al propio Mick Jagger no le hubiera importado envejecer como al resto de la humanidad.

—¡La *mio* Laura!

—Gracias por traerme el coche.

—Te *traxi tamién* lo que *precisabes* del *Alimerka*. —No se podía tener un abuelo mejor.

Además de traerme el coche, me hacía la compra—. *El pan, los güevos, el xamón Serrano, el xamón York, la margarina, l'aceite, les llechugues, los tomates…*

—¡Oh! ¡Gracias, *güelu*!

Y, al escuchar la otra puerta del coche, me giré para saludar a Selmo, el amigo de mi abuelo.

—Buenos días, Selmo.

—*Bonos díes*, Laurina. —Y, volviéndose a mi abuelo, exclamó—: *Acaldía* que pasa, *ta* más guapa.

—Gracias, Selmo. Y gracias por venir tanto ayer como hoy con mi abuelo.

—*Nun hai* de qué, *neña* —respondió, sonriente.

—*Oi*, Laurina —me llamó mi abuelo—. Tenemos que *baxanos* rápido porque *quedáramos* para *xugar* a la petanca con Xosé y con Millo. Que mañana *ye'l tornéu*.

Un torneo de *güelos* importantísimo para la comarca.

—Sí, Vale. No te preocupes. —Y empecé a cargarme en los brazos las bolsas del *Alimerka* —. Ya se han ido todos los huéspedes. Los que tenían que marchar hoy, ya lo han hecho. Hasta las tres, no vienen los nuevos. Amelia se fue hace veinte minutos. Así que, si te parece, cierro la casa y os bajo.

—*D'alcuerdu*.

—Esperadme ahí sentados.

Y les señalé las mesas del jardín que estaban a la sombra. Las nubes se habían marchado y el sol golpeaba ya con bastante fuerza. Mi abuelo y su amigo se armaron con sus garrotes y comenzaron a bajar despacio el caminito que llevaba hasta esa zona. Los seguí de cerca por si las moscas. Pero esos dos *güelos* nos engañaban a todos. Su apariencia frágil escondía décadas de ejercicio en sus piernas a base de subir monte. Esos gemelos tenían más musculatura que los del propio Dwayne Johnson. Pero el equilibrio… ¡Ay! El equilibrio ya era otra cosa.

—Laurina, —me dijo mi abuelo tras llegar allí y sentarse en la silla—, *sáquesnos unes cerveces*.

—Sí, ahora mismo. He visto que había 0%.

—Da igual si *son o non* —exclamó Selmo.

Pero negué con rotundidad. ¡Cómo para meterles alcohol! En el cuerpo de esos dos había más pastillas que en una fiesta en Ibiza.

—Voy a por ellas.

Y les dejé allí, a la sombra de un haya salvaje que descansaba parte de sus ramas sobre el jardín de la Casona.

Crucé la puerta de entrada y, cargada con las bolsas, caminé hacia la cocina. Las dejé sobre la encimera y fui sacando los productos y guardándolos en los armarios. Eché un vistazo para ver si había algo más que hubiese que comprar, pero no recordé nada. Así que cogí los dos tercios de Estrella Galicia 0%, junto con unas patatas fritas, y se lo llevé.

—*Gracies*, Laura.

—De nada, *güelu*.

Pero, antes de que pudiera irme, Selmo me lanzó la habitual indirecta, que ese día fue bastante más encañonada que de costumbre. Vamos, como un *cross* en todos los morros.

—*Colo bona* ama de casa que *seríes*… ¿Cuándo vas a encontrar un *noviu* al que cuidar tan bien como a *nós?*

Le clavé mis ojos con una mezcla entre malestar y cansancio. Pero no hizo falta que respondiese nada. Mi abuelo salió al ataque.

—Laurina *nun* necesita a *naide*.

—*Yo nun dixi que precise a naide, pero* no es bueno *qu'una muyer* esté sola.

A ver, entendedme. No le iba a soltar a Selmo, con sus ochenta y cinco años, un alegato sobre el empoderamiento femenino. Podría. Pero de eso ya se encargaba mi abuelo. Ya se sabe que donde hay confianza…

—*Les muyeres, agora,* viven *soles* y bien que les va, *Selmo.* A los que nos va mal *ye a nós* sin *elles, ¿verdá,* Laurina*?*

—Verdad, abuelo. Sin nosotras, estáis perdidos.

Sin embargo, Selmo siguió en sus trece.

—*¿Ye* que *non* te gusta *nengún mozu?*

—Me gustan —respondí.

Y mi abuelo añadió entre risas:

—Pero para un *ratu*.

Le dio igual. Selmo volvió a la carga.

—*Equí* tenemos *bonos homes* casaderos de la *to edá.* Mira Pelayín. —Y temblé un poquito. O un muchito. ¡Venga, va! Para qué engañaros. Solo escuchar el sobrenombre de Míkel hizo que revoloteasen en mi vientre un puñado de mariposas. Pero no romanticonas; no, qué va. Estas venían cargadas de pura libídine en el batir de sus alas. ¡Ay!—. Ese sí que *ye* un *bon mozu,* ¿eh? Alto, fuerte y *guapu.* ¡El más *guapu de toos!* —Pues, mira, eso sí que no se lo iba a negar—. Y *desque* se divorció*, nun* se volvió *xuntar* con *naide.* Que me lo *dixo ayeri*.

«Mmm…».

Bueno, pues ahí estaba. Información de primera mano sobre la vida amorosa de Míkel. El hecho de que viviese a ochenta kilómetros de donde lo hacía Selmo, no le impedía a ese viejo octogenario estar más informado que yo misma de si Míkel había vuelto a rehacer su vida. Eso y la poca vergüenza a la hora de encarar esos temas directamente. Si la revista *Hola* conociese a Selmo, le ponía en nómina.

—Ya… Bueno, voy a terminar de cerrar las ventanas de la casa, si os parece, y os bajo.

Y hui de allí despavorida. Al nombrar a Míkel, me estaba viniendo abajo.

Durante toda la mañana, no había dejado de dar vueltas a lo que había sucedido en el dormitorio, cuando vino a despertarme. No había podido desprenderme del recuerdo de sus dedos rozando mi cara y, sobre todo, mis labios. Seguía estremeciéndome cuando lo evocaba. Y no. Esa vez no se trataba de Arturito, os lo aseguro. Pero, después, la forma que tuvo de aferrarse a mi mano, de mirarme, de esconderme lo que le sucedía… Eso sí que me había desestabilizado totalmente.

«¡Jolines, Míkel! A ver si con suerte no vuelvo a verte en todos estos días!».

Pero me daba la sensación de que aquello iba a ser bastante difícil. Por mucho que Míkel no fuera a dormir en la Casona, lo cierto era que entraba dentro de las posibilidades que volviésemos a coincidir. Si Míkel fuera de otra forma, si su compromiso con mis padres nos fuese tan férreo, quizá no tendría que preocuparme de que apareciese. Pero no era esa su naturaleza. Míkel adoraba a mis padres y siempre estaría dispuesto a hacer lo que le pidiesen. De hecho, mi madre confiaba más en él que en sus dos vástagos.

Motivos, es verdad, que le habíamos dado. Demasiados, quizá. A Alonso y a mí siempre nos faltó esa nobleza con la que Míkel contaba. Y eso, al final, se sabe. Mi madre nos amaba. Éramos sus hijos. Pero, en las cuestiones vitales, prefería llamar a Míkel. Él nunca fallaba.

Además, era resolutivo a rabiar. No en vano, el día anterior, con su apendicitis en curso, había sido a él a quien telefoneó primero. No a mi hermano, el médico. Por si no quedaba claro.

«Pero yo no. ¡Ni muerta! Ya veré cómo me las arreglo. No pienso llamarlo, aunque se me caiga la casa encima. No quiero volver a encontrarme con él en estos días. No puedo tenerlo cerca. No puedo…».

Me sentía muy vulnerable con su proximidad. Míkel se había convertido en mi eterna debilidad; una que dolía demasiado y con la que me agotaba tener que lidiar. Lo necesitaba lejos para, al menos, tener la posibilidad de seguir mi vida sin el esfuerzo extra que me suponía su presencia.

Con ese pensamiento derrotista, me dispuse a subir las escaleras hacia los dos pisos superiores de la Casona. Amelia había dejado las ventanas de las habitaciones abiertas para que se aireasen y debía cerrarlas antes de marcharme.

Subí el primer tramo hasta la primera planta. Pero, cuando me dispuse a hacerlo hacia la segunda, mi inquietud empezó a rebelarse. Me aferré al pasamanos de roble y alcé los ojos hacia arriba. El tramo de escalera en esa zona se volvía mucho más estrecho, casi como si se encaracolara. No en vano, por él se accedía a las dos últimas habitaciones de la casa. Eran abuhardilladas y, por esa razón, se enclavaban bajo la angostura de la techumbre.

Hacía años que no subía a esa planta porque su estructura me intimidaba demasiado. Esa era quizá la zona de toda la casa donde me sentía más inquieta. El soberbio forjado, a base de grandes vigas, generaba demasiada oscuridad, demasiado estrechamiento, me ahogaba, me aprisionaba. Además, el vello de mi nuca se erizaba allí como si fuera Espinete.

No me lo pensé y volví a tararear a mi adorado *Mika* en mi dilatado ascenso.

—*«Sucking too hard on your lollipop. Or love's gonna get you down. Sucking too hard on your lollipop…»*.

Comencé a subir los escalones de uno en uno y repitiéndome a mí misma lo que me había dicho durante toda la mañana: que allí no había nadie más que yo; que lo que vi por la noche solo fue fruto de mi imaginación; y que no podía seguir funcionando como una cría asustadiza con veintinueve años. Pero, sinceramente, el crujir de la madera de los escalones no ayudaba.

«Tengo que decirle a mi padre que llame a Ramón para que venga a arreglarlos. O echar *Tres En Uno*. Yo creo que eso servirá también para la madera, ¿no?».

Al llegar al piso, mi inquietud se tiñó de estremecimiento. Me encogí sobre mí misma y me crucé de brazos. No entendía cómo podía perder el control de aquella manera.

Decidí hablarme en voz alta para romper ese silencio mortecino.

—A ver, empiezo por la de la izquierda, cierro la ventana, reviso que todo esté en orden y ya está. Me voy para la otra, hago lo mismo y ¡libre para irme de una vez de aquí!

Me dirigí hacia esa primera habitación con la llave maestra en mano y la encajé en la cerradura. Abrí, recorrí la estancia hasta la ventana, cerré y me alegré de funcionar con un mecanicismo tan efectivo. Pasé al baño, revisé que todo estuviera en orden y en su sitio. No hacía ni falta. Amelia sabía mucho más de cómo ordenar esa casa que yo misma. Volví al dormitorio, recorrí con mis ojos la belleza apolínea de la cama *ensandwichadora*, confirmé que no había nada fuera de lugar y salí.

Y, entonces, me topé de frente con una circunstancia que agitó todo mi cerebro. Las pulsaciones de mi corazón se dispararon y un escalofrío recorrió toda mi columna. La puerta de

la otra habitación de aquella planta estaba totalmente abierta.

«Eso no estaba así antes».

Ninguna de las habitaciones permanecía abierta después de que Amelia saliese de ella. Era una cuestión de seguridad. Pero, además, yo había pasado por delante de esa puerta hacía no más de dos minutos y estaba cerrada. Y no. Por allí no había cruzado ninguno de los huéspedes. De hecho, los de esa habitación se habían ido ese día. Y, si hubiesen sido otros, los hubiese visto o escuchado. La zona no era tan amplia para que alguien pasase desapercibido.

Intenté tragar para decirle a mi amígdala que se serenase, que seguro que había una explicación lógica a todo aquello.

«Además, los fantasmas no salen a las doce de la mañana, Laura. Eso lo sabe todo el mundo».

O, quizá, no.

—¿Hola? —canturreé casi en una súplica. Pero no hubo respuesta—. *Güelu, ¿yes tú?*

Pero mover a mi abuelo de su reposo a la sombra, con el fresquito del río, su cerveza, sus patatas fritas, y subirlo hasta ahí arriba, sí que hubiera sido un caso paranormal de estudio. Cerré los ojos y empecé a respirar muy despacio para calmarme. Moví los dedos de mis manos repetidamente, como si de ese modo pudiese desprenderme de la tensión que agarrotaba todos los músculos de mi cuerpo. Levanté la cabeza, abrí los ojos y volví a toparme con la habitación. Tragué con dificultad y di un paso al frente. Mi cuerpo tembló, pero me obligué a dar otro, y otro más y otro.

Pasé dentro de aquella estancia. La recorrí entera con mis ojos. La cama de matrimonio estaba perfectamente hecha, con una colcha de un blanco puro cubriéndola entera. Los dos cojines floreados descansaban sobre las almohadas con una simetría perfecta. A ambos lados del cabecero, las dos mesillas de noche albergaban sendas lámparas de estilo retro con un dibujo de líneas azules en sus mamparas. Y, bajo ellas, las piruletas de fresa que solíamos dejar a los huéspedes cada día. Llevé mis ojos hacia el escritorio y, de ahí, al frente, al armario bajo, de un solo metro de alto, que cubría toda la pared de caída del techo de la buhardilla. En el lienzo superior de esa pared estaba la ventana abierta, a una docena de pasos. Solo tenía que ir hacia ella, cerrarla y confirmar que el baño estuviera bien. Pero mi cuerpo estaba cada vez más agarrotado.

Caminé hacia el fondo de la estancia con intención de cerrar la hoja de la ventana. En el momento en que estaba llegando a ella, sentí que me cubría un intenso olor a flores. La sensación fue similar a como si ese aroma me hubiese traspasado y, después, se perdiese más allá. Me di la vuelta para seguir la estela que dejaba a su paso. Pero un crujido a mi espalda me hizo volverme con rapidez. Sentí la amenaza allí mismo, delante mía. Perdí mi visión periférica, dejé de escuchar, de oler, de sentir, y mis ojos solo atendieron a la pequeña puerta del armario bajo de la buhardilla que se abría muy lentamente.

Las pulsaciones de mi corazón se descontrolaron y mi respiración se descompensó. Me envolvió un sudor frío, el agarrotamiento de mi garganta se hizo más evidente y, sobre todo, la pérdida de control. Ni siquiera fui consciente de lo que mi cerebro registró. Todo se convirtió en una nebulosa difusa que golpeó con saña sobre las paredes de mi cráneo. Sin embargo, mi retina albergó de forma manifiesta una única cosa: la pequeña mano que aferró el borde de la madera desde dentro.

La sensación de peligro venció a mi bloqueo y una voz dentro de mí se abrió paso con fuerza:

«Huye».

Consternada, me volví con premura y me obligué a correr hacia la puerta. Estaba mucho más lejos de lo que la recordaba, como si la habitación se hubiese expandido y tuviese que recorrer más metros para llegar hasta ella. Me sentí incapaz de alcanzarla, pero sabía que lo que había detrás de mí me seguía. Y lo hacía desde muy cerca. Escuchaba sus pasos. Escuchaba su risa.

Ni siquiera fui consciente de traspasarla y me lancé directamente hacia la escalera de bajada. Me abalancé sobre los escalones como si pudiese cruzarlos todos de golpe. Pero, al sentir la inestabilidad, supe que estaba perdida. Mi pie osciló en la madera de uno de ellos, no me sostuvo y perdí el equilibrio. Después, todo vino sobre mí. Caí rodando por las escaleras y sentí cómo cada escalón se clavaba sobre mi cuerpo: el costado, el hombro, las piernas, la espalda, la rodilla… Duró poco. El fuerte impacto que recibí en mi cabeza me hizo perder la conciencia de lo que estaba sucediendo. Todo se volvió negro y dejé de percibir lo que había a mi alrededor.

8
LAURA

Perdida.

Esa era la mejor palabra para describir cómo me sentía. Perdida, entre el torrente de pensamientos. Perdida, entre las palabras. Perdida, entre las imágenes. Pero, también, me encontraba atrapada en una espiral terriblemente peligrosa de angustia y desasosiego.

Apenas recordaba lo que había sucedido. Las imágenes inconexas que albergaba mi mente solo me devolvían el momento en que había subido a las habitaciones de la buhardilla. Después, nada. Volvía a establecer conexión con lo sucedido tras el accidente, ya con mi abuelo sosteniéndome y con el sonido estridente de las sirenas de la ambulancia de fondo.

Y, después, todo el caos.

Dos guardias civiles haciéndome preguntas.
La angustia de mi abuelo.
Los miembros del equipo médico.
Más preguntas.
El collarín.
La camilla.
La subida a la ambulancia.
Mi abuelo, de nuevo.
El roce de su mano con la mía.
Y, después, el cierre de puertas y el trayecto hasta el hospital.
Nada más.

Cuando trataba de evocar lo sucedido previamente, no conseguía alejar la negrura que envolvía esos momentos. Sin embargo, no todo había quedado plasmado en vacío. Mi mente se veía asaltada por una sensación extraña. Me invadía la percepción de un olor a flores excesivamente realista, pero que, sin embargo, no me devolvía la serenidad que ese aroma debería transmitir. Todo lo contrario. Me generaba muchísima inquietud, y las pulsaciones de mi corazón se disparaban y me golpeaban el pecho.

—Se denomina amnesia disociativa —me explicó el médico de urgencias que me trataba—. El TAC está bien y la angiografía no nos devuelve nada que nos haga sospechar daño cerebral. Así que esa amnesia, sin duda, es debida al acontecimiento que ha vivido. El estrés provocado por la caída es el que puede haberla desencadenado.

—No lo entiendo.

—Su mente vivió ese momento como un episodio traumático y decidió eliminar todos esos minutos. Puede que lo vuelva a recordar esta misma noche, o mañana, o dentro de unas semanas o, incluso, nunca.

—Y el olor a flores.

—El mismo cerebro, quizá, rescató un recuerdo para intentar paliar ese momento de estrés agudo.

Pero yo no terminaba de confiar en esa posibilidad. Ese olor me provocaba demasiada perturbación, demasiado miedo. Y la hipótesis a la que apuntaba todo aquello me estremecía mucho más.

La cantidad de horas que llevaba en el hospital ayudaron a incrementar toda esa angustia. Mi tía Tere consiguió que la dejasen entrar a verme. Fue ella la que me puso al tanto de todo. Mi teléfono móvil se había quedado en la Casona y no había podido hablar con nadie. No sabía qué estaba ocurriendo y, sobre todo, me preocupaba mi abuelo.

—Tranquila, *pitxin*. No llores, mi niña, que la tía Tere ya está aquí y se encarga de todo. Los *aitas* están bien. Acojonados contigo, pero bien.

—¡Dios! ¡Con lo que tienen encima, ahora esto!

—¡Eh! —me espetó con dureza—. Ni una lágrima más, Laurina. ¡Ni una lágrima más! Tu abuelo ya está más tranquilo después de que con él hablaras. Y, además, los de la Guardia Civil ya lo han dejado con Selmo en Villanueva. Y el *aita* y la *ama*, también más tranquilos están. Así que, ahora, a cuidarte tú. Yo me subo para la Casona y me encargo de todo.

—Es tardísimo…

—Pues si ya han venido los clientes, que se esperen. Yo les cuento lo que ha pasado y seguro que no te ponen mala nota en el *boquin* ese. Y si la ponen, pues a joderse y ya está. Las cosas, en la vida, vienen como vienen. Y así hay que asumirlas. Dar vueltas sobre lo que se podría haber hecho no nos lleva a nada más que a sufrir, *pitxin*. Y de sufrimiento ya vamos sobrados.

Pero su sabiduría no me servía de consuelo, sobre todo, tras hablar con mi hermano Alonso. Después de que mi médico de urgencias me dijese que iba a terminar el informe para que pudiera irme a casa, apareció en mi habitación otro facultativo. Pensé que, quizá, habían decidido hacerme alguna otra prueba antes de darme el alta. Pero no se trataba de nada de eso.

—Hola, soy el Dr. Solís, del Departamento de Cardiología. He venido porque tu hermano Alonso y yo nos conocemos desde hace años. Y, bueno, se ha puesto en contacto conmigo, me ha contado lo que había pasado, y me ha pedido que bajase y te diese mi teléfono para poder hablar con él.

Y allí me dejó con la llamada abierta de mi hermano que, en cuanto soltó la pregunta de rigor de *«¿Cómo estás?»* y recibió la respuesta, no tardó ni dos segundos en descargar sobre mí todo su malestar.

—¿¡Es que eres incapaz de hacer nada a derechas!? Solo te pidieron una cosa: ¡Que te encargases de la Casona! Y vas y te caes por las escaleras. ¡No se puede ser más torpe, joder! ¡Es que no piensas, Laura! ¡No piensas! ¡Siempre igual! No se te puede confiar nada. ¡Tienes veintinueve años! Con la edad que tienes y sigues funcionando como una auténtica cría. ¡Mis hijos actúan con más cordura que tú, joder! Porque, dime, ¿¡qué demonios vamos a hacer ahora!? Tengo una operación mañana. ¡No puedo subirme a Asturias! ¡No puedo pedir esos días libres! Hasta el miércoles que viene no tengo mis vacaciones. ¡Eras tú la que tenías que haberte encargado de todo! ¡Ostia! ¡Que no es tan difícil!

Siempre pensé que una de las características básicas que debían tener los médicos era la empatía. Después de Alonso, me quedó claro que no era algo necesario. Con tal de que no se desmayen en el quirófano, ya no se requiere más. Y esa capacidad la pueden tener hasta los psicópatas.

Terminé colgándolo y, bajo la mirada de circunstancia del cardiólogo, le devolví el teléfono. Se había quedado fuera durante la conversación, pero, en cuanto volvió y vio el desconsuelo en mi cara, leyó entre líneas.

Cuando el cardiólogo se fue, perdí la mirada a través de la ventana. El sol ya estaba cayendo.

Apenas quedaba rastro de sus rayos y el cielo había teñido sus nubes con un tono rosado y violáceo, que cada vez estaba más atenuado. Bajé mi rostro hacia las sábanas blancas que cubrían la cama. Me dejé invadir por el desasosiego creciente, dejé de controlar mi ánimo y me deshice en lágrimas. No podía más. Todo lo ocurrido se me vino encima. Me invadió la culpa en la que me había ahogado mi hermano. Pero, también, la rabia por permitir que todos sus reproches nocivos me volviesen a herir, como siempre pasaba. Estaba asustada, dolorida, conmocionada. Sin embargo, él no solo volvía a dejarme sola ante mis miedos, sino que aprovechaba la oportunidad para ahogarme un poco más en ellos y reprochármelo todo.

El remolino de perturbación creció mucho más. Los gritos de angustia de mi abuelo volvieron a golpear mi corazón con saña. La desazón de mis padres se me clavó en la mente. La imagen de mi tía, teniendo que ir sola de un lado a otro y a la carrera, me revolvió la escasa quietud que había tratado de alcanzar en vano. La responsabilidad mal avenida me destrozó y me desestabilizó de tal forma que dejé de ser consciente de todo lo que me rodeaba.

Llevé las rodillas hacia mi pecho y dejé caer la cabeza sobre ellas para poder esconderme. Lloré amargamente por mi falta de cordura. Porque, aunque no lo tenía muy claro, mis sospechas apuntaban a una única razón por la que podía haber tenido ese accidente. Y eso me hacía sentirme estúpida; demasiado estúpida.

Sin embargo, cuando más perdida estaba en ese pozo de amargura, unos pasos firmes al fondo del pasillo me sacaron de bruces de aquella espiral enfermiza. Me sequé las lágrimas rápidamente y miré hacia la puerta, pero ni siquiera pude esconder mi desasosiego con destreza. Él ya estaba allí apostado. Me observaba con preocupación y leyendo la pesadumbre que no había sido capaz de borrar de mi rostro.

Míkel no dijo nada. Clavó su mirada sobre la mía y avanzó despacio hacia mí. No pude aguantar su escrutinio y, mucho menos, la vergüenza que empezó a consumirme. Llegó hasta mi altura. Buscó mis ojos, pero yo los tenía escondidos. Míkel se sentó sobre la cama. Lo hizo de forma muy lenta, como si no quisiese perturbarme con esa cercanía. Después, llevó su mano a mi rostro y lo acarició con una suavidad enloquecedora. Envolvió mi mejilla y, solo entonces, me llamó.

—Laura. —Su voz sonó susurrante y con un mutismo cargado de notas de inquietud, a las que sometía con un control severo, aunque insuficiente—. Laura, mírame —me pidió con suavidad—. Elevé mi rostro hacia él. Me anclé a sus ojos castaños como antaño hacía. Encontré en ellos aquel cobijo que creí que había perdido, la confianza de no tener que esconder nada, la seguridad de saberme amparada sin que me juzgasen. De nuevo, me volvió a invadir esa calidez tan añorada que Míkel me transmitía y que ya no creía mía—. Dime que estás bien, por favor.

No, no lo estaba. Pero sabía que él podría ayudarme a restaurar todo lo que me había quebrado en las últimas horas. Por eso, volqué mi cuerpo sobre el suyo, apoyé mi rostro en su pecho y me dejé vencer sobre él. Míkel me envolvió en sus brazos y me guio lejos de todo el daño que me golpeaba. Me protegió de los látigos de la culpa y me alejó de aquella tela de araña que me asfixiaba por no haber respondido como se esperaba de mí. No puso límites. No se apresuró en ese reencuentro sosegado. No insistió en buscar mis explicaciones. Se transformó en mi refugio, tal y como siempre había hecho cuando lo necesitaba, y me permitió desaparecer momentáneamente para cobijarme en su abrigo.

Besó mi cabeza, acarició mi pelo. Llevó sus dedos a mi espalda y la recorrió despacio, con una delicadeza desmedida, mientras su otro brazo me rodeaba con fuerza. Me dejé llevar por el vigor con el que golpeaban sus latidos, por su respiración cada vez más profunda y pausada. Por primera vez en horas, alcancé la calma. Me permití disfrutar de la calidez que desprendía su

cuerpo y de la que me había visto privada durante demasiados años. Me aferré a él como si me fuera la vida en ello; como si fuese más consciente que nunca de lo que me había supuesto su ausencia y, ahora, ya no quisiese volver a perderlo.

—Laura, ¿qué ha pasado?

—Me caí por las escaleras.

—Eso es lo que me han contado. Pero ¿por qué? ¿Te tropezaste?

—No lo sé. No recuerdo nada; ni siquiera, el momento de la caída. Solo sé que subí a las habitaciones del piso superior. Pero tampoco me viene el instante en que llegué arriba.

Se separó levemente y trató de buscarme con su mirada. Envolvió mi rostro en su mano y, de nuevo, lo hizo con una suavidad que me estremeció de pies a cabeza.

—Tu médico cree que sufres una leve amnesia por el estrés de la caída, pero a nivel neurológico me ha dicho que está todo bien. —Asentí en silencio y él intensificó la potencia de sus ojos castaños—: ¿No recuerdas nada de verdad o es que te da vergüenza contarlo? —Ni siquiera había abierto la boca, pero Míkel había empezado a atar cabos con la noche anterior y ya sospechaba lo que yo misma presentía: que aquella caída conllevaba mucho más que un tropiezo accidental. ¡Si es que a *poli* no le ganaba nadie!—. Sabes que puedes decírmelo —insistió.

Bajé la mirada y me escondí de su escrutinio.

—No escondo nada, Míkel. No sé lo que pudo pasar. Te lo prometo…

—No es necesario que me lo prometas. —Y bajó su rostro para tratar de hallar mis ojos de nuevo. Cuando los enlazó, aseveró—: Te creo, Laura. Pero quiero que tengas claro que puedes contármelo. Sea lo que sea. —No pude lidiar con su cariño y mis ojos se cargaron de lágrimas. Sinceramente, creo que, si en vez de actuar como un *poli* malo, Míkel se dedicase a interrogar a los criminales como lo hacía conmigo, se los llevaría a todos de calle y conseguiría cualquier declaración que quisiera. O cualquier cosa que le apeteciera porque, ¡ay! ¡Dios! ¡Qué bien olía encima, jolines! Ese aroma que desprendía… Yo no huelo así de bien después de ocho horas de trabajo—. ¿De acuerdo, Laura?

Asentí despacio y, después, dejé la mirada baja. Su cercanía y su afecto me estaban empezando a pasar factura. Mi cuerpo comenzaba a reclamarlo de una manera alarmante y esa vulnerabilidad ante él me hacía sentir muchísimo peor de lo que ya estaba.

Míkel deslizó sus dedos de mi mejilla, a mi mentón, a mi cuello, por mi hombro. Y lo hizo con una deliciosa cadencia que volvió a hacerme temblar.

—¿Tienes frío?

Frío... ¡Ay! Si fuera el frío, todo sería mucho más sencillo.

—El aire acondicionado está un poco fuerte.

Qué le iba a decir, ¿verdad? Dignidad ante todo.

Míkel miró de un lado a otro. Pero, al no encontrar lo que diantres buscara, me propuso:

—Voy a preguntar en el control de enfermería si pueden darme una manta o…

—No es necesario.

—Los pijamas de hospital son demasiado ligeros. Tienes toda la espalda descubierta…

—De verdad, Míkel, que no. Mi médico me ha dicho que me va a dar el alta ya. Me tapo con la sábana hasta que la traiga. —Y tiré de ella. La llevé hasta el cuello y me quedé ahí debajo, como si esa simple tela pudiese protegerme de lo que mi cuerpo sentía al tenerle a dos miserables palmos de mí. Traté de normalizar aquella situación—. ¿Quién te avisó?

—Cuando vi el teléfono, tenía varías llamada de tu abuelo, tu madre, tu padre y tu tía.

—Jolines…

Míkel acarició mi pierna sobre la sábana. Fue un gesto espontáneo, como si fuese lo más

normal entre nosotros. Lo fue durante mucho tiempo, pero de aquellos años ya apenas quedaban más que los recuerdos.

—Estaban preocupados, Laura. No había nadie aquí contigo.

—Ya.

—No pude venir antes. Lo siento.

—No pasa nada.

—Teníamos una operación importante y dejé el teléfono en la taquilla todo el día. No lo vi hasta que salí…

—Míkel, por favor. No te disculpes. Ya estás haciendo demasiado.

—No, no es demasiado.

—Sí, lo es.

—No, Laura. —E imprimió una pausa a la que añadió la fascinante fuerza que poseían sus ojos castaños—. Nunca será demasiado. Sabes, perfectamente, lo importantes que sois para mí. Sobre todo tú.

Me eché hacia atrás. Sí. Es un gesto que suelo hacer cuando estoy leyendo algo y no entiendo lo que sucede. Y, en ese preciso momento, no comprendía nada. Para mí fue como si Míkel se hubiese puesto a hablar en *klingon*. No discernía la razón de esa precisión. O quizá sí, pero ni quería planteármelo.

Él no lo dejó pasar. Al ver mi reacción, su semblante se cargó de desasosiego y, nervioso, bajó la mirada. Lo he dicho bien. Nervioso. Ya era la segunda vez en el día que lo veía así y esa actitud no formaba parte de su habitual talante. Vale que Míkel tenía un porte de seguridad y solidez excesivo. A veces no sabías si estaban hablando con un humano o con el *cyborg* requeteduro de *Terminator*. Solo a los más cercanos nos dejaba traspasar esa puerta y ver la ternura, la serenidad, la flexibilidad, la delicadeza y la empatía que también formaban parte de su mundo. ¿Pero ese nerviosismo inquieto y cargado de incertidumbre? No, eso no era de él. Para nada. A Míkel no le temblaba ni un párpado aunque viese reventar la Luna delante de sus narices.

—Míkel… —musité como rogándole una respuesta a su turbación evidente.

No me la dio. Sin mirarme a los ojos, siguió interrogándome.

—Estabas llorando cuando he llegado. —Volvió a elevar la mirada. Ya no había ni un ápice de la inquietud previa—. ¿Qué te pasaba?

No quise insistir y decidí responder a su pregunta.

—No… no es nada. Es solo que se me vino todo encima.

—¿El qué?

—Pues lo que ha pasado, el hecho de haber preocupado a mi abuelo, a mis padres, tener a mi tía corriendo con el coche de un lado a otro… —Y añadí en un susurro—: Y a ti también, cuando podrías estar… no sé…

«Con alguien que te dé menos problemas que yo…».

—¿Y qué más?

—No… No hay nada más. Bueno, sí. Alonso me llamó a través de un cardiólogo del hospital y me tocó las narices.

Míkel entornó su mirada y comprimió su mandíbula. Él conocía a mi hermano mejor que nadie y sabía de sus salidas de tono. Con el resto, por cierto. Alonso, con Míkel, ni se planteaba esos arranques; o, al menos, yo no los había presenciado nunca.

—¿Qué te dijo?

—Lo de siempre —respondí molesta—. Que si soy una torpe, que no sé hacer nada bien, que funciono como una cría. Me ha echado en cara que no pueda encargarme de esto yo sola… —Su gesto se ensombreció—. Sabes cómo es.

—Quiero mucho a tu hermano. Pero, a veces, es un auténtico gilipollas. —Me sacó la sonrisa —. Tienes derecho a tener accidentes como cualquier otro. Así que no asumas una responsabilidad que no te corresponde.

—Ya, pero esto supone mucho más caos…

—Pues que lo suponga, Laura. Ya saldremos adelante.

«Saldremos…».

Nada me gustaría más. A pesar de todo, me encantaba tenerlo allí conmigo.

9
LAURA

Estuvimos en aquella habitación unos veinte minutos más. En ese transcurso de tiempo, Míkel me prestó su teléfono para que pudiese hablar con mi abuelo de nuevo. Me tenía especialmente preocupada. Un *feedback*, por cierto, que mi adorado *güelu* no me devolvió.

—*Toi na tabierna* de Pablo.

Jugando al mus.

Y «llorando mucho», me aseguró. Aunque me imaginaba que enjugaría aquellas lágrimas ganando envites.

—*Si ye* que me *dixeron* que *yá tabes* bien —dijo para seguir excusando lo inexcusable.

Entendedme. Tampoco quería que mi familia me guardase luto, pero irse al bar mientras tu nieta sigue en el hospital con un guarrazo con el que la podría haber diñado…

—¡Ale, abuelo! ¡Sigue con tu partida! No te preocupes por nada, ¿eh?

—Pero ¿*tas* bien?

—Requetebién.

También hablé con mi tía que, como no, se había hecho con la Casona en dos segundos. Me mantuvo a la espera, mientras terminaba de hablar con un cliente sobre las bondades de la sidra vasca frente a la asturiana.

—La vasca más amarga es. Y más ácida. Y más fuerte. Y no necesita una temperatura tan baja para estar buena. No hay peor infierno que tomarte una sidra asturiana caliente, ¿verdad? Pues eso a la vasca no pasa. —Cuando quiso hablar conmigo, ya había convencido al huésped de que tenía que viajar a conocer su tierra adoptiva. *Dumping* en estado puro. Después, volvió a mí —. Entonces, ¿esta noche subes, *pitxin*?

Miré a Míkel que, a escasos centímetros de mí, podía escuchar toda la conversación sin necesidad del manos libres. La vehemencia a la hora de hablar de mi tía daba para eso y mucho más. Él me susurró:

—Según te diga el médico. Pero, si no pone inconveniente, yo te subo.

—Míkel dice que me subirá.

A lo que mi tía, respondió enseguida:

—¡Si es que no solo es un tiarrón, sino que más buena gente es! Con unos cuantos años menos, yo a por él iba. —Llevé mis ojos hacia Míkel que, por supuesto, lo había escuchado claramente y había comenzado a reír en silencio—. Yo no entiendo como todavía soltero anda. Las debe tener a pares detrás de él todos los días.

—Bueno, tía…

—¡Con lo guapo que es, mi Pelayitxu! ¿A qué está guapo?

Ni me planteé responder a eso.

—Luego te confirmo, tía, lo de si subo o no...

—Pero ¿a qué está muy guapo mi Pelayitxu?

—Después hablamos, ¿vale? *Agur*, adiós.

Y colgué rápido, aunque no lo suficiente para que Míkel borrara la sonrisa divertida que dibujaban sus labios.

—No le has respondido —sugirió canalla y con una voz extremadamente grave.

—¿Qué quieres que le diga?

—Lo que opinas sobre lo que te ha preguntado —siguió jugando.

—¿Que necesitas? ¿Que reitere lo que ella ya piensa, que estás muy guapo? ¿Es eso? —le desafié sin amilanarme.

Y me costó, que quede claro. Hacía demasiado tiempo que no tenía con él ese clima distendido, ligero y travieso del que habíamos disfrutado durante años. Pero, además, es que lo tenía sentado a un lado de la cama, frente a mí, demasiado cerca para obviarlo, demasiado lejos para añorarlo; relajado, con sus ojos clavados sobre los míos, con su cuerpo levemente inclinado hacia mí, con su aroma invadiéndome entera, con su potente fisonomía poniendo a prueba mi autocontrol, mi locura y mi deseo. Pues sí, mi querida tía. Míkel no estaba guapo, no. Estaba tan jodidamente bueno como para dejarse empotrar por él hasta perder el conocimiento. Lo único que tenía muy claro era que, como siguiera mirándome dos segundos más con esa fascinante sonrisa, iba a terminar lanzándome a sus labios para devorarlo.

—¿Qué ocurre, señor inspector de policía? ¿Necesita que le digan esas cosas para subirle la autoestima?

—Mi autoestima está muy bien. Gracias —respondió con una serenidad petulante—. No necesito de halagos para mantenerla alta. —Y me miró aún más divertido—. Pero sigues sin responder a la pregunta.

Cogí de nuevo su teléfono, se lo tendí y le aseveré mordaz:

—No tengo muy clara esa seguridad que intentas mostrarme. Creo que sí que vas a necesitar a alguien que te lo diga. Vamos a preguntárselo a mi madre, ¿te apetece? Siempre has sido su ojito derecho. Ya lo sabes. Seguro que no te defrauda.

Míkel rio en silencio. Tomó el teléfono de mi mano y lo desbloqueó para buscar su contacto. Pero, en ese preciso momento, le entró una llamada de mi hermano. Torció levemente sus labios y colgó. Después, volvió a la agenda de contactos.

—¿No le contestas?

No dulcificó su respuesta.

—No.

—*Wow!* ¿Hay tensión en vuestro club privado de machos alfa? —Entornó la mirada y, de paso, me advirtió con ella. De inmediato, cerré el armario de burlas y escarnios. Ahí había tema —. ¿Por qué no le respondes?

—Porque, si lo hiciese, lo primero que haría sería mandarle a la mierda. Y, ahora mismo, no me apetece discutir con él.

Aluciné con lo que estaba escuchando. Estaba muy perdida. No tenía ni idea de que hubiese problemas en ese paraíso idílico que ambos se habían montado desde hacía años.

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

—No.

—¿Entonces?

—A veces, hay que pararle los pies a tu hermano. Si lo hago ahora, vamos a terminar mal.

—¿Pero por qué?

No me lo escondió más.

—Porque no me gusta que te trate de la forma en que lo ha hecho.

El cosquilleo de mis hombros se transformó en una descarga intensa que recorrió toda mi espalda con la misma potencia que el estallido de una supernova. Del aleteo de mi vientre, mejor ni hablamos. Solo os digo que bajó más allá de esa cavidad y llegó hasta mis zonas más

erógenas. Tuve que tragar muy, pero que muy despacio.

Pulsó el contacto de mi madre y me tendió el teléfono. Lo cogí, pero también le sonreí para agradecerle el gesto. Él desvió la mirada hacia la ventana. Y yo lo seguí observando mientras hablaba con mi querida progenitora. Le informé de que en breve me darían el alta. Y, de paso, me recreé en recorrer el perfil del rostro de Míkel.

Que si estaba guapo, preguntaba mi tía. Estaba arrebatador. Los años le habían otorgado una madurez que, no tenía duda, debía enloquecer a toda la Comisaría de Policía de Oviedo y a medio Gijón, por extensión habitacional. Poseía una mandíbula angulosa y definida, con unos pómulos marcados, una frente ancha y despejada. Tenía muy apuntados los arcos superciliares, lo que otorgaba a los ojazos que tenía una mirada mucho más oculta que a la mayoría y, por tanto, mucho más misteriosa y sugerente. Pero, sobre todo, me encantaba su piel lisa, suave y ligeramente morena, como si estuviese siempre bronceada. Contrastaba perfectamente con la mía. De hecho, esa disparidad me gustaba tanto que, antaño, solía deleitarme solo en contemplar la diferencia. Y él me lo permitía. En realidad, Míkel siempre me lo permitió todo. Me lo dio todo. Hasta que, también, me lo arrebató todo.

—Sí, mamá. No te preocupes. En cuanto me den el alta, subiré a veros… Sí… Sí, se lo diré. Sí… Está aquí conmigo, sí. —Míkel desvió los ojos hacia mí al intuir que hablaba de él—. De acuerdo, te lo paso. —Y le tendí el teléfono—: Te quiere decir lo guapo que estás.

Míkel me sonrió de lado y cogió el móvil. Se levantó de la cama para acercarse a la ventana y habló con mi madre dándome la espalda. ¡Y qué espaldas, joder! ¡Y qué culo! ¡Y qué brazos, por Dios! Ese día se había puesto otros vaqueros y los llevaba sostenidos con un cinturón de cuero negro, de la misma tonalidad que sus botas de estilo militar que llevaba a medias de abotonar. Y para completar el atuendo de *poli* malo fuera de servicio, una camiseta negra con un cuello de pico bastante sugerente. ¿Básico? Sí. ¿Efectivo para dejar una cola de humanos encandilados y babeantes a su paso? También. Estaba para mojar pan y no dejar gota.

Llevaba la camiseta metida por dentro del pantalón, pero se había deslizado hacia fuera en uno de sus costados, así, como muy causal. Hasta un leve descuido en él quedaba para anuncio de *Mens' Health* sobre tíos buenorros en momentos relajados. Fantaseé con la posibilidad de metérsela e ir más allá. Sentí un estremecimiento al imaginar lo que sería rozar de nuevo su piel con mis dedos, acariciar su cintura, deslizarme por su cadera, su ingle; introducirme más allá y aferrar su pene entre mis manos, deleitarme con su dureza, con su firmeza, con sus graves gemidos envolventes y evocadores de la más excelsa lascivia. Soñé con traerlo, de nuevo, a mí y me dejé llevar por mis más ahogados anhelos. Lo vi perfectamente en mi mente, diez años atrás, embistiéndome con una fuerza demoledora antes de someterme al placer de un brutal orgasmo.

El monitor de signos vitales, al que me tenían enchufada, empezó a pitar. Míkel se volvió de inmediato y yo giré mis ojos hacia la pantalla.

Frecuencia cardiaca: 180.

«Genial».

—Perdona, Elena, te llamo en un minuto. —Míkel colgó la llamada y, desconcertado, voló hacia mí—. Laura, ¿qué te pasa?

—Nada —murmuré.

Míkel llevó su mano a mi rostro y lo acarició.

Giré el cuello hacia el monitor.

Frecuencia cardíaca: 190.

En fin…

—Laura, mírame.

Lo hice.

—No es nada. Es solo que…

Tomó una de mis manos entre las suyas. No pude responder y empecé a abanicarme con la otra. De pronto, hacía mucho calor. Demasiado. Estaba condenada a arder por un deseo apresado que sostenía a duras penas.

«¡Ay! ¡Dios! ¡Qué tortura de hombre! ¡Leche!».

Por la puerta apareció una enfermera que, rápidamente, se acercó hasta mí.

—Hola, hola —canturreó como si nada—. Vamos a ver qué ocurre.

Míkel se apartó como un resorte, se levantó y la dejó espacio libre. Pero aquella nueva dinámica ya me había echado por encima un jarro de agua lo suficientemente fría como para que mi ritmo cardiaco empezase a estabilizarse.

—No es nada —empecé a decir. Y aproveché para hacerme un moño alto con la goma violeta de mi muñeca—. Es solo que…

—¿Nos hemos puesto un poco nerviosa por algo? —sugirió burlona la enfermera.

Ni respondí. Terminé de anudar la goma al burruño en el que engarcé mis mechones, aunque sentí perfectamente el rubor en mis mejillas, mi cuello y mis orejas.

Míkel iba a terminar conmigo.

10
LAURA

En vista del incidente, tardaron más tiempo en darme el alta. Hasta que mi médico de urgencias no se convenció de que todo estaba bien, no pude salir de allí. Me advirtió que el dolor de cabeza me duraría unas cuantas horas más y que podría sufrir algún vértigo leve.

—Si mañana sigue con vértigos, vaya a su médico de atención primaria para que le recete la medicación para frenarlos.

Me pautó unos analgésicos y me indicó cuáles serían los factores de alarma para volver a urgencias. Me retiraron la vía. Y, cuando llegó el momento de irse, todo se complicó mucho más.

—¿Dónde está tu ropa, Laura?

Mi ropa.

—En ese armario de allí. Pero no te preocupes. Ya la cojo yo.

—De acuerdo. Te espero fuera.

Míkel salió de la habitación y cerró la puerta tras él. Me quedé dentro de la estancia totalmente sola. Caminé descalza hacia el pequeño armario, lo abrí y descolgué el vestido rojo de tirantes con el que había llegado; otro de mis *outfits* playeros con poco recorrido en Ibiza. Cogí también mis sandalias planas de tiras blancas y aproveché para ponérmelas.

Volví con el vestido a la cama, lo dejé sobre el colchón y me dispuse a desabrocharme los nudos a mi espalda que sostenían el pijama hospitalario. Lo intenté una vez. Y otra. Y otra. Imposible. Mis uñas no daban para deshacer esos tres nudos del Infierno. Intenté quitármelo por la cabeza, pero el agujero era tan estrecho que me fue imposible. Lo intenté de un modo, de otro, invoqué a Houdini, maldije a los sanitarios de urgencias con tanto ímpetu en atar nudos. Y, al final, sentí un vértigo tan intenso que tuve que tirarme en la cama. Me quedé ahí tumbada, con los ojos cerrados y sintiendo como mi cabeza daba vueltas sin parar.

«¡Jolines! ¡Lo que me faltaba! Dependiente total».

No sabría decir cuánto tiempo estuve así, pero tuvo que ser bastante como para que Míkel se impacientara. Escuché dos pequeños toques sobre la puerta.

—¡Pasaaaaa! —No sé si me oyó, pero la hoja de madera se abrió despacio y Míkel asomó su rostro por la rendija. Al verme tumbada, su expresión se tornó en preocupación—. ¡Estoy bien! ¡Estoy bien! —Me apresuré a decir—. Es solo que me he mareado un poco. Ya has oído que va a ser normal y que no debemos preocuparnos a no ser que… que… —Me di por vencida—. No me acuerdo.

Míkel sonrió de lado.

—A no ser que el dolor de cabeza se vuelva repentino e intenso, aparezca dolor en el pecho o dificultad para respirar.

—Menos mal que estabas tú aquí para enterarte de todo.

—Lo tienes apuntado en el informe.

—¿Dónde está el informe?

—Ahí.

Y señaló al piecero de la cama. Bufé para mostrar mi malestar conmigo misma. Míkel bajó su rostro y se sonrió. Después, se sentó a mi lado.

—¿Ha pasado el vértigo?

—Sí. Voy a levantarme.

—¿Necesitas ayuda?

—No. —Dudé—. Creo.

Míkel volvió a esbozar un suave gesto y me observó mientras me incorporaba muy despacio sobre mi costado. Me quedé sentada a su lado en la cama hasta que estuve segura de que todo andaba en orden. Después, me incorporé y él lo hizo conmigo. Fue, entonces, cuando lo miré inquieta. Abrí los labios y lo observé en silencio. Temblaba solo de imaginar la ayuda que necesitaba. Enseguida se adelantó a mi demanda. Era imposible esconderle nada.

—¿Qué ocurre, Laura?

—No puedo… desabrochar… los nudos de la espalda.

Su mirada se tornó apacible. No encontré en ella el nivel de desasosiego que a mí me consumía. Todo lo contrario. Y eso me llevó a sentirme demasiado vulnerable frente al pasado que compartíamos. Bajé la mirada. La vergüenza me traspasaba sin tregua. Me giré y le di la espalda. Míkel tomó la primera lazada, la más próxima al cuello, y comenzó a lidiar con ella.

—Sí que se han esmerado en hacer el nudo —se quejó.

Pero sus palabras, aunque relajadas, no consiguieron moderar la virulenta descarga que recorrió mi columna. No me rozó en ningún momento, pero sentía todo su torso clavado sobre mi cuerpo y su fascinante envergadura cubriéndome entera. Y eso me desestabilizaba y me enajenaba a partes iguales. Cerré de nuevo los ojos e intenté que la nostalgia que ahogaba mi anhelo no se apoderase de mí.

Consiguió deshacer la lazada. Pero, antes incluso de poder apartarme, noté sus dedos posándose por debajo de mi omóplato. Comenzó a acariciarlo de manera muy suave, delicada, casi frágil, vacilante. Temblé.

—Tienes un hematoma muy grande aquí.

Giré levemente mi cuello, pero no pude mirarlo. Aun así, me obligué a responder con una chascarrillo que no consiguió aliviar mi turbación creciente.

—Tengo más. En la pierna, la cadera, el chichón de la cabeza… Parece que acabo de salir de un combate de *Steel Cage*.

Subió su caricia hasta el hombro. Mi desasosiego se hizo más evidente. Pero, en el momento en que percibí su respiración dura y profunda, me atravesó una oleada de deseo y dejé de percibir lo que me rodeaba con claridad. Giré mi cuello por completo y me encontré con su rostro. Estaba apenas a unos centímetros del mío. Sus ojos me absorbieron, me llevaron a un momento anterior que había sido nuestro, pero que nunca debió pertenecernos. Míkel bajó su mirada y la depositó sobre mis labios. Ardí entera. Mi boca clamó desesperada que acudiera en su busca. No lo hice. Tenía muy claro que no volvería a atravesar ese sendero.

Bajé mi rostro y, muy despacio, me aparté de él.

—Creo que ya puedo sacármelo por la cabeza.

Míkel no escondió su turbación. De hecho, parecía perdido, inquieto y ni siquiera me miró cuando volvió a hablar.

—Esperaré fuera.

Y salió de allí deprisa. Lo vi marcharse y mi perplejidad se abrió paso.

«¡Dios! ¿Qué estás haciendo, Míkel? ¡Maldita sea!».

Diez años de distancia. Diez años de frialdad. Diez años de apenas unas pocas palabras en nuestros escasos reencuentros. Diez años de indiferencia, de desapego, de tibieza. Diez años en los que me repetí una y otra vez que lo que ocurrió entre nosotros no había supuesto para él más que un rollo de una noche. Y, en apenas unas horas, en las que habíamos relajado y distendido nuestro trato, había vuelto a sentir la energía mágica que nos enlazaba. No era un sentimiento que hubiese brotado solo de mí. No. Era la misma energía arrebatadora que nos había envuelto en el pasado, pero que, sin embargo, no había podido hallar en él nunca, después de lo que pasó.

Tras el bautizo, Míkel desapareció durante mucho tiempo de mi vida. Cuando volvimos a vernos, casi año y medio después, su desafecto y su distanciamiento fue siempre más que evidente. Con ello me dejó las cosas muy claras. Me puso el límite antes de que yo diera el siguiente paso. Además, me arrebató lo que habíamos ido construyendo en nuestro pasado. Y lo hizo hasta el punto de que se tornó casi en un extraño para mí. Yo no hice nada por revertirlo, es cierto. Cargaba ya con demasiado resentimiento a mis espaldas como para luchar por alguien que me había hecho tanto daño.

Por eso mismo no entendía qué demonios estaba pasando ahora por su cabeza. Ese maldito magnetismo ya no solo era fuente de mis propias añoranzas. Míkel me lo había mostrado de nuevo con una potencia tan evidente que era imposible ignorarlo. Había palpado su perturbación, su anhelo, su lucha interna, su desconsuelo. Todo un amasijo de emociones confrontadas que no había vislumbrado en esos diez años y que, a pesar de todo, me generaban muchísima desconfianza.

Porque había una cosa que tenía muy clara por encima de todo. Por mucho que Míkel me siguiese atrayendo, por mucho que lo desease como a ningún otro hombre, por mucho que se hubiese convertido en mi maldita debilidad, no iba a volver a acercarme a él de ese modo. Sabía qué sucedería después si volvía a caer en sus redes. Ya me lo había demostrado. Me había dejado muy claro lo que yo era para él, lo que podía ser y hasta dónde podía llegar. Y no; no me apetecía calentar su cama una noche para tener que lidiar con otros diez años de frialdad dañina.

Terminé de vestirme y cogí el informe de alta. Miré hacia la puerta y me obligué a salir por ella con toda mi inquietud, con todas mis dudas, con toda mi desconfianza y con todo mi desconcierto. Encontré a Míkel apoyado en la pared, a solo unos metros de donde estaba la habitación. En el momento en que nuestros ojos se encontraron, volví a leer todo ese torbellino emocional que lo ahogaba. Y yo me hundí en el más absoluto recelo. Sentí incluso la presión de su cercanía consumiéndome. Aquello iba cada vez peor.

Míkel trató de esbozar una sonrisa. No pudo. Su rostro cargaba con demasiada lucha interna como para hacerla creíble. De hecho, ya no destilaba ni esa arrogancia ni esa fortaleza con la que siempre solía pasearse por el mundo.

Ambos caminamos para encontrarnos en el pasillo. Él, con sus manos metidas en los bolsillos de los pantalones vaqueros, con la cabeza ladeada, los hombros firmes, la mirada suave. Yo, vacilante, a pequeños pasos, con la desconfianza como compañera y arrugando con mis manos el informe médico.

—¿Todo bien?

Asentí, bajé mis ojos y comencé a caminar con él a mi lado.

—¿Estás cansado?

—No. ¿Y tú?

Sí, la verdad. Pero no era por ahí por donde quería que fuera aquella conversación.

—Me da la sensación de que no estás muy bien.

Esbozó un gesto de sorpresa y luego se mantuvo en su negativa.

—Estoy bien, Laura. ¿Tienes hambre?

—Un poco.

—¿Quieres que pasemos por la cafetería antes de ir a la habitación de tus padres?

—No. Ya es muy tarde. Prefiero subir a verlos—. No porque no me apeteciese meterme entre pecho y espalda un bocata, a ser posible, jamón con pimientos. Qué va. Era porque me empezaba a resultar bastante incómodo permanecer a solas con Míkel. Y eso implicaba economizar situaciones para poder desprenderme de él cuanto antes. Si por mí fuera, después de ver a mis padres, me subiría en su coche, me haría la dormida hasta Covadonga y, cuando llegase a la Casona, me metería de cabeza en la cama para no seguir teniéndolo cerca. A pesar de todo, traté de ser amable. Míkel estaba estirando su día más de la cuenta por mi culpa y me estaba ayudando más de lo que debía—. ¿Tú tienes hambre? Porque, si quieres…

—No. Tranquila. Es mejor que subamos. Así, podremos cenar luego más tranquilos, sin prisa.

«Genial…».

—Si te mareas o te encuentras mal, dímelo, por favor.

—Sí, sí. No te preocupes.

—No quiero tener que recogerte del suelo, ¿vale?

Y me guiñó un ojo. Le sonreí como respuesta y, de paso, me di dos pescotazos mentales para espantar de mi mente la imagen de Míkel cogiéndome en brazos y yo desmayada, cual damisela en apuros. Sí. Muy *telenovelera*. Lo sé. Lo he mamado desde mi más tierna infancia. Mi madre me daba el pecho mientras se veía los capítulos de *Cristal* en TVE. Por muy poco meses que tuviera, eso se cuela por tu retina y tus oídos. Sobre todo por tus oídos. Porque, ¡por Dios!, ¿era necesario gritar tanto? No me extraña que ahora tenga tan poca tolerancia al ruido.

Fuimos a salir por la puerta de Urgencias que enlazaba con el edificio principal. Míkel la abrió y la sostuvo con una mano, pero se echó a un lado para dejarme pasar primero. Que tampoco hacía falta. Tengo dos manos y, hasta donde recuerdo, sé coordinar para realizar acciones complejas. Los pies no tanto. Por eso me caigo. Pero Míkel solía tener esos detallitos... ¡Va! ¡Para qué mentiros! ¡Me encantaba que los tuviera conmigo! Y, por cierto, solo me gustaban cuando provenían de él.

«Si es que, cuando tengo a este tío delante, me pongo muy ñoña, de verdad».

Crucé la puerta rozando su cuerpo y sintiendo una descarga intensa por esa cercanía imposible de eludir. Él me siguió hasta ponerse de nuevo a mi altura. De allí, desembocamos directamente a un pasillo y, después, al hall de entrada al hospital. Cuando llegamos a los ascensores, el silencio que nos acompañaba ya empezaba a desestabilizarme.

Pasamos dentro de la cabina, solos, sin nadie que pudiese distender aquel ambiente. Míkel pulsó el botón de la planta y yo me mantuve alejada de él, con la mirada clavada en el suelo, mis manos posadas a mi espalda sobre la pared del ascensor y sin proferir ninguna palabra. No pude aguantar así mucho rato y alcé despacio la vista para buscarlo. Míkel me observaba serio, en la misma posición que yo tenía y desde la pared de enfrente. No dijo nada. No me preguntó nada. Sus ojos, sin embargo, expresaban demasiado.

11
MÍKEL

La hubiera devorado. Lo juro. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no lanzarme a sus labios y follarla dentro de ese ascensor. Creo que lo único que me frenó fue lo que le había sucedido. Estoy seguro de que nada me hubiera parado si nos hubiésemos encontrado en esa misma situación y sin ese accidente de por medio.

Ya no podía soportar tenerla tan cerca y, al mismo tiempo, someterme a esa obligada distancia que me había impuesto años atrás. Durante mucho tiempo, pude lidiar con ello gracias a que nuestros encuentros eran demasiado cortos y siempre estábamos acompañados. Pero la situación nos estaba imponiendo una circunstancia que solo vino a ratificarme lo que ya intuía: que era incapaz de controlar lo que sentía por Laura y que tenerla a mi lado reavivaba la llama que había sido imposible apagar.

El mero hecho de sentir la piel de su espalda bajo mis dedos me había provocado un torrente de deseo que me había abrasado. Y eso había avivado mi mente, mis recuerdos, y había reactivado mi anhelo con una vehemencia que estaba acabando conmigo. Me había lanzado de nuevo al abismo de la duda, al infierno del autocontrol, al clamor que me instaba a rebelarme a lo que me había jurado que no volvería a hacer.

Desvié mis ojos de los suyos y deslicé la mirada por su cuerpo, tan pequeño y delicado, tan añorado y apetecible. Recorrí su cuello, esbelto y alargado, que se me mostraba completamente al haber recogido ese pelo rebelde que tanto me gustaba. Llevaba un simple vestido corto, de color rojo, con vuelo y que se sostenía por dos tirantes anchos; el típico diseño que llevaban muchas mujeres a la playa esos días. En Laura, estaba siendo mi perdición y mi condena. La silueta de sus senos se marcaba sutilmente en la suave tela y en lo único en lo que podía pensar era en el delicioso recuerdo de saborear sus pezones con mi lengua mientras ella se rompía en gemidos. Pero aquello no era lo único que me estaba volviendo loco. Cuando desaté el nudo de su espalda del pijama hospitalario, no había podido retirar mis ojos del *culotte* blanco con florecitas rojas que se había puesto ese día. Ese sutil diseño, tan *naïf*, tan de ella, había desbordado mi deseo de querer hacerla de nuevo mía. Era adictiva. Siempre lo había sido.

Volví a esos ojos azules tan claros y cristalinos. Laura me observaba con cautela. Cada vez la notaba más tensa y sabía por qué. Nos conocíamos. Ella no podía esconderme nada. Pero yo tampoco podía ocultárselo a ella. Leía, perfectamente, lo que estaba pasando por mi mente y eso le asustaba. A mí también.

Decidí acabar con aquello y dilapidar el deseo que me nublaba el juicio antes de cometer una locura. Me desprendí del sostén de la pared y di un paso hacia ella. Su turbación creció. Esa vulnerabilidad que siempre había tenido conmigo volvió a enamorarme. Sabía que todavía sentía algo; que el desprecio por cómo actué con ella no había acabado con todo; que su corazón vibraba como el mío cuando estábamos cerca. Lo había leído desde el primer momento en que habíamos vuelto a encontrarnos. Di otro paso más y otro, hasta que me puse enfrente. Alzó su rostro para poder mirarme a la cara. Y lo hizo altiva, segura de sí misma a pesar de su inestabilidad evidente. Me encantaba.

Era tan pequeña… Pero su altura no hacía justicia a su verdadera naturaleza. En realidad,

nunca lo había hecho. Laura era un gigante escondido en un cuerpo diminuto. Pero no por ello era incapaz de hacer temblar los cimientos de cualquiera. Su fuerza y su entereza, su afán de lucha, su capacidad de reponerse y adaptarse a cualquier situación adversa que se le cruzase, hablaban mucho más de su verdadera esencia. Y eso era lo que más me fascinaba de ella. Laura era de ese tipo de personas que les gustaba pasar desapercibidas, pero que serían capaces de liderar la revolución más inesperada. Era fuerte. Era valiente. Era inspiradora. Era, simplemente, maravillosa.

—Te noto mal —la susurré desde muy cerca.

Cada vez la encontraba más distante y más incómoda conmigo. Y no quería eso. Necesitaba que no volviese a alejarse de mí y que me ayudase a encontrar un punto medio en aquel infierno de cautela.

—Estoy cansada. Solo es eso. Tengo ganas de ver a mis padres, pero también de terminar este día.

Las puertas del ascensor se abrieron y Laura se dispuso a salir. Lo hice con ella, pero busqué una proximidad que pudiese reconfortarla. Coloqué mi mano sobre su hombro con una caricia muy suave y la rodeé con mi brazo. No sabría decir por qué lo hice. Quizá porque solo quería confirmar que aquellas horas juntos estaban sirviendo de algo; o porque estaba tan desesperado por volver a su vida que necesitaba cubrirla con el cuidado y con los gestos que antaño ella aceptaba.

Laura cerró los ojos y tomó aire muy despacio. Y yo me deshice. No me rechazaba, pero percibía su tensión de forma tan dañina como un puñal clavándose en mi cuerpo. Habíamos perdido la naturalidad de la que antes gozábamos y, en ese mismo momento, creí que nunca volveríamos a saborear su dulce sabor. Sin embargo, cuando me disponía a apartarme, Laura llevó su cuerpo sobre el mío y se acurrucó en mi costado. La sostuve con más fuerza y llevé mis labios a su cabeza para dejar un beso con el que apenas pude expresar toda la aflicción que me desbordaba. Percibí su estremecimiento y yo recibí el deseado aliento que necesitaba para seguir adelante.

Caminamos así hasta el final del inmenso pasillo. Lo hicimos en silencio, como si temiésemos decir algo que acabase con esa intimidad que estábamos acariciado. Pasamos por delante de varias áreas de hospitalización que albergaban pacientes de otras especialidades. Cuando llegamos al acceso de las habitaciones de Aparato Digestivo, la guie hacia la que ocupaban sus padres. Antes de llegar a la misma puerta, retiré mi brazo de Laura y me separé dos pasos. Ella volvió su rostro hacia el mío y me bañó con su mirada. Estaba tranquila, mucho más que antes de que saliésemos del ascensor. Sin embargo, me evaluaba. Su cerebro estaba intentando dar respuesta a mi actitud, aunque ni yo mismo podía asegurar cuál era. Solo tenía claras dos cosas: que la deseaba más que nunca y, sobre todo, que no quería que volviese a alejarse de mí.

—¡Mamá! ¡Papá! —entró alegre y con una amplia sonrisa.

—¡*La mio neña*! —exclamó Samuel.

Y abrió sus brazos para buscar el achuchón de Laura. Sin embargo, ella cruzó por delante de su cama casi sin mirarlo. Fue directa hacia su madre y se tiró sobre ella. Miré a Samuel y, torciendo la sonrisa, alcé los hombros. Él me siguió en el gesto y tuvo que conformarse con esperar su turno. Elena, la madre de Laura, eclipsaba todo lo que hubiese alrededor de sus hijos y de los que nos sentíamos como tales. Samuel lo sabía. A veces le molestaba, pero terminaba asumiendo la veneración que todos poseíamos por su mujer.

Aun así, Laura no le hizo esperar demasiado.

—¡Papi!

Y, entonces, ya pudo disfrutar de ella.

—¿Cómo estás, pequeña?

—Bien, papá. Siento haberos preocupado.

—Laura, —la regañó Elena—, no pasa nada.

—Ya, mamá, pero…

—¡Laurina, ya! —le advirtió cortante.

Elena sabía perfectamente por dónde había transitado Laura en esas pocas horas. No hacía falta ni contárselo. Después, se centró en mí y me llamó con los dedos de su mano para que me acercara. Lo hice. Me agaché y le di un beso, como teníamos por costumbre. Elena no dejaba pasar ese saludo afectuoso entre nosotros por mucho tiempo que pasara. Y a mí me encantaba que siguiese tratándome con el mismo cariño que desgranaba con sus hijos.

—¿Qué te dijo el médico? —preguntó Samuel.

Laura ya se lo había explicado por teléfono, pero le tendió el informe para que lo leyera y volvió a contárselo todo.

—Las pruebas que me han hecho confirman que no hay nada de lo que preocuparse.

—Pero, hija, ¿cómo hiciste para caerte?

Samuel clamó casi en un ruego esa explicación que a todos nos faltaba.

—Es que no lo sé. No recuerdo nada…

—¡Ay! Laura, mi vida. No entiendo como eso puede ser normal.

—Pues yo tampoco, mamá. Pero ya os he contado lo que ha dicho el neurólogo.

—Ya, hija, pero ¿nada de nada?

—Nada, mamá. Pero estoy bien. Ya está. No os preocupéis por más, por favor.

—Mi niña, ¿cómo no quieres que no nos preocupemos?

Laura cortó de raíz con todo aquello. Estaba nerviosa.

—Contadme como estáis vosotros.

—A mí me duelen las grapas —respondió rápido Samuel.

—Tu padre, que se queja de todo.

—No es que me queje de todo, Elena. Es que esto jode. ¡Y mucho!

—¿De verdad? —preguntó ella irónica.

—Vale, Elena. Pero a ti te han puesto menos.

—Haber tenido menos barriga.

—Pues comemos lo mismo.

—Sí, claro. Lo mismo que pongo sobre la mesa. Luego ya, tú por tu cuenta…

Samuel puso mala cara y Laura, por primera vez en toda la tarde, permitió que sus carcajadas brotaran. Después, volvió los ojos hacia mí y buscó mi complicidad en aquella dinámica que no nos era para nada ajena. La seguí en el gesto y, de nuevo, conseguimos conectar más allá de las palabras.

—Mañana, *¿qué ye?*

—Viernes —respondí a Elena.

—¡Ay! ¡Por Dios! Espero que nos saquen, porque como tengamos que estar todo el fin de semana aquí…

—Mamá, aunque os den el alta, tenéis que estar unos cuantos días más de reposo en casa.

—Pelayín, —clamó Elena—, no me dejes a Laura sola el fin de semana.

—¡Mamá!

—Tranquila, Elena —susurré.

Pero Laura se reveló a los deseos de su madre.

—¡No necesito una niñera! Parece mentira que no confiéis en mí. Además, Míkel no puede quedarse. Tiene su vida, sus cosas.

Entorné la mirada. Me molestaba que, después de todo, siguiese intentando que no pasase la noche cerca de ella. Por esa razón, mis palabras brotaron excesivamente cortantes.

—Subiremos ahora. Mañana bajaré a trabajar y, después, cuando termine, volveré a ir y me quedaré allí hasta el lunes por la mañana.

Me acribilló con esos preciosos ojos azules. Me dio lo mismo. Sabía que no iba a discutírmelo delante de sus padres para no preocuparlos. Y, si lo hacía después, me daba igual. No iba a recular. Lo tenía muy claro. Si me quería fuera de la Casona, iba a tener que echarme ella misma. Después de todo lo que estaba sucediendo, no iba a dejarla sola.

—Laura, por Dios —se quejó Samuel—. ¡Cambia esa cara!

—Pelayín seguro que está encantado, ¿verdad?

—Claro que sí, Elena.

—Además, él tiene mejor don de gentes para encargarse de los clientes.

La reacción de Laura no se hizo esperar. Sancionó a su madre clavándole la mirada y con una 'O' perfecta en sus labios. Después, se volvió hacia mí. Ahí sí que no se me ocurrió abrir la boca. Sabía por dónde iba Elena y eso iba a cabrear a Laura.

—¿¡Cómo que tiene mejor don de gentes!?

—Laura, no te me enfades…

—¿Que no me enfade, mamá?

Pero Elena no dio su brazo a torcer y terminó entrando donde yo me temía.

—Pelayín no se dedica a contarles a los huéspedes que en la Santina no está Pelayo.

—¡Yo no les digo que no esté!

—¡Laurina que nos conocemos!

—Yo solo digo que es bastante improbable que sea porque, para ello, tendríamos que fiarnos del traslado de los cuerpos que se hizo por orden de Alfonso X. Y, sinceramente, la metodología arqueológica no estaba muy allá en el siglo XIII…

—Laura —trató de frenarla su padre en su arrebato.

—Alfonso X se basó en los lugares de enterramiento que rastreó el obispo Pelayo de Oviedo, un siglo antes. Y este, en la tradición oral…

—Laurina…

—… Pero, además, cómo para fiarse. Lo único que el obispo buscaba era legitimar la realeza leonesa y vincularla con los dirigentes anteriores…

—¡Laura, por Dios! —se desesperó Elena— ¡Que la gente no viene a Covadonga a eso, sino a seguir con las tradiciones y con lo que nos han contado siempre de esa historia!

—¿Y qué historia? ¡En este país se escucha más a los frikis o a los políticos que a los propios historiadores!

—Hija… —se escuchó a Samuel con tono cansado.

—Si no, dime, mamá. ¿Qué les cuento? ¿La misma patraña de siempre? No se puede seguir diciéndole a la gente, de forma categórica, que están ahí cuando ni siquiera es posible confírmalo. Al menos, hay que contarles lo complejo del problema.

—Yo no te digo que no se lo menciones. Pero lo que no puedes es decirles cosas como que es más probable que el rey Fávila esté metido en un caja de cartón, en un departamento de Arqueología, que debajo de la Iglesia de la Santa Cruz de Cangas. ¡Por Dios, Laura!

—¡Pero si es que es verdad! Ahí solo hay un enterramiento neolítico. La iglesia se levantó

muchísimos siglos después. De las tumbas que había alrededor no debe quedar nada. Vale que, en teoría, le enterraron ahí, al final de un túnel excavado bajo el templo. Pero, entre lo que se cargaron bombardeando durante la Guerra Civil y las excavaciones de urgencia para hacer la carretera y las casas, si queda un diente, nos podemos dar por contentos.

—¡Laura, que te mando a casa a Gijón y se queda al mando de la Casona la tía Tere!

—¿La tía Tere? —se quejó de inmediato. Y rasgando su preciosa mirada, desafió a su madre en el mismo terreno—. La última vez que he hablado con la tía Tere, le estaba contando a un cliente que la sidra vaca es mejor que la asturiana.

—¡Si es que ya sabía yo que no podíamos mandar a mi hermana allí! —se desesperó Samuel.

Y yo solo pude seguir observándolos con una suave sonrisa en mis labios. Me encantaba volver a verlos juntos, así, con esa dinámica tan habitual que había disfrutado durante tantos años y que echaba de menos. Entre ellos siempre había habido una naturalidad maravillosa que no habían perdido con el paso del tiempo ni con la distancia.

A pesar de todo, no tardé mucho en dejarme perder en Laura. El momento me lo permitía y no lo dejé pasar. Estaba bellísima. La pasión con la que hablaba de su trabajo acrecentaba mucho más sus rasgos y eso hacía que fuera incapaz de desviar mi atención de ella. En realidad, no podía engañarme. Hablase o no, me resultaba imposible apartar los ojos de ella si estaba cerca. Laura me absorbía como nadie. Me prendía, me cautivaba, se apropiaba de mi mente, de mis sentidos, de toda mi autonomía y me hacía caer, totalmente seducido, en las adoradas redes de su encanto natural.

Sin embargo, ese día hubo alguien que alteró ese momento tan placentero. Mi teléfono móvil comenzó a sonar. Ni siquiera su sonido frenó la conversación a tres con la que ellos seguían. Lo saqué del bolsillo del pantalón y vi en la pantalla el nombre de Alonso. Desvié los ojos hacia la ventana con muchísimo malestar. Después, los volví al teléfono y decidí acabar con esa conversación postergada de una vez por todas.

12
MÍKEL

Sin decir nada, me fui de la habitación y, antes de responder, salí del área de ingreso y me alejé varios metros por el pasillo principal.

—Hola, Alonso.

—¡Míkel! ¡Tío! ¿Cómo estás?

Con su tono de saludo, ya me dio a entender mucho.

«Demasiado contento. Demasiado amable. Demasiado exaltado. Cero naturalidad».

Me dejó clara la razón de esa llamada. Necesitaba controlar a qué distancia estaba yo de Laura tras los últimos acontecimientos. Aquella inquietud obsesiva estaba empezando a tocarme las narices.

—¿Te cojo en buen momento o sigues cazando malos?

—Dime, Alonso.

—¡Eh! ¡Vale! ¡Tío! —respondió riendo. Nos conocíamos demasiado bien como para percibir mi tono cortante—. ¡No te pongas así! ¿Un mal día? —No contesté y no le hizo falta más para leer mi malestar—. ¿Estás ya en casa?

Terminé con su pantomima.

—Sabes que no.

—¿No?

—No.

—¿Y dónde estás?

—En el hospital, Alonso. En el hospital —recalqué marcando cada sílaba—. Con tu hermana y con tus padres.

Silencio al otro lado. Cuando volvió a hablarme, su tono ya no era el mismo

—¿Te lo han contado?

—Claro que me lo han contado. De hecho, tu padre, tu madre, tu abuelo y tu tía me llamaron mientras estaba en el trabajo. ¿Qué esperabas? No sé si lo sabes, —seguí con acritud—, pero lo que ha pasado no ha sido una memez.

—Ya, joder, Míkel. No es por eso.

—Entonces, ¿por qué es? —Y lo encaré de frente—. ¿Qué pensabas? ¿Que, aunque no me hubiesen llamado, me hubiera quedado en casa sabiendo que Laura ha tenido un accidente?

—Míkel, escucha…

—¡No! ¡Escúchame tú! No sé de qué narices vas, Alonso. Pero creo que deberías empezar a ser consciente de lo que está pasando. ¿A ti te parece normal llamar a tu hermana y soltarla lo que le has dicho?

—Míkel…

—¡Me la he encontrado destrozada! —Solo recordar su imagen rota, me hizo perder el control—. No sé qué cojones te habrá pasado por la cabeza, pero has actuado como un auténtico miserable. ¿Qué crees? ¿Que ella necesitaba en esos momentos reproches? ¡Eres su hermano!

¡Su jodido hermano mayor! ¿¡No podías actuar por una vez en tu vida como tal!? ¡¡Le podía haber pasado algo muy grave cayendo por esas escaleras!! No sé si te queda claro, Alonso. Tú eres médico, ¡joder! Sabes que ha tenido muchísima suerte. Pero no. No te sirve. Lo único que se te ocurre es llamarla para hacer lo que has hecho siempre con ella…

—¡Míkel, no te metas!

—¡Me meto! ¡Claro que me meto! Te quiero, Alonso. Pero sabes también lo mucho que aprecio a Laura…

—¿¡Que la aprecias!? —me cortó furioso—. ¿En serio? Tú, precisamente, tú me vienes dando lecciones de moral con mi hermana. ¡Tú mismo, que pasaste por encima de ese cariño que supuestamente la tienes para…!

Ni terminó la frase, aunque su silencio posterior dejó muy claro las palabras que no se atrevió a proferir. De nuevo, golpeó mi mente con sus reproches del pasado; esos que habían sido ignorados durante años para no volver a enfrentarnos; esos que nunca después volvimos a retomar. Sin embargo, esa vez no cedí a sus recriminaciones. Todo lo contrario. Se desbordó mi colera, mi frustración, mi rabia.

—Nunca lo entendiste.

—¿Y qué debía entender?

—¡¡Nunca!! ¡Ni siquiera lo intentaste!

—¿Y acaso me equivoqué, Míkel? Solo te bastó esa noche y, después, desapareciste de su vida.

—¡¡Eso no es cierto!! —grité desbocado. Alonso no respondió y yo comprimí mi mandíbula con fuerza. Estaba tratando de capear lo inevitable. Pero ya estaba cansado de la encrucijada a la que me sometía—. Sabes perfectamente por qué desaparecí.

—No, no lo sé.

—¡Tú me obligaste a ello!

—¡No, Míkel! ¡Yo no te obligué a nada!

—¡Me obligaste a marcharme! ¡Me amenazaste! ¡Me echaste de la vida de la que consideraba mi familia!

—¡Pásate por encima del respeto que nos debías!

—¡Me acorralaste hasta que no me permitiste más que una salida, Alonso! ¡La única que tú me dejabas! ¡Tú salida! Como siempre has hecho, impusiste tus normas. Y si lo hice, si te hice caso y desaparecí, fue por todos vosotros; porque os quería. Sobre todo, por Laura.

—¡Claro! —siguió sarcástico—. Sobre todo por ella.

—Sí, Alonso —respondí desbordado—. Sobre todo por ella. Porque no quería ser un lastre en la vida que estaba iniciando, ni en sus estudios, ni un problema que la enfrentara ni contigo ni con tus padres. Pero te aseguro que me lo recrimino cada día que pasa. Y me avergüenzo de no haber tenido más agallas para haberme enfrentado a esa situación como hubiera deseado.

No lo expresé abiertamente, pero Alonso entendió mi mensaje. Reaccionó al instante y de la peor manera.

—No te acerques a mi hermana, Míkel.

—¿Qué temes, Alonso? Tu hermana ya no es una cría.

—¡No vuelvas a acercarte a ella o no respondo!

—Laura me importa. ¡Me importa muchísimo! Tenlo claro.

—Míkel, te lo advierto.

Dejé escapar el aire y, después, decidí acabar con todo aquello.

—Adiós, Alonso.

—¡No te atrevas a colgarme!

—Adiós.

—¡Míkel!

Y terminé la llamada. Giré deprisa sobre mis talones. Pero, antes de que pudiera dar un paso, la vi allí parada, a pocos metros de mí, y observándome.

—Joder… —siseé.

—Inspector Caveda —me saludó Loles con una amplísima sonrisa y una cadencia medida intencionadamente en cada sílaba.

A pesar de ese acento canario, suave y melodioso, su tono burlón era más que evidente. Había oído mi conversación y esbozaba un rostro divertido. Había escuchado más de lo que me hubiese gustado.

—Buenas noches, compañera. ¿Qué haces por aquí a esta hora?

—Lo que los buenos colegas hacen. Comprobar que *il terrone*[3] sigue vivo para que Martínez pueda dormir algo.

—¿Y lo sigue?

—Vivito y coleando.

La intervención no había ido del todo bien aquella mañana. El equipo de ocho policías, más nuestros dos compañeros venidos de Roma, habíamos tratado de detener al prófugo de la justicia italiana. Pero ese día contaba con una compañía, un tipo más, que no supimos evaluar con el detenimiento que hubiera sido necesario.

El jefe del operativo prefirió seguir adelante. Cuando nos dispusimos a llevar a cabo la detención, ese tipo sacó una pistola y nuestro objetivo se lanzó sobre uno de nuestros compañeros con un cuchillo. Martínez, ante la amenaza, le disparó en la pierna. El tipo de la pistola, afortunadamente, se asustó y trató de huir a la carrera, pero pudimos interceptarlo. Sin embargo, nuestro compañero se tenía que enfrentar ahora a una investigación sobre su actuación.

—No va a pasarle nada. Tiene nuestro testimonio, la grabación…

—Ya, Caveda, pero está jodido. Ya sabes cómo va esto…

—Luego le llamaré. No he podido hablar con él antes de irme.

—Le vendrá bien.

—¿Dónde tienen a Moretti?

—Allí. —Y me señaló una puertas de acceso a otro área de hospitalización, más allá de donde yo estaba—. Habitación 309.

—¿Y Fabbri y Di Marco?

Eran los dos policías trasladados desde Roma.

—De copas. Celebrándolo. Vinieron y, cuando les informaron de que todo estaba bien, se volvieron para Oviedo, a la Comisaría, para invitarnos a unas copas. Les hablaron de *La Gascona* y para allá se fueron con varios más. Ahora me voy con ellos. Por cierto, te buscaron para decírtelo, pero como te fuiste corriendo…

—Sí, ya.

—Me preguntaron por ti, pero ya les dije que tenías un asunto… —Y me sonrió traviesa—… ¿Familiar?

—Familiar —reiteré.

Y, de paso, entorné la mirada para advertirla. Le dio lo mismo.

—Que, por cierto, no me contaste. Pero, vamos, que ya me he ido enterando por tus bramidos. —Y alzó ambas cejas dos veces. Torcí el gesto—. ¿La chica de Ibiza?

—Sí. Se cayo por las escaleras.

—¿Y?

—Está bien. Ya está de alta.

—Me alegro —susurró melosa—. Creo haber escuchado que se llama Laura, ¿verdad?

—Durán…

Pero no pude evitar que mis labios dibujaran una leve sonrisa.

—¡Oooooh! Esto sí que es bueno. ¿Ella te hace sonreír? —añadió con una sorpresa exagerada. Y yo no pude hacer otra cosa que elevar los ojos al cielo, aunque sin borrar ese gesto —. Mira, oye. Y te queda bien y todo. Pareces otra persona.

—Vamos a dejarlo…

—¡Venga! Lo he escuchado todo. Has perdido mucho los nervios, Inspector. Cosa curiosa. Pensé que por tus venas no corrían más que témpanos de hielo.

—Loles…

—Te tiene que haber oído hasta Moretti. —Respiré profundamente y apoyé mis manos en las caderas—. ¡Vamos! Solo quiero atar algunos cabos que tengo sueltos. No me termina de quedar claro. El tipo de ahora, el tal Alonso, es el mismo que el de esta mañana, ¿verdad?

—No es el mejor momento para que me toques las narices.

Y empezó a reír a carcajadas.

—Ya, ya he oído que él te las ha tocado bastante. Durante años —precisó. Y siguió desternillándose—. ¿Pero lo es o no?

—¿No te ibas ya?

—En cuanto me lo confieses todo, Caveda. ¿Síndrome del hermano mayor?

—¿De qué me hablas?

—Sí, ya sabes. Ese tipo de hermanos tóxicos que se vuelven controladores y sobreprotectores desde tu más tierna infancia; que no te dejan ni moverte y te critican por tomar decisiones que no aceptan porque no son las que han tomado ellos mismos por y para ti. —La escuché con más atención y ella, consciente de mi cambio, volvió a reír en voz alta—. Te cuadra, ¿eh? —No respondí, aunque Loles sabía que había dado en la diana—. ¿Pero qué ocurrió? ¿Él se dio cuenta de que ibas a por su hermana y se interpuso? —Me armé de paciencia y seguí sin darle más datos —. Y tú le hiciste caso, por lo que he oído. ¡Te alejaste! Eso no es muy propio de ti, inspector. ¿Es por ese rollo que me contaste de que son como tu familia? Porque todavía no conozco a nadie que haya sido capaz de frenarte. ¿Tienes un Talón de Aquiles? ¿De verdad? —Y añadió una risilla maquiavélica—. Nunca hubiera creído que debajo de esa fachada arrogante que tienes, albergases un corazoncito que late desesperado por una mujer.

—Estás empezando a tocarme…

—¿Y ella? ¿Sabe lo que hay con el hermano? —Empecé a ponerme nervioso y la caricia que pasé por todo mi rostro me volvió a delatar—. ¡Oooooh! ¡No lo sabe! —me leyó sin dificultad. Nunca en mi vida me había sentido tan expuesto y palpar mi debilidad me desestabilizó mucho más—. ¡¡Por Dios, Caveda!! ¿Tanto te gusta? ¡Cuéntamelo todo!

Sin embargo, perdí la atención sobre mi compañera al percibir una silueta al fondo. Llevé mi vista hacia allí y vi a Laura en la entrada del área de Aparato Digestivo. Estaba parada en la puerta y me miraba fijamente. No sabía cuánto tiempo podía llevar, pero sus ojos azules destilaban mucha inquietud y, por alguna razón, se mantenía a la espera y sin acercarse.

—Tengo que dejarte, Durán.

Mi compañera se dio la vuelta buscando la razón de mis palabras y, al ver a Laura al fondo, ató cabos y exclamó:

—Ni de coña, Caveda. Me voy contigo.

13
LAURA

No soy celosa. No. De veras, no lo soy. No lo soy. En serio.

NO
LO
SOY.

Lo que pasa es que, si despiertas en mí emociones del pasado, que ni quiero recordar, y luego te veo con una rubia despampanante, con un cuerpo de escándalo y con la melena más jodidamente sedosa que haya visto en años, y la observas con la mirada baja, con una media sonrisa y con una intimidad que sé que no tienes con cualquiera, lo que me ocurre es que el párpado del ojo izquierdo me empieza a temblar. Es solo eso. Nada más. Pero no soy celosa. Ni odio a las rubias despampanantes porque sí. Qué va. Pueden vivir en el mundo. A mí no me importa, de verdad.

No voy odiando a la gente por ahí de forma gratuita. Excepto a los que tienen un pelo keratinado de forma natural como ella. A esos sí que los odio. A muerte. Los que gozan de un pelo sedoso por naturaleza deberían ser quemados en la hoguera. No es que sea fan de Torquemada. Es solo que, a veces, me entra la vena totalitaria y empiezo a ver bondades en las tiranías. Solo es eso.

Pero, a lo que voy, que no soy celosa. De veras. A mí no me importaba que la pedazo de rubia que estaba hablando con Míkel tuviese un cuerpo escultural marcado bajo esos vaqueros que la quedaban de muerte. ¡Qué culo, oye! Si hubiera sido tío, me hubiera empalmado solo con verlo. Como no lo soy, no me empalmé. Solo la odié un poquito más.

Pero no soy celosa. En serio. Es solo porque la Naturaleza debería proveer a todos por igual. A mí también me hubiera gustado tener ese culo. Porque, a ver, ¿por qué diantres no puedo tenerlo? ¿Eh? ¡A ver! Que alguien me lo explique. La Selección Natural, que presiona demasiado. Y es que yo, medio Sapiens-Sapiens, medio Neanderthal, al final, me he quedado con la peor parte de cada casa y me extingo. ¡Te digo yo que me extingo! Yo ni tengo el pelo keratinado, ni un cuerpo de pasarela, ni un culo tan follable como el que tenía esa tía. Estoy en clara desventaja para la reproducción de mis rasgos en la especie.

«¡Joder! ¡Que vienen! ¿Por qué mierdas se la trae aquí? ¡Ostras! ¡Cómo puede ser tan jodidamente preciosa!».

Mira que la estaba viendo por la espalda y me estaba pareciendo impresionante. No sé por qué no imaginé que por delante iba a ser igual de espectacular.

Pero no soy celosa. Espero que haya quedado claro. El batiburrillo que se montó en mi estómago y que me generó un malestar por todo el cuerpo fue por hambre. Llevaba demasiadas horas sin comer.

«Y otras tantas que me quedan hasta subir a Covadonga, porque yo con Míkel no ceno sola, ni aunque me lleve al bar donde hagan el mejor bocadillo de tortilla de patata. Pa-so».

—¡Hola! —saludé exultante hasta el punto de que me dolieron los carrillos.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Míkel.

Y yo respondí. Sí. Pero mirándola a ella con un ojo. Cosa de la herencia ancestral. Mi amígdala, que se pone tonta, pulsa el botón de peligro y mi cerebro se convierte en la sala de emergencias de una central nuclear, con luz estroboscópica en color rojo incluida. Cuando se tira de instinto en vez de racionalidad, ya se sabe.

Ya, ya lo sé. Debería haberme calmado, actuar de forma coherente y no dejarme llevar por mis anhelos y mis miedos. Pero, oye, es que las cosas no suelen funcionar así en mi cabeza. Nada más. A veces funciono mejor. Pero ese día no andaba yo ya ni para mucha racionalidad, ni para mucha seguridad en mí misma, ni para muchos trotes.

—Ha llegado una enfermera y me ha echado. Me ha dicho que el horario de visita terminó hace hora y media. Así que me he despedido de ellos.

—Vaya.

—Pero no pasa nada —seguí diciendo con una sonrisa tan amplia como la de mi adorada Julia Roberts—. Están cansados. Y… bueno…

Miré de nuevo hacia ella y ella miró a Míkel que, por fin, reaccionó.

—Sí, disculpa —dijo, dirigiéndose a mí—. Ella es Loles, mi compañera.

«¿COM-PA-ÑE-RA? ¿Se pasa ocho putas horas trabajando al lado de este pibón?».

Creo que hasta gimoteé en voz alta.

Míkel se volvió hacia Loles y me terminó de presentar:

—Ella es Laura.

—Laura —respondió, acariciando cada letra de mi nombre. Como la seda, oye. Como la maldita put…—. ¿Cómo estás? Míkel me estaba contando que habías tenido un accidente. Menudo susto, ¿verdad?

Identifiqué el acento de inmediato.

«Canaria… ¿¡Por quéééé!?».

¿Puede haber un acento más sensual que el canario? ¿¡Puede haberlo!? Ya te digo yo que no. Y no solo yo. A esa conclusión llegó una encuesta de Tripadvisor el año 2020. Ya sé que Tripadvisor no está a la altura de los sociólogos del Centro de Investigaciones Sociológicas del CSIC. Pero no creo que a los investigadores que trabajan allí les paguen por hacer encuestas de ese tipo. ¡Tezanos! ¡Apunta para la próxima encuesta! A lo que voy, un asco. Sin más. Pasar toda la jornada de trabajo con alguien así tiene que terminar poniéndote. Por narices.

«¡Oh! ¡Dios! ¿Se habrán acostado? Seguro que sí. Los dos están tremendos como para dejar pasar esa posibilidad. ¡Ay! ¡Jolines! ¡Qué niños más guapos tendrían!».

No pude más.

«Snif».

E, inconscientemente, me llevé la mano sobre los labios y me tapé la boca. Para qué

engañarnos. Mi paranoia me dolía. Muchísimo. Y ser consciente de ello me hizo sentirme terriblemente frágil frente a mis sentimientos. Otra palada más de tierra a la tumba en la que yo misma me acababa de tirar de cabeza con la toxicidad de mis elucubraciones.

Ya había pasado por eso muchas veces. Desde que empecé a sentir algo por Míkel, también tuve que asistir a que el corazón se me rompiera en pedazos cada vez que lo veía con alguna tía. Porque, otra cosa no sería, pero mi hermano y él se tomaron muy enserio su adolescencia y su primera madurez. Aunque lo peor, lo más destructivo, vino seis años más tarde de tenerlo entre mis brazos, cuando él anunció su compromiso; cuando recibí de manos de mis padres la invitación a su boda; cuando tuve que programar rápidamente un viaje como excusa, nada más y nada menos que a Australia, porque cualquier otro destino me resultaba demasiado cerca de aquel acicate dañino que no dejaba de apuñalarme desde el día en que me dieron la noticia. Me quedé con el corazón lastrado, sin un euro en el banco y sin ver a Chris Hemsworth.

—Pero, al final, todo bien, ¿verdad? —siguió ella.

—Todo bien, no —respondió Míkel con tono grave —. Aún tiene vértigos, está muy contusionada y bastante dolorida…

Me revelé cortante ante aquel alarde paternal que me crispaba los nervios.

—Estoy bien. Si no lo estuviera, me hubieran dejado ingresada.

Contrariado, Míkel desvió su rostro sobre mí. Me dio lo mismo. Si se impuso mi tono cortante no fue solo por su intromisión, sino porque estaba tan desestabilizada por la posibilidad que se me ofrecía que ya no atinaba a afrontar la situación con un mínimo de serenidad evidente.

¿Me puse tonta? Pues sí. ¡A ver si una no puede ponerse tonta, irracional e histérica cuando le dé la gana! ¡Hombre, ya! ¡La coherencia está sobrevalorada!

—Creo que deberíamos empezar a irnos —me sugirió Míkel con prudencia.

Y esa moderación en su naturalidad me ensombreció mucho más la mirada. Volví mi atención hacia Loles que, en absoluto silencio, observaba a Míkel con una mueca divertida en sus labios. Él desvió un instante la atención sobre ella y percibí claramente la tensión que le cubrió entero. Pero atisbé mucho más: una conexión existente entre ambos, en la que se dijeron mucho, pero de la que fui incapaz de entender nada. Lo único que me llegó fue que la sonrisa de ella se perfiló mucho más y Míkel tensó su mandíbula.

Me temblaron las piernas, así que me crucé de brazos, bajé la mirada al suelo y me puse a andar. Ellos me siguieron de inmediato y se colocaron a mi altura; Míkel, a mi lado. Loles, al otro costado de él.

—¿Y subís ahora para Covadonga? —dijo ella para borrar el silencio que nos cubría.

—Sí, aunque antes cenaremos algo…

—No es necesario —le interrumpí.

—Tengo que pasar por mi casa para recoger unas cosas.

«¿¡A su casa!? No, no, no, no, no…».

No recordaba la última vez que había estado en ella. Desde luego, antes de *El Incidente*, eso seguro porque ni siquiera había visto la reforma que había hecho y que tanto elogiaba mi madre, mi padre, Alonso, Emma, los seis enanos de mis sobrinos, y *El Rubio*, *El Pelos*, Manu y Epi. Estos últimos eran los Cuatro Jinetes del Apocalipsis que acompañaban a Míkel y a mi hermano desde su más tierna infancia. Había más, pero estos eran con los que seguían manteniendo una amistad estrecha.

Cuando decidió trasladarse definitivamente a Gijón, el padre de Míkel compró un piso en el barrio de Cimadevilla, la zona históricamente más antigua de la ciudad. De hecho, ese es el

núcleo primigenio de la urbe y donde se han hallado los vestigios del asentamiento romano que… ¡Vale, vale! Ya lo dejo. Te lo prometo.

Sigamos.

Cuando Míkel se mudó allí, aquella zona enclavada en el cerro seguía manteniendo la esencia de un barrio de pescadores, de cigarreras, con pocas calzadas y apenas aceras, con deficiente alumbrado público y otras carencias que hacían la vida un poco más difícil a los que lo habitaban. A ello se unían la prostitución y los yonquis, tan habituales como decorado de fondo en nuestra lejana infancia y a los que nos habituamos a esquivar en plan *slalom*.

Después de los planes de actuación sobre el cerro de Santa Catalina, el barrio cambió bastante. La adolescencia de Míkel ya la pudo hacer sin mojarse los bajos de los pantalones, mientras se tomaba los *cachis* con mi hermano y sus colegas a la entrada de los locales de copas que iban abriendo. Porque Cimadevilla pasó a ser durante mucho tiempo la zona de marcha de la ciudad. Con el paso de los años, se fue transformando en un barrio con lustre, brillo, sabor, de esos que marcan y dejan huella en el ánimo y la memoria. Es el barrio *indie*, el de la esencia gijonesa, el más carismático, popular y testigo del paso del tiempo. Sigue manteniendo ese espíritu del barrio de pescadores, cigarreras y artesanos. Es como si todavía se percibiese su presencia, maridada por un sin fin de sidrerías y por un ambiente familiar y cercano, tradicional y vanguardista.

Su ubicación es excelente, porque el cerro crea una península que se adentra en el mar y separa el Puerto Deportivo, al oeste, de la playa de San Lorenzo, al este. De hecho, eso fue lo que enamoró al padre de Míkel para decidirse a vivir allí. La fachada de su casa daba al *Camín de la Fontica* y estaba enclavada entre el Real Club Astur de Regatas y la Iglesia De San Pedro. Gracias a esa ubicación privilegiada, desde el ventanal del salón de aquel último piso se veía toda la bahía, el romper de las olas, la serenidad de las aguas y podías despertarte con el horizonte del mar bañándote en su amanecer.

Años más tarde, y después de su divorcio, Míkel volvió a vivir en aquella casa. Según me dijeron, hizo una reforma integral y, aprovechando que vendían el piso que estaba debajo del suyo, se había montado un dúplex de estilo industrial a todo lujo que, por lo visto, tenía alucinado a todo el mundo.

Sin embargo, a mí no me apetecía en esos momentos tener que ir allí. Me aterraba entrar en un espacio tan propio, tan íntimo, tan suyo. Por eso, no dudé en intentar abortar ese plan, emulando un ánimo quejumbroso.

—Míkel, ¿es obligatorio que pasemos? Estoy un poco cansada…

—No tardaré mucho. Te lo prometo.

Y me acarició la cintura desgranando su delicioso cariño. Me volví a estremecer con ese contacto tan placentero, tan cálido, tan de él; esa cercanía tan añorada que me decía tantas cosas, que me enternecía, que me hacía sentirme cuidada. Desarmada de mi cabreo, bajé la mirada al suelo. Ya no sabía qué hacer.

Loles aprovechó para lanzar una pregunta al aire.

—¿No hay nadie en el hotelito?

—Sí, está Tere, la tía de Laura.

—Entonces, ¿por qué no os quedáis mejor a pasar la noche en tu casa? —Se me encogió el vientre—. ¿No sería mejor para ti, Laura?

—No, no… Mejor, no… —respondí titubeante. Loles sonrió de medio lado, de forma muy sutil, apenas de perceptible. Pero lo vi. ¡Claro que lo vi! Y, cuando posó los ojos sobre Míkel y este perdió la mirada al frente, supe que ella estaba valorando muchas más cosas de las que

parecía a primera vista. Por esa razón, me afané en explicarle—: Mi tía está también agotada. Ayer llegó desde Donosti y ha pasado la noche en el hospital y todo el día de hoy. No puedo dejarla sola.

—Pero todavía no estás recuperada. No creo que le seas de mucha ayuda así.

Míkel respiró profundamente y eso me llevó a mirarle de soslayo. Había tensado mucho más su mandíbula. Ahí tenían que dolerle hasta las muelas.

—Estoy bien. Solo me he mareado un poco en la habitación, pero estoy…

Loles me dejó con la palabra en la boca y se dirigió directamente a Míkel.

—Así, Laura descansaría más. Podría pasar toda la mañana en tu casa, dormida sobre tu cama…

La imagen fue placentera, pero la cortante respuesta de Míkel me dejó helada.

—No.

—Si digo lo de dormir en tu cama es porque creo recordar que no tienes ninguna otra que le puedas ofrecer. —Y con tono mordaz, añadió—: Aunque, claro, teniendo en cuenta la medida extragrande que tienes ahí dentro.

—Loles —la advirtió Míkel.

—Me refiero a la cama, tonto —aclaró, mientras reía a carcajadas.

Y a mí se me encendieron todas las alarmas.

Llegamos hasta la puerta del ascensor con la canaria empujando a Míkel con su hombro y él acuchillándola con la mirada. En mi caso, con un constreñimiento emocional devorador que me ahogaba porque ya no sabía dónde ubicar a esa tía en la vida de Míkel.

Pero a Loles ya no la frenaba nadie.

—¿Y tú, Laura? ¿Qué te gustaría más? ¿Levantarte en el hotel de tus padres o en la cama de Míkel?

Fue él quien respondió a esa pregunta, aunque con un cambio de tercio que, sin embargo, guardaba una insinuación muy clara.

—Sabes que mañana Martínez tenía que preparar el papeleo de toda la intervención, ¿verdad? —Y con una sonrisa traviesa, amenazó—: Pues estoy pensando que lo mejor sería que te encargases tú. Él seguro que está muy disperso.

—¡Ooooh! ¡Venga ya!

—Después de lo que ha sucedido hoy, habrá que echarle una mano, ¿no crees?

—¡Cómo puedes ser tan…!

—¿Tan qué, subinspectora? —E imprimió una dureza desafiante al pronunciar cada sílaba del cargo.

Ella le sonrió mucho más y, con aire provocador, le soltó:

—Como siempre, el Inspector Caveda me recuerda lo mucho que le gusta estar encima.

Míkel puso los ojos en blanco y desvió su rostro hacia el otro lado. Y a mí se me cayó el mundo a los pies.

14
MÍKEL

Me las iba a pagar. Todas. No sabía cómo, pero, de momento, al día siguiente, se iba a tragar todo el papeleo como le había dicho. Loles se lo estaba pasando de lo lindo tocándome las narices. Y Laura… Laura estaba cada vez más ausente, distanciada, reservada. Y ese no era su carácter. Lo que Loles estaba insinuando la estaba apartando de nuevo de mí. De hecho, cuando bajábamos en el ascensor, su rostro se endureció. Centró su mirada en el suelo y dejó que nosotros siguiésemos hablando, aunque sin mostrar el más mínimo interés en volver a participar en la conversación. Mucho más, se mostraba incómoda, agitada. Incluso, se alejó varios pasos de mí, lo que la cabina le permitió. Eso sí que me preocupaba. No me apetecía nada que las insinuaciones de Loles le hiciesen creer que podía haber algo entre nosotros. En cuanto mi compañera se largase, se lo dejaría claro.

—¿La carretera, ahora, estará bastante vacía? —me iba preguntando Loles cuando caminábamos por el parking del hospital.

—No creo que haya mucho movimiento, salvo en Arriondas.

—¿Por el festival?

—Sí. Pero, pasado ese tramo, iremos mejor, ¿verdad? —Y traté de que Laura volviese a mí. El esfuerzo fue en vano. Solo recibí una alzada de ojos y una sonrisa mecanizada. Suspiré. Estaba bien jodido. Volví mi rostro hacia Loles y la sentencié de por vida. Su sonrisa divertida se amplió más—. ¿Dónde tienes el coche?

—Muy lejos. Os acompaño al tuyo.

—No es necesario.

—No me importa.

—¿No habías quedado en *La Gascona*?

—Sí.

—Llegarás tarde.

—Son italianos, Caveda. Van a cerrar las sidrerías de toda la calle antes de irse a su hotel.

Me volví hacia Laura y le di una explicación que ni la interesaba.

—Tenemos a dos agentes de la policía italiana en la comisaría por un caso. Hoy lo hemos cerrado y estaban celebrándolo allí con otros compañeros.

Su respuesta no se ajustó a lo que yo buscaba con esa información.

—¡Ah! Pues ve, entonces. Puedo coger un taxi.

Y me lazó ese dardo sin mirarme a la cara, con el rostro erguido, sin frenar su andadura y con los brazos cruzados. Laura se me iba.

—No lo decía por eso.

—Bueno, pero quizá sea lo mejor, ¿no crees? —Y, entonces, sí volteó su cara hacia mí y me fulminó con sus preciosos ojos azules—. De ese modo, no interfiero más en tu día. Ya has hecho más de lo que debías, Míkel. Gracias. Yo llego antes a Covadonga y tú puedes irte a lo que tengas que celebrar con tus compañeros. Así, todos contentos, ¿verdad?

Su latigazo me golpeó de lleno. Volvía a elevar esos muros que pensé que habíamos comenzado a derruir.

—Laura… —susurré.

—Bueno, yo creo que me voy a ir yendo… —se disculpó Loles.

Pero antes de que pudiese dar un paso, Laura ya se estaba despidiendo de los dos.

—Me voy a la parada de taxis. Eso sí, ¿podrías escribirle un mensaje a mi tía? Ya sabes que no tengo móvil.

—Laura, no.

—Que sí, que sí. De veras, Míkel, no es necesario que me lleves…

—Sí es necesario.

—Nos vemos mañana —canturreó Loles y, ya huyendo casi a la carrera, añadió—: Encantada de conocerte, Laura.

Ella volvió un segundo sus ojos hacia mi compañera. No la respondió, solo contrajo más su mandíbula y, después, posó de nuevo su atención sobre mí.

—Vete, Míkel. —Y escondió su mirada—. De verdad, no es necesario.

—Vale, para ti no será necesario, pero me he comprometido a ello.

—No, Míkel. No tienes ningún compromiso conmigo. Nunca lo has tenido.

Y esas palabras resonaron en mi alma con la crudeza del mensaje que llevaban implícito. Laura fue consciente de mi aturdimiento. Por eso, volvió a bajar su rostro y, escondida, dio un paso hacia atrás como para iniciar su partida. No se lo permití. La tomé rápidamente de la muñeca y la supliqué con la mirada que me facilitase las cosas.

—Por favor, Laura —musité.

Su cuerpo me devolvía una rigidez dañina. Ya no quería que la tocase. Ya no quería escucharme. Ya no quería tenerme cerca. Solo buscaba volver a levantar las barreras, alejarse, ignorar mi presencia, desecharla; volver a vivir sin la sombra que la cubría por nuestro pasado; por la decisión errónea que yo tomé y a la que la aboqué sin que se lo mereciera, sin darle voz, sin escuchar lo que tenía que decir ella en todo ese asunto.

—Míkel, suéltame.

Tiró de su mano, pero no lo hice. Todo lo contrario. Di un paso para deshacer la distancia, la rodeé entre mis brazos y la envolví en mi cuerpo. Mi gesto la cogió por sorpresa. Pero con él la quedó mucho más claro lo que las simples palabras no hubieran alcanzado a expresar.

Laura dejó escapar un leve gemido cargado de dolor, que me hizo ser consciente del nivel de agotamiento y de quebranto con los que acarreaba. La abracé más contra mi pecho y ella se despojó de su armadura, de los velos, de los matices. Me dejó ver lo que yo ya intuía y que, muy al contrario de lo que pensaba, no me devolvió ninguna esperanza, sino dolor; muchísimo dolor. Fui justo e hice lo mismo, sin más encubrimientos, sin más dobleces.

—Lo único que quiero es estar contigo. Por favor, no te alejes más de mí. No me apartes, Laura. Te lo ruego.

Laura enlazó sus brazos alrededor de mi cintura. Lo hizo muy lentamente, como si aquel simple gesto le costase y estuviese lidiando contra sí misma. Finalmente, se rindió y me llegó esa calidez de la que me había privado hacía demasiado tiempo. Solo entonces pude liberar la desazón que constreñía mi pecho. Dejé escapar el aire de entre mis labios y me entregué al placer de tenerla de nuevo.

*****

La media hora de camino hasta Gijón fue extraña. Apenas hablamos dentro del coche. Notaba a Laura turbada. Después de lo ocurrido en el parking, fue incapaz de volver a esa normalidad efímera que habíamos acariciado. No se trataba de esa frialdad dañina, de ese

desafecto consciente al que nos habíamos sometido en los años previos. Era otro tipo de alejamiento; este, más necesario, como si Laura precisase de un poco de quietud en las aguas que yo estaba agitando. Le di ese espacio que su silencio me rogaba y traté de no enturbiarla más.

Se quedó dormida casi a punto de entrar a la ciudad. Por eso, cuando llegué al barrio de Cimadevilla y aparqué el coche en el garaje, me tomé un tiempo antes de despertarla. Tal y como me había sucedido aquella mañana, repasé su rostro como si pudiese acariciarlo. Laura poseía una belleza cargada de sensualismo, sin artificios, que conseguía atraparme con facilidad. Me cautivaba, me seducía, me conquistaba sin esfuerzo y, a menudo, caía rendido al simple placer de contemplarla. Conocía cada línea de ese perfil cargado de armonía; cada una de esas diminutas pecas que salpicaban sus pómulos y su nariz. Soñaba a menudo con ver esos labios sonreírme de nuevo, con poder probarlos una vez más y dejarme llevar por el sabor del deseo con el que me habían marcado. Recordaba la sensación de acariciar su lengua de forma suave y de profundizar en su boca. Añoraba esa deliciosa calidez, esa humedad ardiente que no había podido olvidar a pesar de los años.

Cerré los ojos y postré mi ánimo al sombrío látigo de la prudencia. No debía dejarme llevar como aquella mañana, en la que había sucumbido a acariciar su piel cuando velaba su sueño. Dominé mi anhelo y me obligué a despertarla desde la distancia.

—Laura —la llamé con voz firme. Su cuerpo se estremeció y abrió los ojos deprisa. Lo hizo confundida, asustada—. Hemos llegado —la informé con un tono más suave.

Laura pasó sus manos por la cara y trató de arrinconar al sueño que todavía cubría sus ojos.

—Lo siento, me he quedado dormida.

—Es normal. No te preocupes.

Salí rápido del vehículo y me dirigí al portón trasero. Abrí el maletero y tomé la bolsa de deporte que había cargado aquella mañana tras mi noche en la Casona. Descorrí la cremallera y busqué la funda hermética que había debajo de toda la ropa. No podía llevarla en la mano. Si Laura la veía, intuiría de que se trataba y sabía que se agobiaría hasta llegar a mi casa. Por eso, abrí rápido el candado y saqué la pistola que había dentro. Antes de que Laura saliese, la guardé con premura a mi espalda, por dentro del pantalón. De ese modo, podría camuflarla a sus ojos. Saqué por fuera mi camiseta para cubrirla y tomé una *bomber* de piel negra que me puse por encima.

En ese momento, Laura llegó a mi altura. Se había cruzado de brazos y los acariciaba debido al frescor que se sentía ya allí dentro. La noche había bajado drásticamente la temperatura y, ahora que estábamos fuera del coche, se notaba mucho más. Alcancé de la bolsa una sudadera de Nike y se la tendí. Dudó, pero finalmente la aceptó. La observé de soslayo mientras se la ponía. Era la primera vez que veía a Laura con mi ropa y ese gesto tan inofensivo no me dejó indiferente. Tuve que apartar la mirada.

Corrí la cremallera de la bolsa de deporte y la coloqué al fondo del maletero.

—Gracias. —Cerré el portón y el BMW—. ¿Hace mucho que tienes este coche?

—Dos años.

—Es bonito. —Y comenzamos a andar hacia la salida del garaje—. Me gusta más el tuyo, en negro. —Dudé a qué se refería y se lo expresé con la mirada—. Es el mismo que el Alonso, ¿verdad?

—No. Este es un *X4*. El de tu hermano es un *X6*. —Abrí la puerta de salida a la calle—. Cuando lo vio, le gustó. Pero optó por el otro modelo, que es superior. Ya sabes. Siempre tiene que tenerla más grande.

Laura sonrió divertida.

—Tiene seis críos.

—¡Venga ya, Laura! Ahí solo puede llevar a cuatro con él. Y, además, ni los monta. Lo usa únicamente para ir de su casa en El Escorial al Hospital en Collado Villalba. ¿Veinte minutos con un coche que le ha costado cien mil euros?

—¿¡Cien mil euros!? Pero… ¡Si tiene hipoteca y seis críos que comen como si fuera el fin del mundo! ¿Cómo lo hace?

—Cien mil euros —reiteré. Laura echó una mirada rápida al garaje—. Noooo —respondí. Y solté unas carcajadas al leer lo que había cruzado por su mente—. Yo soy funcionario del Estado y, aunque no tengo cargas familiares, no podría, aunque quisiera. Este es mucho más económico y todavía lo estoy pagando a plazos.

—¡Vaya! Un persona joven que parece normal.

—Soy normal —reafirmé.

Pero ella se quejó enseguida.

—No lo creo. La gente joven normal es como yo, que ni tengo coche, ni casa en propiedad, ni nada por el estilo.

—Es lógico—me mofé—. Eres historiadora. ¿Qué esperabas? —Me acribilló con sus preciosos ojos azules y yo volví a reír—. No sea tonta. —Y acaricié su cintura—. Sabes que lo digo de broma.

Llegamos al portal, saqué las llaves y abrí la cerradura. Dejé pasar a Laura primero y la seguí unos pasos por detrás. Comenzó a subir las escaleras, pero la sentía inquieta, como si a cada escalón que ascendía, le costase más avanzar. Intuía la razón de su cada vez más evidente nerviosismo. Se dispuso a tomar el último tramo de escalera, pero la detuve del brazo.

—Es por aquí.

—¡Ah! ¡Es verdad! Me lo han contado, sí, que ahora ya no vives en uno, sino en dos pisos. —Y añadió irónica—. Lo típico de la gente normal, claro, claro.

—Solo tengo hipoteca de uno. Sabes que el otro era de mi padre.

Reculó en su burla.

—Sí, lo siento. —Y borró ese momento incómodo que no quería abordar—. Tengo ganas de verlo de una vez. Todo el mundo habla maravillas de tu reforma.

—Te invité a la fiesta de inauguración —la recordé con una sonrisa maliciosa. Y lo hice a conciencia. Sabía que la verdadera razón por la que no había asistido no tenía nada que ver con la excusa que me habían dado—. Creo que te pusiste mala esa mañana, justo después de llegar de Madrid.

—Sí —musitó.

Volví a sonreír. Por mucho tiempo que pasase, Laura era incapaz de mentir con la credibilidad mínima.

—De hecho, esperé a ese fin de semana porque sabía que estarías. Además, creo recordar que llevábamos más de un año sin vernos.

Justo lo que había durado mi compromiso y mi matrimonio, antes del divorcio definitivo. En ese tiempo que duró mi tortura, la había recordado a menudo y me había dado cuenta de lo mucho que la echaba de menos. Demasiado. El hecho de que no viniese a esa fiesta fue para mí un jarro de agua fría que me cabreó durante semanas.

Laura no respondió. Solo cruzó más sus brazos, nerviosa, tensa, y me observó suplicante. No quería que siguiese por ese camino. Y no lo hice, por supuesto. No quería incomodarla más mirando hacia ese pasado.

Abrí la puerta de casa, pasé y quité la alarma. Después invité a Laura a que entrara. Su

expresión cambió radicalmente.

—*Wow*! ¿Y esta maravilla? —Mentiría si dijese que no me emocionó su arrebato. Era como si se tratase de una necesidad. En mis horas bajas, había fantaseado con la posibilidad de tenerla allí, a mi lado, y me preguntaba cómo encajaría, si disfrutaría como yo, si podría identificarse con ese estilo de vida, si le gustaría compartirla conmigo… Demasiadas esperanzas rotas que no sabía ni cómo recomponer. De hecho, no estaba seguro de si debería hacerlo después de tanto tiempo—. ¡Es impresionante! Me recuerda mucho al típico *loft* industrial… ¡Dios! ¡Parece que he pasado por un portal dimensional que me ha traslado al SoHo de Nueva York!

—Eso es precisamente lo que busqué.

—¡Me encanta!

—Necesitaba abrir el espacio…

—Como si fluyera.

—Sí.

—¡Es fantástico! ¡No se parece en nada a como la recordaba! —Sentí que mi corazón vibraba, que conseguía conectar de nuevo con ella—. ¿Solo has dejado en esta planta el salón y la cocina?

—No, mira. Esa puerta enlaza con un pasillo donde hay un baño y el cuarto de la colada.

—¡Ah! Que encima es mucho más grande. Ya veo, ya. Todo muy normalito, sí. —Se me escapó la risa—. ¿Sabes que la buhardilla donde vivo en Copenhague tiene menos metros que este salón?

—Pero seguro que tiene mucho más encanto.

—Te aseguro que no.

—Emma no dice eso.

—¡Mi cuñada encuentra el encanto hasta en una tienda de campaña del *Decathlon*!

Y se desplazó hacia uno de los dos ventanales de aquella zona para perder su mirada fuera. La vi sonreír con nostalgia. Me quité la *bomber* de cuero, la dejé sobre uno de los sofás y me acerqué despacio. Traté de no alterar la quietud que había alcanzado y, en silencio, clavé los ojos en el mar que se nos abría a través de los cristales.

—Recuerda que arriba las vistas son mucho mejores —susurré con cautela.

Se volvió hacia mí y me observó unos segundos en silencio. Dudaba. Despacio, la ofrecí mi mano. Laura inspiró con dificultad y, con ese gesto, me dejó claro que, a pesar de todo, seguía conteniendo muchísima presión. Ladeé mi rostro y esperé paciente. Finalmente, me la tendió. Al tocar su piel, sentí una descarga tan potente que sometió a todo mi cuerpo. Envolví su mano en la mía y acaricié su dorso. Percibí su estremecimiento y, en ese momento, la deseé más que nunca.

Di dos pasos hacia atrás, aunque sin desprender su preciosa mirada de mi retina. Laura me siguió. La sonreí con suavidad y me dirigí hacia la escalera de subida al piso superior.

Comenzamos el ascenso, pero de pronto ella se paró de golpe y se soltó de mi agarre. Me volví de inmediato.

—No, no, no… ¡No te muevas! —La hice caso. Me quedé inmóvil. Lo único que se me pasó por la cabeza fue que, quizá, tenía algún bicho por el cuerpo y quería quitármelo. Pero no. Era mucho peor. Laura alargó su mano hacia mi camiseta muy despacio. Supe lo que ocurría. Antes de que pudiera tocarla, la sostuve la muñeca, la miré a los ojos e intenté infundirla serenidad. Sin embargo, ella ya había entrado en un bucle de inquietud extrema—. Dime que eso que llevas en la espalda no es una pistola.

15
MÍKEL

—Laura, tranquila.

—¿Tranquila? ¡Joder, Míkel! ¿Llevas eso conmigo?

Y ascendió las escaleras a la velocidad del rayo.

—¿Qué haces?

—¡Ni siquiera lo sé! —Y se acantonó en la parte superior de la escalera midiendo la distancia que nos separaba—. Lo único que quiero es alejarme de ese trasto.

—Está descargada.

—Pues mira qué bien.

—Laura, vamos,...

—¿Por qué demonios llevas una pistola ahí?

—Porque no quería que la vieses. —Ascendí un par de peldaños—. Solo iba a guardarla en la caja fuerte y ya está.

—¿¡Guardas aquí tu arma reglamentaria!?

—¡No! Esta es mi arma personal.

—¡Mierda! ¿Cuántas pistolas tienes en esta casa?

—Solo está. —Y subí hacia ella—. Necesitaba venir para meterla en la caja fuerte. Por eso quería pasar por mi casa. Hace unos días la llevé al armero porque se encasquillaba y…

—¿¡Vas por ahí con ese trasto cuando estás fuera de servicio!?

—¡Nooo! —Y llegué hasta su altura. Laura reculó mucho más, hasta la puerta del dormitorio —. Solo la saco para hacer prácticas de tiro.

—¿Pero esas prácticas no las haces en tu trabajo?

—Sí, pero… —Bajé mi rostro y me sinceré—. Laura, es complicado. No… no tenemos suficiente formación de tiro.

—¿Y lo haces por tu cuenta?

—Sí, pero no lo hago aquí, en Asturias. Me voy a Bilbao, a un centro privado. Laura, por favor, no se lo comentes a nadie. Aunque yo lo hago con mi arma personal, no está muy bien visto porque no está regulado. Incluso ha habido compañeros a los que se les ha sancionado.

—Pero ¿por qué?

—En teoría, deberíamos tener la formación cada tres meses. Pero, a veces, es materialmente imposible, tal y como tenemos cargada la jornada de trabajo. Y eso repercute en nuestra destreza y en nuestra propia seguridad. Por eso, voy cada tres semanas a Bilbao y allí paso una mañana entrenándome. La última vez que estuve, el arma se encasquillaba. La llevé a una armería para que la arreglasen y ayer me la devolvieron, pero tarde, justo cuando ya tenía que subir a Covadonga. Por eso, necesitaba pasar por aquí para dejarla. No quería tener que volver a subir con ella. Pero sabía que si la veías te asustarías. —Llevé una mano a su mejilla con cautela y, al ver que me permitía acercarme, la acaricié buscando aumentar su serenidad—. Sé que te dan miedo. Por eso la llevaba escondida. Pensaba meterla en la caja fuerte cuando no te dieses cuenta. Solo es eso.

Se apartó de mí hasta el final del pasillo.

—Guárdala, Míkel.

—Laura…

—No quiero acercarme a ese trasto. Así que ¡guárdala de una maldita vez!

—De acuerdo, tranquila —insistí con suavidad. Después, extendí mi mano hacia ella—. Ven. —No lo hizo—. Ven, Laura, te lo ruego. —Me observaba con muchísima desconfianza y eso me generó un dolor difícil de digerir. Bajé la mirada y me di por vencido—. Te espero dentro.

Abrí la puerta del dormitorio y pasé. Fui directamente hacia el vestidor, corrí la puerta de acceso y cerré detrás mía. Me dirigí hacia una zona, retiré las perchas de ropa hacia ambos lados y accedí al panel que camuflaba el doble fondo. Lo abrí y llegué hasta la caja fuerte. Pulsé la contraseña de apertura y, cuando se abrió, saqué la pistola de la parte trasera de mi pantalón y la guardé dentro. Después, cerré la caja fuerte, coloqué de nuevo la ropa y me dispuse a salir.

Cuando pasé al dormitorio, Laura todavía no había entrado. Volví hacia la puerta y miré fuera, en el pasillo. Estaba justamente donde la había dejado. Se mantenía allí con los brazos cruzados, la cabeza agachada y un ligero movimiento inquieto.

—Ya está.

Laura elevó sus ojos hacia mí, ladeó levemente su rostro y, después, volvió a bajar la mirada al suelo.

—Lo siento —susurró.

—No, soy yo el que tiene que pedirte disculpas. —Y caminé despacio hacia ella. Cuando llegué a su altura, busqué una de sus manos y la tomé con suavidad. Temblaba. La envolví entre las mías y la acaricié—. Debí decírtelo. Siento haberte asustado.

—No, no me he asustado —mintió azorada—. Es solo que no me… Bueno, vale, sí. —Y se despojó de su velo—. Me dan miedo. Muchísimo.

—En manos de la persona adecuada, son seguras.

—No lo creo, pero haré como si te creyese.

—Laura…

—Todo el mundo puede tener un accidente con una pistola. Por mucho que estés habituado a ellas.

—¿No confías en mí?

Su mirada se cargó de pesar.

—No es eso, Míkel —susurró. Y dio un paso más. Se quedó tan cerca que mi cuerpo comenzó a reclamarla. Apoyó su otra mano sobre mi pecho y yo ardí con la electricidad poderosa que me atravesó entero—. Confío en ti. Pero, como te he dicho, los accidentes se dan. Y, cuando suceden con esos trastos, las consecuencias pueden ser desastrosas.

Tensé mi mandíbula. Todos los que portamos un arma tenemos esa inseguridad, y nos entrenamos para doblegarla y mantenerla bajo control. Pero al escuchar esas palabras de los labios de Laura, sentí que mi confianza flaqueaba. Su miedo actuaba con el acicate de una posibilidad que no quería ni imaginar.

—Laura… —musité.

Pero ella no me permitió seguir. Acarició mi pecho despacio y sin apartar sus preciosos ojos azules de los míos.

—Vamos a ver esas vistas que siempre he envidiado de esta casa.

Cerré los ojos mientras ella se alejaba para entrar al dormitorio. Me di dos segundos ahí fuera para tratar de doblegar en anhelo que empezaba a consumirme. Me pasé la mano por la cara, el pelo y terminé apoyándola en mi cuello. Lo sostuve y elevé los ojos al techo. Negué un par de veces y, después, dejé escapar el aire de entre mis labios.

Me di la vuelta y me dispuse a entrar en mi dormitorio. Al verla allí, mi corazón comenzó a latir embravecido. Su imagen se superpuso a las ensoñaciones con las que había fantaseado. Sin embargo, la realidad del momento me agitó de manera inhumana. Dolió mucho más de lo que hubiera imaginado porque, aunque la tenía ahí mismo, Laura no era mía y dudaba que ella quisiese volver a cruzar ese puente.

Estaba apoyada en el marco de la puerta que daba acceso al balcón voladizo de la fachada. Sus ojos contemplaban el mar que entraba con calma. La negrura de sus aguas ayudaba a reflejar las luces de la ciudad y de la luna. Caminé hacia ella y, al llegar a su altura, Laura me buscó y me regaló una ligera sonrisa. No la dije nada. No quería enturbiar su momento. Solo abrí ambas puertas y permití que el sonido de las olas llegase hasta nosotros. Después, me apoyé en el marco de enfrente y me dediqué a observarla durante esos minutos de quietud. Me perdí en ella, en la serenidad que me transmitía, en su silencio cómodo y añorado.

Sin embargo, en un momento dado, su mirada se ensombreció y terminó bajándola.

—¿Qué te ocurre?

Volvió los ojos hacia mí y trató de esbozar un gesto sereno, pero le fue imposible.

—Es solo que echo de menos esto.

—¿El qué?

—Poder ver mi mar, escucharlo, dejar que me bañe con su aroma. Mi Gijón…

No pudo seguir hablando. Su voz se contrajo por la emoción que la sobrevino. Y a mí me desestabilizó esa nostalgia.

—Pensé que te gustaba Copenhague.

—Y me encanta, pero…

Escondió su mirada y se cruzó de brazos. En su gesto pude leer mucha tristeza y una fragilidad que hasta aquel momento no había percibido.

—¿Qué es lo que sucede, Laura?

Tomó aire, aunque la costó traspasar la melancolía que se había anclado sobre ella.

—Cada año que paso fuera, veo que se me hace más difícil retornar. Y quiero volver, Míkel. Necesito volver a esta vida que adoro.

Temblé al escuchar sus palabras.

—Siempre pensé que aquí no eras feliz.

—¿Por qué dices eso?

—Porque siempre soñabas con irte. Cuando hablabas de estudiar en el País Vasco, estabas emocionada.

—Tenía dieciocho años, Míkel. Iba a vivir sin mis padres por primera vez en mi vida.

—Vale, sí, pero cuando te fuiste a Madrid a hacer el doctorado… Me dijeron que estabas más feliz que nunca.

—Y siempre he sido feliz. Me ha encantado poder viajar, vivir en tantas ciudades diferentes gracias a mis becas y a mis contratos. Pero siempre me faltaba esto. Cuando me imaginaba poder asentar mi carrera, siempre deseé hacerlo aquí, en Asturias. Pensé que podría retornar en algún momento de mi vida, volver a estar cerca de mis padres, de mi abuelo, de mis amigos, de todos los que tanto echo de menos; salir por ahí, por las calles de toda la vida y por mis bares de siempre. Y me apena porque no sé si alguna vez podré volver a esta vida que tanto añoro. —La evidencia me golpeó de lleno—. ¿Por qué te sorprende, Míkel?

—No lo sé. Nunca imaginé que pensaras de ese modo. Siempre creí que no querías una vida aquí, sino lejos, tal y como estás ahora.

—Eso es porque nunca me has escuchado y has extrapolado la vida de Alonso a la mía.

—Eso no es verdad.

—Sí, lo es. Mi hermano es feliz en Madrid. De hecho, creo que le sale urticaria cada vez que tiene que subir a Asturias. Pero yo no. Puedo adaptarme a vivir donde sea, pero necesito mi Gijón. Necesito mi mar, mi familia, mi gente. Y cada vez más. —Sonrió, aunque con una carga de pesadumbre que difuminó su alegría—. Soy así, Míkel. Parece mentira que te sorprenda. Me conoces desde siempre.

—Pensé que te conocía en ese aspecto.

—Siempre has estado muy equivocado conmigo. En eso y en muchas otras cosas. Yo siempre he sido para ti una extensión de Alonso, pero dudo que me hayas llegado a ver alguna vez.

—No digas eso, Laura, por favor. Sabes que no es cierto.

—A veces me gustaría creerlo.

El golpe fue terriblemente certero hasta el punto de que me dejó sin palabras.

—¿Qué necesitarías que cambiara para volver aquí?

—Un trabajo. Mi trabajo —especificó.

—¿Dónde?

—En la Universidad. No me he pasado tantos años de mi vida trabajando en investigación como para terminar en otro lado. No quiero volver si no es con las condiciones que tengo ahora. Sé que podría sacarme una plaza en el CSIC y quedarme allí, en Madrid. Así que, si no es con una plaza en la Universidad, volver no me compensaría.

—¿Y en Cantabria? ¿No tienen en Santillana del Mar un centro de investigación del CSIC?

—Pero es de Prehistoria.

—¿Y tú eres de…? —bromeé.

—¡Vete a la mierda, Míkel!

—Tampoco son tantos años de diferencia desde la Edad Media. Unos… veinte o treinta… ¿siglos?

—Más bien, unos doscientos o trescientos siglos para atrás.

—No es tanto, ¿verdad? —Laura comenzó a reír y el pesar de mi corazón se aligeró un poco —. Lo entiendo. A mí me pasaría lo mismo. Así que, si necesitas que acabe con algún catedrático demasiado longevo, dímelo.

Su risa suave se abrió paso de nuevo.

—Ya llegará. O quizá no. Tal vez tenga que volver a Madrid y seguir yendo los domingos a la Sierra para comer en casa de mi hermano. —Bajé mi rostro y traté de camuflar el tormento que esa idea me transmitía. Fue imposible. Ella percibió mi abatimiento de inmediato—. ¿Qué ocurre, Míkel?

—Nada.

«Todo».

Ser consciente de su verdadero sueño acababa de agitar mi mundo. Sin embargo, me mostró también una vía que creía ya cerrada. Ella quería volver y establecerse de nuevo en Gijón, por tanto, yo dejaba de ser un ancla en su vida profesional, en sus sueños, en sus aspiraciones. Eso cambiaba totalmente mi perspectiva.

A partir de ese momento no me iba a frenar nadie.

16
LAURA

Estoy segura de que la gran mayoría de vosotras ha pasado por la situación de ponerse a dieta y acabar ese mismo día zampándose un bollo de chocolate. ¿Que a ti no te ha pasado? Pues enhorabuena. Luego, si eso, me cuentas el secreto.

A ver, entendedme. Que es que yo no tenía delante de mis narices una magdalena integral, de pasas y avena. Lo que yo tenía frente a mí era un jugoso *muffin*, relleno de deliciosa Nocilla y esperando a que le diese un bocado para que la suave crema se desplegase por mi boca. ¡Ñam! Igual de delicioso para saciar mi deseo que peligroso para mi páncreas.

«¿Qué coño estás haciendo, Laura? Lo de Míkel no puede volver a repetirse».

Y, efectivamente, ya me lo había recordado en esas veinticuatro horas bastantes veces. ¿Y me había hecho caso? Pues no. Yo, que siempre he sido muy de Oscar Wilde, y de su *Retrato de Dorian Grey* como manual de cabecera para la vida, sabía que «la mejor forma de librarse de la tentación es cayendo en ella». Porque es cierto. Cuando te apetece catar algo y te lo prohíben, al final, eso se enquista. Lo prohibido pasa a ser desconocido y la imaginación aumenta el deseo de poder probarlo. No hay peor rueda de hámster en la que meterse para intensificar los anhelos.

El pequeño problemilla que había en ese argumento era que yo ya había caído en esa tentación. Dos veces. En concreto, contra la pared de un edificio y dentro de un coche. ¿Me había servido para librarme del deseo que durante mi adolescencia había elevado al rango de sueño inaccesible? No ¿Había conseguido devaluar a Míkel a lo mundano? Pues tampoco. Si Homero me hubiera elegido a mí para protagonizar la *Odisea*, yo hubiera sucumbido a Origya y me hubiera quedado con la tentadora ninfa Calipso follando, no siete años, sino toda la eternidad.

—Oye, Odiseo, ya va siendo hora de volver a casa.

—Ya vaaaaaaaa. Tranquiiiiiiiilo, hombre.

—¿Y Penélope?

—¿Pe… qué?

Soy débil, lo sé. De todo tiene que haber en esta vida. No nací para héroe, aunque una vez salvé a una gallina de mi abuelo de las fauces de un lobo. Esa ha sido la única acción intrépida y memorable de toda mi existencia. Bueno, quizá a lo mejor no era un lobo y solo era el perro del vecino que tenía muy mala leche. Pero, cuando lo conté la primera vez, me moló tanto ver la expresión de mi abuelo, que terminé interiorizando esa mentira como una experiencia verdadera en toda regla.

—¿Qué te apetece cenar?

Eso me lo preguntó Míkel, no mi abuelo. Por si no quedaba claro. Mi abuelo me hizo esa misma pregunta miles de veces a lo largo de su longeva vida, aunque nunca como me lo hizo Míkel ese día. Mi abuelito, cuando me lo preguntaba, lo hacía de frente, y con los huevos y las patatas ya preparados para freírlos; no a mi espalda, como lo hacía ese diabólico *poli* malo, ni con sus manos sobre mis caderas, ni bajo un susurro tan electrizante que me hizo mojar las bragas. ¡Jolines! ¡Que me erizó la piel del cuello con su aliento! ¡Es que no se puede ser más

malvado!

El corazón se me disparó e, inconscientemente, elevé mi hombro para tratar de defenderme de esa tentación tan deliciosa que se mantenía detrás mía. Fue mucho peor. Míkel llevó sus manos hacia mis brazos y los acarició despacio. Este hombre estaba obsesionado con que no pasase frío. Le podría haber dicho «¡Para!», pero es que no me apetecía. Lo dicho, soy débil. Y él lo sabía. Lo sabía todo, el muy…

—Es tarde. Mejor nos hacemos unos sándwiches y nos los vamos comiendo mientras vamos hacia el garaje.

—No pienso hacerte un sándwich.

—Vale. Pues me lo hago yo.

Y con una amplia sonrisa, me separé de él dando un saltito oscilante. Caminé hacia la nevera escuchando su queja.

—Laura, tienes que cenar algo en condiciones. Déjame. No tardaré mucho en prepararlo.

Y aunque tardase poco. Cinco minutos más allí y me tiraba a sus labios a devorarlos. Míkel estaba acortando la distancia a zancadas. Su cercanía era cada vez más evidente. Sus muestras de cariño eran demasiado sugestivas. Y él… Él me resultaba demasiado irresistible como para estar más tiempo a su lado con una cama cerca. O con el sofá del salón, por si no llegábamos arriba. O, quizá,…

—¿Esto es mármol? —pregunté mientras acariciaba con la yema de mis dedos la encimera de la cocina.

—Sí. ¿Te gusta?

Mis labios dibujaron una sonrisa boba. Pero, afortunadamente, no tuve que contestar porque su teléfono sonó.

—Seguro que es mi tía. O mi madre. Ya lo verás. Estarán preocupadas.

—Laura, saben que estás conmigo.

—¿Y qué pasa? ¿Que contigo no corro peligro?

Ahora fue él quien esbozó la sonrisa.

Estábamos apañados.

Míkel se acercó hacia la mesa de centro del salón, donde había dejado su teléfono, y miró la pantalla. Su rostro se cargó con un gesto de extrañeza.

—Esto... Laura, tengo que cogerlo. No tardo.

—Vale —respondí tranquila.

Pero toda esa calma se evaporó en el momento en que escuché a Míkel saludar a la otra persona, mientras se perdía escaleras arriba.

—Hola, Aitana.

«Aitana… ¡Joder, qué bien!».

La *ex*, por si no te acuerdas.

«Así que siguen manteniendo relación, ¿eh? ¿Y será buena? Alonso no me ha dicho nunca nada. Bueno, es que Alonso tampoco me ha contado la razón del divorcio. Ni mi madre. Ni nadie. ¿¡Por qué nadie me cuenta nada, jolines!? Quizá debería preguntar más. Sí, yo creo que va a ser por eso. Si no me fuera despavorida de la mesa cada vez que hablan de Míkel, a lo mejor también me enteraría de más cosas. Vale. A partir de ahora, no huiré. O sí. No lo sé. Porque tener que escuchar, por ejemplo, que Míkel sigue teniendo buena relación con Aitana puede ser peligroso. ¿Y si me ahogo con un trozo de pollo al escucharlo?».

Cogí un paquete de pavo *Campofrío* y unas lonchas de queso *gouda* del *Mercadona*, y las tiré sobre la encimera.

«¿Y de qué estarán hablando? Porque, la verdad, no sé de qué se hablará con un *ex*. Yo con mis *ex* no he vuelto a hablar en mi vida. Es verdad que suelo ser un poco radical en cuando a rupturas se refiere. Pero es que, ¿para qué, digo yo? Si no aguantas a alguien en la cama, ¿lo vas a aguantar fuera de ella?».

La risa de Míkel me llegó desde el piso de arriba. Arranqué el film del queso como si se tratase de una tira de depilación de piernas. Cogí una loncha, la doble dos veces y me la metí entera en la boca. Mientras la masticaba, miré hacia la escalera que subía a la otra planta y rasgué la mirada. De nuevo otra suave risa. Me quise morir.

Me di la vuelta y empecé a abrir muebles buscando el pan de molde. Lo encontré enseguida. Lo solté sobre la encimera como si de un látigo se tratase. Comencé a dar vueltas al plastinudo para abrir el paquete. Sí, se llama plastinudo. Estaba tan enajenada que, en vez de abrirlo, lo di vueltas al revés y lo cerré mucho más. Lo arranqué con rabia. Me hice daño en la yema del índice. Me chupé el dedo con un gemido lastimero. Mi imaginación voló con ese entusiasmo de fondo y para qué más.

La cuestión fue que, cuando Míkel volvió a aparecer en la cocina, diez minutos más tarde, a mí ya me había dado tiempo a pasar por tres fases autodestructivas, a cada cual más tóxica. A saber, «Cabreo», «Autoflagelo» y «Autocensura». Pero terminé donde lo hago siempre: «Asunción y *p'alante*», aunque ese día no pude evitar los morritos. Demasiado estrés. Solo era eso. O no. Pero no estaba yo muy allá para psicoanalizarme más.

—Ya estoy aquí. ¿Ese sándwich es mío?

Ni lo miré.

—Sí.

—¿Y el tuyo?

—Ya me lo he comido.

Junto con cuatro rebanadas aplastadas en una compacta miga, tres lonchas de queso y el otro paquete de pavo que había en la nevera. ¡Sí! ¡Qué pasa! Llevaba diez horas sin ingerir nada y yo no soy de ayuno voluntario, ni intermitente, ni religioso. Mi cuerpo aflautado me pide mucho, aunque no lo creáis.

—¿Te ocurre algo? —preguntó con su voz moderada en una suave caricia.

No me sirvió.

—No ocurre nada. ¿Podemos irnos ya?

—Sí, claro.

Y con Míkel observándome como si me hubieran salido cuatro cabezas, le dije:

—Voy al baño mientras terminas tu sándwich.

Y allí me encerré. Hice pipí, me lavé las manos y el resto del tiempo lo dediqué a mirarme en el mega espejo que tenía allí dentro. Si es que este tío lo tenía todo grande.

Lo reitero: To-do.

Me dispuse a salir cuando intuí que ya habría pasado el suficiente tiempo para que Míkel se comiese el sándwich. Fui a girar el pestillo del cerrojo interno de esa preciosa puerta de diseño estilo industrial, y juro que no sé cómo demonios hice aquello, pero me quedé con la pieza en la mano.

—¡Ay! ¡Dios!

Vale que tenía un cabreo conmigo misma nivel Hulk, pero mi fuerza no daba para romper

metales.

Intenté abrir la hoja. No pude. El cierre se había quedado echado. Estaba encerrada.

—Mierda —musité. Y comencé a gritar—. ¡Míkel! ¡Míkel! —En vista de la nula respuesta, seguí berreando su nombre y aporreando la puerta con la mano—. ¡¡¡Míkeeeeeeel!!!

—¿Laura? —sonó por fin su voz.

—Míkel, me he quedado encerrada.

—No te preocupes. Es que el cerrojo a veces se encasquilla. Solo tienes que empujar la puerta hacia mí para girarlo y abrir…

—Míkel, me he cargado el cerrojo.

—¿Cómo que te has cargado el cerrojo?

—Me he cargado el cerrojo —reiteré. Y lo hice marcando cada sílaba, por si no le quedaba claro—. Tengo la pieza en la mano.

—Pero ¿cómo lo has hecho?

—No lo sé —lloriqueé.

—Vale, tranquila, no te preocupes. Déjame pensar.

—No me gustan los espacios cerrados.

—Pues te vas a tener que aguantar, Laura. Al menos, un ratito.

—¡Jolines! —Giré en redondo y, de pronto, mis ojos se clavaron en un punto en concreto—. Oye, ¿y si salgo por la ventana?

—¡Ni se te ocurra! —bramó.

—La cornisa de este edificio era muy ancha, ¿no? Me acuerdo que tú caminabas por ella con mi hermano…

—¡Laura! ¡Como sigas, tiro la puerta abajo!

Alcé una ceja. Solo imaginarlo evaporó mi miedo y mi vientre recibió una descarga intensa. Muy intensa.

—¿En serio? ¿Sabes hacer eso?

—Laura, no me toques las narices.

—¿Eso os lo enseñan en la Academia de Policía? —No me respondió—. ¡Quiero verlo!

—Voy a por la caja de herramientas.

—Y yo voy a la ventana —canturreé.

—¡Laura! ¡No me jodas!

—Me he subido en el inodoro —volví a entonar.

Y lo hice. Por dramatismo real, que no fuera.

—¡Laura!

—Estoy abriéndola… ¡Uy! ¡Esto es muy ancho! Puedo ir hasta el salón caminando.

—¡¡Laura!! —rugió como un coloso.

Me sonreí a mí misma.

—Ábreme la terraza del salón, que voy para allá.

Y, entonces, Míkel descargó un golpe seco y duro contra la cerradura que movió toda la puerta. Estuve a punto de caerme de encima del wáter. Después, vino un segundo que destrozó la cerradura. La hoja se abrió con fuerza, se estampó contra la pared y él apareció al otro lado como un auténtico *berserker*. Aquel alarde de testosterona me puso muy tonta.

«¡Pero qué bueno que estás, joder!».

—¿¡Se puede saber a qué cojones juegas!?

«Uy. Mierda».

—¿¡Qué pretendías!? ¿¡Terminar lo que las escaleras de la Casona no consiguieron esta mañana!?

Vino hacia mí y, sin mediar palabra, me cogió de encima del inodoro y me cargó sobre su hombro.

—¡Míkeeeeeel!

Ni me respondió. Salió de allí con zancadas rápidas y no me soltó hasta que llegó al salón. Cuando lo hizo, me dejó en el suelo sin demasiada suavidad, todo hay que decirlo. Pero no solo eso. En su rostro, se había concentrado una tensión excesiva. Estaba cabreadísimo.

—¡Si te digo que te quedes quieta, te quedas quieta! —me regañó apuntándome con un dedo —. Que tu hermano y yo hiciésemos el imbécil por la cornisa cuando teníamos quince años no quiere decir que tú debas hacerlo dos décadas después. —Le aparté el dedo de un manotazo. Míkel abrió mucho los ojos, amenazante, y tensó la mandíbula—. Laura —me advirtió.

—¡Qué! —lo encaré.

Ladeó sus labios en una sonrisa cargada de incredulidad. Desvió la mirada y descansó las manos sobre sus caderas. Su envergadura crecía siempre que adquiría esa postura.

—¿A qué estás jugando?

—Yo no juego, Míkel.

—¿A no? —Y avanzó un paso hacia mí, de modo que su cuerpo me invadió entera—. Entonces, ¿a qué ha venido eso?

—Solo quería ver si era verdad que podías abrirla de una patada.

Me sostuvo la mirada frío, severo, impasible. Llevó su rostro sobre el mío y, prácticamente sobre mis labios, susurró:

—Me debes una puerta.

—¿Y eso por qué?

—Porque te has portado mal.

—¿Y qué vas a hacer, señor inspector de policía? ¿Me vas a arrinconar contra la pared y me vas a poner las esposas?

—¿Eso te gustaría?

—Prueba.

Dicho y hecho. En un movimiento rápido, Míkel me dio la vuelta, me inmovilizó los brazos y me encajonó contra la pared más cercana. Encerró mi cuerpo en el suyo y dejó sus labios pegados a mi oído. Escuché su respiración profunda y yo dejé escapar un gemido que fui incapaz de velar.

El juego había cambiado.

—¿Continúo, pelirroja?

Su voz se clavó en mi vientre y me atravesó una descarga de deseo.

—Sí —susurré bajo un suspiro.

Míkel unió su cuerpo al mío y su erección se clavó en mi trasero. Moví mis caderas para rozarme con ella y él presionó mucho más. Dejé escapar otro gemido y vencí mi cabeza sobre su pecho. Míkel llevó sus labios sobre mi cuello y comenzó a besarlo, a lamerlo. Apresó mis muñecas con una sola mano y, con la otra, sostuvo mi cuello sin dejar de devorarlo. Deslizó sus dedos hasta llegar a mi clavícula, acarició mi escote, agarró con fuerza uno de mis pechos y dio una embestida oscilante con su pelvis que me volvió loca. Bajó su palma con firmeza. Recorrió mi esternón, mi abdomen. Acarició la zona más baja de mi vientre con vigor y me sostuvo con firmeza de la cadera, antes de descargar otro nuevo balanceo sobre mi trasero.

Pero yo quería más.

No me hizo falta pedírselo. Leyó mi demanda en mis movimientos, en mis jadeos, en mis súplicas. Siguió su recorrido descendente y presionó con sus dedos sobre mi vulva. Creo que me oyeron hasta en Oviedo.

Fue, entonces, cuando lo sentí. Un torbellino golpeó mi cerebro. Todo a mi alrededor comenzó a girar con virulencia. Me vi perdiendo el equilibrio. Mis piernas flaquearon. Me fue imposible controlarlo.

«Mierda… ¡Ahora noooo, joder!».

Pues sí. Un vértigo de los que hacen época. Pataleé mentalmente.

—Míkel, para —conseguí decir.

Se apartó de golpe, pero sin ser todavía consciente de lo que me pasaba. Cuando se dio cuenta de lo que realmente sucedía, se alarmó.

—¡Laura!

—Me mareo muchísimo...

Me cogió en brazos y, con rapidez, me llevó hasta el sofá. Me dejó en él tumbada y yo… Yo no supe qué hacer ni dónde meterme. Había dado rienda suelta a mis más anhelados deseos y, después del frenazo en curva, mi mente me recordaba que no debería ni haberme montado en ese Ferrari.

17
LAURA

—¿Te encuentras mejor?

—Sí.

Y, después, vino su ayuda a incorporarme, sus caricias, su beso sobre mi sien, en el dorso de mi mano, el cálido roce de sus labios sobre mis dedos; sus susurros cargados de preocupación, su brazo abarcándome y sosteniéndome de modo protector. Y yo, sin poder mirarlo, sin poder abrazarlo, sin poder tocarlo; hundiéndome en un mutismo dañino para él; dañino para mí.

—¿Seguro que prefieres que subamos?

—Sí.

Y solo sí.

—¿No sería mejor que pasásemos la noche aquí? Estamos más cerca del hospital…

—Ha sido solo un vértigo y mi tía necesita ayuda.

En realidad, no la necesitaba. Cuando nos montamos en el coche, bajo un silencio ensombrecido, incómodo y forzado, Míkel decidió llamarla para avisarle de nuestra salida.

—*Ados!* ¿Y algo más?

—¿A qué te refieres, Tere?

—Que si algo más decirme quieres.

Míkel dudó.

—No.

—¡Pues, hala! Sigo leyendo.

—¿Qué lees, tía?

—Tu diario del verano del 99. Me lo he encontrado dentro de tu armario.

—¡Tía! —Estaba perdida. Los cuatros diarios que escribí en aquellos años eran auténticos *telenovelones* sobre Míkel—. ¡Tía, suéltalo ahora mismo!

—Pero es que todo lo que tenéis en la biblioteca ya me lo he leído. ¡A ver si renováis!

—¡Tía, suelta mi diario!

—Pero si eras muy chica, anda. No te apures, *pitxin*.

—¡Tía, por favor!

Míkel colocó su mano sobre mi pierna con la intención de serenarme. No sé qué pensaba, ni por qué aún no había llegado a la conclusión de que sus dedos sobre mi piel no se asemejaban para nada a una tilita.

—Tere, en una hora y media estaremos por allí.

—De acuerdo.

—Deja el diario donde lo has encontrado, tía, o te degrado a mero familiar raso.

—¡Que no! ¡Que no! Si ahora estoy en lo mejor.

—¡Tía!

—Sí, *pitxin*. Luego, si no estás muy cansada, hablamos.

«Ni de coña».

Me crucé de brazos, me envolví más en la sudadera que me había dejado Míkel y decidí perder la mirada por la ventana.

Él se encargó de terminar la llamada con mi tía. Después, intentó que no me fuera demasiado lejos.

—¿Te encuentras bien?

Su pregunta me acarició con una suavidad extrema. Mi respuesta fue similar a un guantazo con la mano abierta.

—Sí.

Silencio. Para mi desgracia, duró poco.

—¿Tienes frío?

«Ay, Dios...».

—No.

—Estás muy encogida, pensé que…

—No tengo frío, no.

—Si lo tienes, dímelo. Hay una manta pequeña detrás de tu asiento.

—Estoy bien, gracias.

Y otro silencio más. Sin embargo, Míkel se negó a dejarlo pasar. Encaró lo sucedido de frente.

—Laura, con respecto a lo que ha pasado…

No pude. Se lo rogué sin mirarle a los ojos.

—Ahora no.

—De acuerdo.

Y se conformó solo por otorgarme ese espacio que tanto necesitaba. No volvió a decirme nada más en todo el trayecto. Sin embargo, a pesar de estar volteada, con los ojos cerrados y con la distancia interpuesta, podía sentirlo. Y lo que me llegaba me dejaba muy claro su tensión, su nerviosismo, su desazón creciente. Me deshice en silencio.

No recuerdo muy bien cuándo me quedé dormida. Ni siquiera fui consciente de llegar a la Casona. Solo cuando Míkel me cogió en brazos, me desperté asustada.

—Puedo ir yo... Puedo yo sola.

Me bajó con cuidado y con la duda, la presión y la angustia cada vez más marcada en su mirada. Yo traté de despejarme para alcanzar la puerta lo antes posible.

Mi tía nos recibió con un parloteo extremo que hizo levantar los ojos a las dos personas que estaban sentadas en el salón, junto a la chimenea. Por eso, apenas me paré con ella. Crucé rápido al fondo de la zona privada y me metí en la habitación de mis padres. No tardé en escucharla por el pasillo. Iba hablando con Míkel sobre lo que había dicho el médico. La sosegada voz de él contrastaba con la vehemencia de mi tía en argumentar todas las contradicciones y dudas que pasaban por su cabeza.

Cuando llegaron a la puerta del dormitorio, yo ya me había armado con el pijama, el neceser y con el albornoz de mi madre en una mano, y miraba las llamadas pedidas y los mensajes en mi teléfono móvil. Fui al encuentro de ellos dos.

—Tengo varios mensajes de Cova y Lucía sobre mi caída. ¿Quién se lo ha dicho?

—Fui yo —me respondió mi tía—. Como no podían contactar contigo por el móvil, a la Casona llamaron y ya les conté.

—Vale, pues las llamaré después. Pero antes, quiero darme una ducha. Después, me voy directa a la cama. No puedo más.

Y lo dije mirando a Míkel. No me respondió. Se mantuvo adusto en su silencio y en su mirada, cruzado de brazos y apoyado en el marco de la puerta. Ni siquiera se movió cuando pasé a su lado. Lo hice deprisa, con los ojos perdidos en el suelo y evitando como fuera volver a rozar su delicioso cuerpo. Fue imposible. Por mucho que lo intenté, me llegó su calor, su aroma y el recuerdo de la pasión con la que me había cubierto durante apenas unos minutos.

Finalicé mi ducha cargada de reproches y de anhelos, de contradicciones y desvelos. Me puse el pijama y la chaquetilla de la noche anterior, y me metí directa en el dormitorio. Abrí el teléfono y pulsé el contacto de Cova. No tardó mucho en contestar.

—¡Tía! ¡Por fin das señales de vida! ¿Qué te ha pasado?

—Que soy una torpe y me he caído.

—Hasta ahí llego. Tu tía Tere ya me ha contado. Espera, que pongo el manos libres y así también te escucha Lucía.

Se lo conté. Todo. Con ellas no había secretos. Y, por primera vez en el día, pude compartir con alguien lo que rondaba mi mente. Cuando las evoqué el único recuerdo inquietante que tenía del intenso olor a flores, Cova me interrumpió sobresaltada:

—Es un claro caso de osmogénesis.

—¿Osmoqué?

—Osmogénesis, Laura.

—También lo llaman clariesencia —añadió Lucía.

—¿Pero qué leches es eso?

—Arturito, Laura. Ar-tu-ri-to —sentenció Cova. Se me secó la boca y un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo—. Es un fenómeno paranormal por el que se captan olores sin origen explicable.

—¡Venga ya!

—Es el olor de los muertos —siguió Lucía.

—No, mira. No. Los muertos olerán a rancio.

—¡Calla, Laura! —me chistó Cova—. El espíritu de los muertos adquiere olores. Y, dependiendo de si es *buenrollero* o no, huele a una cosa o a otra.

—Y si huele a flores, ¿qué es?

—*Buenrollero* —respondieron las dos al unísono.

—Qué claro lo tenéis, ¿no?

Lucía me rebatió mis dudas.

—Cuando son *malrolleros*, huelen a azufre…

—Como no.

—O a pedo —añadió Cova.

Alcé una ceja.

—¿A pedo?

—Sí, tía, a pedo.

—¿Como van a oler a pedo? ¡Joder! ¡Son fantasmas! ¡No pueden oler a pedo! ¡La existencia en otros planos debería darnos algo de dignidad!

—A mí no me digas nada —me regañó—. Yo no los he olido en mi vida. Eso solo lo hacen los sensitivos, como tú.

—¡Oye, oye! Que yo no quiero ser médium.

—Médium, dice —se mofó Lucía—. Tú solo hueles y escuchas cosas, cariño. Y luego te

acojonas y te caes. Para médium te quedan bastantes cursos.

Las dos empezaron a reírse a carcajadas.

—Os voy a colgar.

—Seguro que no —siguió Cova.

—¿Qué te apuestas?

—Lo que quieras —respondió osada—. Somos las únicas a las que se lo puedes contar porque el resto no te ha creído nunca. Pero, además, te acojona tanto el tema que eres incapaz de buscarlo en Google por ti misma.

—¡Eso no es verdad!

—Laura, que nos conocemos.

Decidí no seguir hacia el encontronazo que se estaba fraguando.

—Bueno y lo de oler a pedo. ¿Eso cómo es?

—Ni idea. Yo solo te cuento lo que dice Iker.

«Iker…».

Cova ya trataba a Iker Jiménez como un colega de toda la vida. No en vano, había pasado más horas con él, a la escucha de los *podcast*, que con cualquier otro hombre. Había retransmisiones que te las soltaba igual que como cualquier seguidor de *Star Wars* te repetiría los diálogos de la película.

—Lo importante —dijo Cova para centrarme—, Arturito te necesita, Laura.

—¿Y por eso me tira por las escaleras?

—No te ha tirado —le defendió ella. Mi amiga, que me conocía bien, no daba un euro por mí y se posicionaba al lado de las fuerzas ocultas de esa casa. En fin… —. Cuando se perciben esos olores, suele haber alguna manifestación posterior. ¿De verdad que no recuerdas nada?

—Nada. Aunque… —Y volví a estremecerme—… la noche anterior…

El miedo volvió a atenazar mis labios.

—¿¡Qué, Laura!?

Si las hubiera tenido delante, me hubieran zarandeado hasta hacerme vomitar las palabras.

—La noche anterior… creo… que vi a un niño. En la ventana de la habitación de mis padres.

—¡Ay! ¡Joder!

—Antes había escuchado golpes de llamada en mi puerta. Al principio, creí que era Míkel…

—¿Míkel? —me cortaron con un tono claramente distinto.

Me adelanté su demanda.

—Pasó la noche aquí. —Las risillas y el jolgorio se abrieron paso entre ellas—. Mi madre se lo pidió y, bueno,… Eso.

—¿Eso? —me preguntó Cova con tono burlón.

—Que no era Míkel.

—¡Oooooh! —se volvieron a burlar.

—Hubiera estado bien, ¿eh?

Lo solté a bocajarro.

—He estado a punto de liarme otra vez con él hace dos horas.

Aquí la reacción se dividió. Mientras Lucía gritaba, me jaleaba y daba palmas, Cova impuso su carácter *reprochalotodo*.

—Pero ¿estás tonta o qué? —Así. Sin dulcificarlo ni un poquito—. Llevas media vida clamando por lo que pasó hace diez años y, ahora, te lo vuelves a plantear. ¿Para qué? ¿Quieres pasarte otra década enganchada a su recuerdo?

—¡Joder, Cova! —la censuró Lucía—. Deja que haga lo que quiera.

—Puede hacer lo que le dé la gana. Pero no con Míkel. —Y, dirigiéndose de nuevo a mí, añadió—: Míkel va a lo que va, Laura. Le da morbazo tirarse a la hermana pequeña de su mejor amigo. Para él eres un clásico de libro, cariño. Nada más. Lo sabes muy bien. —Sentí la dureza de sus palabras clavarse en mi pecho. Pero no paró. Cuando Cova pillaba carrerilla, acababa con todo y sin valorar las consecuencias de lo que se llevaba por delante. En ese caso, mi corazón—. Tú con él no puedes dejarlo en un simple polvo. Te enganchas. Míkel es tu maldita debilidad. Así que no lo hagas. Por muy bueno que esté y por mucho que folle como los dioses, Míkel no es para ti. ¿Me oyes?

—¡Quieres dejarla en paz! —la regañó Lucía.

—Lo hago por ella.

—¡La estás tratando como si fuera una cría! Y Laura sabe perfectamente lo que tiene que hacer. ¡Así que cierra esa bocaza!

—Laura, no vuelvas a cagarla —reiteró Cova.

—Ya… —susurré.

—Él pasa página con una facilidad con la que tú no cuentas. Vais en carriles diferentes. Y, ahora mismo, ya tienes bastante como para enredarte otra vez.

Decidí volver al tema de Arturito. Era menos doloroso. Menos dañino. Incluso, daba menos miedo.

—Entonces, ¿qué hago? ¿Busco a un parapsicólogo en Google? O llamo a uno de los sacristanes de la Basílica para que me exorci… exorcite… exorcice… ¿Cómo mierdas se dice?

—¡Exorcice! —gritaron las dos al unísono.

El nivel experto de esas dos llegaba hasta la conjugación de los verbos más chungos del esoterismo en lengua castellana.

—Eso. Que si les digo que me exorcicen la casa o qué.

—Pues ni una cosa ni otra —sentenció Cova—. Lucía y yo volvemos en tres días. Montamos otra güija y hablamos con Arturito, a ver qué quiere. Esta vez, en serio.

Como si hace años lo hubiésemos hecho en broma.

—Cova, que mis padres tiene la Casona hasta arriba, como para despertar un *poltergeist*. Que una cosa así no se supera en las valoraciones de Tripadvisor.

—Tu déjalo en mis manos.

Y lo dejé, entre otras cosas, porque estaba hasta las narices de ese día. Después de colgar con ellas, salí del dormitorio blasfemando por mis dolores, que ya empezaban a acentuarse. Necesitaba un ibuprofeno. O toda la caja.

Escuché a mi tía tarareando desde la cocina. Fui hasta allí y vi que se estaba preparando un vaso de leche.

—Tía…

Me abrió sus brazos y me acurruqué en ella. Mi tía me cubrió con su cariño y me estrechó contra su pecho.

—Menudos sustos me das, Laurina.

—Lo siento, tía. —Y me dejé mecer en su cuerpo—. ¿Ya se han ido a dormir todos los huéspedes?

—Todos.

—Pues, venga. Ya es hora de que tú lo hagas también. Tienes que estar agotada.

—Ahora voy y me cambio. Pero antes, me tomo mi vaso de leche.

Eso era sagrado para ella. Tanto o más que acudir a los partidos de la Real Sociedad cuando

jugaba en casa.

—Te espero en la cama, ¿vale?

—Yo duermo en la de tus padres.

—Ya. Y yo también. Míkel está durmiendo en la mía.

—No, *pitxin*. Pelayitxu se ha subido a una de las habitaciones. Los que iban a ocuparla llamaron y me contaron que se les había reventado una rueda. Se han quedado en León a dormir. Así que le he dicho que se subiese y así dormimos todos más cómodos.

—¿En qué habitación está?

—En una de las de la buhardilla. La número uno.

Se me heló la sangre, pero ni siquiera pude entender por qué.

18
MÍKEL

El recuerdo de Laura, encerrada y sometida a mí fue más que suficiente para que mi mente volara. La hubiera devorado. La hubiera follado contra aquella pared y no hubiera parado hasta que su deseo brotara en oleadas. Aún recordaba lo delicioso que era sentir su pequeño cuerpo dominado por el mío. Nunca lo había olvidado. Nunca lo olvidaría.

Tenerla de nuevo me había excitado con una intensidad arrebatadora. Un estremecimiento fascinante me recorrió entero al recrear su tono de voz tras mi pregunta; al evocar su tentadora mirada entornada buscando la mía; al revivir su respiración alterada, las pulsaciones en su pecho y el primer desfallecimiento tras sucumbir al anhelo que nos cubría.

No se había ocultado. Se había mostrado sin velos y había apartado momentáneamente sus dudas. Cuando el seductor movimiento de su trastero rozó mi polla, me lanzó de lleno a la vehemencia desbocada de poseerla, de satisfacer sus deseos, de encumbrarla hasta el clímax. La calidez de esa primera respuesta en todo su cuerpo me dio las alas que necesitaba. Y quise más.

Todas esas sensaciones colmaron mi mente y se entremezclaron con el aliento jadeante que brotaba en ese preciso momento de mis labios. Impuse un mayor vigor a la fricción de mi pene y sentí la presión previa, el calor, la culminación inminente. Me corrí en la ducha, tratando de velar mi deseo desbocado. Me fue imposible. De mis labios brotó el sonido ronco de la vulnerabilidad extrema, del sometimiento lascivo, del placer de amarla. Un devastador orgasmo me liberó del encarcelamiento que arrastraba desde hacía horas. Me dejé llevar con el recuerdo del rostro de Laura cuando llegaba al clímax y me sometí a la evidencia cada vez más palpable de que comenzaba a estar perdido sin ella.

«Laura…».

Me sostuve con una mano en los azulejos de la bañera y con la otra relajé mis dedos hasta que todo fue cediendo poco a poco. Bajé mi rostro y sucumbí a la sensación de sentir el agua cálida resbalando por mi cuerpo. Traté de acompasar mi respiración y atenuar las pulsaciones que golpeaban mi pecho. Sin embargo, el susurro de la evidencia no tardó en mostrarse. Me obligué a dejar la mente en blanco. No quería sucumbir a la añoranza, a la melancolía, a la nostalgia dañina y lacerante, a la culpa.

A pesar de lo sucedido, la respuesta posterior de Laura había sido muy clara. Se había cerrado a mí y eso no había sido solo como consecuencia del vértigo. Laura había dado marcha atrás en su arrebato y había vuelto a encerrar a buen recaudo las emociones que se habían liberado con el deseo.

Ser consciente de ello, me había desestabilizado, hasta el punto de que había conducido hasta Covadonga cegado por la frustración y el desconsuelo, con la esperanza pisoteada, con el corazón quebrado. La entendía. Lo que sucedió diez años atrás determinaba nuestro presente. Se protegía. Por esa razón, debía hablar con ella cuanto antes. Tenía que confesarle lo que realmente pasó y debía hacer lo imposible para que comprendiera por qué había tomado la decisión de alejarme. Si no lo hacía, nada podría fluir entre nosotros de nuevo. Sin su perdón, ningún sueño

podría construirse y todas las esperanzas quedarían rotas.

Salí de la bañera, coloqué alrededor de mi cintura una toalla y pasé al dormitorio. Enseguida me llegaron las respiraciones acompasadas de mis vecinos de abajo y el rítmico repiqueteo de la madera contra la pared. Alcé los ojos al techo y suspiré. Las noches en los hoteles a veces se tornaban complicadas y esa parecía que iba a ser una de ellas. Estaba agotado, así que lo único que esperaba era que terminasen pronto, no repitiesen más tarde y, por supuesto, no incentivasen lo suficiente a los que ocupaban el resto de las habitaciones para unirse a esa dinámica. De lo contrario, me iba a pasar toda la noche pensando en Laura y me levantaría al día siguiente empalmado como un adolescente.

Me acerqué hasta la bolsa de deporte donde guardaba mis cosas. Saqué un pantalón de pijama y me lo puse. Después, me tiré sobre la cama. Entrelacé los dedos de mis manos y apoyé mi cuello en ellos. Perdí la mirada en el techo y, sin apagar la luz, me dejé llevar por el repiqueteo constante.

Estaba tan cansado que mis ojos comenzaron a cerrarse antes incluso de que mis vecinos alcanzaran el clímax. Sin embargo, cuando ya estaba cayendo en un sueño profundo, alguien llamó a mi puerta con tres golpecitos. Abrí los ojos y, extrañado, miré hacia allí. La única posibilidad que se abrió en mi mente me hizo despejarme de inmediato. Mandé el sueño a paseo y me incorporé de golpe. En cuatro zancadas, llegué hasta la puerta y abrí sin pensármelo. La sonrisa de mis labios se congeló al ver que no había nadie a otro lado. Saqué el cuerpo al descansillo y miré escaleras abajo.

Nada.

Fruncí el ceño y volví a meterme en la habitación. Llegué a la cama reprochándome todos y cada uno de mis anhelos.

«Claro, Míkel. Lo flipas mucho si piensas que Laura va a subir hasta aquí arriba para terminar lo que habéis dejado a medias. ¡Ya me gustaría! Joder… Habrán sido los de abajo».

Me di cuenta, entonces, que ya no se oía a aquella pareja. Al menos, el primer *round* había terminado rápido.

Sin embargo, cuando me disponía a meterme de nuevo en la cama, percibí un correteo de pasos. Era como si un niño pequeño hubiese cruzado con rapidez de un lado a otro de la estancia. Me extrañó. No recordaba que hubiese críos alojados en la Casona en ese momento. Pero, además, me dio la sensación de que el sonido había venido de arriba y allí no había más que el entramado del tejado y las vigas. Esperé unos segundos más para intentar dilucidar su verdadero origen, pero no se volvió a repetir.

Lo dejé pasar. Me tumbé sobre la cama y, esa vez, apagué la luz del cabecero. La oscuridad se cernió sobre el dormitorio. La única luminosidad provenía de la calle y lo hacía a través del ventanal, ubicado sobre el armario bajo que abarcaba todo el lienzo de caída de la techumbre abuhardillada. Cerré los ojos y liberé mi mente de todo lo que me acuciaba. Me dejé mecer por la comodidad del colchón y me recosté de lado, hacia la ventana.

El delicioso aroma a sábanas limpias me hizo sentir mucho más cómodo. Pero, al mismo tiempo, me llegó un sutil aroma a flores. En un primer momento, pensé que se trataba de la esencia a vainilla y naranja amarga que Elena colocaba en la casa. Sin embargo, cuando ese aroma se incrementó, me di cuenta de que era diferente. No sabía de dónde procedía, pero era mucho más silvestre, más natural; como si te tumbases en mitad de una explanada cargada de miles de flores entremezcladas. Se me dibujó la sonrisa.

Pero, entonces, el correteo de pasos volvió a sonar sobre mi cabeza. De inmediato, abrí los

ojos y mi atención se clavó en el techo. Esperé el sonido una vez más. Los pasitos volvieron a sonar deprisa y, además, se escuchó un golpe extremadamente intenso, como si se hubiese caído un mueble.

—Ahí hay algo —musité.

Me incorporé despacio de la cama y, apenas sin hacer ruido, me dirigí directamente hacia la puerta del dormitorio. La abrí y comencé a evaluar el techo del descansillo solo para confirmar lo que ya sabía, que ahí arriba no había acceso por la propia casa.

Volví dentro, cerré despacio y me encaminé hacia el ventanal. En esa zona olía muchísimo más a flores. Respiré profundamente y volví a sonreír con esa agradable esencia. Abrí las dos hojas de la ventana que no estaban del todo cerradas. Saqué la cabeza y traté de mirar desde dentro hacia el tejado, pero la inclinación de la arcada me impedía evaluar correctamente el entramado. Di un salto y me senté sobre el alféizar, me sostuve en el marco de la ventana e incliné mi cuerpo hacia fuera, como si estuviese sentado en un columpio. Desde esa posición apenas podía ver las tejas que cubrían la techumbre, pero no parecía que hubiese nada alterado o algún ave grande allí posada. Lo que fuera que sonase estaba dentro.

«Un ratoncillo. O varios. Se pueden haber metido en el falso techo a través de las bajantes de los canalones y se habrán montado ahí la madriguera…».

Teniendo en cuenta la ubicación de esa casa, en mitad del campo, era más que probable. De hecho, no sería la primera vez que se colasen bichos allí. Yo mismo tuve que echar una serpiente que se había acantonado en mitad de una de las habitaciones hacía dos años. Y Elena, una de las noches, vio pasar varios jabalíes por delante de las ventanas de la fachada principal. Se sentaron tranquilamente sobre el césped y, después, comenzaron a jugar. Dejaron destrozadas sus hortensias, pero afortunadamente no pasó nada grave.

Una nueva avalancha de pasos me permitió analizarlo con mayor precisión. Al estar sentado en la ventana, confirmé que el ruido venía de dentro y no se trataba de un reflejo en el techo que se hiciese desde fuera. Sin embargo, había algo en todo aquello que no me cuadraba.

«Parece más grande que un ratón».

Volvió a sonar hacia el otro lado y mi cabeza siguió la trayectoria instintivamente.

«¿Y una rata de agua? Esas tienen un tamaño similar a las que hay en las ciudades. El río está aquí al lado. Aunque, no sé… Ese bicho parece más grande… ¡Joder! ¿Qué cojones será?».

Al menos, eso me daba una pista de lo que podría haber sucedido con Laura aquella mañana. Ella había dicho que se disponía a subir a esas habitaciones de la buhardilla. Quizá se había topado con lo que había ahí arriba o, incluso, solo lo había escuchado. Con el nivel de sugestión que la provocaba la casa, se habría asustado y, si salió corriendo, pudo caerse por la escalera.

Salté del alféizar al suelo del dormitorio, coloqué las manos sobre mis caderas y, en un alarde amenazante, me dirigí a ese techo:

—Como hayas sido tú el que has asustado a mi chica, no voy a tener piedad contigo. —El aroma a flores me invadió de lleno. Cerré los ojos y volví a sonreír—. ¡Ah! ¡Dios! ¡Qué bien huele ese difusor!

Giré sobre mí mismo y traté de hallar de dónde procedía. Mis ojos bajaron hasta la puerta del pequeño armario empotrado que había bajo la ventana.

«Lo debe tener ahí dentro porque es donde más se aprecia. A lo mejor es para evitar el olor a humedad».

Y lo abrí. El repiqueteo sonó de nuevo sobre mi cabeza de forma mucho más agitada, pero ya no me importaban las ratas. Necesitaba saber el nombre del difusor, la marca y hacerme con él para mi casa.

—¿Dónde lo tienes puesto? —siseé entre dientes.

Elena era muy suya para ese tipo de cuestiones. Le encantaba que disfrutases de los pequeños detalles que ella creaba, pero nunca compartía sus secretos. Me había costado años saber de dónde sacaba las esencias para la Casona, hasta que la descubrí un día en una de las tiendas de Cangas de Onís. Salía con la que más me gustaba en sus propias manos, la de vainilla y naranja amarga. Recuerdo que trató de escóndela y yo se la arrebaté. Entre risas, pasé dentro de la tienda y le pedí al dependiente que me pusiera dos. El problema vino después, cuando Elena me contó lo que había detrás de ese aroma.

—Cógete cualquier otro de los que compro, pero ese no.

—¿Por qué?

—Porque me la hacen exclusivamente a mí, Pelayín. Así que, no me la robes.

—No te la robo, Elena. ¿Pero por qué no quieres que la tenga?

—Porque contiene mucho de mí. —Ante mi extrañeza, me explicó—: La he hecho pensando en mi Laura. Ya sabes lo que a ella le gusta la colonia de vainilla. La mezclo con la naranja porque es su color. Y así, de esa forma, me conformo oliendo una esencia que me recuerda mucho a ella cuando la tengo tan lejos. Me ayuda a no echarla tanto de menos.

Después de ese día, nunca pude volver a deleitarme con esa mezcla de fragancias sin evocar a Laura. Le regalé a Elena los dos difusores que había comprado y no volví a plantearme usarla en mi casa.

Pero ese olor a flores no sabía a qué respondía. Era distinto. Poseía una base tan natural que carecía de artificios. Iba y venía en intensidad. A veces, incluso, parecía que me traspasaba. Tenía que averiguar dónde había puesto el maldito difusor dentro de ese armario.

Me agaché y miré dentro. No pude ver nada. Estaba demasiado oscuro. Me moví hacia dónde había dejado mi teléfono móvil recargándose. Lo cogí, activé la linterna y volví a meterme en el interior.

Ese pequeño armario empotrado no tenía más de un metro de alto. Estaba muy limitado por la techumbre que caía, pero se extendía sobre el lienzo de la pared cuatro metros. Lo habían estructurado con tres puertas. Dos de ellas accedían a varias baldas superpuestas y la otra estaba libre para poder dejar dentro las maletas. La zona estaba pegada a la pared de la izquierda y fue ahí donde me metí agachado.

Me llegó un frío intenso procedente de la pared. Bañó por completo mi espalda desnuda, mi cuello, mis brazos y provocó que me estremeciera y se me erizara el vello de la nuca.

«Estas paredes no están bien aisladas. Desprenden un frío brutal. Tengo que decírselo a Samuel para que mande a alguien».

Moví la linterna por el interior del armario y traté de encontrar la ubicación del difusor. Y en ello estaba cuando escuché un ruido en la pared que había detrás mía. Me giré de inmediato. Era como si hubiese algo al otro lado y caminase muy despacio para no hacer ruido. Apagué la linterna del teléfono y permanecí quieto, en silencio. Volvió a sonar exactamente igual, como si lo que hubiese al otro lado hubiese dado unos cuantos pasitos más. Me quedó clara una cosa, que

los obreros, cuando hicieron la reforma, no se preocuparon por tapiar aquella pared. Simplemente, colocaron las láminas de madera para cerrarlo y nada más. Por esa razón, lo que había arriba podía bajar perfectamente hasta aquella habitación.

«O a lo mejor no han sido los obreros, sino las propias ratas las que han ido abriendo un hueco de acceso royendo las paredes».

Había que acabar con aquella situación cuanto antes. Podía generar un problema grave para los huéspedes allí alojados.

—Mañana, —comencé a decirle a la supuesta rata que había al otro lado de la pared—, tengo que trabajar. Pero el sábado, voy a coger la caja de herramientas y voy a entrar ahí a por ti. ¿Me oyes? Así que, si quieres salir viva de esta casa, ya puedes ir haciendo las maletas.

Volví a encender la linterna del teléfono y seguí mirando dentro del armario. Una tabla en la zona superior, junto a mi cabeza, me llamó la atención. Era diferente a las demás. Llevé mis dedos hacia ella y comprobé que se trataba de un pequeño doble fondo. Metí la mano por detrás y toqué el frío cristal.

—¡Ah! ¡Ya eres mío!

Aferré el botecito con mis manos, lo iluminé con la linterna y comprobé la etiqueta. Era de la tienda donde Elena compraba todas las esencias. Tomé una fotografía y volví a colocarlo en su sitio.

Salí de allí, cerré las puertas y me dirigí a la cama. Dejé el móvil sobre la mesilla de noche y me tumbé sobre el colchón. Apagué las luces y cerré los ojos. Me centré en escuchar el sonido blanco que me regalaba el río e ignoré por completo los que provenían de la propia casa. Me quedé dormido pensando en Laura y ya nada volvió a alterar mi sueño.

19
LAURA

Dos días de mierda llevaba ya enlazando. El problema era que ese viernes tampoco se planteaba demasiado atractivo. Me había levantado con un intensísimo dolor en la espalda, de cuello, de rodilla y, por supuesto, con una cefalea de las de «Déjame morir en silencio y con las persianas bajadas, por favor». Aun así, había que ponerse en marcha y, cuando mi despertador sonó y rompió mi cráneo en pedacitos, lo hice; despacio, pero lo hice. Y no solo adquirí una velocidad de tortuga por el estado decrépito en el que se encontraban mi cuerpo y mi mente, sino porque necesitaba dilatar aquel tiempo todo lo posible para evitar encontrarme con Míkel.

Salí del dormitorio cuando ya consideré que no podía escaquearme más y sabiendo que ya era demasiado tarde como para que él siguiese allí a esa hora. Lo hice vestida con pantalón corto *paperbag*, en color beige, una camiseta blanca de manga larga y unas deportivas. Enfilé el pasillo y enseguida percibí el ruido de fondo de la cocina. Mi tía ya se había puesto manos a la obra para ir preparando los desayunos. Pero la mayor de mis angustias no fue esa, sino que la voz grave de Míkel se escuchaba entre todo ese ruido. Aún no se había marchado y ya era bastante tarde para él.

Las pulsaciones se me dispararon. Paré en mirad del pasillo e intenté tranquilizarme. Respiré dos veces, me atusé mi pelo inatusable y, después, avancé hacia la puerta corredera. Terminé de abrirla y me encontré de golpe con los ojos de Míkel clavados sobre los míos.

—Hola —susurré.

Él me saludó con el mismo murmullo prudente. Pero mi tía pronto copó ese momento.

—Pero, *pitxin*, para qué te levantaste tan pronto.

—Hay que preparar los desayunos.

—Pero no ves que yo sola puedo. Además, Pelayitxu ya me ha puesto las mesas, me ha cortado toda la fruta, las rebanadas de pan, el fiambre y los quesos.

Este tío era la perfección hecha forma.

Llevé mis ojos sobre él. Míkel bebió de su taza de café sin dejar de escrutarme. Me sentí invadida por su mirada. Tuve que bajar los ojos y me escondí moviéndome hacia la cafetera para prepararme una taza. No me lo permitió. Me interpeló directamente.

—¿Cómo estás, Laura?

Un escalofrío me recorrió toda la columna. Su voz me acarició con suavidad y alteró cada poro de mi piel con una facilidad que me dejó embarrada. Giré levemente el rostro hacia él, aunque no me atreví a mirarlo, y sonreí nerviosa.

—Bien, bien…

Bien jodida.

—¿Has podido descansar? —insistió.

—Sí, claro —volví a mentir.

Había dormido de pena. Me había pasado casi toda la noche oscilando, como en un columpio, de Míkel a Arturito, y de Arturito a Míkel.

—¿Y vosotros? —Tenía que incluir a mi tía en la conversación como fuera y que adquiriese el protagonismo que ella siempre reclamaba—. ¿La noche bien?

—Yo no me he enterado de nada —respondió ella resoluta.

Y, como esperaba, comenzó a narrar su previo a quedarse dormida. Con su parloteo de fondo, metí la cápsula de café en la *Nespresso*, pulsé el botón y fijé la mirada en ver caer el líquido sobre la taza. Súper interesante. Cuando terminó, me iba a dar la vuelta para coger de la nevera la leche, pero ni pude. Míkel ya estaba a mi lado con el brik e invadiendo mi cuerpo con una distancia insuficiente. Me estremecí de pies a cabeza. La calidez que desprendía era adictiva. Sin decir una palabra, fue echando la bebida en mi taza hasta casi el borde, como me gustaba.

—Gracias —dije a media voz.

Su respuesta: una suave caricia sobre mi cintura que me cortó la respiración dos segundos y acrecentó la velocidad de mis latidos un poco más. Dejó el brik sobre la encimera y se apoyó en ella, vuelto hacia mi tía, para seguir con interés su soflama interminable. Yo también la continué oyendo, que no escuchando, mientras miraba de soslayo los recios brazos de Míkel. No por nada. Es que los tenía cruzados, y me quedaban a la altura de los ojos y a muy pocos centímetros de mí. Y, claro, ya se sabe. ¿Que podría haber mirado hacia otro lado? Pues sí, por supuesto. Pero esos brazos eran un punto demasiado fuerte de la imagen que tenía como espectadora. Había que observarlos sí o sí.

Hoy se había vuelto a poner otros vaqueros y, por encima, una camiseta verde militar, de estilo muy desgastado, en plan «Acabo de volver de Afganistán. Buenos días», manga larga, aunque remangada, y con cinco botoncitos en la parte superior que llevaba abiertos en su totalidad. Eché un vistazo a ese pecho que se insinuaba. Al captarlo, me di cuenta del error que había cometido. Demasiado marcado y sugerente para no haberme tomado ni un café. Me tragué el deseo de arrancarle esa camiseta y lamerlo entero. Volví mis ojos hacia la taza y bebí muy lentamente.

—Es lo que la digo yo a Elena —seguía parloteando mi tía—. Al final, con tanta manta puesta sobre la cama, lo único que haces es tener más prendas de ropa para lavar. ¡Pon un nórdico de Ikea! ¿No opinas igual, *pitxin*?

—Sí, tía. Pero ya sabes cómo es mi madre en ese aspecto.

—Pelayitxu, se lo vas a tener que decir tú, que eres el único al que hace caso en esta familia. Y, por cierto, deberías ir yéndote ya o llegarás tarde.

De inmediato, me imbuí en el café, en plan futurólogo de madrugada, como si pudiese sacar de sus posos algo en claro sobre mi devenir existencial. Pensaba yo que, si no me movía, Míkel no se daría cuenta de mi presencia y se iría sin decirme nada. Ya, ya lo sé. La diferencia entre la esperanza y la ilusión es a veces muy difusa si no tenemos en cuenta la realidad. Pero es que yo siempre he sido muy de que la realidad no existe hasta que no es observable. ¡Que no lo digo solo yo! Que es que, a nivel cuántico, no hay hechos objetivos. Y, si no estáis de acuerdo, se lo comentáis a Schrödinger y a su gato.

Pero, claro, a Míkel le pones delante de la caja donde Schödinger mete al gato y no se molesta en deducir por qué el gato está muerto y vivo al mismo tiempo. Directamente, le mete una multa al filósofo austríaco por maltrato animal y le manda delante del juez.

Por eso, aunque yo trataba de esconderme en mi universo paralelo, Míkel hizo lo que se esperaba. Se volvió y llevó su cuerpo sobre el mío. Es cierto, de forma muy sutil. Pero eso le dio lo mismo a mi vientre, que enseguida descargó la presión suficiente para ahogarme en el deseo. Agarré mi taza con las dos manos y la puse a la altura de mi pecho como si se tratase del escudo de Aquiles. Me dio lo mismo. Míkel apoyó su mano sobre la encimera, justo detrás de mi espalda. Ardí. Después, llevó su rostro sobre el mío para sacarme de la caverna en la que estaba inmersa y así poder hablarme. Me cercaba casi como si quisiese evitar que pudiese escabullirme.

Di un paso hacia un lado para establecer distancia y, vacilante, alcé los ojos muy despacio hasta que me encontré con los suyos. Él entornó levemente la mirada.

—¿Te has vuelto a marear? —me preguntó.

—No.

—¿Y el dolor de cabeza?

—Nada —mentí.

—¿Las piernas, la espalda…?

—Todo bien. Ahora mismo, podría hacerme una maratón sin problemas. Salvo porque no la he hecho nunca y, seguramente, me cansaría.

Sonreí de oreja a oreja y volví a beber. Míkel, sin embargo, tensó su mandíbula.

—No me mientas, Laura.

No preguntaba. No. Directamente, afirmaba. Si es que este tío me las pillaba todas.

—No te miento —insistí.

—¿No?

—No.

—De verdad, ¿tengo que creerte?

—Sí.

—Vale —resolvió molesto.

—No te preocupes, Pelayitxu, que yo estoy con ella.

—Vas a tener que bajar a Oviedo a por Elena y Samuel, Tere. Seguro que hoy les dan el alta. Y eso será antes de que yo vuelva. —Volvió sus ojos de mi tía hacia mí—. Ya que tú no eres sincera, lo seré yo. No me quedo tranquilo, Laura.

—No va a pasar nada.

Se dirigió a mi tía.

—Cuando bajes a Oviedo, avísame, por favor. —Y volvió a clavarme sus ojos castaños de manera amenazante—. Y tú, mentirosilla, —Mi cara de titubeo se transformó en una de cabreo —, en cuanto salga tu tía de aquí, coge el teléfono móvil.

—¿Por qué?

—Porque te voy a estar mandando mensajes cada media hora a los que tendrás que contestar.

—Pero… ¿Se puede saber qué estás diciendo? ¡No puedo estar pendiente del teléfono! Hay muchas cosas que hacer…

Llevó su rostro sobre el mío. Demasiado cerca. Demasiado apetecible. Mis labios sintieron un cosquilleo extremo. Lo reclamaron como nunca.

—No quiero excusas.

—¡No son excusas! —Y di otro paso hacia atrás—. Es que es totalmente irracional que me vayas a mandar mensajes cada treinta minutos.

—Ya, pero la situación es lo suficientemente excepcional como para salirnos de lo lógico.

—¡Pero es que es absurdo!

—¿Llamamos a tu abuelo para que venga a cuidarte?

Y no sé si fue el tonito faltón, pero me sacó de mis casillas.

—¡No llames a mi abuelo! Además, hoy tenía la final del campeonato de petanca. Tiene que estar centrado. Se juega mucho.

En concreto, una ristra de chorizos.

—Al final, tendré que llamarlo porque te estás portando como una cría.

—¡Qué te jodan, Míkel!

—¡Chist! Esa boca… —Coloqué una mano en su pecho para abrirme paso, aunque terminé

saliendo a trompicones porque él ni se movió ante mi presión. Me alejé hasta donde estaba mi tía cortando tomates; muda, por cierto, aunque con una lánguida sonrisilla que me crispó mucho más—. Otra cosa —continuó él mientras me seguía de cerca—. Dame las llaves del Chevrolet.

Y extendió su mano hacia mí.

—¡No voy a conducir ningún coche!

—Me parece bien, pero dámelas.

—Pelayitxu, no te preocupes y confía en la niña. Si dice que no va a conducir, no lo hará.

—Ya has oído a mi tía —me atrincheré—. Debes confiar en mí.

—Confío en ti, Laura.

—No confías en mí, Míkel.

—Sí confío. Pero no se trata solo de ti. Ese coche lleva dos años sin pasar la ITV.

—¿Solo? —ironizó mi tía.

—Así que de ahí no se mueve hasta que el seguro venga a recogerlo con una grúa y lo llevé a alguna Estación de Inspección.

—¡Jolines, Míkel! ¿En serio? ¿No puedes dejar aparcada la placa de *poli* por un día?

—Laura, ya se lo he dicho a tu abuelo. Varias veces. Y, aun así, sigue conduciendo con él. Así que el Chevrolet no se mueve. ¿De acuerdo? Dame las llaves.

—No tengo ni idea de donde están. —Ladeó su rostro y entornó la mirada. No me creía—. ¡Jolines, Míkel! ¡Es cierto! ¡No tengo ni idea de dónde las puso, si se las llevó mi abuelo o qué!

—Al final, os voy a terminar poniendo yo la denuncia.

Bufé y le lancé un dardo certero para tocarle las narices.

—Vas a llegar tarde, Pelayín.

Rasgó su mirada y torció su sonrisa, pero no contestó a mi provocación con otra. Solo se alejó despacio, aunque sin apartar sus ojos de los míos. Se acercó hasta mi tía y dejó un beso en su cara que ella agradeció ampliando su sonrisa.

—Hasta luego, Tere.

—Adiós, hijo.

Después, volvió hacia mí. Lo apuntalé con la mirada. Le dio igual. Llevó su mano a mi rostro y envolvió mi mejilla. La verdad, no me lo esperaba y el corazón estuvo a punto de salírseme del pecho. Tuve que dar una bocanada de aire.

—Laura, por favor, responde a mis mensajes si tu tía se va.

Su tono se había rebajado. Ahora era mucho más susurrante, sosegado, cariñoso, pero portaba con una carga evidente de preocupación de la que me sentí responsable. Bajé la mirada y dejé escapar el aire de entre mis labios. Él tomó mi mentón con sus dedos y, con suavidad, me obligó a mirarlo. Esperó una respuesta por mi parte que terminé dándole. Asentí despacio y él volvió a acariciarme con una delicadeza que me removió todo por dentro. Después, bajó su rostro hacia el mío para rozar mi mejilla con un beso. La agitación que me generó ese gesto inofensivo terminó desatando una pasión incombustible que me calcinó entera. Llevé mi mano a su pecho y lo acaricié, pero no pude volver a mirarlo cuando se separó.

—Nos vemos esta tarde —musitó sobre mi boca.

Y salió de allí deprisa.

—¡Dios! —me quejé en voz baja para desquitarme de la vulnerabilidad que me había generado su cercanía—. Ni mi madre me ha controlado nunca de esa manera. ¡Es absurdo!

Me desplacé de nuevo hacia la cafetera para prepararme otra taza. Lo hice en silencio y con el aleteo embriagador que todavía atizaba mi cuerpo y mi mente. Cogí una cápsula de café y, cuando me disponía a introducirla, la voz de mi tía sonó a mi espalda.

—Tu tío era mecánico, no sé si lo sabías.

—No.

—Pues sí. Mecánico de los buenos, además —siguió diciendo mientras sacaba más tomates de la nevera—. Era capaz de arreglar cualquier coche que se le ponía delante. Pero no quedaba ahí. También se las apañaba divinamente con bicis, motos, lavadoras, televisiones, radios… La mitad del vecindario le traía siempre los electrodomésticos para que se los arreglara cuando fallaban. Era capaz de solucionar cualquier cosa, siempre y cuando no se tratase de su Volvo.

—¿Y eso?

—Porque tenía devoción por ese coche. Le había costado muchos años ahorrar para que lo comprásemos. Y, cuando algo con él se torcía, siempre tocaba llevarlo a la casa oficial para que lo arreglasen porque no conseguía dar ni una.

Empecé a sospechar que mi tía no estaba hablando de coches, precisamente.

—¿Qué quieres decirme con eso, *izeba*[4]?

—Pues que las cosas a las que adoramos, tememos perderlas. Y eso hace que nos bloqueemos cuando algo pasa. El miedo nos lleva a actuar sin lógica ninguna, y hacemos locuras y estupideces que no haríamos en otras circunstancias.

Me giré hacia ella y la miré con reproche.

—No deberías haber leído ayer mi diario.

—¿Y qué tiene que ver tu diario, *pitxin*?

—Pues porque estás viendo cosas que no son.

—¿Y qué cosas son esas, *iloba*[5]?

—Míkel —especifiqué más que cabreada.

—¿Pelayitxu? ¿Y quién de él ahora habla? Yo solo lo de los coches comentaba.

Y, con una pícara sonrisa, se dio la vuelta y se dirigió a la *Thermomix* para picar los tomates.

20
LAURA

Las promesas están para cumplirlas. Cuando las rompemos, no solo generamos decepciones, sino que cuestionamos nuestra credibilidad y rompemos la confianza que los demás ponen sobre nosotros. El problema es que hay promesas que nacen rotas desde el mismo momento de proferirlas. No por nada. A veces no hay malas intenciones y lo único que nos movió a hacerlas fue calmar la inquietud de aquel que necesitaba escuchar nuestro compromiso. Sin embargo, ni siquiera eso puede excusar el descrédito en el que caes.

El problema deriva de la obligación. Una promesa que no se efectúa desde una connivencia libre está abocada al fracaso y solo hace falta que se alineen las circunstancias para que te olvides de ella.

—Tía, necesito un coche.

—Cuál quieres, que te lo compro.

Ella funcionaba así con nosotros. Y no veáis lo difícil que era hacer frente a la tentación cada vez que salía con una de esas.

—No, tía. No quiero que me compres un coche.

—¿Y por qué no? Tu cumpleaños está al caer. Además, ya sabes que Alonso y tú sois como dos hijos para mí. Si a él le he comprado el *X6*, pues a ti otro.

Ahora me explicaba por qué a mi hermano, con seis hijos e hipoteca, le salían las cuentas al gastarse cien mil euros en su nuevo coche.

—A ver, tía. No necesito un coche para todos los días. Necesito un coche para ahora.

—Pero…

—Escucha. No puedo coger el del abuelo, pero se me acaba de ocurrir una idea. He hablado con Amelia y me ha dicho que no tiene que ir a ningún lado después de terminar aquí porque una compañera le pidió que le cambiase el turno en el Parador. La he preguntado que si me haría el favor de quedarse tres horas más y me ha dicho que vale.

—Las cosas no se hacen gratis, Laurina.

—Ya, jolín, tía. Se lo pagamos como horas extras.

—¿Y, entonces, qué?

—Pues que podíamos bajar a Oviedo. Tú te quedas ya en el hospital y yo saco el coche de mi padre del depósito municipal. Pago la multa y vuelvo con él aquí arriba.

—¡No puedes conducir!

—Sí puedo, tía.

—¿Y los mareos?

—No me mareo desde ayer. Mira. —Y di una vuelta, cuál bailarina profesional. Con pierna elevada, incluida. Mi tía alzó una ceja—. Mira, *izeba*, mira. —Y lo volví a repetir—. ¿Has visto? —No se quedó muy convencida. Di dos más—. *¡Ale Hop!* —Y di otro giro con saltito—. ¿Lo ves? Estoy estupendamente. ¿Qué me dices?

—Ay, Laura, mi niña. No me quedo yo tranquila de que te vengas tú sola conduciendo hasta aquí, después de lo que pasó ayer.

—¡Estoy bien! —Mentira y gorda. Aunque solo por la cabeza, el costado, la espalda, la

pierna... Pero nada más. Siempre me he caracterizado por tener una alta resistencia al dolor. Y ese día no iba a ser menos—. Si no estuviera bien para conducir, te juro que no te lo habría planteado.

Mi tía me observó con la mirada entornada, pero, finalmente, cedió.

Bajamos a Oviedo charlando de todo un poco: la Casona, la mala suerte, mis padres, mi hermano, Emma, mis sobrinos... Aunque, cuando ya estábamos dentro de la ciudad, me tocó esquivar el tema incómodo que mi tía llevaba macerando desde el día de antes. Decidí zanjar sus demandas entrando al ataque y reprobando su actitud.

—¡Nunca debiste leer mi diario! Eso no se hace, tía.

—Pero si eras muy chica.

—No es excusa. ¿Ahora cómo te vuelvo a mirar yo a la cara después de haberlo leído entero?

—¡Vamos ya, Laurina!

—Has roto la confianza que tenía en ti —dije muy melodramática.

—No te tienes que avergonzar de nada. Lo raro hubiera sido que no te hubiera gustado Pelayitxu en algún momento.

—¿Y eso por qué? —Y lo dije con un tono de voz cortante y cuestionando la evidencia. Ante todo, tenía que eliminar cualquier resquicio de duda sobre que mi corazón todavía siguiera latiendo por Míkel. Porque latía y a un ritmo acelerado—. Pelayín no deja de ser uno más. —Mi tía languideció su sonrisa—. ¡Es verdad! Todos lo tenéis como si fuera… ¡Yo qué sé! ¡Sobre todo tú, tía!

—No estoy ciega, sobrina.

—Vale, sí. Es guapo.

—Muy guapo. Y vestido de policía, mucho más.

No podía asegurarlo, pero imaginaba que estaría tremendo. Nunca había visto a Míkel con uniforme, aunque debo admitir que sí había fantaseado con ello varias veces. Hay una foto por Internet de un policía nacional, mazado, con gafas de sol, los brazos cruzados y mirando hacia un lado, y que está para mojar pan. Es muy fácil de encontrar. Solo tienes que poner en Google «policía buenorro» y ahí lo tienes. Bueno, pues digamos que su parecido con Míkel es bastante alucinante. De hecho, cuando me la pasaron por WhatsApp, casi me dio un pasmo porque pensaba que era él.

—No te puedo decir, tía. Nunca lo he visto.

—¿No?

—No.

—¿Ni siquiera cuando juró en Ávila?

—No fui.

—¿Seguro?

—Lo recordaría, tía.

—¿Y por qué no fuiste?

—Estaba en Roma.

De viaje de fin de curso. Esa vez no tuve que huir porque todavía no nos habíamos liado.

—¿Y, después, nunca?

—Nunca.

—¿Nunca, nunca?

—¡Ay! ¡Tía! ¡Nunca!

Paró en el semáforo en rojo y me miró directamente a la cara.

—¿Quieres que vayamos a verlo?

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—No —sentencié y ella sonrió ampliamente—. Tía… —la advertí cada vez más molesta—. Además, él ya no lo usará, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque es Inspector y los inspectores no llevan uniforme.

—¿Ah, no?

—Hugo Silva nunca llevaba uniforme en *Los hombres de Paco*.

Y con esa lógica, que pasaba por encima de la *Ley Orgánica 9/2015, de 28 de julio, de Régimen de Personal de la Policía Nacional y las disposiciones establecidas por el Ministerio de Interior*, nos quedamos más que convencidas.

—Bueno, no te preocupes. Tengo varias fotos de él así.

—¿Qué me dices?

—Luego te las mando.

—No es necesario.

—Qué sí, qué sí. Ya verás que bien le queda el traje.

La verdad, no lo ponía en duda.

—¿Y cómo las has conseguido?

—Tu madre y yo nos lo hemos encontrado alguna vez, cuando veníamos con el coche a Oviedo. —Temblé ante esa posibilidad—. Y, claro, pues nos bajábamos a saludar y él me dejaba hacérselas. —Como si fuese lo más normal del mundo—. A ver si hoy tenemos suerte.

—¡No, tía! ¡No! Si por una causalidad remota nos encontrásemos con Míkel en el trayecto, no pares.

—¿Por qué?

—¡No pares! —insistí—. No quiero que me eche la bronca por bajar a Oviedo.

—¡Si es que es verdad! Yo tampoco me quedo muy tranquila con que te subas tú sola con el coche de tu padre.

—Tía, ya lo hemos hablado. Estoy bien.

—¿Y por qué temes encontrarte con Pelayitxu? Podrías decirle eso mismo.

—Porque Míkel es muy pensado. Y me va a decir que qué hago aquí, que le dije que no iba a coger ningún coche, que si ayer me caí por las escaleras y no debería conducir. Y bla-bla, bla-bla, bla-bla… Es capaz de inmovilizarme el coche para que no me suba yo sola. Y no quiero discutir con él. Lo dicho, tía. Si por una casualidad nos lo encontramos, tú pisa el acelerador a fondo.

—Si piso el acelerador a fondo, me van a parar, hija. Que son policías.

—Pues no lo pises. Pero pasa de largo, como cualquier otro coche más.

—Llevo un Maserati *Módena* en color amarillo. No paso desapercibida ni aunque quisiera.

Bufé y terminé desviando la mirada por la ventanilla.

21
LAURA

Estaba yo muy contenta. Inquieta, pero contenta. Había conseguido sacar el Toyota de mi padre del Depósito Municipal de Oviedo, había pagado la multa, me había despedido de mi tía y, por último, me había puesto mis gafas de miope de pasta naranja, a juego con el vestido que llevaba, me había subido al coche y había emprendido el camino de vuelta a Covadonga. Es cierto que iba como un suricato, mirando hacia todos lados por si la casualidad me hacía encontrarme con quien no quería. Y quizá eso, unido a una decisión poco acertada, hicieron que los hados se alineasen para que pasase lo que menos me hubiera esperado.

Antes de salir de Oviedo, decidí pasarme por San Julián de Prados, una iglesia prerrománica del siglo IX, que está en el Parque de su mismo nombre, de Santullano. ¿Era necesario? No. ¿Era imprescindible? Pues quizá tampoco. Pero es que tenía que sacar unas fotografías de los capiteles visigodos que se habían reutilizado en la construcción de esa basílica y, así, darle con ellas en las narices a un compañero del departamento que me lo había puesto en duda en el último simposio al que había asistido. Lo iba a colgar en mis estados de WhatsApp para que todos pudiesen verlo y así disfrutar un rato del escarnio público al que le someterían.

Pero, ya se sabe, la venganza no lleva a nada bueno. Al final, se da la vuelta como un *boomerang* y te suelta el guantazo en toda la cara, cuando menos te lo esperas y de la forma más inverosímil.

El jodido karma.

Dejé el coche bien aparcado en una calle cortada y corrí hacia la basílica. Me metí dentro y fui sacando las fotografías, mientras unas carcajadas maquiavélicas iban resonando en el interior de mi cabeza. De hecho, la última de las imágenes la tomé con uno de esos capiteles de fondo y con mi cara en primer plano, dibujando una sonrisa amplísima. Las colgué incluso antes de poner un pie en la calle. Después, volví al coche y puse rumbo hacia Covadonga.

Cogí el bulevar que toma el nombre de la propia iglesia y me encaminé hacia el suroeste. Bajé hasta llegar a la rotonda del Apartahotel Campus y allí me paré detrás de un Audi A1. Había retención para incorporarse. La razón no solo recaía en la acumulación de vehículos que había, sino en que, además, esa rotonda tiene semáforos.

¿¡Por qué demonios existen rotondas con semáforos!?

¿¡Por qué!?

¿¡Por qué!?

El caso fue que vi cruzar a mi lado un Peugeot 307 negro y me puse tensa. No es que me ponga nerviosa habitualmente con ese tipo de modelos de coche. No tengo nada contra Peugeot y su leoncito. Era solo que me estaba dejando llevar por mis hipótesis rocambolescas. Os explico.

Hace unos años, me enganché a un programa de telerrealidad donde seguían el día a día de los policías en España. Su nombre: *Policías en Acción*. ¿La razón? No quiero indagar en mi inconsciente, aunque Freud seguramente me daría una respuesta muy precisa y muy lasciva. A lo que vamos. El caso fue que, en ese programa, los de la policía secreta iban siempre en coches de la marca Peugeot 307 y de color negro. Así que, después hablar con mi tía y tener en cuenta la posibilidad de que, al estar en Oviedo, podía perfectamente encontrarme con Míkel, llegué a la

conclusión de que, si se daba el caso, él iría en ese tipo de coche.

Sí. Ya. Si yo estoy de acuerdo con lo que estás pensando. Pero entiéndeme. En ese momento, mi lógica me pareció aplastante.

Vi a ese Peugeot 307 negro adelantarme muy lentamente por el carril izquierdo. Me tensé de inmediato. Desde mi posición se insinuaba el *brazaco* de un tío musculado como acompañante del conductor.

—Ay, Dios…

El coche de delante mía avanzó un poquito más y yo lo hice detrás suyo, aunque con los ojos clavados en el Peugeot, que se mantenía parado a mi izquierda, unos centímetros más adelante. Agucé mi vista para intentar intuir algún detalle más del tío que ocupaba el asiento del copiloto. Me pitaron desde atrás. Miré al frente y vi que el Audi había avanzado varios metros más. Despacio, seguí su estela. Cuando crucé a la altura del Peugeot, miré en esa dirección para ver si el tío que había dentro podía ser Míkel. No lo era. Dejé escapar el aire lentamente y amplié mi sonrisa. Y, cuando me disponía a mirar de nuevo al frente… ¡Pum! Me di contra el Audi que tenía delante y que había parado en el semáforo en rojo de acceso a la rotonda.

—¡Mierda! —susurré.

Me quedé paralizada, aferrada al volante con las dos manos y con el corazón golpeando mi pecho. De inmediato, se abrió la puerta del conductor. En ese caso, conductora; una mujer de unos treinta y cinco años.

«Es una tía, tranquila. ¡Es una tía! Nosotras arreglamos las cosas con más serenidad. Ya verás. La explicaré que me he despistado, le daré mis datos y ya está. No va a pasar nada. Para eso están los segu…».

Se me cayó la mandíbula. Aquella tía empezó a gritarme desde fuera del coche como una histérica «¿¡Acaso no me has visto, imbécil!?», «¿¡Estás ciega o qué, payasa?!», «¡Sal inmediatamente del puto coche!». Pero no quedó todo ahí. Empezó a golpear la carrocería del Toyota a puñetazos. No la bastó. Descargó patadas a la rueda izquierda. Atención, escucha, con unos *salones* de color negro. Eso le tuvo que doler en el dedo gordo sí o sí. Después, avanzó hacia la ventanilla de mi puerta.

Y, a ver, entendedme, que había sido un toquecillo de nada, a tres por hora. No me hacía falta salir para confirmar que lo único que podría haberla hecho era un mísero rayajo.

Hice lo que tenía que hacer. ¿Abrir la puerta con el antirrobo de hierro en la mano y amenazarla con estampárselo en su cabeza? ¡No! Únicamente, comprobé que el vehículo estaba cerrado y llamé al 112. Nunca sabes a qué loco te puedes encontrar con un mal día. Así que precaución ante todo.

El teléfono dio los primeros tonos mientras aquella mujer golpeaba en el cristal de la ventanilla y gritaba a pleno pulmón con intención de que la abriera.

—Emergencias, dígame.

—Hola. Mire, estoy en la rotonda que une el bulevar San Julián de Prados con la Nacional 634. He golpeado el coche de una mujer por accidente, pero está un poco nerviosa y está… ¡¡Aaaaaaah!! —grité presa del pánico. La tía acababa de descargar una patada sobre el retrovisor de aquel lado, y este se quebró y se quedó colgando. Mi tono, que intentaba ser mesurado, desapareció de inmediato—. ¡Necesito que venga la policía! ¡Está tía está loca! ¡Se está cargando mi coche! ¡Como no vengan pronto, me mataaaaaa!

Y qué eficacia la de la Policía de Oviedo, oye. No había ni terminado la frase, cuando vi a dos Municipales lanzarse a por ella. La sujetaron con fuerza y la apartaron del vehículo.

MUNICIPALES.

No te adelantes, que ya vendrá.

Mi cerebro colapsó. El miedo se apoderó de mí y a lo único a lo que pude atender durante los siguientes minutos fue a quedarme totalmente quieta, dentro del coche y sujeta con todas mis fuerzas al volante. Observé lo que sucedía a mi alrededor a cámara lenta, como si se tratase de una película que pasaba por mi retina y de la que yo era una mera espectadora.

Se llevaron a la tipa esa lejos de donde yo estaba, a la acera, y comenzaron a hablar con ella bajo un ambiente muy tenso. Ella seguía gritando y gesticulaba con duros aspavientos. Los policías intentaban calmarla aunque se notaba a la legua que cargaban con mucha presión ante la violencia que, aquí, doña Pirada destilaba. Los otros vehículos comenzaron a adelantarme, aunque, claro, visualizando el espectáculo. Apareció otra patrulla de la Policía Local que empezó a dirigir el tráfico. Y, casi al mismo tiempo, un coche de la Policía Nacional. Estos dos últimos agentes se acercaron a sus compañeros, que estaban con la mujer en la acera. Hablaron con ellos y, después, se dividieron. Uno se quedó con los municipales y la mujer, y el otro se retiró un poco para hablar desde su radio. Acto seguido, otros dos nacionales, que no sabía ni por dónde habían aparecido, fueron hacia allí. Hablaron también con ellos y, después, se acercaron a su compañero que se había retirado.

El caos se expandió cada vez más y yo lo único que veía era que no paraban de llegar coches de policía y de acumularse gente mirando desde la acera.

Solo desperté de mi bloqueo cuando una agente de la Policía Nacional se acercó hacia mi coche. Cuando estaba casi a mi altura, bajé la ventanilla e intenté que mi sonrisa social brotara. Fue imposible.

—Hola.

—Buenos días. Por favor, ¿puede darme la documentación del vehículo y su carnet de conducir?

—Sí, claro.

Y después vino mi explicación de por qué tenía el coche de mi padre. Lo hice con serenidad e intentando controlar toda la ansiedad que atenazaba mi cuerpo. Otro agente de Policía Nacional vino hasta nosotras y lo hizo acompañado de un Municipal. Me pidieron que saliera y les explicase lo que había sucedido. Y lo hice rodeada de todo el alboroto que iba creciendo en intensidad, de la curiosidad de la gente que pasaba a pie y de los gritos de fondo de la histérica del otro coche, nivel telenovela venezolana. La *Gata Salvaje* a su lado, una aficionada. Afortunadamente, se la llevaron mucho más lejos y así ya no tuve que escuchar tan cerca sus bramidos de que se encontraba mal, que se mareaba y que el corazón le iba a estallar.

El mío también me daba lo suyo con un ritmo similar al rapeo de *Eminem*, pero ni por asomo me iba a dejar llevar. Nunca he perdido los nervios en situaciones de máximo estrés. Todo lo contrario. Parece que me decelero, me vuelvo más introvertida y mi voz baja en decibelios hasta volverse apenas audible. En mi vida he tenido que aguantar muchas y siempre he preferido mantenerme serena, aunque me estuviese rompiendo por dentro.

Sin embargo, ese día me costó más que nunca. Cuando vi que un Peugeot 307 negro aparcaba en la rotonda, al lado del Audi de aquella mujer, sentí una presión en el pecho terrible. Ver a Míkel bajar de ese coche me desequilibró. Pero lo que vino a continuación me dejó embarrada. Míkel caminó hacia la mujer y ella, al percatarse de su presencia, se lanzó a sus brazos y se puso a llorar con unos alaridos que me pusieron la piel de gallina.

Tuve un momento de desajuste salvaje. Mi mente convulsionó y el desconcierto terminó echando por tierra mi tranquilidad. Barrió de golpe y con violencia el escaso equilibrio que me

quedaba, tal y como si de un castillo de naipes se hubiese tratado. Me vi cayendo en una agitación dantesca sobre la que no tenía control. Y me ahogaba, me asfixiaba cada vez más porque no sabía qué demonios estaba pasando.

Me obligué a parar, a volver a mí, a nadie más. Solo entonces me di cuenta de que ella estaba aferrada a él como si le fuese la vida, pero Míkel no la devolvía ese abrazo. Únicamente había apoyado la mano en su cintura de forma superficial. Estaba tenso. Muy tenso. Su mandíbula albergaba una presión casi enfermiza. No podía verle los ojos. Tenía unas gafas de sol puestas. Aunque su reacción posterior solo me confirmó lo que ya estaba captando. Se separó de la mujer con una frialdad absoluta, se levantó las gafas y la dijo algo que no me llegó. Estaba demasiado lejos como para poder escucharlo. Aun así, me pareció que estaba tratando de que se mantuviese quieta y le dejase hablar con sus compañeros.

Efectivamente, se apartó de ella y se dirigió al policía nacional que estaba más cerca. Ambos se alejaron unos pasos y comenzaron a hablar. Solo entonces volvió su mirada hacia el fondo. Buscó lo que le señalaba su compañero y nuestros ojos se encontraron. Hasta aquel momento, ni me había visto. Entre tanto coche patrulla, agentes desplegados y curiosos, mi presencia era casi imperceptible. Fue solo unos segundos, pero recibí una descarga inmensa sobre mi cuerpo. No fue todo. Leí su desconcierto, su turbación, su desasosiego. Y, después, su cólera.

Se giró rápido y volvió hacia esa mujer. La encaró de frente, con las manos sobre su cintura y bajando su rostro hacia ella de modo amenazante. Su lenguaje corporal no dejaba dudas. Estaba muy cabreado. No sé lo que pudo decirla, pero ella respondió a esas palabras de la peor manera. Lo encaró con ira y le empujó el pecho de manera muy brusca. Míkel desvió su rostro y no respondió a ese arrebato. Pero, cuando volvió a hablarla, se desató una reacción desmesurada por parte de ella. La mujer descargó una bofetada sobre su rostro que nos dejó a todos estupefactos.

Sus compañeros más próximos no dejaron pasar ese incidente. De inmediato, Loles, a la que no había visto hasta el momento, separó a esa mujer de Míkel. Lo hizo de manera formal. En plan *poli*, vamos. No tuvo ningún miramiento con ella. Se unieron a Loles dos policías más que la alejaron y la custodiaron junto a un coche patrulla. La mujer cubrió su rostro con las dos manos y continuó llorando, aunque esa vez en silencio y sin poner más resistencia.

Míkel ni se movió. Solo giró su cabeza y perdió la mirada en el suelo. Leí su agotamiento, su cansancio, su dolor. Estaba desbordado. Duró poco esa imagen. Elevó despacio sus ojos y clavó su mirada sobe esa mujer de tal forma que, sinceramente, me alegré de no ser ella. Había visto demasiadas veces esa imagen como para no reconocerla. Después, se giró y se alejó del lugar lentamente.

Seguí a Míkel con preocupación. Loles se había acercado hasta su altura. Míkel la dijo algo y, después, siguió caminando hasta su coche. Estaba tan perdida en él, en la imagen de cólera contenida que desprendía, que no me di cuenta de que Loles venía hacia mí hasta que la tuve casi encima. Antes de decirme nada, se dirigió a los tres policías que estaban custodiándome.

—Chicos, yo me encargo. —Nadie se lo objetó. Cuestión de jerarquías—. Hola, Laura. Anda, vente conmigo. —La seguí. Me llevó a la parte trasera del coche de mi padre. Desde allí no podía ver absolutamente nada, pero ni se me ocurrió abrir la boca para rechistar—. Cuéntame qué ha pasado.

Y lo hice. La expliqué que, de manera absurda, había chocado contra el Audi, y le narré con pelos y señales la reacción violenta que había tenido aquella mujer. Sin embargo, no pude controlar mi preocupación.

—Loles, ¿qué está pasando? ¿Qué ocurre con Míkel y esa tía?

Me miró extrañada y sorprendida a la vez.

—¿Cómo que qué está pasando? ¿Acaso no sabes quién es ella?
—No.
—Es Aitana, la exmujer de Míkel.

22
LAURA

¿Cuál es la probabilidad de que choque un asteroide contra la Tierra? De 1 entre 150.000. ¿Y de que te toque *El Gordo* de Navidad? Pues de 1 entre 100.000. ¿Y de que te caiga un rayo? De 1 entre 3.000.000. ¿Qué probabilidad había de que yo estampase el coche de mi padre contra el Audi de la exmujer de Míkel? Te digo yo que, más o menos, la misma que la de encontrarte con Henry Cavill por Londres. Una cuatrillonada.

Pero aquí seguro que no era la contingencia la que movía los hilos, sino el karma. El puto karma.

«Nunca debí colgar esas fotos de los capiteles para vengarme de Jean-Louis».

Porque esa era otra. Desde que las había subido a mis estados de WhatsApp, mi teléfono no había parado de sonar con mensajes de respuestas que mostraban emoticonos partiéndose de risa.

De verdad, ¿la Ley Cósmica que dirige el mundo no podía haber pasado por encima de mis actos y haber dejado para otro día sus rayos justicieros, o lo que demonios lanzara, para sancionarme con su maldita moral ecuánime? Que yo llevaba a mis espaldas muchos días de auténtico *bullying* desde mi más tierna infancia. ¿Acaso eso no contaba para el equilibrio universal? ¿Eh? ¡Digo yo! ¿¡Eh!? ¿¡Eh!?

—No… No sabía que era ella.

—¿No sabías que era ella? —demandó Loles con una incredulidad más que evidente.

—No, de verdad. No la había visto en mi vida.

Sonrió de medio lado. No me estaba creyendo. Adquirió una postura amenazante y comenzó a interrogarme con un aire tan intimidatorio de *poli* mala que me achanté enseguida.

—Vamos a ver si me aclaro. Míkel dice que eres como su hermana…

—No. Yo no soy como su hermana. El que es como su hermano es mi hermano.

—Ya, vale, lo que quieras. Eres como su familia, ¿y no la conocías?

—No.

—¿No la habías visto nunca?

—No, bueno sí. Pero a distancia. No le vi la cara. Estaban muy lejos. Y yo soy miope. ¿Ves mis gafas? —Me las quité. Se las tendí. Ni se molestó en tocarlas. Volví a ponérmelas—. Y, además, era rubia, no morena. Se habrá teñido, digo yo. Y… —La única vez que me topé con ellos de frente, me di la vuelta en mitad de la calle y salí corriendo tras doblar la primera esquina —. Nunca me la habían presentado porque, en el tiempo que duró su relación, no estuve mucho por aquí y no coincidimos nunca. Es que, tampoco estuvieron muchos meses juntos. No me dio tiempo a conocerla. —Y yo me encargué a conciencia de hacer encaje de bolillos para evitar esos encuentros. Con mucho arte y perfección, todo hay que decirlo. A la vista, los colores. Cuando quiero, soy la caña, aunque ahora veía las consecuencias—. De verdad. No te miento. No te…

—¿Y la boda?

—No fui.

—¿No fuiste?

—No fui. —Ladeó su rostro y esperó más información que no dudé en darle—. Estaba en Australia.

—En Australia.

—Sí, en Australia. Tenía un viaje concertado y no pude anularlo.

—Las bodas no se organizan de un día para otro.

—No te creas. La invitación me llegó a un mes vista. Y no podía hacer otra cosa. El viaje era muy caro y no quería… No podía… No… —Me derrumbé—. No… hubiera podido… No…

—¿Por qué «no hubieras podido», Laura?

La miré suplicante. Ella no movió ni un párpado. Toda la belleza equilibrada que destilaba se había transformado en una máscara de dureza nivel Chuck Norris.

—Yo… Míkel… Míkel y yo… nos liamos hace tiempo. Antes de ella y… Y yo no… Yo… —No me oculté más—. Hubiera sido muy duro para mí asistir a esa boda. —Ladeó su sonrisa—. No le digas nada, por favor.

Suavizó su mirada.

—Ella dice que has estampado el coche contra el suyo adrede.

—¿¡Cómo!? ¡Eso es mentira!

—Es lo que dice.

—¡Es absurdo! Si hubiera golpeado su coche aposta la hubiera hecho algo. Y mira. —Intenté moverme hacia la parte delantera del vehículo. No me lo permitió. Se cruzó en mi camino y yo decliné—. No creo ni que le haya rayado.

—¿Por qué has chocado?

—Me he despistado. Iba mirando un coche que había a mi lado.

—¿Te has despistado por un coche que iba a tu lado?

Ahí sí que camuflé la verdad. No mentí, pero no conté lo de mi hipótesis sobre los coches de la policía secreta ni mi intento frustrado de no encontrarme con Míkel en Oviedo.

—En el coche iba un tío con un brazo tremendo, musculado... Y, mira Loles, se me fueron los ojos. —Sonrió mucho más—. Inicié la marcha sin mirar al frente y, cuando me di cuenta, me había estampado con ella. Pero iba muy lenta. Estábamos en retención para entrar en la rotonda. Fue un toquecillo de nada. Si hubiera querido chocar con ella aposta… —Y, entonces, escuché la sirena de una ambulancia—. ¡Oooh! ¡Venga ya! ¡No jorobes! —Me deshice y mi voz se quebró —. ¡No la he dado con tanta fuerza! ¡No he podido hacerle daño!

—Relájate, Laura. Esa ambulancia no es por posibles lesiones que le hayas provocado tú.

—Entonces, ¿para qué es?

Alzó las cejas y me observó con condescendencia.

—¿Nunca te han dicho nada? ¿Nadie te ha contado el motivo del divorcio ni lo que ha ido ocurriendo después?

Pues no. Cada vez que escuchaba el nombre de Aitana en mi casa, yo huía al baño, a la cocina o a donde tuviese más a mano, y me ponía, muy en plan escuela nacional católica, a repasar las lista de los Reyes Godos. Aunque había días que la charla era tan larga que llegaba hasta los Borbones, saltaba a los Capeto, y repasaba los Plantagenet, los Tudor, los Windsor y los Orange, hasta que el tema se daba por zanjado. Aun así, nunca me pasó todo desapercibido y los continuos «Esa chica no es para Pelayín» de mi madre sí que los dejaba pasar.

—Lo único que sé es que se divorciaron. Pero no pregunté nunca la razón. No quería… No… Es que…

—Me lo imagino, tranquila.

El ruido de la ambulancia colapsó toda la zona. Di unos pasitos discretos para salir más hacia

la carretera y poder mirar. Loles me lo permitió. De hecho, ella hizo lo mismo. Se colocó a mi lado y se cruzó de brazos.

Vimos a los facultativos bajar de la ambulancia, despacio, con parsimonia. Al menos, no se estaba muriendo. Un policía local los llevó hasta donde estaba Aitana. Míkel apareció poco después y se acercó hasta ellos. Pero, en ese transcurso de tiempo, llevó sus ojos hacia donde yo me encontraba. Volvimos a enlazar nuestras miradas. Lo notaba robustecido; como si hubiese conseguido controlar todas las emociones que le desbordaron al principio y las hubiese sepultado bajo un glaciar de hielo.

—Loles, ¿qué está pasando?

—Es complicado.

Pero no me lo contó. Míkel desvió su mirada de la mía, la bajó hasta el suelo y, después, volvió a centrarse en lo que sucedía con Aitana. Ella hablaba dando grandes bocanadas, como si le costase respirar, y se agarraba el pecho. Tras la primera evaluación, la llevaron dentro de la ambulancia y allí siguieron con ella. Míkel se retiró hacia el fondo. Ni siquiera se acercó a echar un vistazo. Dos policías nacionales lo siguieron de cerca. Uno de ellos le pasó la mano por los hombros. La otra mujer policía le iba diciendo algo con muchísima gravedad.

Volví la mirada hacia Loles.

—¿Estoy metida en un lío?

—No, tranquila. Solo necesitaba confirmar lo que ya sospechábamos.

—¿El qué?

—Que no habías estampado el coche contra ella con intención de causarle daño.

—Pero…

Se volvió totalmente hacia mí.

—Laura, no debería decirte esto. Lo hago solo porque sé que Míkel te lo terminará contando. Esta no es la primera vez que vivimos una situación así con Aitana.

—¿A qué te refieres?

No me dio lo que yo buscaba.

—No te va a pasar nada. Había una patrulla de la Policía Municipal en la propia rotonda y lo han visto todo. —Ahora entendía la rapidez en aquella intervención—. Tendrás que poner la denuncia por los daños que ha hecho en tu vehículo y asumir los que tú le hayas provocado por el golpe. Si hay alguno. —Dio unos pasos hacia la parte delantera y observó la carrocería de ambos coches—. Aunque no creo que pueda reclamarte mucho. No tiene nada. Así que ya está. No le des más vueltas. Ella no te va a denunciar por nada más.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque ya ha conseguido lo que buscaba.

—¿El qué?

—Llamar la atención de Míkel.

*****

Estuvimos media hora más allí. En ese transcurso de tiempo, me hicieron una prueba de alcoholemia que, obviamente, dio negativo. Hablé con el seguro de mis padres, les conté la situación y me explicaron el procedimiento que debía seguir para formalizar la denuncia. En ningún momento se me ocurrió llamar a nadie más, ni a mi tía, ni a mis padres, ni a mi hermano, ni a mis amigas. Solo hubiera necesitado el apoyo de una persona, pero él no vino. Aunque me buscaba constantemente con la mirada, se mantuvo alejado en todo momento. Entendí que había alguna razón que le movía a actuar así, pero me dolió; me dolió muchísimo.

Hasta que la ambulancia no se largó con Aitana dentro, Míkel no se acercó hasta donde yo me encontraba. Lo hizo despacio, con una gravedad en su rostro terrible. Yo estaba, en ese momento, intentando apañar con cinta americana el retrovisor destrozado. Llegó hasta donde yo estaba y, con muchísima suavidad, me acarició la cintura para que frenase la frustración que estaba descargando contra aquel trasto. Lo tomó de mis manos y lo fijó para que yo pudiese enroscar la cinta y afianzarlo con más facilidad.

—Ya está —dije sin mirarlo—. Gracias.

Y llevé mis ojos hacia los suyos. Me observaba con prudencia, como si quisiese asegurarse de que no descargaría todo lo que llevaba dentro contra él. No lo haría. Ni se me habría ocurrido. No entendía todavía qué había pasado, pero sabía que él no tenía ninguna responsabilidad. En todo aquello, yo había sido un mero peón que poco o nada tenía que ver. Pero, además, me daba la sensación de que él era la víctima de una circunstancia que se me escapaba.

—¿Cómo estás, Laura?

Lo dijo vacilante, con una cadencia en la voz que me estremeció entera. No me amilané. Me negaba a mostrarme vulnerable después de todo lo que había pasado.

—Estoy bien. No te preocupes. ¿Y tú?

No respondió. Solo bajó la mirada. Tomó aire y, cuando volvió a buscarme con sus ojos castaños, percibí el quebranto interno con el que lidiaba.

—Lo siento —susurró.

Me dolió percibir su abatimiento. Estaba demasiado roto, demasiado despedazado, demasiado golpeado. En su mirada había mucho más de lo que había sucedido allí esa mañana. Por eso, cuando le hablé, traté de hacerlo con suavidad.

—No me pidas disculpas. Tú no has hecho nada malo. —Desvió sus ojos—. Además, me podría haber topado con ella en cualquier lugar. Yo qué sé. En la playa, por ejemplo. ¿Imagínate que viene un viento fuerte y se me cae la sombrilla en su cabeza? —Volvió su atención sobre mí con cara de desconcierto—. Aunque, sí que es cierto que allí no hubiese roto el retrovisor de mi padre. A lo mejor, se hubiera cargado la neverita con la bebida o me hubiese tirado el *frizzbe* al fondo del mar… —Me sonrió comedido y yo fui sincera—. Me preocupa mucho lo que he visto.

—Ya sabes que…

—No, Míkel. No sé nada. En estos años ni la he conocido a ella ni sé por lo que has tenido que pasar.

—¿Alonso no te ha contado nada?

—Mi hermano y yo no solemos hablar mucho de ti. Lo siento. —Elevó los ojos hacia el cielo y dio una bocanada de aire. Di un paso hacia él. Mi proximidad le hizo bajar la mirada—. ¿Qué es, CEO de una importante multinacional y acumula mucho estrés?

Volvió a dibujar una suave sonrisa, pero cuando trató de explicarme, volví a percibir la gravedad en su mirada.

—Es… complicado.

—Eso mismo me ha dicho Loles.

—¿Qué te ha contado?

—Nada más. Así que esta noche tenemos charla. Con unas moscovitas de la *Confitería Rialto*, por favor. —Su sonrisa se amplió—. O con unos carbayones de *Camilo de Blas*. Me da lo mismo.

—¿Te llevo también unas Letizias?

—No, no es necesario que te pases por Ribadesella.

—¿No has probado las que hacen en la *Confitería Asturias*? Son diferentes.

—No me tientes.

—No lo haré, si no quieres. —Con la tontería, brotaron nuestras risas. Lo hicieron de forma liviana, grácil, sin artificios y, sobre todo, sin forzar nada. Sin embargo, su pesadumbre no tardó en volver—. Dime que estás bien, Laura.

—Ya te lo he dicho. Estoy bien. Ya ha pasado todo.

—¿Por qué estás en Oviedo?

—Le pedí a Amelia que se quedase un poco más en la Casona y le dije a mi tía que bajásemos. Así, ella se quedaría en el hospital y yo podría sacar el coche de mi padre del depósito y me lo subiría a Covadonga. —Ladeé mi sonrisa—. Hay un *poli* malo que no me deja coger el de mi abuelo.

—No me hagas sentir culpable.

—No lo pretendía, tonto.

No siguió mi tono distendido.

—Laura, me prometiste que no ibas a conducir.

—No. Eso no es verdad. Yo no te prometí nada. Solo te dije que no iba a coger ningún coche. Pero, bueno, al final lo he cogido. ¡Sí! ¡Es cierto! ¡Mis promesas valen una mierda! Pero lo necesito, Míkel. Lo sabes. Lo he hecho porque me encuentro bien.

—Laura…

Entorné la mirada y le advertí en silencio. No iba a admitir ninguna reprimenda por su parte.

—Te he dicho que estoy bien. Estoy hasta arriba de antiinflamatorios y no me duele nada. Si no lo estuviera, no hubiera venido hasta aquí.

Alargó su mano y tomó la mía. No me esperaba su cercanía. En todo momento, estaba guardando la distancia, imaginaba que por los compañeros que todavía había en la zona. Por eso, cuando sus dedos rozaron los míos, no pude evitar temblar. Él lo percibió y me buscó con sus ojos para decirme mucho más de lo que me hubiera gustado leer.

—Por favor, Laura.

Lo entendía. No quería que me enfadase. Llevaba ya demasiado encima, así que decidí acabar con todo aquello.

—Tengo que ir a tu comisaría a poner la denuncia. Le prometí a Amelia que no tardaría más de tres horas y ya es muy tarde.

—De acuerdo. Te acompaño.

—No es necesario.

—Debo ir igualmente.

—Está bien.

—Pero tengo que hacerlo en el coche patrulla.

—Ya, imagino.

—¿Nos sigues?

—Sí.

Cogí el tirador de la puerta y abrí. Pero, antes de que pudiese montarme en el coche, Míkel me rodeó la cintura. Tiró de mí hacia él y me envolvió en su cuerpo. Su calidez me cubrió por completo y despertó todo lo que parecía atenuado. No fue un abrazo normal. En ese gesto, Míkel imprimió demasiado. Me estremecí sin pretenderlo y me dejé llevar por la fascinante sensación que me invadió. Apoyé mi rostro en su pecho, cerré los ojos y permití que su cariño me cautivara, que su aroma me serenase y, sobre todo, que su anhelo me embriagase hasta hacerme enloquecer. Ya no hubo nada más que arrebatase la atención de mis sentidos. Solo quedó él. Nada más que él.

23
LAURA

—Tiene el DNI caducado, Srta. Vélez.

—Laura… —siseó Míkel a mi lado.

—¿En serio?

El agente de policía que estaba enfrente mía alzó una ceja y, después, desvió sus ojos hacia Míkel.

—Inspector…

Ni le dejó terminar. Míkel tomó el documento de las manos de aquel tipo y leyó la fecha.

—¡Joder, Laura! Dos meses.

—¿Dos meses?

—Dos meses. Llevas viviendo en Dinamarca dos meses con tu DNI caducado.

Aquello sí que podría haber sido un problema.

—Puede presentar la denuncia, pero le aconsejo que lo renueve cuanto antes.

—No te preocupes —respondió Míkel. Y, girándose hacia mí, me advirtió—: De aquí no sales hasta que no lo renueves.

—Pero no tengo cita. Y tengo que sacarme fotos y…

Salí con el DNI nuevo en la mano. Una hora más tarde, por cierto. Las influencias de Míkel allí dentro eran efectivas, pero la búsqueda de un fotomatón me hizo retrasarme más. ¡Qué foto! ¡Dios! Después, volví a la comisaría y esperé el turno para la renovación hasta que un policía me recordó mis influencias.

—¿Eres Laura?

—Sí.

—Vente conmigo.

Y, cuando terminé de aquello, me volví a la sala de espera de denuncias y me senté en la silla más alejada del doble de Charles Manson, que también estaba allí esperando. Total, era lo que me faltaba para coronar el día. Diez minutos más tarde, me encontré con Loles que pasaba a sacar un café de una máquina cercana.

—¿Todavía estás por aquí, Laura?

—Sí, es que tenía el DNI caducado y…

Todo lo demás.

—Un día ajetreado, ¿eh?

—Un día de mierda, más bien. Solo quiero terminar de una vez y subirme a Covadonga. ¿Y tú?

—Esperando a Míkel. Tenemos un asunto pendiente y hay que ir a echar un ojo. Pero, hasta que no termine de hablar con el comisario, me toca estar por aquí. Y creo que la cosa se está alargando bastante.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Está en problemas?

—No. —Y me sonrió con ánimo de tranquilizarme—. Él solo quiere recordarle lo que todos le decimos desde hace tiempo.

—¿El qué?

—Que debería denunciar de una vez por todas a Aitana.

Me incorporé de mi asiento muy inquieta.

—Loles, estoy muy perdida.

—Y yo no debería contarte nada.

—Pero ¿me lo contarías?

Dos segundos tardó en pensárselo.

—Venga, vale. —Enlazó su brazo al mío y me llevó a una zona más apartada, donde no había nadie. Allí nos apoyamos en una pared que comunicaba con el pasillo que se adentraba en la comisaría—. Pero solo un poquito, ¿eh? No me pidas que te cuente todo. Tampoco quiero fallarle a él. Es mi compañero.

—¿Y algo más?

Sí, lo sé. Me enfangué hasta las orejas. Pero Loles se lo tomó a bien y tampoco me hundió más en la vergüenza y el escarnio al abrirle mi corazón de nuevo.

—No. Nunca. Ni antes, ni ahora, ni más tarde. Conmigo puedes estar tranquila. —Se me encendieron las mejillas y ella se sonrió divertida—. Otra cosa: no le digas a Míkel que yo te lo he contado.

—Tranquila.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Por lo más sagrado que tengas.

—Por lo más sagrado que tengo.

—Tiene muy mala leche.

—Lo sé.

Y con ese juramento, digno de patio de colegio, seguimos adelante.

—Lo que está viviendo con Aitana es un claro caso de acoso.

—¿Acoso?

—Sí. Y está yendo a más. Lo que has visto hoy no es la primera vez que lo vivimos. Y Míkel se deshace. Él, que es capaz de mostrarse frío en otras circunstancias, aquí le resulta imposible. La tiene mucho cariño y…

Unos pasos firmes se abrieron paso por ese pasillo. Loles desvió su mirada hacia el fondo. Yo me di la vuelta, aunque tenía muy claro quién venía hacia nosotras antes incluso de hacerlo.

«¡Mecachis! No podía haber tardado un poco más».

—Inspector Caveda —le saludó ella con su musicalidad canaria excesivamente cantarina.

—Subinspectora Durán —le siguió él con el mismo canturreo, aunque con una cara de «No me toques más las narices, que ya las traigo ya demasiado sobadas».

A mí no. Conmigo desgranó una dulzura que me encandiló de nuevo. Me evaluó y, al percibir que añoraba su cercanía, acarició mi cintura con delicadeza y posó su mano ahí, antes de darme un beso en la mejilla. ¡Ains!

Después, me preguntó:

—¿Has terminado?

—No. Todavía tengo que hacer la denuncia. —Llevó sus ojos hacia la puerta de acceso—. No pasa nada. Delante de mí sólo está ese chico, que parece sacado del Club de Amigos de Charles Manson, y luego voy yo.

—Voy a hablar con Ramírez…

Lo sujeté del brazo.

—No hace falta. No quiero que se moleste. El amigo de Charles Manson, digo —aclaré.

—Además, tenemos que irnos —siguió Loles—. Ya vamos muy tarde y no sé si vamos a llegar para ver algo.

Míkel dejó escapar el aire con mucha molestia. Coloqué mis manitas en ese brazaco que tenía y lo empujé levemente.

—¡Hala! ¡Venga! ¡Vamos! ¡Largaos de una vez! —les arengué— ¡Que ya va siendo hora! Tenéis las calles llenas de criminales y vosotros aquí, de cháchara.

No hizo efecto. Míkel ni se movió, bajó su mirada hacia la mía y, con la perturbación clavada en su frente, insistió:

—¿Estás bien?

—¡Síííií! —Y lo empujé con mi hombro. Él me sostuvo del brazo, me separó y volvió a clavarme sus ojos castaños. No quería bromas. Quería la verdad—. Vete a cazar a los malos. Estoy genial.

—Llámame si necesitas…

—Cualquier cosa —le interrumpí con una mofa cansina—. Sí, mamá. Te llamaré si necesito que vengas a cambiarme el pañal.

—Hablando de tu madre, ¿sabes algo?

—No, pero ahora llamo a mi tía. Te escribo un mensaje con lo que me digan.

—Vale, pues nos vamos.

Me rodeó con su brazo y, de nuevo, llevó sus labios sobre mi mejilla. Le devolví el beso. Pero, además, le acaricié el rostro detenidamente. Me preocupaba lo sucedido, aunque sabía que aquel no era el lugar. Por eso, le susurré:

—Te espero arriba.

Me volví hacia Loles y le di dos besos para despedirme.

—Espero que nos volvamos a ver pronto, Laura.

—Sí, pero en mejores circunstancias.

—Con una sidra.

—Mejor con un vino o una cerveza.

Míkel le explicó:

—Laura es una asturiana rara. No bebe sidra.

—¡No soy rara! Porque no me guste la sidra, no podéis quemarme por hereje. —Me hizo el gesto de robarme la nariz. Como si fuera una cría. Me cabreé—. ¡Vete ya, si no quieres que acabe contigo, *poli* malo!

Él sonrió mucho más. Me encantaba verlo así. Brillaba.

Inició la marcha con su compañera. Los observé hasta que salieron y, después, volví la mirada hacia la zona de sillas de la sala de espera. El amigo de Charles Manson me miraba fijamente y con una amplia sonrisa entre sus labios. Yo le dediqué otra, aunque bastante más tensa, y decidí que el mejor sitio para sentarme era el más cercano a la primera salida. Para qué tentar más a la suerte ese día, ¿verdad?

24
LAURA

Salí de una pieza de la Comisaría de Policía. El amigo de Charles Manson resultó ser mucho menos inquietante de lo que mis prejuicios me susurraban. Cuando finalicé el trámite, no fui directa al coche de mi padre. Imposible. Tenía el hambre de un aula de instituto a la salida de la última clase, así que me fui derecha al primer bar que encontré. Me pedí una Coca-Cola y un bocata de tortilla de patata, y me lo fui comiendo de vuelta. Cuando me puse de camino hacia Covadonga, me dediqué a llamar a todo el mundo. La primera de todas, Amelia. ¡Bendita mujer! No me puso problema en quedarse más tiempo y me comentó las nuevas de los clientes que habían llegado.

La segunda, mi tía. Pregunté por mis padres, hablé con ellos, aunque no se me ocurrió decirles nada de lo que había pasado. Mentí como una bellaca.

—Sí, sí. Estoy aquí, tomándome una infusión en el jardín. Se está muy bien con el calorcito. ¿Os han dicho algo del alta?

—Seguramente, nos la den en breve.

—¡Genial!

Las terceras, ya tomando la A-8, Cova y Lucía. Tenía que contarles lo que me había pasado. Pero, sobre todo, necesitaba información. Ellas vivían en Gijón. Aunque no se relacionaban apenas con Míkel, conocían su vida mejor que yo. Estaba segura. Como fieles amigas, habían guardado silencio durante años desde que yo había puesto el cerrojo a ese tema. Sabían el daño que me producía hablar de él, aunque me afanara en ocultarlo. Pero estaba segura de que para ellas no era ajena aquella circunstancia de la vida de Míkel. Teníamos amigos comunes. Por narices, debían saber qué sucedía con Aitana.

No me dieron lo que yo buscaba.

—Ni idea, tía. Es la primera noticia que tengo.

—¿Alguna vez, en el tiempo en el que Míkel estuvo con ella, coincidisteis?

—Sí, varias veces —comentó Lucía—. Pero, Laura, como que tampoco vimos nada raro. Lo veíamos, dos besos, una conversación ligera sobre cómo nos iba la vida. Ella sonreía, pero no participaba. Y, después, cada uno por su camino.

—Y, cuando se divorció, ¿no os llegó nada?

—Yo recuerdo un día que coincidimos con Manu y con *Pelos*. —Dos de los mejores amigos de mi hermano y de Míkel, con los que os dije que seguían haciendo tándem de risas y cervezas —. Estuvimos con ellos y, en mitad de la noche, apareció un tío que yo no conocía y les preguntó si era verdad que se habían divorciado. Ellos le confirmaron que sí, que aquello se había acabado, que no funcionaba, que Míkel se había acelerado mucho en casarse y que ella era insoportable. Pero, Laura, ya sabes cómo son los tíos —continuó Cova—. Siempre somos nosotras las malas y ellos unos benditos.

—Ya… ¿Pero nada más?

—Nada más.

—Es que no me cuadra nada. No puede ser que media Comisaría de Policía de Oviedo esté al tanto de lo que sucede y en Gijón sus amigos no sepan nada.

—A lo mejor sí que lo saben, —siguió Lucía—, pero guardan silencio porque Míkel se lo ha pedido.

—O a lo mejor no tienen ni idea —le rebatió Cova—. Puede que esta movida haya salido ahora. ¿Cuánto hace que se divorciaron?

—Casi tres años —dije sin dudarlo.

Si me apuraban, podía incluso precisar el número de días.

—Y estuvieron juntos uno, ¿verdad?

—Diez meses —apunté.

—Habla con tu hermano, Laura —me aconsejó Lucía—. Él tiene que saberlo todo.

No quería recurrir a él. Además, estaba cabreada. Ni siquiera había tenido el detalle de llamarme ni de mandarme un mísero mensaje después de que el día anterior me soltara la bronca del año por caerme por las escaleras. Podría haber esperado a que Míkel me lo contase por la noche. Pero había un detalle de la conversación con Loles, cuando afirmó que Míkel aún tenía mucho cariño a Aitana, que me instaba a buscar la información de una fuente emocionalmente menos implicada y, por tanto, más objetiva. Sin embargo, no podía telefonear a mi hermano así como así. Estaba trabajando y había días que ni siquiera paraba para comer.

Me desvié en una estación de servicio, detuve el coche y, sin apagar el motor, le escribí un mensaje.

Laura:

«Hola, Alonso. Por favor, llámame cuando tengas un rato libre. No ha pasado nada grave».

O sí. Pero me había demostrado que lo que me pasase a mí le traía al fresco. Y como escocía saberlo… A pesar de los años, seguía doliendo y mucho. Después, seleccioné una *playlist* de *Imagine Dragons* y me puse de nuevo en camino.

Andaba a la altura de Villaviciosa, dándolo todo con el estribillo de 'Demons', cuando el navegador dio paso a una llamada de mi hermano. Descolgué.

—Hola, Alonso.

Lo dije seria, fría. No iba a mostrarme amable después de su cretinada. Sin embargo, él sí me recibió de un modo muy diferente. Su voz se tornó muy suave desde el principio y no dudó ni un minuto en encarar el tema.

—Hola, *peque*. Perdóname que no te haya llamado para preguntarte cómo estabas. He tenido un día bastante jodido. Tenía una operación... Luego, además, el paciente que iba a operar el lunes ha fallecido y… Ya te imaginas. Un lío. Pero, de verdad, iba a hacerlo esta tarde, en cuanto saliera. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —dije altiva y cortante. A digna no me ganaba nadie.

—Ya, bueno, no es solo por eso. Es… Oye, siento mucho lo de ayer. —Silencio. Esperó una respuesta por mi parte que no obtuvo—. Laura, sé que no debí decirte todas esas cosas. Estaba muy nervioso y descargué sobre ti todo el estrés que llevaba encima con lo de papá y mamá. Y… Oye, ¿sigues ahí?

—Sigo aquí, capullo.

—Es que te has quedado muy callada.

—¿También te molesta eso?

—Vale, sí. Me lo merezco.

—¡No! ¡Te mereces más! ¡Te mereces que te mande a la mierda ochocientas veces!

—Ya, de acuerdo, Laura, vale.

—¿Cómo que vale? ¡No vale! ¡No vale! —Y golpeé el volante llena de rabia—. Esto no te lo

voy a perdonar nunca.

Como un montón de cosas más. Pero la lista era ya tan larga que ni me acordaba de muchas de ellas.

—¿Cómo estás ahora? —dijo para intentar mimarme un poquito.

No me sirvió. Decidí zanjar sus intentos de apañar lo inapañable y fui a lo que me importaba de esa llamada.

—Alonso, necesito que me hables de Aitana, la exmujer de Míkel.

Su reacción fue muy brusca.

—¿Por qué?

—Porque esta mañana me ha pasado una cosa con ella y no sé qué pensar.

—¿Qué ha ocurrido?

La gravedad cavernaria que impuso a su tono de voz me dejó claro que él gozaba de un expediente previo con informes nada buenos.

—He tenido un golpe contra el coche de ella. Nada grave. Un toque tonto.

—¿Estás bien?

Aprendía rápido, aunque, en dos días, volvería a la rutina de siempre.

—Sí, estoy perfectamente. Íbamos a incorporarnos a una rotonda. Estábamos parados y, arranqué y me di contra ella.

—Pero ¿te diste tú con ella?

—Sí.

—¿No te dio ella a ti?

Dudé. No entendía por qué necesitaba esa precisión de nuevo. Y me resultó extraño porque, por primera vez en muchos años, discerní un tono de preocupación real en mi hermano

—No, no. Fui yo la que le di a ella.

—No ella a ti, ¿verdad?

—¡No, Alonso! ¡No! La di yo a ella. ¿Qué te lo tengo que decir? ¿En *Swahili* para que me entiendas?

—Vale, vale.

—No fue nada grave. Pero…

—¿Pero qué? —me apuró—. ¡Laura!

—Pues que ella se volvió loca. Empezó a golpear el coche, dándole puñetazos, a insultarme a gritos…

—¿¡Te hizo algo!?

«¡Uy! ¡Qué nervios!».

No había duda. Alonso sabía lo que había con ella.

—No, no me hizo nada. Aunque se cargó de una patada el retrovisor del coche de papá.

—¿Y tú qué hiciste?

—Me encerré en el coche y llamé a la policía. Vinieron enseguida. Afortunadamente, había una patrulla en la rotonda y la apartaron de allí.

—¿Y qué más pasó?

—Vino más policía, nos hicieron prueba de alcoholemia…

—¿Estuvo Míkel?

—Sí, llegó como diez minutos después.

—¿Y qué hizo?

—Habló con los policías, con ella…

—¿Míkel se acercó a ti?

Pregunta extraña, pero empezaba a sospechar que ese distanciamiento de Míkel tenía una razón mucho más poderosa de la que yo había trazado.

—No. Hasta que no se la llevaron en la ambulancia, Míkel no se acercó a donde yo estaba. —Lo escuché soltar el aire con muchísima carga—. ¿Qué es lo que pasa, Alonso?

—¿Qué te dijo Míkel?

—Que lo de Aitana era complicado y que me lo contaría esta noche, cuando subiese a la Casona.

—¿Va a subir de nuevo esta noche?

Había demasiada acritud en su pregunta, así que traté de mesurar mi tono.

—Sí. A papá y a mamá les van a dar el alta hoy y la tía Tere se quedará con ellos en Gijón. Me va a ayudar el fin de semana.

—¿Cova y Lucía no han vuelto aún de Ibiza?

Estallé.

—¿¡Se puede saber qué pasa ahora!? ¿También te molesta que Míkel venga a ayudarme? ¡Estamos hasta arriba, por si no lo sabes, listillo! Que desde Madrid las cosas se ven muy bien. Pero estamos bastante *apuradetes*.

—Lo sé.

—Entonces, ¿¡qué!? Tú adorado amigo no va a dejar de hablarte por quedarse sin un fin de semana de fiesta. Además, ya sabes que Míkel adora a mamá. Haría cualquier cosa por ella. Y mamá se lo ha pedido. Así que, si tienes alguna queja, se lo dices a ella, no a mí. ¡Que ya estoy hasta las narices! —No añadió nada más—. Pues eso, que Míkel me dijo que me lo contaría esta noche. Pero necesitaba saber qué pasaba antes de que hablásemos porque me da que él no lleva esto nada bien. Y estoy muy perdida. Y necesito una opinión personal objetiva. ¡¡Y nadie sabe nada!! Así que dime, Alonso, ¿qué es lo que pasa?

—Aitana es una zorra.

Claro y conciso.

—¿Podrías especificar un poquito más?

—Digamos que, si buscas en la Wikipedia «Narcisista», la foto de Aitana aparece al lado.

—¿Pero estamos hablando de que sufre esa enfermedad o…?

—¡Qué va! ¡Qué va! No tiene nada que ver con un Trastorno Límite de la Personalidad. Es simple y llanamente que es una maldita hija de puta.

—Desarrolla un poco, anda.

— Es una niñata inmadura de manual. Aitana solo se ve a sí misma. Solo piensa en sí misma. Solo le interesa ella misma. Y cree que el mundo debe girar a su alrededor. Y, si no lo hace, lo fuerza. Y no la importa a quién se lleve por delante, si tiene que mentir para conseguirlo o si debe actuar con violencia.

Temblé.

—¿A qué te refieres?

—Ese ataque de ira que tú has visto es su día a día cuando las cosas no van como ella quiere.

—¿Es peligrosa?

—No. Ya la has visto. Es bastante pequeña. No tiene ni media hostia. Aunque, claro, tú eres igual de menuda…

—¡Jolines, Alonso! ¡Sabes a qué me refiero!

—Si me preguntas que si creo que puede llegar a matar para conseguir su objetivo, te diría que no. Pero que sería capaz de contratar un sicario para que le dé una paliza a alguien, sí. La veo

muy capaz. Es egoísta, impulsiva, irresponsable, agresiva, inmadura... Y tiene la misma empatía que un cactus.

—Algunos cactus tiene flores.

—En el caso de Aitana solo hay espinas, te lo puedo asegurar.

—¿Y qué pasa con Míkel?

—Pues que su narcisismo es tan asquerosamente repugnante que ella considera que alguien como Míkel no debería haberla dejado nunca. Y, como lo ha hecho, ahora se las está haciendo pagar. Ve a Míkel como alguien que la ha traicionado. Pero esto se está yendo de madre. A mí ya no me queda ninguna duda de que ha desarrollado un trastorno obsesivo con Míkel y quiere vengarse de él a toda costa por haberse divorciado.

—Se la llevaron en ambulancia.

—No es la primera vez, Laura. Pero allí lo niega todo, miente, enmascara su verdadera personalidad, y se muestra vulnerable y colaborativa. Pero ella no es así, Laura. Da una imagen de Dr. Jekyll, pero en realidad es puro Mr. Hyde. Es violenta, acosadora, cínica, mentirosa… Y Míkel, que debería haberle puesto ya más de una denuncia, no lo hace. Pero, vamos, que esta obsesión por Míkel viene desde antes de que se casaran.

—¿Y eso?

Suspiró.

—A ver. Esto lo sabemos muy pocos, Laura. Solo Emma, *Pelos*, Manu y yo. Nadie más. Ni siquiera mamá ni papá. Que no se te ocurra decírselo a nadie. Y mucho menos a Cova o a Lucía, que esas dos lo sueltan todo.

—No te metas con mis amigas.

Pasó de mí.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Y no quiero que él sepa que me he ido de la lengua.

—Él creía que yo sabía lo que sucedía.

—Pues mal pensado por parte de Míkel. Yo nunca le fallaría.

—Le vas a fallar ahora —le piqué.

—Es distinto. El tema te afecta. Y la seguridad de mi hermana está por encima de él. —No era verdad, pero no iba a discutírselo. Se había puesto el traje de hermano mayor y eso siempre le gustaba—. Si llega a contártelo, hazte la tonta, que se te da muy bien.

—Imbécil…

—Y otra cosa. Por favor, aléjate de ella. Intenta, por todos los medios, que no te relacione con Míkel.

—¿Pero por qué?

—Es excesivamente celosa. Mejor que no sepa quién eres ni la relación que tienes con él. No me fío. Él ha hecho bien en no acercarse a ti hasta que se la han llevado. De hecho, estoy seguro de que Míkel lo ha hecho por eso mismo. Por favor, Laura. No la cagues tú.

—Me estás poniendo muy nerviosa.

—Pues ya verás cuando te cuente todo. Lo vas a flipar.

25
MÍKEL

En innumerables ocasiones, me he preguntado cuántas veces puede romperse una persona. Estamos hechos para tender a nuestra supervivencia. Pero la vida se afana a menudo en desgranarnos golpes que nos quiebran otro poco más. ¿Cuántas veces se puede romper el corazón de alguien? Y, lo que es más, ¿hay algún momento en que puede llegar a estar tan roto que deje de doler? Ni siquiera la vida nos ofrece ese mísero consuelo. Todo lo contrario. Cuando pensamos que ya no podemos rompernos más, volvemos a escuchar ese sonido plano del quebranto.

Sobrevivimos por mera supervivencia y nos convertimos en resilientes perpetuos de una vida en la que a menudo no encontramos el sentido. En ese tiempo, hay veces que somos afortunados y logramos contar con personas que nos acompañen en ese desierto. Nos ayudan a recoger los pedazos, a recomponer el puzle y, con cuidado, se afanan en facilitarnos la ardua tarea de restaurarnos una vez más.

Sin embargo, de entre todas esas personas, hay algunas mucho más especiales, casi mágicas. Son aquellas que te impulsan a cerrar las heridas sin apenas darte cuenta. Las que las limpian sin que tú se lo pidas y te ofrecen el aire fresco para recuperarte; las que te alzan de tu derrumbe sin apenas esfuerzo; las que te instan a relativizar tu daño y te ayudan a encauzar el único camino viable cuando ya no hay más vuelta atrás. Esas personas son capaces de abrir un sol en tu vida a pesar de la oscuridad que pueda cubrirte. Son aquellas que te hacen reír hasta en los peores momentos, las que te ayudan a recordar quién eres cuando estabas perdido, las que te otorgan su vida para que salves la tuya.

A lo largo de todos mis años, he tenido mucha suerte. Siempre he contado con personas a mi alrededor que me han ayudado a frenar los golpes con los que me asestaba la vida. Gente maravillosa que siempre me tendió su mano cuando ya no sabía ni cómo caminar por esta vida. Pero, de entre todas ellas, había una que con una mera sonrisa barría todos mis problemas y conseguía sacarme del torbellino de perdición en el que a veces caía.

Ese día, Aitana la había tocado y eso no iba a perdonárselo nunca.

Cuando llegué a Covadonga, ya casi había anochecido. Dejé el coche en la única plaza libre que quedaba en el parking de la Casona. Justo cuando estaba cerrando la puerta, visualicé a Laura. Salía de la casa con una cesta de mimbre. No me vio. Caminaba de espaldas a la zona de aparcamiento y se dirigió directamente al jardín. Me quedé quieto. Añoraba observarla en la distancia y deleitarme con el placer de hacerlo sin que ella fuera consciente de mi presencia. Tomó una hortensia lila entre sus manos y, con unas pequeñas tijeras, la cortó y la dejó dentro de esa cesta. Siguió con otra y otra más. Pero en uno de esos movimientos, alzó sus ojos y percibió mi silueta a lo lejos. Su preciosa sonrisa se abrió paso y mi corazón vibró como nunca antes. Durante unos segundos, todo el pesar con el que cargaba desapareció de mis hombros. Así era Laura para mí, sanadora, revitalizadora, pura luz.

Tomé el caminito de baldosas. Ella no me esperó. Salió a mi encuentro y, al llegar a mi altura, me recibió de la manera que menos esperaba. Directamente, me abrazó. Me rodeó la cintura y unió todo su cuerpo al mío. La abarqué con el brazo que tenía libre y la estreché más.

Durante unas milésimas de segundos, me dejé llevar e imaginé así mi día a día. Ese pensamiento ensanchó mi corazón, amplió mi sonrisa, desbordó mi añoranza. Dejé un leve beso sobre su maravilloso pelo alborotado y después busqué sus preciosos ojos azules. No se escondió. Ella ya estaba esperándome.

—¿Y esto? —le susurré.

Habían quedado muy atrás ya los años en los que Laura venía así a recibirme, aunque sospechaba la razón de ese cambio. Laura gozaba de una extrema sensibilidad para todo. Era capaz de empatizar hasta con las piedras. Sabía que yo lo estaba pasando mal y era su manera de cuidarme. Y eso me deshizo.

—No es por ti, guapito —bromeó para quitarle importancia—. Es solo mi forma de acercarme más a esas tres bolsas que llevas. —E intentó cazarlas. Las aparté entre risas y las puse tras mi cuerpo. Ella me siguió y me vi dando vueltas mientras Laura trataba de cogerlas con sus manos—. ¡Dime qué has traído!

—Lo que me pediste.

—¿Todo?

—Todo.

—¿¡Te has pasado por las tres confiterías!?

—Por supuesto. Tus deseos son órdenes para mí.

Se la escapó la risa.

—¡Qué tonto eres! —Pero bajó su rostro azorada.

—Vamos dentro. —Y apoyé mi mano en su espalda. Se dio por vencida y buscó mucho más mi contacto. Rodeé su cintura con mi brazo y juntos terminamos de bajar el tramo hasta la entrada de la casa—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Preocupada por ti, pero bien. ¿Cómo te ha ido?

—Bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

Acaricié su espalda, pero percibí la inquietud previa a su siguiente pregunta.

—¿Y… Aitana? ¿Sabes algo?

Frené mi andadura para contestarle antes de entrar a la casa.

—Sí. Está bien.

—¿Has hablado con ella?

—No. He hablado con su madre. Estaba dormida. Le han dado una dosis bastante alta de tranquilizantes.

—Bueno, mañana seguro que está mejor y puede cogerte el teléfono…

—No, Laura. No. —Y me sinceré—. No voy a volver a hablar con Aitana. Aunque te resulte extraño, creo que es lo mejor que puedo hacer ahora mismo. Por ella y por todos.

La puerta de la Casona se abrió y apareció una chica que se dirigió directamente a Laura.

—Hola, perdona que te moleste.

—No me molestas. Dime.

E instó a la huésped a que pasase dentro. Las seguí mientras escuchaba hablar a aquella chica.

—Sí, era por lo que me contaste antes de la tumba del Rey Pelayo y el tema del enterramiento raro ese y de las dudas que tienes de que pudiese ser… —Miré a Laura de soslayo. Ella me buscó inquieta y yo le sancioné con la mirada—. Es que no me acuerdo la iglesia que me dijiste… La del primer enterramiento, donde Alfonso… ¿octavo?

—Décimo.

—Eso, donde Alfonso X sacó los cuerpos.

—Tampoco es que viniese el propio Alfonso y se pusiese a excavar. El vendría a la fiesta de después.

—¿A la fiesta?

—Al ceremonial de traslado de las exequias a la Cueva Santa.

—Eso, sí. ¿Y cómo se llamaba la iglesia?

—Santa Eulalia de Abamia. Espera, que te indico cómo ir.

—Pero ¿estaban allí enterrados o no? Es que no me ha quedado muy claro lo que me has dicho del obispo ese de Oviedo…

Laura se metió dentro del mostrador de bienvenida para sacar un mapa. Yo lo hice tras ella, aunque con intención de acceder a la zona privada de la Casona. Sin embargo, al cruzar por su lado, no pude contenerme. Volqué mi pecho sobre su espalda y le susurré al oído:

—Tu madre va a matarte.

Laura volvió su rostro.

—No, si tú no se lo dices.

Torcí mi sonrisa y me fui de allí. Crucé la puerta y accedí directamente a la cocina. Coloqué sobre la encimera las bolsas con los dulces. Fui sacando las cajas de una en una. Cuando coloqué la última, la de las galletas *moscovitas*, al percibir el aroma a chocolate mezclado con la almendra, mi estómago rugió. No había comido nada en todo el día por lo que había sucedido. Solo había bebido agua y varios cafés.

Abrí la caja, cogí una de las galletas y me la comí. Dejé la mirada perdida y me centré únicamente en el sabor del chocolate. Aquello estaba delicioso. Cogí otra más. Y, cuando me la estaba metiendo en la boca, Laura entró en la cocina. Se quedó mirándome de forma sancionadora y con una perfecta 'O' en sus labios. Los míos dibujaron una sonrisa.

—Así que eso era lo que querías, ¿eh? Comértelo todo tú solo.

Apoyé mi cuerpo en los muebles de la cocina y alargué mi mano. Laura dudó, pero terminó cogiéndomela. Después, tiré de ella con mucha suavidad para instarle a que se acercase más. Lo hizo. Dio dos pasos y se quedó enfrente mía, a escasos centímetros y esperando mi siguiente movimiento. Le rodeé la cintura y la llevé a mí. Laura apoyó su cuerpo sobre el mío. Percibí su tensión, su nerviosismo, su respiración comprometida. Estaba siendo muy consciente de que mi forma de acariciarla no respondía a la camaradería previa que habíamos tenido. No quería esconderme. La deseaba como nunca. Me perdí en su mirada, en ese brillo fascinante que no adolecía ni aunque el mundo se hundiera. Sus apetitosos labios dejaron escapar el aire con una calidez delirante y yo comencé a arder.

Cogí otra de las galletas y la llevé a su boca. Sin dejar de observarnos, Laura le dio un pequeño mordisco y a mí me invadió una vehemencia incontrolable por el sensualismo que su imagen me sugería. Mis palabras brotaron sin que pudiera hacer nada por frenarlas.

—Eres preciosa, Laura.

—¿Comiendo galletas? —ironizó—. Creo que tengo mejores momentos.

Y se separó de mí riendo. Lo hizo despacio y atesorando en su movimiento toda la naturalidad que pudo, pero fue incapaz de engañarme. No había que ser un lince para entender lo que estaba pasando. La había cagado.

Bajé mi rostro y acepté su límite, aunque no pude evitar que los colmillos de la frustración se clavasen en mi pecho. Laura se dirigió a uno de los muebles altos para sacar un vaso. La observé en silencio mientras lo hacía. Lo llenó de agua y bebió un poco.

Traté de generar un ambiente menos comprometido. No quería que se alejara de nuevo.

—¿Tus padres ya están en casa?

—Sí. Han llegado hace tres horas. Y bien. Están mucho más contentos. Ya sabes, ¿qué mejor sitio para recuperarte que tu propio hogar? Mi tía los dejó un rato solos para llevar el coche al garaje y, cuando volvió, ya estaban haciendo cosas que tenían a medias.

—No paran.

—No —sonrió—. Ya los conoces. Por cierto, he colocado tu maleta en la habitación de ellos, si no te importa. Tengo cosas en ese armario… Ropa y, bueno, más cosas.

—Tu diario —recordé divertido.

—¡Oh! ¡Dios! No sé cómo mi tía ha sido capaz de leerlo.

—¿Cuántos años tenías cuando lo escribiste?

—Quince.

—¡Mmm! Plena adolescencia. Ahora me explico por qué le enganchó tanto.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, imagino que habría muchos chicos en esas páginas, ¿no?

Bajó la mirada y dejó el vaso en el fregadero.

—No tantos. —Avanzó hacia mí, y lo hizo altiva, serena, con una seguridad que se leía en cada expresión de su cuerpo—. En realidad, solo había uno. Pero ya pasó.

Sus ojos clavados sobre los míos, su sonrisa firme, su espalda recta. Me estaba enfrentando. La agitación invadió mi mente.

—¿Y eso?

—No hay nada más efímero que el amor.

—Eso no es cierto. —Con una sonrisa cargada de pesar, se colocó a mi lado y, sin mirarme, comenzó a abrir la caja de carbayones. Cogió uno y fue retirando el papel de la envoltura—. El amor, si es verdadero, no desaparece —insistí—. Permanece con nosotros toda la vida.

—El amor no se alimenta solo, Míkel. Lo que queremos que permanezca, lo cuidamos. Y, si no se cuida, no es amor. Es mera atracción. Nada más. —Ni siquiera pude contestarla. Me sonrió con suavidad, pero su gesto no pudo serenar la agitación que me habían provocado sus palabras —. Es tarde y estarás agotado. Vete duchando, cena y, si quieres, métete en la cama. Yo me encargo de todo.

Después, se alejó. Me dio la espalda y salió de la cocina hacia la zona común de la Casona. Me quedé allí, apoyado en la encimera y con la sensación de que cada una de esas palabras habían sido un latigazo directo sobre mi piel. Intenté tragar el desasosiego que se había instalado en mi pecho. Me fue imposible. Laura me había dejado un mensaje velado, aunque demasiado evidente como para no verlo. Le debía una explicación. Merecía una disculpa. No podía postergarlo por más tiempo. Sin embargo, me quedó muy claro que ya llegaba demasiado tarde.

26
LAURA

Nota mental:

SI A MÍKEL LE DOY LA MANO, SE TOMA EL BRAZO.
POR TANTO,
NO PUEDO DARLE MÁS LA MANO.

Mi profesor de Lógica filosófica estaría muy contento con mi argumento.

¿Lo había abrazado? Sí. ¿Me había mostrado cariñosa con él? También. ¡Jolines! ¡Quería mimarlo! ¡Solo eso! ¡Lo estaba pasando mal con la traca de fuegos artificiales que implicaba la relación con su exmujer! Pero Míkel había dado un paso más. Y, sinceramente, no. A mí no me apetecía meterme en ese jardín de rosas, tan bonito y que olía tan bien, para luego salir llena de espinas. Como me había advertido Cova muchas veces, –la última, por cierto, ayer mismo–, a Míkel le daba morbo tirarse a la hermana de su mejor amigo cuando se le ponía a tiro. Dolorosamente, no había más.

Y jodía.

Mucho, por cierto.

Me había quedado muy claro después de la conversación con Alonso sobre Aitana. Cuando Míkel quería a alguien, cuando amaba, cuidaba de esa persona y no desaparecía, como había hecho conmigo. A mí me había apartado para establecer el límite de hasta dónde podíamos llegar. Y lo había hecho independientemente de cómo me cállese ese jarro de agua fría. Sin embargo, a Aitana la había mantenido en su vida y había luchado por tener una relación sana con ella a pesar de la mentira, a pesar del divorcio, a pesar de toda la locura que se había derivado, de toda la toxicidad, de todo el acoso, de todas las ansias de venganza.

No lo entendía, pero tampoco debía reprochárselo. No podemos imponernos sobre la voluntad del amor y yo no había tocado esa cuerda en el corazón de Míkel. Aitana sí. Había estado enamorado de ella, si no lo seguía. Y, por esa razón, se preocupaba por su bienestar, a pesar de todo lo que continuaba sufriendo por su culpa, por sus excesos, por sus excentricidades.

—No, Laura. Míkel nunca estuvo enamorado de Aitana y, por supuesto, ahora no lo está —me había asegurado Alonso—. Solo se casó con ella porque, por primera vez en mucho tiempo, no estaban mal y decidió responder frente a ese embarazo no esperado.

—Si yo dejase a alguien embarazada, no me casaría con ella. Me encargaría de mi hijo, por supuesto. Dar ese paso sin amor es lo más absurdo, irracional y estúpido que puedes hacer. Condenas a tu hijo de por vida.

—¡Cómo se nota que no has estado en tu vida en esa situación! Mira, listilla. Ni Míkel es absurdo, ni es irracional, ni es estúpido. Pensó que eso sería lo mejor. Nada más. Podría haber salido bien, pero no fue el caso. Los mortales cometemos errores, enana. No somos tan cuadriculados como tú.

—¿Me acabas de llamar cuadriculada?

—Sí.

—¡Eres un capullo!

—A lo que voy. Con lo que me estás diciendo, me estás demostrando que no has entendido a Míkel en toda tu vida.

—Y tú, sí, ¿verdad?

—¡Míkel nunca estuvo enamorado de Aitana, Laura! ¡Te lo aseguro!

Pues yo seguía sin creérmelo. Y os lo puedo explicar. Solamente, había que atenerse a los datos.

PRIMERA FASE:

Míkel conoció a Aitana, y Aitana conoció a Míkel, al *Pelos* y a Manu. Hasta el fondo. A los tres, sí. A los tres. Aunque de uno en uno. Sus amigas, también. No iban a ser menos. ¿Convivencia y solidaridad sexual? Para qué pensarlo, ¿verdad? El caso fue que Aitana se enganchó de Míkel. Repitió con él varias veces y durante varios años. Y eso fue a más. Más encuentros, digo. Porque relación pura y dura, de «¿Te apetece que intentemos algo?», ahí ni se asomó.

¿Y Míkel? Pues las explicaciones de mi hermano eran muy variopintas. Pura palabrería. Yo las resumo en una: Míkel es un tío. Ofrécele sexo fácil y muy loco, y no se va a negar. Y, si se niega, algo pasa.

Y ese momento también llegó. Míkel empezó a ver un lado un tanto extraño de Aitana. Ya no solo era su prepotencia, su desprecio hacia el género humano porque sí, sus desplantes, sus malas contestaciones, cayeran cómo cayeran… No. Hubo algo más. Empezó a ver cosas raras. Pero raras, raras. Como, por ejemplo, que aparecía constantemente por todas partes allí donde él iba: en el gimnasio, en restaurantes o, incluso, en la ruta que utilizaba para correr a diario. Podrás decir, bueno, encontrarse por Gijón tampoco es tan extraño, ¿verdad? A fin de cuentas, los capullos de Oviedo dicen que es una aldea. Pequeñito es, sí. Lo más raro fue irse a Madrid y encontrársela allí. Irse a Valencia y encontrársela allí. Irse a Santiago y encontrársela allí. Irse a Donosti y encontrársela allí. Coger el coche el fin de semana para hacer una ruta por los Pirineos con tus colegas del curro y ver que un vehículo como el de ella te sigue durante todo el trayecto. Y, después, encontrártela allí, en el hotel donde vas a pasar la noche. ¿Con ella? No. Ahí Míkel ya frenó. Y tan bruscamente que a Aitana no le sentó nada bien.

SEGUNDA FASE:

Llantos. Reproches. Sexo rápido y desenfrenado.

Llantos. Reproches. Sexo rápido y desenfrenado.

Llantos. Reproches. Sexo rápido y desenfrenado.

Ni las sillas voladoras del *Star Flyer*, en el Parque de Atracciones, dan tantas vueltas sobre el mismo eje.

TERCERA FASE:

—Esto se acabó, Aitana. Definitivamente.

—Míkel, tenemos que hablar.

¡Ups!

En varios de esos encuentros rápidos y sexualmente intensos, que mi hermano todavía no entiendo por qué me relató, –¡Qué dolor, ay!–, no usaron protección. Así que pasó lo que la estadística ofrecía si imponías esa circunstancia sin barrera anticonceptiva de por medio:

embarazo no deseado que Aitana decidió no interrumpir.

¿Y Míkel? Pues, sinceramente, en ese periodo de tiempo yo creo que fue donde se tuvo que enganchar de ella. El embarazo les dio la opción de frenar y plantearse qué iba a pasar con ellos. De hecho, la relación se tornó muy distinta, más sosegada, según Alonso.

—Ella se transformó. Completamente, Laura. Y ese cambio fue lo que llevó a Míkel a dar el paso. Pero no estaba enamorado…

—Lo dudo mucho.

—El cariño que la tenía le hizo pensar que podrían crear algo juntos y que durase. Aitana estaba más... normal. Más afectiva. Pero, además, se afanó en dar una imagen muy vulnerable de sí misma. Y no hay cosa que le guste más a Míkel…

—Que ser un superhéroe salva damiselas.

—¡Cómo te pasas, enana!

—Pero ¿qué me estás contando? Sé, perfectamente, que ibas a decir lo mismo.

Ni respondió. Sabía que era cierto.

—Míkel se lanzó y le propuso intentarlo. Sin embargo, Aitana salió con el tema del matrimonio. Le habló de que no quería traer un hijo al mundo sin estar casada. Temía lo que la gente pudiese decir de ella y que sería una vergüenza para su familia…

Miré la hora por si acaso nos habíamos ido cuarenta años atrás. Después, me comí el comentario que pasó por mi mente. Pero, como me pasa siempre, al final tuve que soltarlo por la boca.

—Esto sí que lo flipo. ¡Como si una mujer tuviera que dar explicaciones por traer un hijo al mundo sin pareja!

—Opino lo mismo, hermanita. Aunque, sinceramente, creo que en este caso solo fue una patraña más para presionar a Míkel.

—Lo siento, Alonso, pero no estoy de acuerdo. No veo a Míkel dejándose presionar por algo así. —Y me volví a enrocar en mi mantra—. Ella le gustaba. Y mucho. Nadie cede a esa excusa ni tan rápido a un enlace si no hay una predisposición previa. ¡Estaba enamorado!

—Que te guste una persona no quiere decir que estés enamorado de ella, enana. Menos mal que tienes a tu hermano mayor para decírtelo.

—¿Qué piensas, idiota? ¿Qué no me he enamorado nunca?

—¿Tengo que responder?

—¡Quise mucho a Marcos!

—Te lo vuelvo a repetir: ¡querer al alguien no implica estar enamorado! Yo quiero a Míkel, al *Pelos* y a Manu con locura, y nunca me plantearía algo con ellos.

—Menudo ejemplo, hermano.

—Si te apetece, en unos días, cuando pille las vacaciones, te doy un monográfico sobre el tema.

Lo siento, pero no. No entendía que Míkel pudiese haber actuado de ese modo con una tía tan tóxica solo por compromiso.

—¡Es absurdo!

—¡Se equivocó! ¡Nada más, Laurina! ¡Solo fue eso! Estaba tan noqueado con el tema del embarazo y se le juntaron tantas cosas en la cabeza que ni pudo pensar con coherencia.

—¿Y no pudo preguntarte a ti?

—Sí, lo hizo. Y se lo advertí. Lo mío fue parecido, pero no igual.

—¿Por qué?

—Porque yo sí estaba enamorado de Emma y ella de mí. Por eso nos salió bien.

—¡Qué listo que eres, hermanito!

—Calla y escucha.

Cuarta fase:

Coge cualquier telenovela venezolana de la década de los 80-90. Turca no, que los turcos no gritan tanto. Mézclala con una de esas *pelis* chungas de Antena 3, de los fines de semana al mediodía, cuando estás echándote la siesta en el sofá y con la baba colgando, y ahí lo tienes.

Míkel y Aitana entraron en una especie de luna de miel previa a su matrimonio. Felices. Ilusionados. Pletóricos.

¡Aj!

—O, al menos, esa fue la imagen que quisieron dar, Laura. Porque, aunque Míkel no hablaba, conozco a mi amigo y sé que estaba tragando mucho más de lo que le hubiese gustado. Las veces que los vi en esas semanas, él sonreía, pero con esa sonrisa tensa que pone a veces, cuando algo no le gusta, pero… Ya sabes.

—La 'Sonrisa Brócoli'.

—Efectivamente.

En mi defensa diré que mi madre y su habitual plato de brócoli de los jueves tuvieron la culpa. Durante nuestros años de convivencia, ella se lo ponía delante de las narices y Míkel sonreía, lo ensalzaba como muestra de gratitud, mi madre se entusiasmaba y él se obligaba a comérselo sin más. Mientras, Alonso y yo nos partíamos de risa y en alguna ocasión le metimos en alguna encerrona que le llevó a que mi madre le echase más en el plato. Míkel nunca se quejaba y si tenía que tragarse su asco, lo hacía para no ofenderla.

Recreé perfectamente a Míkel con ella. Una sonrisa impostada, falsa, carente de plenitud, con los labios rígidos; fría no, congelada y con la mirada carente de toda vida. Después de ella, solía venir una bajada de ojos de forma oblicua y, si la cosa era intragable, una leve exhalación apenas perceptible.

Volvamos a Aitana.

Llegó la boda. Vivieron el siguiente mes como en una nube de algodón azucarado. Pero, como era de esperar, ese dulce pegajoso, más grande que un bebé, al final te deja con un exceso de glucosa en la boca nada agradable y, habitualmente, dolor de barriga.

—La convivencia empezó a pasar cada vez más factura. No terminaban de encajar en el día a día. Pero el asunto que hizo que todo saltara por los aires vino por otro lado.

—¿Por dónde?

—Míkel no dejaba de darle vueltas al asunto. Aitana estaba en su semana veinte y todavía no se había hecho ninguna prueba médica.

—Imposible.

—Solo se había hecho la primera ecografía de control. Y lo hizo ella sola, sin decirle nada. Fue justo después de saber que estaba embarazada. La de confirmación.

—¿Y qué pasó?

—Míkel me consultó y le dije que aquello no era normal. Que debía haberse hecho ya analíticas y, al menos, dos ecografías. Él se lo comentó a ella y Aitana le restó importancia. Adujo que en Madrid hacíamos las cosas de forma diferente que en Asturias y que ella sabía, perfectamente, lo que tenía que hacer. Que yo no tenía ni puta idea; que era cardiólogo, no obstetra.

—¡Guau!

—Efectivamente, Laura. Ella es así. Pero, vamos, que a Míkel le dio lo mismo. Insistió. Ella

no cedió. Y Míkel decidió actuar por su cuenta. Ya lo conoces. Cuando se le mete algo en la cabeza…

—No para.

—Cogió cita para una consulta de obstetricia en un hospital privado. Ella terminó claudicando, pero cambió la fecha dos veces, según dijo, por líos en el trabajo. A los pocos días, antes de ir a esa consulta, supuestamente, tuvo un aborto.

—¿Cómo que «supuestamente»?

—No estaba embarazada.

—¡Cómo que no estaba embarazada!

—No estaba embarazada —repitió mi hermano más despacio—. Tuvo un sangrado por la noche, despertó a Míkel, fueron al hospital y allí le dieron la noticia. No se trataba de un aborto, sino de la menstruación.

—¡Espera! ¡Espera! Cinco meses de embarazo, ¿y Míkel no se dio cuenta? ¿No sospechó nada? ¿Y la tripa? A esas alturas debería habérsele notado algo. ¿Cómo no pudo darse cuenta?

—Ser primerizo no es fácil, Laura. Y la tripa, hasta la semana veinticinco, varía mucho de unas mujeres a otras. Y, al principio del quinto mes, en muchas mujeres tampoco es muy evidente si hay algo de sobrepeso, como era el caso.

—Pero… ¡joder!

—Aunque a Míkel se le dé estupendamente coger a delincuentes, Aitana se la metió doblada con sus mentiras. Y él confió. Hasta que no empezó a hablar con los que estábamos alrededor, no percibió nada raro. Y eso lo hizo muy tarde, Laura. Demasiado tarde.

—¡Pero es que no me lo explico! Me has dicho que vivían juntos incluso desde el mes antes de casarse. Si no estaba embarazada, debía tener la regla. Tuvo que verlo. Algún *Támpax*, algo en la basura… ¡Si hasta se dio cuenta de la primera vez que me bajó a mí!

—No, Laura. Aitana tomaba la píldora anticonceptiva y Míkel no lo sabía. Lo único que hizo fue no hacer los descansos del ciclo. De ese modo, no tuvo sangrados.

—¿Eso puede hacerse?

—Sí. Algunas deportistas de élite lo hacen. Pero tú no lo hagas.

—¿Por qué? Odio mi regla.

—Te he dicho que no lo hagas. Ya está. —Y siguió con el tema—. Después de casarse, dejó de tomar los anticonceptivos para intentar quedarse embarazada en esas semanas. Y así, cuando Míkel descubriera el engaño, poder retenerle con un embarazo de verdad. No lo consiguió. Su regla le vino antes y de forma natural. Fingió que se trataba de un aborto, pero ella tenía muy claro lo que era. De hecho, se negó a ir al hospital, pero Míkel la llevó en volandas. Allí lo vieron claro y todo saltó por los aires.

—¿Pero acaso no se dio cuenta de que no iba a poder engañar a los médicos?

—Eso es lo que pasa cuando te crees tan listo.

—Debía estar muy perdida y desesperada para actuar así…

—No, hermanita. Eso no es ni estar perdida ni desesperada. Eso es ser un gilipollas.

—Joder, Alonso. ¡Qué falta de empatía! Nadie actúa así, si no es porque…

—¡Gi-li-po-llas! —reiteró cortante—. No hay más.

—¿Y Míkel?

—Al límite, Laura. Pero ni siquiera pudo establecer la distancia que necesitaba para pensar. Aitana entró en pánico. Sufrió una crisis nerviosa allí dentro y se repitió durante los días posteriores. Pero la cosa no quedó en eso. La frustración la llevó a un grado de violencia, de ira, de cólera que se desbordó. Aunque lo peor no fue eso. Lo que acabó con Míkel fue que llegó a

amenazarle con el suicidio si la dejaba. Él decidió comérselo todo y aguantar. Tenía miedo de que pudiese hacerlo. De hecho, guardó silencio sobre lo que estaba pasando. Tardó semanas en contármelo, Laura. ¡Semanas! Y, cuando lo hizo, estaba destrozado.

—¿Y podía haberlo hecho?

—¿El qué?

—Suicidarse.

—No.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Si hay algo que le gusta a un individuo narcisista es hacer sufrir a los demás por él. Y, como te he dicho, utilizan cualquier medio, sea ético o no, para conseguirlo.

—No entiendo como Míkel pudo seguir con ella.

—Una cosa es verlo desde fuera y otra vivirlo cada día, listilla. De algún modo, Míkel se sentía responsable por lo que le ocurría. Aitana no dejaba de llorar, de pedir perdón. Pero, al mismo tiempo, le culpaba de todo lo que le sucedía, de cómo se sentía. Le destrozó anímicamente. Y lo hizo a sabiendas y chantajeándolo para retenerlo a su lado. Vi a mi amigo sufrir, Laura. Como nunca. La vida de Míkel fue un auténtico infierno y le hundió todo lo que pudo. Gritos, violencia, reproches, celos... ¡Joder, Laura! Era incapaz de verlo con otra mujer. Ni siquiera con sus compañeras de trabajo. Porque esa era otra. Lo espiaba. Y, cuando veía algo que no le gustaba, algún acercamiento, alguna sonrisa, lo que fuera, se montaba la película y se vengaba de la peor manera. Llegó a llevar tíos a casa solo para simular que se estaban liando y que Míkel los pillara.

—No entiendo nada… ¿Y por qué siguió manteniendo relación con ella después del divorcio? ¿Por qué la sigue manteniendo ahora?

—Porque, al final, eso cala, Laura. Míkel lleva la culpa a sus espaldas y se siente responsable por la inestabilidad emocional que sufre Aitana.

—Él la quiere.

—Sigues sin entenderlo. Eso no es amor. Es una herida emocional que Míkel es incapaz de cerrar. Y para deshacerse de ella, necesitaría ayuda profesional. Ponte en su lugar. No es tan fácil deshacerse de la toxicidad de una persona narcisista.

Pues, quizá, era eso; que no podía ser capaz de ponerme en el lugar de Míkel; que no podía entender por qué seguía manteniendo a Aitana en su vida si le había hecho tanto daño. Y la única explicación que podía darle era el amor. Se lo había dicho a él mismo: lo que queremos que permanezca, lo cuidamos; y, si no se cuida, no es amor. Míkel se seguía afanando en cuidar de Aitana. El día anterior mismo, le había escuchado hablar con ella por teléfono en un tono relajado. Seguía queriéndola. Si no fuera así, ella no continuaría en su vida.

Míkel actuaba con frialdad cuando cerraba las puertas. Conmigo lo había hecho. Me marcó el límite después de acostarnos. Pasó muchísimo tiempo hasta que volví a encontrármelo de nuevo y, cuando lo hice, me dispensó con un hieratismo que ni me molesté en franquear porque, entre otras cosas, ya estaba demasiado dolida como para hacer ese esfuerzo.

Ser consciente de ello me dejó destrozada. No podía odiarlo, pero me dolía que no me hubiese otorgado con esa misma atención que desgranaba con ella. ¿Celos? Sí. Esa vez no iba a negarlo. Pero me los iba a comer porque no hay nada más nocivo que intentar controlar el corazón de la persona amada. No era justo para él. Pero, además, me lo debía a mí misma. Quería pasar página y, de una vez por todas, establecer una relación saludable con Míkel. Y para conseguirlo debía asumir que a mí no me había amado nunca. Tenía que armarme de estoicismo, joderme, aguantarme, readaptarme y seguir adelante. Míkel nunca me prometió nada. Fui yo la

que cometí el error de esperarlo todo.

No quería apartarlo más. Míkel era una pieza clave en mi propia vida. No podía olvidar lo que había sido antes de que aquello sucediera y nuestra relación previa se fuera al traste. Adoraba a aquel muchacho que siempre estuvo a mi lado cuando lo necesité; que me envolvía en sus brazos cuando más quebrada me encontraba; con el que reía a carcajadas y, también, disfrutaba de silencios cómodos en las tardes de lluvia y lectura; el que me escuchaba; el que siempre me hizo un hueco en su vida cuando yo lo requería; el que me sonreía cuando me veía a lo lejos; con el que tenía conversaciones de lo más absurdas; el que me prometió que cuidaría de mí siempre.

Parecía que ahora las cosas volvían a encauzarse, así que no quería volver a atrás. Sin embargo, tampoco iba a permitir que me usase para acallar su inestabilidad, como parecía que buscaba. Lo había palpado en su casa. Lo había advertido en la cocina de la Casona. A pesar de lo que clamaba mi corazón, no iba a volver a cruzar a ese lado. Me quería demasiado a mí misma como para ofrecerme a calmar su vehemencia en la cama, cuando sabía que amaba a otra.

27
LAURA

—Pensé que ya estarías dormido.

Míkel salió de la zona privada de la Casona cuando ya no lo esperaba. Se había duchado y se había puesto un pantalón de chándal y una camiseta de manga corta. Cruzó el mostrador de bienvenida y caminó despacio hasta el salón. Yo estaba sentada en la zona de estar, en uno de los sillones. Tenía recogidas las piernas sobre uno de ellos y las había cubierto con una manta ligera.

Se sentó a mi lado, pero reclinado para poder mirarme de frente.

—¿Tienes frío o es Arturito?

Ladeé la mirada y le advertí. Su risa silenciosa brotó de golpe.

—Tengo un poco de frío, sí —remarqué cortante—. Hoy, la noche es mucho más húmeda. Tenía que haberme puesto algo más calentito.

Cuando llegué a la Casona, me había quitado mi vestido naranja y, después de la ducha, me había puesto una camiseta rosa de tirantes, una chaqueta de chándal y unos leggins ciclistas. Pero yo, que siempre he sido friolera por naturaleza, estaba congelada.

—¿Por qué no lo has hecho?

—La verdad es que ni lo sé. Es cierto que ha habido bastante lío, así que lo fui dejando. Tampoco creí ni que fuera a hacer tanto frío, ni que los huéspedes tardasen mucho en subirse a sus habitaciones. La noche no acompaña.

—¿Queda alguien fuera?

—Sí. Una pareja. Me dijeron que iban a bajar andando hasta El Repelao para cenar.

—Tienen llave de la puerta trasera. Pueden entrar sin que tengas que esperarlos.

—Bueno, no es tan tarde. Son sólo las once. Ya sabes que a mi madre le gusta que nos vean por aquí hasta que el último se va a la cama.

En ese preciso instante, la puerta de entrada se abrió y pasó esa pareja.

—¡Uff! ¡Qué frío!

—Eso mismo estábamos comentando —les respondí.

—Creo que hoy va a venir bien la manta de la cama —dijo el chico.

—Sí. Esta noche no sobra nada. —Para felicidad de mi madre. Al ver que enfilaban el camino hacia las escaleras de acceso a las habitaciones, me despedí de ellos—. Que paséis buena noche.

—Hasta mañana.

La pareja caminó hacia el fondo de la casa. Los seguí con la mirada. Cuando comenzaron a subir los escalones y los perdí de vista, volví la atención hacia Míkel. Él ya tenía los ojos puestos sobre mí. Sonreí incómoda.

—¿Has cenado algo? —pregunté.

—No. —Bajó la mirada y percibí que, por la razón que fuera, estaba adoptando una actitud medida. No escondió demasiado tiempo la razón—. Esta mañana, te prometí una charla con unos dulces. Por eso he esperado.

Pues yo no. Ya habían caído tres carbayones, dos Leticias, tres moscovitas y un Almax tras mi paso por la cocina cuando él estaba dentro de la ducha.

—Estarás agotado, Míkel. Podemos dejarlo para otro día.

Buscó mi mano y mi vientre descargó un torrente de deseo que se extendió por todo mi cuerpo. Acarició mis dedos despacio, como si quisiese evaluarme y estar seguro de que no rechazaba su gesto.

—Sigues comiéndote las cutículas —susurró. Y sonrió de lado.

Llevaba las uñas pintadas de un blanco roto. Pero mis cutículas, como siempre, estaban mordisqueadas. Incluso, alguna había llegado a hacer herida. Las acarició detenidamente. Alzó la mirada y mi corazón se descompensó por completo.

—Laura, ¿por qué evitas el tema?

«Porque no me apetece que me cuentes lo mucho que la amas».

Sonreí nerviosa.

—¡No lo evito! Es solo que pensaba que… Bueno, eso… Que estarías cansado. Nada más.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Está mañana me dijiste que te preocupaba mucho lo que habías visto y que no conocías nada de lo que había rodeado a mi relación con Aitana. Me pediste esta conversación. Y yo quiero dártela. ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Nada.

Intenté retirar mi mano. No me lo permitió. Todo lo contrario. Enlazó mis dedos entre los suyos y me rogó en silencio que no me separara. Mi corazón bombeó mucho más rápido. Iba lista si pensaba que iba a poder controlar todo aquello.

—Laura, —me acarició susurrante. Y acentuó su ya potente mirada—, ¿has hablado con alguien?

«¡Jolines! Es que me las pilla todas».

No debía descubrir a Alonso. Podía crearles un problema a la larga.

—No, con nadie —mentí.

Con la cabeza levemente ladeada, alzó sus ojos y me miró divertido. Llevó mi mano hasta sus labios y dejó un suave beso. Y yo ardí.

—Eres una mentirosilla.

Retiré mi mano de un tirón.

—¡No te miento! —Empezó a reír y yo continué ahogándome más en el fango—. Es solo lo que te he dicho. Intentaba ser amable. No has tenido un buen día. Nada más.

—Nunca has podido mentirme, Laura. Nunca —reiteró con su preciosa sonrisa.

—¡Qué listo eres! Deberías meterte a *poli*.

—No soy tan listo. Es solo que eres muy transparente para mí.

—¡Oh! ¡Qué bien! —me quejé—. Ahora soy un libro abierto para todo el mundo.

—No he dicho eso.

—¿El qué?

—No he dicho que lo fueras para todo el mundo —se repitió—, pero sí lo eres para mí. —El aire brotó de golpe de entre mis labios—. Y, ahora mismo, lo que percibo es que no quieres que te cuente nada; que si pudieras, dejarías pasar lo que ha sucedido. —De un plumazo, apartó el ambiente distendido y buscó mucha más intimidad. Esperó paciente. Sus ojos castaños me invadieron con potencia; como si desearan prender todos los pensamientos que volaban por mi

cabeza. Bajé mi rostro. Solo le faltó eso para confirmarlo todo—. ¿Ha sido Alonso?

—¿Quién si no? —Levanté la mirada y la uní de nuevo a la suya—. No te enfades con él.

—No, Laura. Todo lo contrario. Prefiero que lo hayas hablado antes con Alonso. Él puede darte una visión más objetiva que la mía.

—Sí, bueno…

—¿Qué es lo que te ha dicho?

—Pues que teníais una relación previa…

—No teníamos ninguna relación —me interrumpió—. Aitana y yo solo nos acostábamos de vez en cuando.

Me costó digerir esa sinceridad sin filtros.

—Y, bueno, que ella se quedó embarazada, o eso dijo para… para ir a más contigo. Pero, al final, todo saltó. Y ella… Bueno… Que tú intentaste durante mucho tiempo aguantar y ayudarla. Pero que, finalmente, te divorciaste. Y que todavía ella sigue interfiriendo en tu vida y… esas cosas… Como lo de hoy.

Míkel esbozó su preciosa sonrisa.

—Ha estado muy comedido.

—No te creas. No tanto. Pero dejémoslo así.

Rio en silencio y, después, se acomodó en el sofá. Se reclinó, apoyó su codo sobre lo alto del respaldo y sostuvo la cabeza en la palma de su mano. Me volvió a mantener la mirada en silencio. Aquellos segundos se me hicieron interminables. Esperé nerviosa hasta que decidió entrar en el tema por donde pretendía.

—Me equivoqué, Laura. Pensé que podía mantener una relación con una persona a la que no amaba. —Recibí esas palabras con un aleteo de esperanza, pero la aplasté de inmediato como a las moscas en verano—. No te voy a engañar. Aitana me gustaba. Nos lo pasábamos bien juntos. Era divertida y… —doblegó su lengua.

—El sexo con ella era la hostia. —Elevó su rostro y la inquietud de su mirada me bañó con toneladas de gratitud—. Sí, ya me ha contado Alonso alguna cosa… O quizá demasiadas. Sinceramente, no sé por qué.

—Laura…

—Sigue —le apuré.

No quería ni explicaciones ni excusas. Y mucho menos que creyese que debía dármelas. Lo entendió y no insistió.

—Estaba bien, pero eso solo no forja una relación. Apenas nos conocíamos porque, entre otras cosas, nunca habíamos ido más allá de ese tonteo, de las conversaciones básicas y sin profundizar en nada. Tampoco habíamos labrado la confianza necesaria para ello. Yo ni siquiera lo buscaba. —Elevó la mirada hasta el techo y dio una bocanada de aire—. Cuando conoces a alguien sabes perfectamente lo que te puede ofrecer. Y con Aitana nunca hallé nada que me motivase a ir más allá de aquellos encuentros. Me equivoqué pensando que podría ser diferente a cómo yo ya intuía. Me cegué con una esperanza que, a todas luces, no existía. Y todo lo hice por el embarazo. —Me sonrió de lado—. Pensarás que es absurdo embarcarse en una relación sin amor, solo porque vas a esperar un hijo. —Ni dije nada ni moví ni un párpado—. Fueron mis anhelos, Laura, mis añoranzas, los que me llevaron a ello; la esperanza de poder traer un hijo al mundo, de pensar que ahí había una pequeña vida que se estaba creando y que yo era parte de ella. Y me perdí en él, en la ilusión de darle esa familia maravillosa que a mí me arrebataron demasiado pronto.

—Pero, Míkel, eso puedo llegar a entenderlo. Lo que no concibo es cómo sigues

manteniendo una relación con ella después de cómo te engañó y cómo te hace la vida imposible. Sobre todo si, como dices, nunca la has amado.

—No la amo, pero la aprecio; como aprecio a cualquier amigo que ha sido importante en mi vida. Solo es eso. No hay nada de romanticismo en esa emoción. Pero, además, me siento responsable por lo que la está pasando.

—¿Y qué está pasando?

Se sonrió a sí mismo, aunque con muchísima crudeza. Después, sus ojos volvieron a mí y lo hicieron cargados de una desesperanza demasiado evidente.

—Aitana está enferma. Sufre un trastorno de la personalidad de carácter narcisista, dependiente y con un matiz bastante violento.

—Alonso me habló de eso. Pero, según él, su actitud no tiene nada que ver con ninguna enfermedad mental.

—No está diagnosticada. Pero todos los médicos que la han tratado y toda la gente que conozco que está vinculada a la medicina forense lo tienen muy claro. Al principio no fue tan acusado. Pero, de un tiempo a esta parte, Aitana está desbocada. Laura, puedes tener un mal día, una mala semana, una mala racha. Pero nadie actúa de forma continuada de ese modo si no es por esa razón clínica. Y Aitana lleva años así.

—¿Es grave?

—Las personas que sufren ese tipo de trastornos llevan una vida bastante buena con la psicoterapia y la medicación. Pero Aitana niega su enfermedad y, por supuesto, aunque se lo han planteado, no se trata y no permite que la evalúen.

—¿Y no se puede hacer nada?

—Su familia lo ha intentado. Actualmente, ha entrado en una espiral depresiva, muy violenta y excesivamente dañina. Pero es mayor de edad. Ella es soberana a no ser que suceda algo grave. La única opción alternativa sería la interdicción judicial.

—¿Por eso no la denuncias? —Entornó su mirada y de inmediato se lo aclaré—. Loles me dijo que debías hacerlo de una vez por todas. Que sufres acoso por parte de ella y que no es la primera vez que monta una similar a la que me ha liado a mí en Oviedo, solo para llamar tu atención.

El aire escapó con fuerza de sus labios.

—Sí, es cierto.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque creo que hay más opciones. La interdicción judicial lastra socialmente en vida a la persona. Y no quiero eso para Aitana.

—Pero Míkel…

—He intentado mantener una buena relación durante mucho tiempo. Una relación sana, Laura, que no la dañase. Como amigo. No ha habido nada más, te lo prometo —insistió con fuerza. Y yo temblé al recibir esas palabras que ni siquiera reclamaba como mías—. Lo he hecho para que ella supiese que no estaba sola en esto y que, si me necesitaba, me tendría a su lado. Pero ya me he dado por vencido. Mi relación con Aitana hace que su enfermedad se enquiste más. Y estoy cansado, Laura. Muy cansado de reproches, muy cansados de asumir una culpa que no es mía...

Cubrí mi mano con la suya y la estreché con fuerza.

—Míkel, tienes todo el derecho del mundo a alejarte de las personas que te hacen daño.

—Ya, Laura, pero no es tan sencillo.

Me acerqué más a él y envolví su mejilla con mi otra mano. Le acaricié despacio.

—No eres responsable de salvar a nadie. —Presionó su mandíbula—. Ese no es trabajo que te corresponda a ti. Tú estás en el otro lado. Eres tan víctima de su enfermedad como ella misma. Son otros los que deberían hacer esa labor.

—Ella me ha pedido perdón muchas veces… Pero es imposible. Siempre vuelve a la misma dinámica.

—Una disculpa es verdadera si hay un cambio de comportamiento. Si no, solo es mera manipulación. Si ella realmente está arrepentida, debe dejarse ayudar y aceptar lo que le sucede. No cargues más con una responsabilidad que no te corresponde, Míkel. No te lo mereces.

28
MÍKEL

Había hablado con muchísima gente sobre mi problema con Aitana. Amigos, compañeros de trabajo, médicos que la habían tratado... De hecho, llevaba unos meses asistiendo a psicoterapia porque ya no podía más. La culpa me estaba consumiendo día a día y necesitaba ayuda. Pero las palabras de Laura me quitaron de inmediato gran parte de la carga que llevaba sobre mis hombros. No se trataba de lo que me había dicho. Eso mismo lo había escuchado de muchos otros en innumerables ocasiones. Se trataba de ella; de que Laura conseguía abrir mis muros y llegar hasta lo más hondo para dejar su mensaje. Porque sus palabras calaban en mí como nadie y se impregnaban en mi mente, en mis oídos, en mi corazón con una facilidad extraordinaria.

En realidad, siempre había sido así. Hay personas que con su sola presencia te insuflan todo un torrente de energía positiva sin que ni siquiera puedas explicar la razón. Laura siempre fue para mí como ese abrazo que te dibuja la sonrisa desde el primer segundo. Y sucedió desde muy pequeña. Su mirada azulada, tan viva y curiosa, su amplia sonrisa que le cubría toda la cara, esas pecas traviesas que hablaban tanto de ella, esa sensibilidad tan mágica de la que gozaba; todas ellas eran pura vida. Laura me transmitía confianza, seguridad, equilibrio. Estar a su lado era como dejarse llevar por el mar en calma; como ese sol de otoño, tan cálido y que no quema; como contemplar las gotas de lluvia deslizándose por el cristal de una ventana. Por eso siempre me dolió que le hiciesen daño. Nunca nadie fue para mí como Laura. Nunca. Ni tan inspiradora, ni tan entregada, ni tan capaz de sacar lo mejor de mí mismo, de suavizar los demonios que a menudo me oprimían, de recargarme, de hacer brotar mi sonrisa cuando ya la tenía olvidada.

Ahora mismo, cuando la observaba, ni siquiera sabía cómo había podido separarme de ella; cómo había sobrevivido tantos años con su distancia, con su recelo, con su desconfianza. Cometí el error más grave, ya no solo cediendo al chantaje de Alonso. Nunca debí dejarme llevar por lo que la deseaba. La fallé. No era el momento y yo lo sabía. Debía haber esperado por ella, por mí mismo, por nosotros. No lo hice. No pude. Y, ahora, ambos pagábamos por ello. Dilapidé su confianza y aniquilé el sueño que podríamos haber vivido. Un sueño que ni siquiera sabía si lo teníamos reservado, pero que tenía muy claro que añoraría el resto de mi vida.

Tomé la mano con la que había acariciado mi rostro y la llevé a mis labios. La besé con la mirada oculta por la rabia, por el dolor que me generaba saber que, a pesar del daño causado, ella seguía allí, meciéndome con sus caricias, cobijando mi ánimo, escuchando mi quebranto, reparándolo con cuidado. Y, todo ello, sin un ápice de rencor que ensombreciera su mirada. Me abrí en canal y el dolor flageló mi pecho como nunca.

—¿No sé por qué…?

No pude seguir. Mi voz se perdió en aquel susurro.

—¿Qué, Míkel?

«No sé por qué te dejé ir».

Suspiré con amargura. Cerré los ojos y cobijé mi frente en el dorso de su mano. Laura la abrió. Se liberó de mi agarre para volver a acariciar mi mejilla. Levanté la vista hacia ella y la

imploré en el más absoluto silencio un perdón que ni siquiera sabía si merecía. Sin embargo, fue Laura la que volvió a sorprenderme. Su generosidad se abrió de nuevo paso y me cubrió cuando no lo esperaba. Aquel alarde de ternura me desarmó por completo.

—Siento no haber estado en todo ese tiempo.

Rompí mi silencio y me mostré sin miedos.

—Estuviste.

—No, no estuve —dijo bajo una sonrisa nerviosa—. En realidad, entre unas cosas y otras, nunca coincidimos en ese año…

—Estuviste, Laura.

—Fueron meses de mucho trabajo…

—Aunque no nos viéramos, te recordaba a menudo —la confesé con serenidad.

Decidió seguir escondiéndose, como si no me hubiera oído. Aun así, su parloteo exaltado me confirmó que mi mensaje le había llegado.

—Y luego, además, tuve un montón de viajes, no sé si te acuerdas. Nueva York, Moscú, Marrakech…

—Laura…

—¡Esa temporada me convertí en Willy Fogg!

—Laura, por favor.

—De hecho, además, no pude ni asistir a tu boda, ¿recuerdas?

—Laura…

—Estaba en Australia. Aunque no vi a Chris Hemsworth. ¡Todo el mundo pregunta lo mismo cuando te vas a Australia! «¿Viste a Chris Hemsworth?» —adujo, modulando su voz—. ¡Cómo si fuera Palencia! Pues, mira, no. Pero vi muchos canguros, y leones marinos y koalas en Kangaroo Island, y playas súper chulas, y vi surferos… o surfistas, como se diga; y Blue Mountains, y la Ópera de Sídney, y los grafitis de Melbourne, y… y…

Me di por vencido. Suspiré y la miré con reproche. Frenó su desbocada perorata.

—Una… pena…, ¿verdad?

—¿No ver a Chris Hemsworth?

—No —dijo tan tensa como una cuerda de violín—. No. Entraba dentro de la lógica, ¿verdad? —Entorné la mirada y me mantuve en silencio—. Lo de no verlo. —No varié mi postura—. Es más fácil encontrártelo en País Vasco. —Sonrió nerviosa—. En Hondarribia… Ya sabes que cua… que cuando veranean en… en… aquí… en… ¡Jolines, Míkel! ¿¡Cómo puedes mirar tan fijamente durante tanto tiempo y sin parpadear!?

Comencé a reír, pero Laura ni siquiera rebajó un poco su grado de ansiedad. Recogió su pelo en un moño alto y lo fijó con la goma que llevaba en su muñeca. Solo entonces volvió a mirarme y yo me lancé de nuevo.

—Me hubiera venido muy bien que asistieras.

—¿A dónde?

Dibujé de nuevo mi sonrisa. Estaba tan nerviosa que era incapaz de sortear aquella conversación con un mínimo de coherencia.

—A mi boda —susurré. Extendí mi brazo por encima del respaldo del sofá hasta cubrirla en la distancia. Laura desvió sus ojos hacia él en un movimiento rápido y lo miró con cautela—. Quizá las cosas podrían haber sido distintas.

—¿Necesitabas a alguien que gritase en mitad de la ceremonia eso de «¡Esta boda no puede celebrarse!»? —Volví a reír—. Lo hubiera hecho.

—¿Sí?

—Si me lo hubieses pedido, sí. Por supuesto.

—No hubiera hecho falta.

—¿Por qué?

—Porque, con solo verte allí, me hubiera dado cuenta del error que estaba cometiendo.

Sus ojos se abrieron y su respiración se frenó unos segundos. Esperé paciente. Esa vez no me evitó más y me demandó casi sin voz.

—¿Por qué?

—Porque hubiera recordado lo que era vital para ese enlace.

—¿El qué?

—Hubiera recordado lo que siento por ti. —Su rostro se cubrió de dolor y eso me quebró por completo. Llevé mi brazo alrededor de su cuerpo y la envolví con él. La sostuve con firmeza de la espalda y volqué mi rostro sobre el suyo—. Hubiera recordado lo que no he sentido por ninguna otra mujer en mi vida.

De sus labios escapó un suave quejido y yo deseé devorarlos. Laura cerró los ojos y escondió su mirada.

—Míkel…

Me llegó su inestabilidad, pero esa vez no iba a parar. Apoyé mi frente en la suya y la acaricié con mis palabras.

—Hubiera recordado lo que implica amar a alguien, la entrega sin perderse a sí mismo, lo que estás dispuesto a hacer por esa persona, lo que sacrificarías por ella.

—Por favor…

Sus palabras se tiñeron con un ruego al que no quise atender.

—Laura, llevo media vida enamorando de ti. —Sus ojos me buscaron rápido—. No me pidas que frene esto por más tiempo.

Busqué sus labios y lo hice despacio para tener muy claro que no me estaba precipitando, que el deseo no me estaba cegando con algo que ella no quería. No me equivoqué. Ese primer contacto fue la chispa incendiaria que abrasó nuestro cuerpo. Laura me recibió con anhelo. Me abrió las puertas de su morada y me bañó con la calidez que yo tanto había añorado. La arropé en mis brazos y profundicé en ese beso. Nuestras lenguas se buscaron, se enroscaron, danzaron y avivaron el fuego que ya nos consumía. El fervor nos envolvió con una vehemencia hambrienta, desbocada, y nos pidió más.

Bajé hasta su cuello. Lamí su piel mientras mis labios desgranaban unos besos cargados de una lascivia cada vez más enloquecida. Un gemido brotó de sus su boca y yo me empalmé con una dureza implacable. La aferré y, con fuerza, la alcé para llevarla encima mía. Laura colocó sus piernas a ambos lados de mi cuerpo y, al sentarse sobre mí, cerró los ojos y se deshizo en otro gemido que me abrasó entero. La tomé de la nuca, enredé mis dedos en su pelo y me lancé a su boca. Necesitaba devorarla allí mismo.

Pero, de pronto, tres pequeños golpes se escucharon en la puerta principal de la Casona. Laura alzó su mirada hacia allí y yo volví mi cabeza. Antes de que pudiésemos decir nada, volvieron a llamar con esos tres toquecitos.

—¿No estaban ya todos?

Laura no me respondió. De inmediato, se levantó de encima mía. Lo hizo rápido, turbada, casi como pérdida. De hecho, su mirada se había ensombrecido.

—Laura…

Ni me miró ni atendió a mi llamada. Pasó sus manos por el rostro y, después, se encaminó directa hacia la puerta. Me incorporé y, con cautela, fui tras ella. Laura tomó el picaporte y abrió

con fuerza, pero su rostro se cubrió de desconcierto. Volvió su atención sobre mí en absoluto silencio. Caminé deprisa hasta su altura y miré fuera solo para confirmar lo que ya intuía.

Nadie.

—¿Has… has oído…?

—Sí, Laura. Lo he oído perfectamente. —Salí a la calle y busqué de un lado a otro. Laura me siguió. Lo hizo cruzada de brazos y con la inquietud clavada en todo su cuerpo. Estaba asustada —. No te preocupes. Seguro que es el mismo payaso del otro día. Métete dentro…

—No, Míkel.

—Métete, Laura, por favor.

—¡He dicho que no!

—Laura…

Pero ya no pude atender a su testarudez por más tiempo. Escuché unos pasos en el otro lado de la fachada. No me lo pensé y caminé decidido hacia allí. Y, en el momento en que me disponía a doblar la esquina, me topé de bruces con quien menos me esperaba.

—¡Aaaah! —gritó ella.

—¡Emma!

—*Oh! My Godness!* ¡Míkel! —Se llevó la mano al pecho y tomó aire—. ¡Casi me '*matash*' del '*sustou*'!

—¿Emma? —dijo Laura, casi sin creerse que su cuñada pudiese estar allí mismo y saludándome con un abrazo.

—*Lory, honey!* —Y extendió sus brazos buscándola también para estrecharla—. ¿Cómo estás? *Are you okay, baby?*

—Sí. Bien, bien. Pero… ¿Qué haces aquí?

—He '*venidou*' a ayudar.

—¿A ayudar? —cuestioné yo. La verdad, no se me iba de la cabeza la conversación con Alonso de hacía dos días.

—No te esperábamos —siguió Laura.

—*No?*

—No.

—¿No has hablado hoy con Al?

—Sí, este mediodía. Pero no me dijo nada de que vendrías.

—Lo decidimos después. Pero me dijo que te llamaría. Y yo te he enviado un mensaje cuando '*aterisé*' en el Aeropuerto de '*Ouviedou*'. ¿No lo viste?

Laura se llevó la mano a la frente como tratando de recordar.

—Ahora mismo ni siquiera sé dónde he dejado el teléfono. Pero, Emma, ¿y mis sobrinos?

—*Oh! Don't worry, honey!* Van a ser sólo dos días. Alonso '*empiesa*' sus '*vacasiones*' el miércoles y, después, se subirán todos aquí. Ya son '*mayorsitos*' para estar un rato sin papi y mami. Además, yo cuidaba de mis dos hermanas cuando tenía la edad de Alex.

—Son ocho horas —puntualicé.

—Bueno, en realidad no son tantas. Ellos no se levantan antes de las '*dose*'. Y, además, Irene me ha prometido que se acercaría a echarles un ojo. Ya sabes que a '*veses*' la hemos contratado de canguro…

Sí, lo sabía. Y, también, que su hijo el mayor se había enrollado varías veces con ella. Me imaginé la situación, Alex liándose con su amor del Instituto en su dormitorio, mientras los pequeños hacían lo que les viniese en gana por el resto de la casa. Alcé las cejas y la miré con reproche. Al final, Alonso había impuesto sus miedos por encima de cualquier actitud racional.

Lo que no entendía era cómo ella se había plegado a aquello. Emma me sonrió mucho más. Yo no lo hice. Solo alargué mi mano hacia la bolsa que llevaba en el hombro para ayudarla. Me la tendió. Laura la rodeó con su brazo por la cintura y la invitó a andar hacia la casa.

—Cuando escuchamos los toques en la puerta, no sabíamos quién podía ser —la iba diciendo.

—¿'*Touques*'?

—Sí. Toc-toc–toc. Cuando has llamado.

Emma se paró.

—Yo '*nou*' he llamado. He llegado con el taxi que me ha traído y estaba bajando cuando nos hemos encontrado. —Directamente miré a Laura. Ella ya me estaba buscando con muchísima inquietud—. *What happens?*

—Nada —mintió Laura.

Volví a tender a Emma su bolsa de viaje.

—Meteos dentro.

—Míkel —me rogó Laura.

—Tranquila. Solo voy a echar un ojo —susurré. Y me puse en marcha—. Cierra la puerta.

Di varias vueltas alrededor de la casa. Crucé la carretera hacia la entrada de la senda de acceso al Monte Priena. Subí hacia la rotonda de camino a los Lagos y, después, volví a bajar por la carretera. Me interné en los Jardines del Príncipe y, por último, crucé el puente que pasa por encima del río Deva. De allí, tomé el camino de acceso a la Casona por la senda asfaltada.

En ese trayecto, no vi nada extraño ni me crucé con nadie. Sin embargo, cada vez tenía más claro que alguien rondaba la casa. Lo que me inquietaba eran las posibles razones. Antes de volver a entrar en el recinto, me apoyé sobre una de las vallas de madera y volví a llamar a los compañeros de la Guardia Civil de Cangas. Les comenté lo que había pasado, junto con lo que había sucedido dos noches atrás. Me confirmaron que darían una vuelta por la zona, pero imaginaba que, como en la anterior vez, no encontrarían nada.

Aproveché también para hacer algo más. Abrí la mensajería de WhatsApp y busqué el contacto de Alonso. Estaba en línea. Le envié un único mensaje.

Míkel:
«No sé qué pretendes conseguir con esto».

Enseguida se iluminó el doble *check* azul. Sin embargo, no hubo respuesta por su parte. Directamente, cerró la aplicación de mensajería.

No me gustaba nada como se había desvirtuado nuestra relación en solo dos días, pero me negaba a recular. Ya había pagado un alto precio al separarme de Laura hace años, al levantar ese muro que la cautela me exigía. Pero no iba a volver a pasar por ello, sobre todo, después de lo que ella me había confesado. Las cosas eran muy distintas y, además, Laura ya no era una niña. Si Alonso me volvía a poner en esa dicotomía, cortaría el lazo que nos había unido durante años. Lo que no estaba dispuesto era volver a perder a Laura.

Guardé el teléfono en el bolsillo del pantalón del chándal y caminé hacia la Casona. Tomé el caminito que bajaba hasta la puerta principal y, al doblar la esquina, vi a Laura en la puerta. Estaba cruzada de brazos y su rostro cargaba con una inquietud extrema. Le sonreí divertido.

—¿Esperándome?

Ni me respondió ni dulcificó su gesto. Se dio la vuelta y cruzó al interior antes, incluso, de que llegara a su altura. Fruncí mis cejas y mordí mi labio superior. Laura no solo estaba inquieta; también estaba era cabreada y temía la razón. Pasé tras ella. Cerré la puerta y la vi perderse con

rapidez dentro de la zona reservada. La seguí. Con la misma premura, cruzó la cocina y enfiló el pasillo hacia los dormitorios.

—¡Laura! —No me hizo caso. Troté unos metros y conseguí alcanzarla antes de que llegase al suyo. Me interpuse justo cuando se disponía a entrar. Ella evitó mi contacto dando dos pasos hacia atrás—. Laura, ¿qué te ocurre?

Me respondió con mucha tensión.

—Emma está en la ducha y yo me voy a la cama. Estoy muy cansada y ya es muy tarde. —Trató de cruzar. No se lo permití. Frené su envestida colocando una mano en su vientre. Ese contacto provocó que se volviese a separar de mí. Mi alarma creció—. Déjame pasar.

—No, hasta que me digas qué ocurre.

—Míkel, déjame pasar.

El miedo comenzó a devorarme. Agaché mis rostro para enlazar su mirada. Laura dio otro paso hacia atrás. La tomé de la muñeca de forma suave. Llevé mi otra mano hacia su mejilla y la envolví en ella. Laura escondió su mirada, su rostro y, si hubiera podido, a sí misma. Hundió sus hombros, dobló su espalda y trató de cubrirse el pecho con sus brazos. Su cuerpo se llenó de tensión y se encogió mucho más. Se estaba rompiendo. Me puse a su altura y traté de abrirme paso a través de ese muro que había levantado.

—Laura, por favor. Dime qué sucede.

Su rostro adquirió una expresión de dolor, pero aguantó sus lágrimas. Se soltó de mi agarre de un tirón seco y, después, me empujó para abrirse paso hacia su dormitorio. No se me ocurrió impedírselo. Pero el portazo que descargó acabó conmigo.

29
MÍKEL

Dos horas. Dos terribles horas de angustia. Dos malditas horas de incertidumbre. Dos horas implacables que acabaron con mi serenidad, con mi razón, con mi equilibrio y me lanzaron al más devastador de los desvelos. Laura dudaba de mí, de lo que le había confesado, de mis besos, de mis caricias, de mi cariño. No me había creído.

Ni siquiera entendía muy bien qué había sucedido. Lo que tenía muy claro era que, en el transcurso del tiempo en el que yo había estado fuera de la Casona, ella había parado y valorado lo que había sucedido entre nosotros. Pero había algo más. Laura no solo estaba arrepintiéndose de lo que había pasado. No. Estaba furiosa. Y ahí me perdía.

Solo cuando, dos horas más tarde, escuché la puerta del dormitorio de enfrente y, segundos después, la mía, una tímida esperanza se abrió en el pozo en el que me encontraba encerrado. Laura abrió muy despacio y se apostó en mi puerta. Su pequeño cuerpo estaba bañado por la débil luz que entraba del pasillo y eso me permitió leer su rostro. Estaba destrozada. Sus preciosos ojos azules cargaban con dolor, pero también con muchísima rabia.

Me buscó en la oscuridad. De inmediato, me hice ver. Me incorporé de la cama y, muy despacio, salí de ella.

—Laura…

Ni me dejó empezar. Levantó su mano para hacerme callar. Cruzó definitivamente el umbral y cerró la puerta del dormitorio en silencio. No encendí la luz. La iluminación que procedía de la calle a través de las dos ventanas de ese dormitorio nos daba la suficiente luminosidad como para poder vernos. Y lo que percibí no me gustó nada.

—Sinceramente, no sé por qué haces esto.

Su tono de voz silencioso cargaba con mucha dureza. Me dejó claro desde el principio que se había armado de toda la seguridad a su alcance. Pero la conocía y sabía que estaba tratando de controlar el dolor que transmitían sus ojos.

—No sé de qué me hablas —rogué perdido.

—Podrías tirarte a quien te diera la gana. Pero no. Te encanta jugar, ¿verdad? Llegar hasta el límite. Dejarte llevar por tus fantasías. Traspasar lo prohibido. Y, encima, a cualquier precio, incluso conmigo.

Caminé hacia ella.

—¿Qué estás diciendo?

—De verdad, ¿era necesario? —clamó con un hilo de voz quebrada—. ¿En serio? ¿Tan imbécil crees que soy? ¿Es así como me ves?

—Laura, no, mi vida —supliqué llegando hasta su altura, pero ella se separó varios pasos.

El corazón golpeó mi pecho y el miedo atenazó mi cuello con una guadaña.

—En realidad, sí. Tienes que pensar que soy muy estúpida. Tú mismo me lo has dicho. Soy transparente para ti. Pero, sinceramente, no esperaba que jugases esa baza. Esperaba cierta integridad por tu parte. Al menos, conmigo.

—¡Laura, por favor, no sé de qué demonios estás hablando!

—¡Shhh! —me chistó para que no alzase mi tono. Di un paso hacia atrás y, nervioso, mesé la

escasa barba que circundaba mi rostro—. Enamorado —masculló con rabia—. Media vida enamorado de mí.

—¡Es cierto, Laura!

—¡Baja la voz! —me reprendió de nuevo con un clamor atenuado.

Volé hacia ella y esa vez no le permití que huyera. La tomé de los brazos y bajé mi rostro hasta el suyo. Enlacé su mirada a la mía y traté de traspasar los muros que el quebranto había levantado en las últimas horas.

—Es cierto, Laura. Todo lo que te he dicho es verdad. Me enamoré de ti hace años; antes incluso de que nos acostásemos…

—Follásemos —precisó con frialdad.

—Laura...

—Follamos —reiteró con dureza—. Nada más. Te tiraste a la hermana de tu mejor amigo contra el muro de un hotel y en la parte de atrás de tu coche. Menudo éxito, ¿eh? —ironizó.

—Hubo mucho más.

—Si hubiera habido mucho más no hubieras desaparecido esa misma noche.

—Tuve que hacerlo. Y te juro que eso llevaba flagelándome desde entonces.

Se desquitó de mi agarre. Ni siquiera me escuchaba.

—¿Qué temías? ¿Que te hubiese pedido algo más?

—Laura, mi vida, te lo hubiera dado todo.

Y circundé su cara con mis manos. Me las apartó con rabia y volví a recibir otra descarga en mi pecho que lo rompió un poco más. Tomé aire y la observé en la penumbra. Sus ojos bullían de una manera que no había visto nunca. No me estaba creyendo. No me estaba escuchando. Solo estaba liberando su rabia.

—Desapareciste esa misma noche —musitó con susurros cargados de cólera— y durante años lo único con lo que me brindaste fue con distancia y frialdad. ¿Y ahora me dices que me lo hubieras dado todo? De veras, Míkel, ¿crees que necesitas de esta pantomima para volver a liarte conmigo?

Me aguantó la mirada y esperó una respuesta que, por supuesto, no dudé en darle. Avancé un paso más, aunque consciente de que ella lo daría hacia atrás. Tropezó con la ventana. Clavé mis ojos sobre los suyos. Me volqué hacia ella y apoyé mis manos en el alféizar de roble, a ambos lados. La encerré con mi cuerpo y bajé mi rostro sobre el suyo. Leí una inquietud extrema por mi proximidad, pero no me separé. Necesitaba que Laura recordase lo que sentía por mí; que su desconfianza no empañase todas esas emociones que se nos despertaban al estar juntos.

—Cada día que te vi durante esos diez años se me partió el corazón. Cada día que te vi durante esos diez años se me despedazó el alma. Cada día que te vi durante esos diez años me enfrenté a la más terrible de las torturas que fue leer en tus ojos el desprecio que sentías por mí. Y lo hice desde la distancia, desde el silencio, desde la prudencia. Solo, para no herirte más; para no ponerte en una encrucijada; para no obligarte a enfrentar ningún trance. —Ahondé en su azul cristalino—. Te amaba, Laura. Y te sigo amando, aunque mis actos del pasado te hayan llevado a creer lo contrario. Si actué así fue para evitarte cualquier daño.

—No lo hiciste.

—Te aseguro que te ahorré un dolor muchísimo mayor y en un momento en el que, quizá me equivoque, pero estoy casi seguro de que no hubiera sido el idóneo para enfrentarlo. De hecho, creo que el daño que nos hubiera ocasionado no lo hubiésemos podido salvar. —La tensión de su mirada desapareció. Fue barrida por un resquicio de duda al que me aferré como si me fuera la vida—. Laura, —susurré—, por favor, te lo ruego. Déjame explicarte lo que sucedió ese día. No

más secretos. Te lo prometo.

Descargó una respiración profunda que bañó mi piel. Ese roce me volvió loco. Cerré los ojos y, sin poder evitarlo, llevé mi rostro aún más cerca. El frescor de su aroma me envolvió por completo. Era tan atrayente que me enajenó durante unos segundos. Podía sentir el cosquilleo de su cercanía clavado en mis labios. Exhalé muy despacio y abrí los ojos.

No podía callar por más tiempo. Le debía esa explicación que había mantenido demasiados años oculta. Durante unas milésimas de segundo, pensé en Alonso, en el posible conflicto que podría derivarse entre ellos por esta causa. Pero no podía hacer otra cosa. Era eso o seguir mintiendo a Laura. Y ese era un límite que no estaba dispuesto a volver a traspasar.

—El día del bautizo de tus sobrinos, después de estar juntos en mi coche, tú saliste primero y volviste a la fiesta. Pero, cuando yo me dispuse a hacerlo, me encontré con Alonso. Nos había visto y discutimos.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo… muchas cosas —capeé. Todavía dolía evocar cada uno de sus reproches. Y por nada del mundo quería que ella los supiese—. Pero también me hizo ver que no debía cortarte las alas, Laura. Que una relación contigo desestabilizaría e, incluso, arruinaría demasiadas cosas en tu vida.

—¿Qué cosas?

—Tu formación, tu trabajo lejos de aquí, tu familia.

—¿Mi familia? —exclamó consternada. Pero, antes de que yo pudiese responder, Laura ató cabos—: Él no estaba de acuerdo.

—No. —Se sonrió a sí misma. Su gesto cargaba con mucha tristeza, pero también con rabia. Me rodeó y se separó de mí. Caminó hacia el otro lado de la habitación. Su rostro, antes abatido, se cargó de nuevo con la misma tensión con la que había entrado en el dormitorio—. Por eso, decidí apartarme. No quería ser un lastre para ti. No quería ser un freno a tu carrera. Pero, sobre todo, no quería que eso te llevase a un enfrentamiento con tu familia.

—Querrás decir con Alonso —precisó con dureza.

—Con tu familia —reiteré.

—¿Mi madre tampoco estaba de acuerdo? ¿Mi padre? ¿Mi abuelo? ¿Mi tía Tere? ¿Hablaste con ellos? ¿Incluso con mis sobrinos?

—Laura.

—¿Necesitabas un contrato de dote y arras, o algo así, en el que constase el favor de todos? —siguió con mordacidad.

Caminé hacia ella.

—No tuve otra alternativa.

—Sí que la tenías —respondió cortante—. Hablar conmigo. Decirme lo que había pasado. ¡Permitirme decidir sobre algo que también me atañía!

—Lo sé —admití con pesar—. Me equivoqué. Y eso es algo de lo que me arrepentiré toda la vida. Pero, en esos momentos, pensé que callar y alejarme era lo mejor.

—¿Lo mejor para quién?

—Para ti. —Desvió su cara con una sonrisa irónica. Di otros dos pasos hacia ella y, con suavidad, llevé mis manos a sus brazos—. No tuve otra elección. No pude elegir lo que en realidad quería.

—¡Oh! ¡Claro que elegiste lo que querías!

—No, Laura…

—Elegiste a mi hermano. Preferiste no tener un conflicto mayor con Alonso y dejarme a mí

atrás.

—¡Lo tuve, Laura! Durante mucho tiempo, Alonso y yo no mantuvimos ningún tipo de contacto.

—¡Pero lo solucionasteis! Conseguisteis pasar por alto ese desencuentro y retomasteis vuestra amistad. ¡Y conmigo ni lo intentaste!

—No, Laura. Eso no fue así.

—¿Cómo que no? ¡Te quedaste con quien querías! Cuidaste de él y lo retornaste a tu vida. Te afanaste en mantenerle, mientras que a mí…

Se le quebró la voz.

—Laura, contigo ya era demasiado tarde. Lo sabes. Retomé la relación con tu hermano muchísimo tiempo después, casi año y medio más tarde. Y, por entonces, tú ya no querías saber nada de mí. Me evitabas. No me hablabas. Te alejabas si yo andaba cerca. ¡Dios! ¿Sabes lo que supuso eso para mí? ¿Te puedes hacer una idea? Saber que lo que más temía se estaba haciendo realidad. Que, a pesar de haber intentado cuidarte, en realidad te había causado tanto daño que ya no me querías en tu vida.

—Nunca es tarde, Míkel. Cuando se quiere a alguien, nunca es tarde. Pero tú decidiste que lo era. Cómo decidiste todo lo demás.

Me bordeó y se dirigió directamente hacia la puerta. Corrí hacia ella y coloqué mi mano en la hoja para impedir que saliera. Laura se giró hacia mí. Bajé mi rostro hacia el suyo y la susurré desde muy cerca:

—Me equivoqué, sí. Pensé que de esa forma estaba cuidándote y cometí un error terrible al no darte voz. Pero, de veras, Laura, no elegí a Alonso. No lo hice por Alonso. ¡Solo lo hice por ti! Porque pensé que sería lo mejor para ti en esos momentos. Porque...

—Déjame salir.

—Por favor, no dejemos esta conversación a medias.

—No dejamos nada a medias, Míkel. Todo me ha quedado muy claro.

—Te lo ruego.

Pero Laura me dio la estocada mortal.

—Cuando era pequeña, a menudo me decías que siempre cuidarías de mí. Pero ya me has demostrado demasiadas veces que esas palabras no valían nada.

Me dio la espalda, cogió el picaporte y abrió con fuerza. Me aparté de inmediato. Cruzó al dormitorio de enfrente y se metió en él. Me quedé mirando esa puerta cerrada y con la dolorosa sensación de que ya nunca podría volver a abrirse. Cerré los ojos para intentar retener la poca serenidad que me quedaba. Mordí mi labio inferior cuando la desesperación acampó en mi pecho y me ahogó en la más terrible de las certezas. Laura no iba a perdonármelo nunca.

30
LAURA

¿Os podéis hacer una idea de lo frustrante que es discutir con alguien a susurros? Sí, a susurros. Porque, claro, estábamos en el hotel de mis padres, con todas las habitaciones al completo, y no era plan de montar un melodrama nocturno para festín *telenovelero* del resto de huéspedes. Que a lo mejor sí, oye. ¿No hay acaso hoteles donde te teatralizan un espectáculo de miedo cuando llega la noche de Halloween?

Pero es que no quedaba todo ahí. Cuando volví a mi dormitorio, presa de la más devastadora de las congojas, me encontré con que, encima, no podía llorar cómodamente porque mi cuñada estaba dormida en la cama. Y aunque tiene un sueño más profundo que el de La Bella Durmiente, pues tampoco era plan de que se despertara y me viera gimoteando en posición fetal.

La posibilidad de salir a la zona común de la Casona y sentarme en los sillones, con un paquete de pañuelos en la mano y los lagrimones por mis mejillas, no era tampoco muy buena idea. Por dos razones, básicamente. La primera: si algún huésped con insomnio le daba por bajar allí, menuda imagen íbamos a dar. Pero, lo que podía ser peor, si Míkel se dedicaba esa noche a tragar techo –algo más que probable después del día que llevaba–, podía darle por dar una vuelta y cabía la posibilidad de encontrarnos. Y eso, sin duda, conllevaría otra discusión a susurros que terminaría por desesperarme aún más.

Así que hice lo que tenía que hacer. ¿Tragarme mis lágrimas? No. Eso nunca. Yo no voy de Superwoman por la vida. Y, si tengo que llorar, lloro. ¡Faltaría más! Aunque trato de hacerlo en la intimidad por aquello del postureo y la presión social. Así que me cogí una sudadera y las llaves de Chevrolet de mi abuelo y me encerré en él para dar rienda suelta a mis ganas de morirme un rato.

Y así lo hice. Menos mal que esa vez me había puesto un pantalón largo de pijama porque la noche era húmeda y fría. Afortunadamente, mi *güelu*, previsor él donde los haya, tenía una *mantina* en la parte trasera del coche que me ayudó a cubrirme más. Sobre todo, mis pies, que iban únicamente con unas chanclas de piscina.

Me pasé toda la noche de esa guisa. Volví a lamerme unas heridas que se habían vuelto a abrir, aunque esa vez de forma más dañina, más sangrante y más desgarradora. Sinceramente, cuando entré en su dormitorio, venía ya bastante destrozada pensando que aquí, el *poli* listo, se había montado una estrategia sobre la hermana tonta enamoradiza para llevarla fácilmente a la cama. Pero no. La realidad que me tenía reservada este *poli* malo era muchísimo peor.

Así que, a ver, decidme. Cómo se odia a alguien a quien quieres y que te ha dicho que te quiere, pero durante diez años fingió que no te quería, porque te quería mucho y no quería hacerte daño, pero te quiere y quiere quererte; ahora sí y antes también, pero no podía porque te quería y no debía quererte y… ¡Aaaaah! ¡Mátame, camión! Creo que es incluso menos doloroso.

Sinceramente, esperaba más de él. A lo mejor el problema era ese, esperar demasiado de la gente. Si no esperas nada de nadie, nadie tampoco te defrauda. Lógica pura y dura. Pero es que Míkel era demasiado para mí y me había dado muchísimo durante años. A Míkel no solo lo quería con el corazón; lo quería con mi alma, con mi vientre, con cada aliento que me daba la vida. Había sido el chico que me había robado los sueños, pero también mi compañero, mi

amigo, mi confidente, mi remanso de paz, mi lugar seguro. Sus brazos me habían acogido demasiadas veces a lo largo de mi vida. Y las recordaba, sí; cada una de ellas, porque una tras otra se habían ido imprimiendo a fuego en mi memoria.

Las últimas palabras que le había dicho eran ciertas. Él me prometió muchas veces que siempre cuidaría de mí. Pero hubo una muy especial, la primera, en la que creo que Míkel y yo fraguamos ese vínculo casi mágico que nos unió para el resto de nuestra vida.

Yo era muy enana. Tenía ocho años. Ese fin de semana lo habíamos ido a pasar a Villanueva, a casa de mis abuelos, y estaba exultante. Mis padres me habían comprado una *Barbie Malibú* con su bañador, sus gafas moradas, su tabla de surf y su toalla. Como siempre hacía, le había pintado cuidadosamente el pelo con un rotulador naranja y decidí ir con ella a la playa. Claro, lo más cerca que tenía era el río Sella. Y como Cova y Lucía estaban en casa de su abuelos, en Cangas de Onís, pues allí me fui; media horita de paseo bucólico por la senda fluvial del Sella, que unía ambos municipios, para buscarlas y darnos una tarde de *Sunny Beach* en toda regla.

¿Dónde nos fuimos? Al lugar más glamuroso que había para nuestras Barbies: bajo el puente romano de Cangas de Onís. Que, por cierto, de romano no le quedan ni los cimientos. Ahí no hay una piedra que sea anterior al siglo XIV. Pero no digáis que he sido yo la que os lo he dicho. Lo que pasa es que cruzaba por la calzada romana y por eso se le puso ese sambenito cronológico. Pero nada más. El romano de verdad ya pasó hace siglos a mejor vida.

No sé si lo tenéis en mente. Es ese puente con un arco peraltado muy curioso, del que pende la *Cruz de la Victoria*. Pues ahí nos bajamos a jugar a la orilla del río.

Había otros niños más por la zona. Míkel, de hecho, estaba también por allí con su bici. Había subido con su padre desde Gijón a ver a su abuela. Hacia un año que su madre había fallecido y ya pasaba noches en mi casa. Ese día, Alonso no estaba. Se había quedado en cama con una fiebre infernal que estaba trayendo loca a mi madre. Por eso, Míkel se movía de un lado a otro, sobre su *Mountain Bike*, haciendo *slalom* con quien se le cruzaba y hablando con todos, pero sin parar con nadie. Como solía pasar siempre, se dejaba adorar por aquellos que deseaban tenerlo entre sus filas, que era la inmensa mayoría de la chavalería.

De hecho, Míkel y Alonso siempre fueron así. Eran dos chicos que gustaban y, desde muy pronto, destacaron con un claro perfil de líderes. Quizá el de mi hermano, un tanto más despótico y tirano. Ya desde pequeño apuntaba maneras. Pero lo de Míkel era auténtica veneración. Su carácter tranquilo, su seguridad en sí mismo y su fascinante fisonomía, que ya destacaba sobre el resto, hacía que todos los que rondaban su edad quisieran parecerse a él y obtener su atención como fuera. Incluso los mayores. De los suspiros que ya levantaba, ni hablamos. No se podía ser más guay con catorce años. En fin…

Mientras tanto, Cova, Lucía y yo nos entreteníamos con nuestras muñecas. Andábamos muy metidas en nuestro papel. Ken iba a venir con unos amigos y nuestras Barbies estaban muy nerviosas. Fue, entonces, cuando aparecieron por la zona seis niños que conocíamos muy bien. Uno de ellos venía con nosotras al cole, en Gijón, y también subía con frecuencia a Cangas a pasar el fin de semana con la familia. Era Luis Caravantes, un jodido cabronazo de primera. Nos hacía la vida imposible a las tres. Sí, a las tres, a medio colegio y a todo el que se cruzaba con él en el Parque Isabel La Católica. Porque ese niño tenía maldad para repartir y no parar. Pero es que, además, era muy grande. Para tener ocho años, el crío había roto ya todos los récords de perceptibles en la tabla y parecía un miniportero de discoteca. De hecho, usaba pantalones de adulto porque los de la sección de niño ya no le daban talla.

En cuanto nos vieron, enfilaron las escaleras que bajaban hasta el río. Venían riéndose como hienas y cuchicheando algo. Pero fue escuchar «zanahoria» y supe que esa tarde me la iban a

dedicar a mí.

Directamente, atacó donde más dolía. Se apostó delante nuestra y comenzó a desternillarse mientras señalaba a mi Barbie.

—¡Le ha pintado el pelo de naranja! ¡Qué cutre! —Su coro de primos, por supuesto, no se hizo de rogar y le regalaron unas risotadas que, si no lo había hecho ya, atrajo la atención de todos los que estaban en la zona—. ¿Sabes por qué las Barbies no son pelirrojas, Zanahoria? Porque son guapas. Algo que tú no serás en la vida.

Y prorrumpieron en muchas más risas. Yo reaccioné como lo hacía siempre: bajé mi cabeza y aguanté hasta que se aburriera y se fuera. Pero ese día, Cova se había levantado muy peleona. Sus padres la habían apuntado a clases de Kárate hacía unas semanas. La niña recibía burlas en el cole por su tripilla y sus mofletes, y sus padres decidieron poner remedio de la mejor manera. La cuestión no era que la niña adelgazase, sino que practicase un deporte saludable y aprendiese a dar un buen guantazo a aquellos que le hacían la vida imposible. Y eso le había hecho despertar al dragón que llevaba dentro.

—¿Por qué no te largas? —le soltó sin más.

—Porque no me da la gana. —Más risas coreadas—. Y tú cállate, que no estoy hablando contigo.

—Pero te estás metiendo con mi amiga.

—Me meto con tu amiga porque me da la gana y porque puedo. Y si ella tiene algo que decir, que lo haga. —Levanté la vista y lo miré de frente—. ¿Qué quieres, Zanahoria?

—Que te vayas —solté.

El problema fue que mi tono de voz carecía totalmente de la seguridad y la vehemencia que hubieran sido necesarias. Además, los «¡Uuuuuh!» que corearon sus primos no ayudaron en nada.

—¿Quieres que me vaya, enana? —Esa vez no respondí. Ya sospechaba que la cosa no iba a ser tan fácil. Miró a sus primos—. ¿Qué me decís? ¿Nos vamos? —Estos, que ya sabían que algo tramaba, asintieron muertos de la risa—. Vale, pues nos vamos. —Me calvó su mirada, torció la sonrisa y añadió—: Pero me llevo esto.

Y me arrancó mi Barbie de la mano.

—¡No! —clamé.

Me levanté tras ellos. Intenté coger mi muñeca, pero aquel matón era demasiado alto y yo demasiado pequeña. La elevó en su mano y yo empecé a saltar desesperada para intentar alcanzarla. Se la pasó a uno de sus primos. Fui hacia él. Y este se la pasó a otro. Y, de este otro, salió volando, y conmigo detrás, hacia otro primo más.

—¡Por favor! ¡Dadme mi muñeca!

—Vamos a ver cómo nada.

Luis se la arrancó a ese primo de la mano. Yo me colgué de su brazo, pero me dio un empujón que me tiró al suelo. Los vi ascender por las escaleras y, cuando enfilaron la subida hacia el puente, me levanté y corrí desesperada hacia ellos. Conseguí llegar hasta Luis, que iba caminando hacia el punto más alto con la muñeca por el parapeto. La llevaba como si fuera saltando por la piedra y, al mismo tiempo, tarareaba la canción «Barbie, tú eres única…».

Conseguí llegar a su altura y volví a aferrarme de su brazo con intención de quitársela. Pero dos de sus primos me sujetaron con fuerza por detrás y me inmovilizaron para el acto final.

Luis se colocó en el punto alto del arco peraltado y gritó desde ahí arriba:

—¡Bienvenidos a la competición de salto de Cangas de Onís! Hoy, en la modalidad olímpica, tenemos a Zanahoria! —Se escucharon varios vítores y aplausos, pero ni atendí a ellos. Me

revolví desesperada para soltarme de los dos que me tenían cogida. Fue imposible—. ¿Estás preparada, Zanahoria? —Y aflautó su voz—. Estoy preparada.

La colocó en el perfil de la piedra.

—¡No! —grité.

—Una, dos…

—¡No! ¡No la tires! ¡No! ¡Por favor!

Me miró y sonrió.

—Tres.

Y la dejó caer.

En ese mismo momento, los brazos que me sostenían me liberaron. Corrí hacia el parapeto y me asomé para ver dónde había caído. No me importaban ya los insultos. No me importaban las risas que sonaban por todas partes. Solo quería que la fortuna la hubiese hecho librar la corriente del río.

Pero un estruendo mayor de risotadas se abrió paso. Y, cuando me di cuenta de lo que sucedía, mi desazón se desbordó. Mi Barbie, a la que tanto adoraba, se había quedado enganchada por su pelo de uno de los remaches del brazo izquierdo de la *Cruz de la Victoria*. No podía haber caído en otro lugar. No. Tenía que quedarse colgada en uno de los lugares más emblemáticos, no solo de Canga de Onís, sino de toda Asturias.

Las carcajadas de Luis a mi lado me encogieron el pecho y el terror empezó a invadirme. Todo el mundo sabía que yo pintaba el pelo de naranja a mis muñecas. En cuanto alguien la viera allí suspendida, las miradas se iban a dirigir directamente a mí. El miedo me invadió por completo y comencé a llorar. Me moví de un lado a otro totalmente colapsada. Necesitaba hallar la forma de liberarla de su enganche y que, al menos, no me cayese la bronca que, sin duda, me darían cuando alguien atase hilos.

—¡Eh! ¡Zanahoria! ¡Estarás contenta! No has perdido tu muñeca. Ahora la verás ahí colgada, siempre que quieras.

Me volví hacia Luis y, con furia, le di un empujón. Ni le desplacé. Solo conseguí incrementar su risa, la de sus primos y la de los que por allí estaban disfrutando del escarnio.

—¡¡Eres un imbécil!! —grité desbordada.

—¡Y tú una zanahoria esparragada! Pareces uno de los espantapájaros que pone mi abuelo en el huerto.

El alborozo aumentó mucho más. Pero, de pronto, se cortó como si hubiesen pasado una guadaña. Yo ni me di cuenta. Estaba tan enajenada que no percibía más a mi alrededor que a Luis y su enorme cuerpo, sobre el que quería descargar mi ira a puñetazos.

Me iba a lanzar de nuevo a por él, cuando una mano sobre mi hombro me sostuvo con firmeza y frenó mi arrebato. Me di la vuelta.

Míkel estaba ahí. Se mostraba muy serio y mantenía la mirada clavada sobre Luis que, por cierto, ya no se reía. Todo lo contrario. Su rostro mostraba una inquietud extrema. De hecho, esa caricatura dantesca se extendió a todos los que habían estado disfrutando del espectáculo de humillación.

La sola presencia de Míkel era intimidatoria. Ni siquiera sabía muy bien por qué. Había visto el efecto que provocaba, pero yo nunca le había visto poner un solo dedo sobre nadie. Ese día, tampoco lo vi.

—Laura, vete a casa.

Obedecí de inmediato. Me sequé mis lágrimas y comencé a caminar el descenso del puente. Eché un vistazo hacia atrás cuando Cova y Lucía se pusieron a mi altura. En ese momento,

observé cómo Míkel se aproximaba muy lentamente hacia el matón de Luis. Después, ya no me volví más.

Me pasé llorando y en silencio todo el camino de vuelta a casa de mis abuelos. Y, aunque Cova y Lucía trataron de animarme, no lo consiguieron. Me dejaron allí, en los brazos de mi abuela y sin poder hablar. Mis padres se habían bajado con Alonso al Centro de Salud, porque no respondía a nada para bajar esa fiebre, y mi abuelo estaba echando la partida en el bar. Así que mi *güelina* se encargó de mí. Me hizo un vaso de Nesquik con tantas cucharadas que tuve que pedirle más leche para que bajase el nivel de chocolate. Y, además, me colocó un trozo de bizcocho de manzana. Después, se sentó a mi lado y me pidió que le contase lo que había pasado. Y lo hice. Me deshice en lágrimas y me desmoroné con ella. Cuando terminé, la rabia había mermado un poco, aunque no el dolor. Me tumbé sobre su regazo y me quedé dormida con el crujir del suave fuego de la chimenea, con su mano acariciando mi pelo y con su aroma calmando mi daño.

La voz de mi abuela me despertó horas más tarde. Ni siquiera sabía cuánto tiempo había pasado, pero ya estaba anocheciendo. Su tono sonaba firme al otro lado de la casa.

—No y no. He dicho que está dormida. Ven mañana.

La voz de Míkel sonó a continuación de la de ella.

—Pero es que mañana no puedo, Candela. Solo un rato. Te prometo que te la traigo de vuelta antes de que caiga el sol.

—¡El sol ya ha caído, Pelayín!

—No, mira. ¿Ves? Todavía se ve medio por allí.

—Te he dicho que no.

—Anda, venga…

—¡Pero qué terco que es este niño!

Me levanté y caminé hasta la puerta de la casa. Me asomé desde la esquina que daba a ella y vi a Míkel allí, con su bici contra la fachada de la casa de mi abuela y rogándole con las dos manos. Di un paso más y me hice notar. Míkel me vio, llevó sus ojos sobre los míos y me sonrió como no recordaba.

—¡Laura! —Y levantó su mano a modo de saludo. Mi abuela se giró de inmediato y, al verme, suspiró y me observó paciente—. Venía a buscarte. ¿Te vienes a dar una vuelta? —En mi vida había dado una vuelta con Míkel. Habíamos caminado con Alonso, habíamos compartido trayecto hacia alguna parte, pero dar una vuelta, así, sin más, nunca—. ¿Vamos hasta El Brezo y volvemos?

—¡Hasta El Brezo no, Pelayín, que ya es muy tarde! ¡Y como vengan sus padres y no esté, la bronca me la llevo yo!

—Diles que está conmigo.

—Pelayín, que te veo…

—¿Qué me ves, Candela?

Y la sonrió de ese modo canalla y juguetón que enloquecía a todos. Mi abuela aguantó como pudo el gesto de severidad que Míkel ya le había robado con su encanto. Se dio la vuelta, me miró a mí y dejó que yo decidiera. Me encogí de hombros y, algo azorada, acepté.

Nos despedimos de mi abuela y caminamos por las calles del pueblo. Apenas nos habíamos alejado cinco metros cuando se abrió paso mi necesidad de saber qué había sucedido.

—Míkel, ¿qué ha pasado con Luis y mi muñeca?

Me sonrió de lado y me regaló una mirada preciosa que ya por entonces me removía por dentro.

—Ahora no, Laura. Ahora vamos a disfrutar del paseo hasta El Brezo.

—Pero mi abuela me ha dicho…

Me cogió de las manos, se agachó hasta mi altura y, con una fascinante sonrisa, insistió:

—Confía en mí. No te vas a arrepentir.

Me dejé llevar por él, por su mano sosteniendo la mía, por su entusiasmo y deprisa. Míkel caminaba rápido, con grandes zancadas, y a mí siempre me costó seguirlo. Pero ese día, su paso casi marcial se acompasó al mío.

Seguimos el camino fluvial que bordeaba el Sella; ese mismo que yo recorría cada vez que iba de casa de mis abuelos hasta Cangas y que se había integrado en mi vida como un momento de paz y de remanso. En ese momento, en el que el sol ya caía, nos bañó el aroma vegetal de los fresnos, los castaños y los robles que poblaban la zona. La proximidad del río nos acompañó en nuestra andadura con el sonido de las aguas repiqueteando contra las piedras del cauce. Apenas había gente caminando. El día ya no acompañaba y, aunque el mediodía era cálido, las tardes aún no lo eran lo suficiente y el frío se colaba a través de los muros de las casas cuando el sol se escondía.

El coto salmonero de El Brezo no estaba lejos de Villanueva, a solo veinte minutos andando. En ese tiempo, Míkel no dejó de contarme cosas sobre él y mi hermano, sobre los exámenes que se avecinaban, sobre los trabajos que aún tenía pendientes, aunque tampoco entendía por qué lo hacía. Con él nunca hablaba de esas cosas. Pero la amplia sonrisa con la que me lo narraba me hacía sospechar que aquello era solo una conversación que escondía mucho y mostraba poco de sus verdaderas intenciones.

No me duró demasiado la incógnita. Cuando llegamos a El Brezo, lo vi. Luis estaba a lo lejos con sus primos. Estaban de espaldas a nosotros, en el mismo linde del río, y se entretenían tirando piedras para que saltaran sobre el agua. Frené de golpe e intenté soltarme de la mano de Míkel.

—¡Ey! —susurró—. ¿Qué pasa? —No pude responder. La presencia de Luis y sus primos era algo que ni de lejos me esperaba. Míkel tomó mi otra mano, se colocó enfrente mía y volvió a sonreírme con la mirada—. Confía en mí, Laura.

—No me hagas esto. No quiero volver a verlos.

Traté de soltarme, pero Míkel me sostuvo con mayor vigor.

—Laura, escúchame. —Lo hice. Me anclé a su bella mirada casi suplicando que me dejase marchar—. Nunca haría nada que te hiciese daño. Nunca. Por favor, confía en mí.

—Confío en ti. En quien no confío es en ellos.

Lo repitió muy despacio.

—Confía en mí. Y, sobre todo, confía en ti. Eres mucho más fuerte de lo que esos imbéciles creen.

Lo hice, aunque con recelo. Míkel y yo caminamos hacia ellos. Cuando se dieron cuenta de nuestra presencia, pararon de tirar piedras al río. Todos, sin excepción, posaron sus ojos en Míkel. Había mucha inquietud en esas miradas y él no les decepcionó. Se paró a escasos cinco metros y adquirió una imagen intimidante. Cruzó sus brazos, separó las piernas, en una postura de descanso, y mostró muchísima severidad en su rostro. Yo me mantuve a su lado, inquieta y sin abrir la boca. Él tampoco lo hizo. Enseguida supe por qué.

Míkel clavó los ojos sobre Luis y este se puso en marcha sin necesidad de palabras. Se acercó a un lado del río, donde había dejado sus cosas. Abrió una mochila y de ella sacó mi muñeca. Mi corazón se aceleró. Caminó despacio hacia nosotros, incómodo, pero también muy nervioso. No dejaba de tocarse los rizos de su pelo castaño y de enredar su dedo índice en uno de ellos. Llegó

hasta mi altura, miró a Míkel y, después, a mí.

—Hola, —dijo con timidez. Tenía hasta las orejas rojas. Sus ojos volvieron a moverse inquietos de uno al otro—. Esto… Laura… —Aluciné. Me había llamado de tantas maneras diferentes a lo largo de esos años que desconocía que pudiese recordar mi nombre—. Quería devolverte tu muñeca. —Y me la tendió. La cogí rápidamente y la llevé a mi pecho—. Oye… Esto… —De nuevo, sus ojos se desviaron un segundo hacia Míkel—… Yo… Bueno, mis primos y yo queríamos pedirte perdón por lo que ha pasado. Y, bueno… que… queríamos que… —Otra mirada furtiva hacia él—… Queríamos que nos perdonases.

Respondí con seguridad.

—No, no os voy a perdonar.

—¿No?

—No.

—Pero… —Su alarma creció, aunque no hacia mí. Posó sus ojos sobre Míkel y le observó suplicante. Él ni se movió—. Laura, es que… Entiéndelo…

—¿Qué tengo que entender?

—Que era una broma.

—¡No! ¡No era una broma! Has querido hacerme daño. Me has insultado, me has avergonzado delante de todo el mundo, casi pierdo mi muñeca. ¡No! ¡No te lo voy a perdonar nunca!

—Pero es que… —Luis volvió a mirar a Míkel y otra vez a mí—… Es que él me ha dicho que si no me perdonas…

Míkel le interrumpió cortante.

—Es hora de que te vayas, Luis.

—… me va a colgar otra vez del puente y…

—¡No quiero tener que repetírtelo! —le advirtió, de nuevo, con mucha crudeza.

Luis suplicó como nunca antes había visto.

—¡Por favor! He hecho todo lo que me has dicho. He recuperado la muñeca. La he pedido perdón…

Míkel deshizo la distancia que los separaba a paso muy lento. A medida que avanzaba, Luis se fue encogiendo en su enorme cuerpo. Míkel le observó de frente, con los brazos cruzados y la mirada felina.

—Vete.

No hubo más. Un Luis inhibido y claramente intimidado dio un paso atrás. Me miró una última vez suplicante, pero no varié ni una palabra de lo que le dije. Inquieto, se dio la vuelta y caminó hacia sus primos. Recogieron sus cosas del linde del río y tomaron el camino de vuelta a Cangas de Onís.

Cuando los perdimos de vista, Míkel se dio la vuelta hacia mí y yo no pude reprimir mi arrebato. Corrí hacia él y me tiré a sus brazos. Él me estrechó contra su pecho y me envolvió en su cuerpo.

—Has sido muy valiente, Laura —susurró sobre mi pelo.

—Todo ha sido gracias a ti.

—No, enana. Lo has hecho tú sola. Le has plantado cara. Eres más fuerte de lo que crees, Laura. Y es hora de que todos lo sepan.

—Pero ¿y si me hacen daño?

Buscó mis ojos y con una madurez inusual, a la que le había abocado la propia dureza de sus catorce años, me aseguró:

—El daño forma parte de la vida. Pero el miedo a sufrirlo no debe frenarte nunca. Además, yo estaré aquí para cuidarte. Siempre. Te lo prometo.

Le sonreí y lo abracé con fuerza. Lo hice durante mucho rato. Necesitaba demostrarle lo mucho que lo quería. Fue Míkel el que diluyó ese momento, aunque lo hizo dejando una suave caricia sobre mi pelo. Mi sonrisa se amplió mucho más.

—Vamos a volver o tu abuela se enfadará conmigo.

—De verdad, ¿le has colgado del puente?

Sus carcajadas brotaron.

—No le hagas caso. Es un exagerado.

—Entonces, ¿cómo has recuperado mi muñeca?

Colocó su brazo sobre mi hombro y, de esa forma, volvimos al pueblo mientras me lo contaba.

Habían pasado más de dos décadas desde aquel día. Sin embargo, su recuerdo me asaltó esa noche más que nunca. Y lo hizo con duras sacudidas y sin ningún grado de moderación. Mi deterioro emocional terminó pasándome factura. Me agotó la rabia, la desesperanza, la frustración, pero también el anhelo. Me consumió el hecho de amar a alguien que me había provocado tanto daño. Pero también me venció la impotencia de ser incapaz de odiarlo. Lo quería demasiado por todo lo que fue para mí; por todo lo que seguía siendo.

«Nunca debí enamorarme de este *poli* malo».

Pero el corazón nunca atiende a razones, ni mucho menos, cuando esa persona nos ha dado tanto.

Me terminé quedando dormida en los asientos traseros del Chevrolet y soñé con él; con ese camino de piedras que discurría junto al río Sella; con su mano sosteniendo la mía; con su cuerpo resguardándome de todo. Solo con él. Con nadie más que él.

31
MÍKEL

—¡Piensa, Emma! ¿¡Cuándo te diste cuenta de que no estaba!?

—¿A las tres? Creo… Sí, sí. Eran las tres.

—¡Dios!

Me agité el pelo y, nervioso, terminé de colocarme la sudadera. Laura llevaba horas desaparecida y ya no teníamos ningún lugar donde buscar.

—Creí que estaba contigo y por eso '*nou*' me preocupé.

—Conmigo estuvo, pero hasta la una. Y la escuché salir de tu dormitorio. Pero… ¡joder! —musité.

Me había colocado los cascos y me había puesto música porque no podía más. Si seguía escuchándola por la casa, saldría a por ella y ya había comprobado que aquel no era ni el lugar ni el momento para seguir avivando reproches. Terminé quedándome dormido, aunque lo hice a trompicones. Pero en ningún momento pensé que Laura no había vuelto a su dormitorio con Emma. Cuando esa mañana me desperté y me encontré con ella en la cocina, pregunté por Laura y todo saltó. La buscamos por la casa y sus alrededores, pero nada. No estaba en ninguna parte y todas las posibilidades que se me ofrecían eran demasiado inquietantes.

Me lancé de nuevo a su dormitorio, abrí el armario y busqué entre el calzado. No tenía ni idea de lo que podía guardar allí, pero vi que había unas botas de montaña y unas zapatillas deportivas, además de dos pares de sandalias con las que la había visto en esos días.

—¿Recuerdas si tenía algo más? ¿Algo con lo que…?

—Ayer llevaba unas sandalias de piscina naranjas con conchas y '*piedresitas*' brillantes.

Que no estaban. Me arrodillé en el suelo y miré por debajo de la cama. Nada.

—No puede haberse ido muy lejos con ellas.

O sí, porque de los arrebatos de Laura te podías esperar eso y más.

Volví a mi dormitorio. Cogí el móvil, la documentación y las llaves del coche.

—Míkel, ¿qué '*hasemos*'?

—Prepara los desayunos. Tostadas, tomate picado, fiambre, zumo de naranja. Ve colocando las mesas. Yo voy a buscar a Laura.

—¿Pero dónde puede haber ido?

Lo temía, pero mi cabeza solo apuntaba a una hipótesis: que Laura hubiera salido en mitad de la madrugada y que se hubiese topado con el individuo que venía rondando la casa en las noches anteriores. Y eso… Eso me estaba matando.

Me obligué a calmarme, a equilibrar toda la locura, todo el terror, toda la perturbación que bramaba mi mente. Porque, en esos momentos, lo que mi cabeza me pedía a gritos era que montase un dispositivo policial para barrer toda la zona palmo a palmo hasta encontrarla.

—Coge su teléfono móvil. Si alguien llama, sus padres o Tere, no les digas nada. A nadie, hasta que yo vuelva. Invéntate lo que sea. Y ten tu teléfono cerca por si necesito contactar contigo.

—De acuerdo.

Recorrí el pasillo con Emma como mi sombra. Crucé la cocina y abrí la puerta que daba

acceso a la zona común de la casa. Sorteé el mostrador de bienvenida y me lancé a la puerta. La abrí con fuerza y, en ese preciso momento, me topé con Laura. Dio un salto hacia atrás del susto y el bostezo que estaba profiriendo se cortó de golpe.

—¡Laura! —gritó Emma. Se lanzó a sus brazos y yo respiré—. *Where have you been? We were worried! You haven't slept here all night! Laura, what the hell happened?*

—*Wow! Wow! Wow!* ¡Frena, cuñada!

—¿¡Cómo que frene!? Pensábamos que te había pasado '*algou*'. Míkel iba a salir a buscarte. —Laura llevó sus ojos sobre mí—. ¿Dónde estabas?

—Es que… —Inquieta, deslizó su mirada de uno a otro—. Me levanté temprano para ver el amanecer…

Elevé los ojos, dejé escapar el aire y me apoyé con desgana en la jamba de la puerta. Mentía de pena.

—¿El amanecer? ¿Desde las tres de la madrugada?

Fruncí los labios y la observé con la mirada caída. Me apetecía ver cómo salía de esa.

—¿Las tres? ¿Seguro? Yo creo que era mucho más tarde.

—A esa hora me desperté y no estabas en la cama. Y Míkel '*dise*' que estuviste con él hablando hasta la una.

—Es que… Es que ayer me tomé mucho azúcar por la noche y… Bueno, ya sabes que el azúcar acelera… Y me levanté varias veces. Y, como no podía dormir, me fui a ver el amanecer.

—Salimos, dimos varias vueltas por la casa y no te encontramos. ¡No estabas por ningún '*ladou*'! ¡Y con el frío que '*hasía*'! No pudiste ir muy lejos con esas chanclas, a oscuras, en mitad de la noche. Y, además, el '*amaneser*' fue '*hase*' una 'houra'. ¿Dónde te metiste después, Laura? ¡Responde!

No sabría decir si se debía al hecho de tener que lidiar con sus hijos adolescentes, pero a Emma se la podía fichar para un interrogatorio perfectamente.

—Estaba ahí fuera…

—*Where?* —insistió.

—¡Ay! ¡Dios! ¡Emma! En el coche de mi abuelo.

—¡No estabas! Yo estuve mirando por el parking.

—Estaba dentro, de verdad, Emma. Lo que pasa es que me quedé dormida en los asientos traseros y tapada con la manta, y quizá por eso no… no…

Di un paso al frente.

—¿Estás bien? —pregunté.

Laura volvió su atención hacia mí. Me observó inquieta, incómoda, esquiva.

—Sí. Lo siento, necesito una ducha cliente —musitó. Bajó la mirada y, muy seria, rodeó a Emma y cruzó por delante mía para colarse dentro de la casa.

Emma se giró con los brazos en jarras y, muy molesta, me dijo:

—*Can you believe it?*

No me lo pensé. Directamente pasé dentro de la casa y seguí la estela de Laura con rapidez. Antes de entrar en su dormitorio, ya estaba llegando a su altura.

—Laura, para. —No me respondió. No me miró. Me ignoró y se apresuró a esconderse allí dentro. Fue a cerrar la puerta, pero aferré la hoja sosteniéndola con la mano y se lo impedí—. Laura —Ella imprimió más vigor, pero terminó rindiéndose. Frustrada, dio dos pasos hacia atrás. Crucé al dormitorio y cerré. Escondió sus manos en las mangas de la sudadera y se cruzó de brazos, sin mirarme, eludiéndome, huyendo de mí como si fuera un peligro para ella. Esa imagen me desestabilizó por completo—. De veras, ¿quieres esto? —pregunté sin ocultar el malestar que

me consumía—. ¿Vamos a volver a esto? ¿A evitarnos? ¿A no hablarnos, salvo lo mínimo e indispensable? De verdad, Laura, ¿es esto lo que deseas?

—Míkel, no he pasado una buena noche. Así que te agradecería que me dejaras en paz un rato.

—Yo tampoco he pasado buena noche. Pero, al menos, intento hacer algo para no emborronar más la mañana.

—A lo mejor esta es tu forma de no emborronar tu mañana, pero me estás jodiendo la mía.

Di un paso hacia ella, con las manos sobre las caderas y clavándole la mirada.

—No sé si lo sabes, pero la última media hora me la he pasado buscándote y temiendo que hubiese podido sucederte algo.

—Te preocupas demasiado. Ese siempre ha sido tu problema.

Me coloqué frente a ella con mi cuerpo prácticamente vencido sobre el suyo y entorné la mirada.

—¿Siempre ha sido un problema preocuparme por ti?

—Nunca te lo pedí.

—Lo sé. Lo hice porque quise. Y volvería a hacerlo. Eso y mucho más.

Tragó despacio y sin apartar sus ojos de los míos.

—Quiero que te vayas. —Tensé la mandíbula, aunque me mantuve un par de segundos más con mi mirada clavada en la suya. Terminé dándome la vuelta y, con rabia, enfilé el camino hacia la salida del dormitorio. Cuando me disponía a cruzar el umbral, Laura volvió a clavar sus colmillos sobre mi pecho—. De la Casona —apuntó. Paré, cerré los ojos, pero no me volví—. No quiero verte más por aquí.

Salí deprisa, furioso, aunque con una cosa muy clara: me iba a tener que aguantar allí, aunque no lo quisiera.

32
LAURA

Pues no se fue. Todo lo contrario. Se atrincheró en la cocina haciendo un bizcocho de yogur que, recién sacadito del horno, se erigió como el plato estrella de ese día en el desayuno. Y que, por cierto, yo no probé. Emma sí. De hecho, bromearon entre los dos metiéndose trocitos el uno al otro en la boca.

Sin comentarios.

—¡Qué bueno está! —exclamaron dos de los huéspedes, ya en la sala de desayunos—. ¿Lo ha hecho usted?

—No, no. Lo ha hecho… Míkel.

—Pues dígale que está delicioso.

—Seguro que se lo puede decir usted mismo.

Porque por allí andaba, claro que sí, con una sonrisa espectacular, un trato exquisito y una seguridad aplastante. Para qué más. Míkel dominaba la escena, cómodo, tranquilo, animado, bromista. ¿Con todos? Sí. Con todos, menos conmigo. Creo que me hubiera gruñido si hubiera podido. Aunque no estoy muy segura de que no lo hiciera las dos veces que me choqué con él en la entrada en la cocina y que, por cierto, hicieron revolotear tantas mariposas en mi vientre que a punto estuve de bajar todas mis defensas. Y, de paso, mis bragas.

Un asco.

—¿Queréis un poco más de zumo? —les ofreció a tres chicas que se alojaban allí desde hacía dos días.

Ellas ampliaron sus sonrisas. Y no cualquier sonrisa, no. Ahí había mucho más que cordialidad. De hecho, dos de ellas entornaron su mirada y apoyaron sus rostros risueños en una mano. Solo faltaban los bocadillos típicos de los cómics con amplios suspiros.

¡Aj!

La más parlanchina le preguntó por la ruta que subía hasta la Cruz de Priena. Míkel le dijo algo que no logré escuchar, pero que hizo reír a las tres a carcajadas. Él sonrió mucho más y les guiñó un ojo.

Hui a la cocina.

—*What's wrong, Lory?*

—Estoy cansada.

«Y enfadada. Y frustrada. Y celosa. Y embrollada. Y saturada. Y harta. ¡Muy, muy harta de todo! De Míkel, de mí, de…».

—Échate luego una siesta.

Emma solucionaba todo en la vida con siestas.

Cuando volví a salir, ahí estaba Míkel de nuevo, desplegando todo su encanto, con su mano apoyada en el respaldo de una de las sillas de esas chicas, la jarra de zumo en la otra, y riendo de un modo tan cómodo y tan distendido que le odié como nunca. Enfilé directa hacia él. Al llegar a su altura desvió sus ojos hacia mí y levantó ambas cejas con una sorpresa fingida. Ladeó su

cabeza, y lo hizo arrogante, altivo y jodidamente sensual. Para qué lo iba a negar más. Esperó a que le dijese algo. No lo hice. Le arranqué la jarra y con ella me fui hacia las otras mesas para rellenar los vasos del resto de huéspedes.

Cuando estaba sirviendo zumo en la primera mesa en la que me paré, lo eché un vistazo de soslayo. Estaba en la misma posición en la que lo había dejado y me observaba con esa mirada tan cautivadora que tenía y con la que me hubiera rendido a la primera de cambio.

«¡*Ains*! No debería estar sintiendo estas cosas».

—¡Cuidado! ¡Cuidado!

Desparramé todo el zumo por la mesa. La jarra enterita.

—¡Ay! ¡Dios! ¡Lo siento!

Corrí hacia la cocina en busca de un trapo para limpiar todo aquello. En ese trayecto, pude ver perfectamente la sonrisa ladeada de Míkel mientras se acercaba a arreglar mi estropicio.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Emma al verme entrar con una cara de desconsuelo hasta los pies.

—Que he tirado el zumo sobre una mesa.

Y dejé la jarra en la encimera con tal ímpetu que se quebró y me quedé con el asa en la mano.

—¡Laura!

—¡Ay! ¡Dios!

—*Stop!* ¡No te muevas! ¡No te muevas! No vayas a cortarte ¡Que llevas sandalias planas!

—¿Y cómo quieres si no que arregle la que he liado?

—Ve recogiendo lo que hay sobre la '*ensimera'*, pero no muevas ni un pie hasta que yo lo barra '*todou'*.

Y así lo hice. Fui cogiendo trocito a trocito y colocándolo en una servilleta de papel que me dejó allí encima.

—Está claro que este no es mi día.

—¿Pero qué ha pasado?

Ese era Míkel que, al escuchar el estruendo, vino a la cocina. Cuando me vio con el asa de la jarra en la mano, no hizo falta más explicación.

—*Be careful!* No pises —le dijo mi cuñada, armada con una escoba y un recogedor.

—Déjame a mí, Emma. Encárgate tú de la sala por si alguien necesita algo.

Emma salió de allí a la carrera y Míkel comenzó a barrer todo el área de metralla. Llegó hasta mi altura y, sin inmutarse lo más mínimo, dejó la escoba y el recogedor apoyados, me cogió desde la espalda por las axilas y me movió a un lado, tal y como si fuese un mueble.

—¿Te parece gracioso?

No me respondió, pero su rostro reflejó de nuevo esa sonrisa ladeada tan gamberra. Amontonó todo en el recogedor y lo llevó al cubo de la basura. Después, hizo lo mismo con los trocitos que yo había ido dejando en la servilleta de papel. Por último, se colocó enfrente mía, tomó un extremo del asa que yo aún sostenía y, tensando sus labios en una sonrisa impostada, me la quitó y la tiró junto con el resto. Comprobó que no había ningún trozo de cristal que se nos hubiese pasado y, satisfecho, dio una palmada para dar por finalizado el trabajo.

Bufé con hastío.

Fui hacia la nevera para sacar más naranjas. Cogí varias y, cuando me di la vuelta, Míkel estaba ahí, pegado a mi espalda y encerrándome entre la puerta abierta del frigorífico y la pared. Del susto que me di, boté y, aunque lo intenté, me quedé con una sola naranja entre mis manos.

—¿No crees que estás un poco tensa?

—Estoy perfectamente, Pelayín —descargué cada vez más cabreada.

Míkel entornó su mirada. Después, venció levemente su cuerpo sobre el mío y alargó su brazo por encima de mi cabeza para coger algo de la parte superior del frigorífico. Recibí sobre mi cara todo su torso y… ¡Joder, qué bien olía el maldito *poli*!

—Si no te importa… —Y traté de abrirme hueco para salir de allí.

Error.

Míkel tenía muy bien estudiando mi siguiente movimiento y ni se apartó. Me vi pegando mi hombro a su torso para desplazarlo. Lo único que conseguí fue vencer mi cuerpo sobre el suyo, que ya de hecho me envolvía como una montaña.

—No sé por qué me lo pones tan difícil. Sabes que me encantan los retos —musitó sobre mi cabeza.

Suplicante, alcé la mirada hacia la suya y eso fue mi perdición. Sus ojos castaños me apresaron y me dijeron tantas cosas que saquearon el poco juicio que me quedaba. Vibré. Un cosquilleo intenso recorrió toda mi espalda, mis hombros, mi cuello. Dejé escapar el aire de entre mis labios y él fijó su mirada en ellos. Yo lo hice sobre los suyos. Mi mente recreó el sabor de deseo que la noche anterior impregnó sobre mi boca, sobre mi cuello, sobre mi cuerpo. Mi piel reaccionó, mi respiración se entrecortó y mi corazón se desbocó golpeándome el pecho. Y él lo leyó; lo leyó todo. No le quedó ninguna duda de lo que yo sentía en ese preciso instante. Tuvo claro que podría llevarme a donde quisiera si le daba la gana. Por mucho que yo me lo negara a mí misma, a él y al mundo entero, Míkel era capaz de desarmarme en solo dos segundos.

—*¡Bonos díes!*

Se apartó como un resorte y yo salí de detrás de la puerta del frigorífico con mi naranja en la mano.

—*¿Güelu?*

Efectivamente. Allí estaba, en la puerta de la cocina, con su amigo Selmo. Ambos, apoyados en sus dos bastones, como John Wayne buscando bronca, y con una bolsa del hombro llena de algo que no se veía.

—*¡Home!* ¡Pelayín! ¿Tu *tamién tas pequí*?

—Sí, claro. Hay que echar una mano. ¿Y vosotros? ¿Quién os ha traído?

—*Naide*. Vinimos andando.

Con ochenta y cinco años.

De Villanueva a Covadonga.

Doce kilómetros.

Monte a través.

Cuesta arriba.

Y a ti te cuesta andar diez mil pasos al día.

—¡Pero abuelo!

—¡Bras! —saludó Emma al tiempo que entraba en la cocina—. *'Nou'* te pude saludar cuando te vi.

Se dieron un abrazo y un beso.

—¿Te acuerdas del *mio amigu Selmo*?

—*Of course! Hi, Selmo.* ¿Cómo está?

Le tendió la mano, que él aceptó.

—Tu *yes* la nieta yanqui, *¿eh ho?*

—*Yes*.

—¡Qué guapa *yes*!

— *Oh! Thanks, Selmo!* ¿Os apetece a *coffee*?

—*Meyor* una cerveza.

—Que *sían* dos.

Con estos tres, la Torre de Babel hubiera llegado hasta el cielo.

—¿Os sentáis en la terraza, abuelo?

—*D'alcuerdu*. —Pero, antes, avanzó hacia mí y me tendió la bolsa—. Toma. Son unos churros que *vos fixi* esta mañana.

—¡Ay! ¡Abuelo!

Me emocioné. ¿Vosotros sabéis a qué hora tenían que haberse levantado estos dos hombres para hacer todo eso? Lo abracé como nunca.

—Vamos para fuera, Selmo. *Y asina nun fadiamos más.*

—No digas eso, abuelo. No molestáis.

—Eso *dí-ylo* a Pelayín —soltó partiéndose de risa. Pasó al lado de Míkel y le guiñó un ojo—. A ver qué *fexes cola mio* nieta.

Quise morirme. Nos había pillado y había leído sin problema la tensión sexual que allí se palpaba. No sucedió lo mismo con Míkel. Lejos de achantarse, le respondió:

—No me deja, Bras. Últimamente, no me quiere ver ni en pintura.

Enrojecí hasta las orejas.

—*Ye* dura.

—No lo sabes tú bien.

—¡Abuelo! —me quejé. Y lo hice con él porque sabía que Míkel no iba a parar por mucho que se lo advirtiera.

—Os acompaño —se ofreció Emma con las dos cervezas 0’0%.

Me di la vuelta y comencé a recoger las naranjas del suelo. Las cargué entre mi pecho y mis brazos, y me dirigí con ellas hacia el fregadero. Míkel salió de la cocina con un plato que ni siquiera supe discernir qué llevaba. Pero, cuando me giré hacia el otro lado, lo vi. Había abierto las cajas de carbayones, de moscovitas y de Letizias. Debería haberlo pasado por alto, pero me dolió como nunca que fuese a compartir los dulces que había comprado para mí con los clientes del hotel. ¿Infantil? Pues sí. ¡Pero qué le vamos a hacer! La falta de sueño y las broncas con alguien a quien quieres, al final te dejan con la madurez por los suelos.

Caminé hacia la puerta que conectaba con la zona común, me enclavé en el umbral y oteé fuera. En ese mismo instante, Míkel estaba ofreciendo a las tres chicas de antes el plato con aquellas delicias. Ellas las recibieron con unos «Gracias» tremendamente melosos y horriblemente sugerentes.

Me escuché a mí misma haciendo un puchero.

Míkel desvió un instante su mirada hacia donde yo estaba y, aunque me eché hacia atrás con rapidez, me pilló.

—¡Jolines! —mascullé.

Me di la vuelta y me obligué a seguir a lo mío, que no era otra cosa que lavar, cortar y hacer zumo. ¿De qué? De naranja. Nada más. Había que cerrar el resto de cuestiones que revoloteaban por mi mente. Ni Míkel, ni el cosquilleo que sentía por todo mi cuerpo cada vez que andaba cerca, ni el deseo que se clavaba en mi vientre cuando posaba sus ojos sobre los míos, ni…

—Los celos no son buenos, pelirroja —me susurró al oído.

«¡Mierda! ¿Cuándo ha llegado?».

Nota mental: además de *poli* malo, Míkel se ha sacado el cursillo de *ninja* con matrícula de

honor.

Me habló desde tan cerca que sus labios rozaron levemente mi piel. Cerré los ojos tratando de controlar el devastador ajetreo que se descargó por todo mi cuerpo. Tomé aire, pero ni me giré. Aguanté estoica y me dediqué a cortar la última naranja con mi cuchillo. Y él siguió.

—Acaban matando todo lo bueno que puede llegar a tener una relación.

—Solo alguien tan presuntuoso como tú podría llegar a pensar que estoy celosa. Te quieres demasiado a ti mismo y, por desgracia, presupones demasiadas cosas sobre mí.

Se colocó a mi costado, apoyó su codo en la encimera y se reclinó para buscarme. Llevé mis ojos hacia los suyos y… ¡Dios! ¡Esa fascinante sonrisa!

—Solo para que te quede claro, por si anoche no lo entendiste.

—Dime.

—Eres la única a la que quiero tumbar en mi cama y lamer su cuerpo durante toda una noche.

Se me cortó la respiración, abrí mucho los ojos y se me encendieron las mejillas.

—Te vas a quedar con las ganas.

—Ya veremos, pelirroja. —Y se acercó para volver a acariciar mi oído—. Ya veremos.

Después se esfumó como había llegado.

Dejemos una cosa clara. Míkel y yo no habíamos jugado en nuestra vida a eso. Nunca. Halagos, sí. Palabras de cariño, también. Roces, miradas, intimidad, confidencias, pues claro. Pero misiles como el que me acababa de lanzar, nunca.

—Esto me va a salir muy caro —le dije a la naranja que tenía entre mis manos.

Y no me equivoqué.

33
LAURA

Me desplomé en una de las sillas del jardín, justo al lado de la que ocupaba Emma. Mi cuñada estaba allí contemplando el monte Auseva y disfrutando del sonido del río.

—*What's the matter, sweetie?*

Que qué me pasaba. En realidad, mi estado de ánimo podría resumirse en una sola palabra: agotada. Las siguientes dos horas habían transcurrido con la dinámica habitual en la Casona. Los huéspedes fueron terminando sus desayunos y hubo que recoger las mesas, reordenar y limpiar el comedor, guardar y tirar alimentos, poner el lavavajillas y atender a aquellos que cerraban su estancia con nosotros ese día. Todo muy normal, si no fuera por la sombra que me rondaba y que me había asediado durante todo ese tiempo.

Míkel no se cortaba una mierda. Y me lo había demostrado con cada una de sus miradas, con cada roce casual con el que me había castigado, con cada susurro en mi oído para decirme cosas tan poco excitantes como «Falta jabón de lavavajillas», pero que conseguían erizar mi bello y humedecer mi deseo. Me conocía demasiado bien y, además, no podía esconderle nada. Sabía que su proximidad me resultaba excesivamente sugestiva, que destrozaba las cadenas a las que yo sometía a mi anhelo y que era capaz de empañar mi juicio cada vez que sus ojos me invadían en la distancia.

De hecho, no había dudado en ponerlo en práctica incluso delante del resto. Mientras estaba cerrando una estancia con unos huéspedes, Míkel llegó, apoyó su brazo derecho en el mostrador de bienvenida y se recostó sobre él a mi lado, tan cerca que mi piel casi se rozaba con la suya. ¿Y qué hizo? Pues se dedicó única y exclusivamente a mirarme y a escuchar en absoluto silencio lo que yo iba haciendo o hablando con aquella pareja. Su forma de observarme fue lenta e implacable. Su mirada, deslizándose por todo mi cuerpo, me hizo arder de deseo.

Cuando los clientes se fueron, tuvo la deferencia de despedirse de ellos. Pero, después, se volvió y clavó sus ojos sobre los míos.

—¿No tienes otra cosa mejor que hacer? —le reprendí cabreada.

Me sonrió y se incorporó. Pero, antes de irse, me respondió diciendo:

—En realidad, se me ocurren bastantes cosas que hacer. —Barrió mi cuerpo con su mirada y me susurró—: Aunque no sabría por dónde empezar. O, quizá, sí… —Pegó su pecho a mi espalda, bajó sus labios a mi oído y siguió acariciándome con sus palabras—. Sin duda, por tu cuello. Es una de tus zonas más erógenas y me encanta escuchar tus gemidos cuando lo…

—¡Para!

—De acuerdo. Lo haré si eso es lo que quieres. Porque es lo que quieres, ¿verdad?

—Lárgate de aquí —siseé. Y mascullé para mí misma—: Maldito *poli* malo.

Se alejó, sí, aunque con una sonrisa sobre su rostro. Después de aquello, corrí hacia dónde estaba mi abuelo y le pedí que le dijese a Míkel que les bajase a él y a Selmo en su coche. Al menos, de ese modo, podría librarme un rato de su presencia.

—Estoy como el día, cuñada. —Y miré al cielo encapotado que nos cubría—. Hoy iba a llover, ¿verdad?

—A partir del mediodía, así que puede *'haserlo'* en cualquier momento. Una pena. Quería

darme una vuelta hasta el Santuario.

—Pues aprovecha que la cosa está tranquila y vete. No esperamos clientes nuevos hasta la tarde.

—Alonso quedó en llamarme sobre esta hora. Cuando lo haga, me subiré dando una vuelta. —Y llevó una mano sobre la mía—. Pero no me has respondido, Laura. ¿Qué te pasa?

—Estoy cansada. Están siendo unos días… —Ya no sabía ni cómo definirlos—. Gracias por venir.

—*Oh! No!* Gracias a vosotros por enfermar y caeros por las escaleras —bromeó.

—¿Por qué dices eso?

—Por esta escapadita.

—¿Escapadita? —la imité con su acento—. ¿Llamas a esto escapadita? No veo mucho relax, cuñada.

—Cualquier cosa que sea alejarme de mis siete niños es una escapadita relajante.

—Sabes que tienes seis hijos, ¿verdad?

—Sabes que tu hermano es mi marido, *right?*

Comencé a reír. Pero la tensión llegó de nuevo a mis labios en cuanto vi el coche de Míkel entrando en una de las plazas del parking.

«¡Mierda!».

—No ha tardado mucho —advirtió Emma. No respondí, pero era cierto. No se había demorado nada en dejar a mi abuelo y a su amigo en Villanueva, y hacer la compra de lo que necesitábamos. Volví mi rostro y me perdí en observar la vertiente que ascendía hasta la colegiata—. ¿Te ocurre algo con él?

Cerré los ojos. Estaba claro que era incapaz de esconder mis vergüenzas al mundo.

—No.

—Estás muy tensa.

—Estoy tensa por todo. No se trata de él. —Desvié la mirada hacia la Casona y lo vi perderse por la parte trasera—. Están siendo unos días un poco complicados, ya lo sabes. Y con todo lo que ha pasado de más. La caída por las escaleras, lo de ayer con el coche en Oviedo y la exmujer de Míkel… ¡Dios! ¡Emma! No tenía ni idea de lo que sucedía entre ellos.

—Bueno, siempre has preferido estar un poco ausente en cuanto a lo que a Míkel se refiere.

No supe cómo tomarme esas palabras.

—¿Y eso es malo, cuñada?

—No, si es bueno para ti. —Ladeó su rostro—. ¿Lo es?

Entorné la mirada. Por supuesto, yo nunca había hablado con ella sobre Míkel. Pero, después de lo que él mismo me confesó la noche anterior, que mi hermano nos había visto diez años atrás mientras estuvimos en su coche, tuve claro que Emma no era ajena a esa información y que estaba aludiendo directamente a esa historia. Aun así, no respondí. Solo giré mi rostro hacia la casa. Emma me dio ese silencio que mi mente imploraba a gritos. Sin embargo, no pude alcanzar la serenidad que buscaba. En cuanto vi salir a Míkel de la parte trasera, mi corazón volvió a desbocarse. Me lo reproché a mí misma. Parecía una cría viendo a su ídolo. Duró poco mi enajenación. Míkel cargaba con la caja de herramientas.

—¿Se ha roto algo?

Emma se volvió.

—¡Ah! ¡Sí! ¡Se me olvidaba! Vi a Míkel y a Amelia hablando arriba, en las *'habitasiones'* de la buhardilla; justo antes de que ella las terminara y se fuera. Míkel la estaba contando que cree

que puede haber algún animalillo que se ha colado en la techumbre porque se le escucha.

—¿Dónde?

—En la *'habitasión'* en la que durmió la noche anterior. *Number one?* —De pronto, un fogonazo se abrió hueco en mi mente. Vi una mano pequeña aferrada a una de las puertas del armario. Temblé de pies a cabeza. Intenté tragar. Me fue imposible. Los latidos de mi corazón golpearon mi garganta y me presionaron hasta la angustia—. Cree que puede ser alguna rata de agua o varias. Las oyó caminar por el techo y por detrás de la madera del armario. Va a desmontar las tablas para poner *'tuapas'*.

Me crucé de brazos, aunque no era el frío el que me estremecía. El teléfono móvil de Emma comenzó a sonar sobre la mesa. Llevé mis ojos hacia él. Era Alonso.

—¿Quieres '*desirle'* algo? —Negué con la cabeza. Ni siquiera mi voz podía traspasar el velo de terror que había invadido mi cuerpo—. Me voy arriba —susurró. Y, después, descolgó la llamada—. *Hi, honey!*

Emma se levantó y se fue alejando despacio para hablar con mi hermano. Ascendió por el camino que enlazaba con la senda que subía al Santuario. Las campanas de la Basílica tañeron las doce.

«Los fantasmas no salen a las doce de la mañana, Laura», me dije sin apenas convicción.

Posé los ojos sobre la casa, me levanté de mi asiento y caminé hacia ella.

34
MÍKEL

—¡Joder! Lo que me faltaba.

Me disponía a desmontar la primera lámina de madera del armario, cuando la luz de la habitación comenzó a parpadear. Salí de allí dentro y me coloqué debajo de la lámpara del techo. Me moví hacia el interruptor y lo apagué. Alcancé la silla de madera que había en la estancia, la puse justo debajo y me subí a ella. Toqué el cristal de la bombilla Led. No estaba muy caliente. Traté de enroscarlo para apretarlo, pero me fue imposible. Estaba a tope.

«¡Mierda! Hay que llamar al electricista».

No sabía discernir si se trataba de algún cable en mal estado o del interruptor de la propia lámpara el que estuviese produciendo aquel parpadeo. Afortunadamente, yo conocía a un profesional que no me iba a dejar tirado y arreglaría ese problema antes incluso de que se presentaran los nuevos clientes.

Abrí la agenda de contactos del teléfono y busqué su nombre.

—¡Tío! —me contestó enseguida y de muy buen humor.

—¡Ey! ¡*Pelos*! ¿Cómo estás?

—Bien, bien. ¿A qué debo tu llamada? ¿Tenemos alguna cerveza pendiente?

Reí.

—Ninguna. Pero te invito a las que te apetezcan, si me haces un favor.

—Ya sabía yo… ¿Qué quieres?

—Que te subas a Covadonga, a la Casona de los padres de Alonso, a hacer un apaño. Hay una luz que parpadea…

—Enrosca la bombilla.

—Ya lo he hecho. Está a tope.

—Prueba a apagarla y a encenderla otra vez.

Lo hice. La luz permaneció fija.

—No parpadea.

—¿No ocurre siempre?

—No. De hecho, hace dos noches, cuando dormí aquí, no parpadeaba. —No me respondió—. ¿Estás ahí?

—Sí, tío, sí. A ver. ¿Qué tipo de bombilla tiene?

—Led.

—Y esta gente hizo la reforma hace…

—Antes de las Led.

—Puede ser por la propia instalación de esa casa. Como se hizo para el consumo con lámparas tradicionales, tendrá un alto consumo de potencia. Y, al sustituir esas bombillas antiguas por las nuevas, que tienen mucho menos consumo, la fuente de alimentación podría estar fallando por exceso.

—Entonces, ¿qué hago?

—Busca una bombilla antigua y sustitúyela por la que hay. A ver si parpadea.

—Pero eso no soluciona el problema.

—¿Tú no me has llamado para hacer un apaño?

—Vale, tío, vale.

—Estoy en mi fin de semana libre. Haz eso. Si sigue parpadeando, llámame.

—Tienen clientes que entran esta tarde. Avisaron de que llegarían sobre las ocho. ¿No podrías acercarte a echar un vistazo?

—Tú haz lo que te digo. Y si no funciona, ya veré cuándo puedo subir.

—¿Tienes algo importante que hacer?

—Ir a la playa y tomarme unas cervezas con Manu. Te diría que vinieses, pero, claro…

En su tono había cierta mofa.

—¿Claro qué?

—Que teniendo en cuenta que por allí está Laura y Alonso está en Madrid, pues como que…

Tensé la mandíbula. Jamás le conté nada y él tampoco me preguntó, pero a *Pelos* nunca se le había escapado mi inclinación por Laura. Y lo peor era que no dudaba en dejármelo claro siempre que podía y nadie nos acompañaba.

—Voy a buscar la bombilla.

Me llegaron sus carcajadas.

—Espero tu llamada, amigo, con lo que tengas que contarme. Aunque nunca me cuentas nada… Por cierto, ¿Alonso cuándo venía?

—Vete a beber esas cervezas.

—Primero a la playa.

—Va a llover.

—En Gijón, no. —Siguió riendo—. ¡Llámame luego!

—Adiós —colgué con malestar.

Volví a colocar la silla junto al escritorio que había al fondo de la pared. Necesitaba luz. Fuera estaba cada vez más nublado y la habitación albergaba demasiada oscuridad como para poder trabajar dentro del armario. Pero tener que buscar una bombilla antigua por toda la casa me iba a llevar demasiado tiempo, y estaba casi seguro de que Elena y Samuel ya no contarían con ninguna. Saqué el teléfono móvil del bolsillo trasero del pantalón y encendí la linterna.

—Habrá que apañarse con esto —mascullé.

Me volví a colar dentro del armario bajo. Cogí el destornillador plano para retirar las láminas de madera, lo incrusté entre las lamas y comencé a tirar muy despacio para ir soltando la fijación al muro sin romper nada.

Estaba justo en ello, cuando escuché unos pasos fuera del dormitorio. Alguien estaba subiendo por la escalera.

«Laura».

Podía reconocer hasta su forma de caminar. Ascendía despacio, titubeante, como si la costara. Miré hacia la puerta del dormitorio, que había dejado abierta, y en pocos segundos la vi aparecer.

«Dios… Estás preciosa, pequeña».

El corazón se me disparó y no hice nada por impedirlo. Repasé su cuerpo de arriba abajo. Se había dejado parte del pelo suelto, aunque se había anudado un moñito alto y desenfadado en lo

alto de su cabeza. Se había vestido con unos shorts vaqueros, que hacían volar mi imaginación, y una camisa blanca que llevaba por fuera. Su imagen, tan apetecible, estaba siendo mi perdición esa mañana.

Se asomó despacio a la estancia. Estaba muy seria. Demasiado. Pero enseguida discerní que no se trataba del enfado que tenía conmigo. Era otra cosa. Se palpaba su inquietud. Estaba cruzada de brazos, cohibida, con la cabeza inclinada y retraída en sí misma. No me dijo nada cuando me vio allí dentro. Solo se cubrió sus labios con una mano. Al percibir el temblor de sus dedos, salí del armario.

—Laura, ¿qué ocurre? —Me observó con muchísimo desasosiego. Avancé hacia ella. No entendía a qué venía ese nivel de nerviosismo. Fue, entonces, cuando me di cuenta de que su piel clara estaba mucho más pálida de lo habitual y, al mismo tiempo, contenía un brillo enfermizo de sudoración en su frente. Sus ojos cargaban con demasiada impresión, tal y como si hubiesen recibido un impacto directo en su cerebro—. Laura, ¿ha pasado algo?

Desvió sus ojos hacia el armario. Trató de hablar, pero no pudo. Extendió su mano hacia mí, temblorosa, blanquecina. No dudé en cogerla. El frío que albergaba su roce me generó muchísimo desasosiego. Estaba helada, pero no se trataba de ese frío limpio y sano producido por la baja temperatura. No. Este era un frío mórbido, nocivo. Deshice la distancia que nos separaba. Me puse frente a ella y rodeé su cintura. Solo entonces, fijó su mirada desorientada sobre mí. Su imagen era de auténtica amenaza.

—¿Te mareas? —Negó con su cabeza—. Entonces, ¿qué te sucede?—. Dejó escapar el aire de entre sus labios. Lo hizo con mucha carga, como si el mero hecho de insuflar oxígeno a sus pulmones le supusiera un esfuerzo sobrehumano—. Laura, me estás asustando.

Se aferró a mis brazos con las dos manos.

—Creo que está ahí.

—¿Cómo?

Apenas pude escuchar lo que decía.

—Está ahí dentro. —Dudé—. En el armario.

—¿Quién?

Se deshizo y su rostro se cubrió con un velo de auténtico terror.

—El niño.

—¿Qué niño? —Entorné la mirada—. ¿Arturito?

35
LAURA

Sus carcajadas se escucharon por toda la estancia.

—¡Oh! ¡Venga ya, Laura! ¿En serio? —Intenté separarme a empujones. No me lo permitió. Me aferró por la cintura con más fuerza y no me dejó ir—. Vale, vale. No te cabrees. Te escucho. Vamos, cuéntame. ¿Por qué crees que el fantasma de un niño está ahí dentro?

—Déjame, Míkel.

Y traté de establecer distancia impulsándome con mis manos sobre su pecho. Y… ¡Ay! ¡Dios! ¡Qué firmeza de pectorales! Eran adictivos.

—Vamos, no te enfades. —Paré de empujar, que no de sobar—. Cuéntamelo. ¿Por qué piensas que está ahí?

—Porque…

Estuve a punto de confesarle la imagen que había recordado mi mente, esa mano pequeña aferrada a la puerta del armario. Pero, en el último momento, reculé. La amplia sonrisa que cruzaba su rostro era preciosa, pero en ese contexto me estaba tocando muchísimo las pelotas.

Y hablando de pelotas…

Alcé mi rodilla hacia su entrepierna con ánimo de asustarlo y que me soltara. No pretendía darle. Amo demasiado a esas pelotas como para causarles daño. Conseguí mi objetivo. Míkel se cubrió y, en ese movimiento, rebajó su agarre entorno mía. Hui de entre sus brazos. Aunque, quizá, lo más veraz hubiera sido decir que me dejó escapar.

Me atrincheré junto a la puerta del baño, encogida en mí misma y cruzada de brazos. Míkel se acercó despacio y con un aire divertido.

—Ya no es solo la casa. Es, sobre todo, aquí arriba. ¿Qué es lo que te pasa con esta zona? Siempre te ha dado mucho más miedo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Bueno, lo he visto en otras ocasiones, hace tiempo. Alguna vez has comentado que te agobia subir. —Sinceramente, ni recordaba habérselo dicho—. Además, el otro día te caíste estando por aquí. Y, ahora, esto. —Se giró hacia el armario—. ¿Quieres echar un vistazo? Ahí dentro solo estamos la caja de herramientas y yo. Y, a lo mejor, alguna rata. Pero, si me dejas, la echo enseguida.

Me di cuenta de que tenía la linterna de su teléfono encendida junto a esa pared, pero no la del dormitorio.

—¿Por qué estás a oscuras?

—La lámpara del techo no funciona bien. Cuando me puse a quitar las tablas, empezó a parpadear.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Es él.

Volvió a reír.

—No, no. Es solo la fuente de alimentación. Está fallando por exceso. Hay que buscar una bombilla de las antiguas y sustituirla por la que tenéis Led.

—Míkel…

—Me lo han dicho el *Pelos*. ¿Te fías más de él que de mí?

Era electricista. Había que darle, al menos, la consideración autoridad en la materia. En cuanto a lo demás, no. Conocía demasiado bien a ese otro amigo de mi hermano como para saber que con él era más saludable mantener las distancias. Que, por cierto, él no se cortaba una mierda en achicarlas conmigo siempre que se le ponía a tiro. ¡Aj!

Me estremecí. Por el *Pelos*, nada más. Pero eso le dio pie a Míkel para llegar hasta mi altura y clávame sus preciosos ojos castaños.

—¿Qué te ha pasado aquí arriba?

—Porque piensas que me ha podido pasar algo.

—Porque son demasiados años los que arrastras con este miedo. Y te bloquea, Laura. No es lo mismo que algo te asuste a que te deje paralizada. Y, ahora mismo, estás prácticamente así. —Esperó paciente, pero en vista de mi mutismo, insistió—: ¿No me lo quieres contar?

—No hay nada que contar.

—¿Seguro? —No respondí. Mi único recuerdo activo era esa mano pequeña que mi memoria vinculaba a esa estancia. Mikel suavizó su rostro—. Sabes, cuando algo te da miedo, puedes hacer dos cosas: enfrentarlo o transformarlo. —Se dio la vuelta y caminó hacia el armario. Cogió su teléfono del suelo, apagó la linterna y comenzó a toquetear la pantalla—. Como tampoco sabemos muy bien qué es lo que deberíamos enfrentar, quizá lo mejor que podrías hacer es transformar lo que este entorno te genera.

—No te entiendo.

—Transforma tu experiencia aquí arriba con un recuerdo que te haga sonreír.

Se paró a cinco metros de mí, giró la pantalla de su teléfono hacia mis ojos y los potentes acordes de una canción comenzaron a sonar. Una canción muy conocida para mí. Una canción muy berreada durante muchos años y con la que botaba cada vez que la ponían en algún bar. Una canción que ni siquiera sabía que él conocía que me entusiasmaba.

—*"This ain't a song for the broken-hearted"*[6] —cantó al compás y con firmeza. Y, sin saber cómo, desapareció mi miedo y me brotó la sonrisa. ¿Por qué este tío era tan jodidamente mágico? Dio varios pasos al ritmo de los acordes y siguió—: *"No silent prayer for faith-departed"*[7].

Desvié mis ojos hacia la ventana con mi risa aflorando.

—¿Qué estás haciendo? —dije medio azorada.

Tiró el teléfono sobre la cama y se puso enfrente mía.

—*"And I ain't gonna be just a face in the crowd. You're gonna hear my voice when I shout it out loud"*[8]. ¡Vamos, Laura!

Y canté.

—*"It's my life. It's now or never. But I ain't gonna live forever. I just want to live while I'm alive"*[9].

Y Míkel cantó conmigo. Me cogió de las manos y me llevó hasta el centro de la habitación. Me instó a dar una vuelta sobre mí misma con la que brotaron mis carcajadas. Después, empezó a bailar alrededor de mí y yo me desinhibí. Me liberé, alcé mis brazos y permití que mi entusiasmo emergiera. Me dejé llevar por lo que Míkel me pedía. Lo seguí, como otras tantas veces, y me encontré con ese camino que siempre me mostraba cuando me perdía, libre de cadenas que me encorsetaran y donde solo estaba yo. Vibré con cada nota, con nuestras voces acompasadas, con nuestros cuerpos moviéndose y trenzándose con la melodía, brincando, saltando, enredándonos cada vez más. Nos recordamos lo que fuimos, lo que añorábamos, lo que acariciamos, lo que soñábamos.

Hasta que su mano en mi espalda me llevó a su cuerpo. Yo enlacé mis brazos alrededor de su cuello. Uní mi pelvis a la suya y me dejé llevar por una cadencia más oscilante, más acorde, más íntima.

El último estribillo ya no lo canté. Sonaba de fondo cuando mis ojos se enlazaron a los suyos. Y, en ese reencuentro, nos dijimos demasiadas cosas que ya no pude obviar. Me lancé a sus labios y él me envolvió en su cuerpo. Devoré su boca con desesperación, casi como si pudiese borrar con esa vehemencia todos los años en los que me había privado del delicioso tacto de su piel sobre la mía; como si con ello pudiese acabar con todos los miedos, con todos los reproches, con toda la desconfianza.

Los labios de Míkel sabían a refugio, a deseo, a pasión, a calma. Sabían a hogar. Sabían a fuego. Y yo quería todo eso y más. Lo anhelaba y lo añoraba como el propio aire que me daba la vida.

Con la canción de *Bon Jovi* de fondo, no dejé de besarlo ni cuando comencé a retirarle su camiseta. Mis dedos rozaron la piel de su vientre y ardí con su firmeza. Míkel cogió la tela a su espalda y tiró de ella para sacársela por la cabeza. Me lancé a su torso, a sus pectorales, a su cuello. Lo recorrí con mis labios hambrientos, con mi lengua salvaje, con mis manos ansiosas.

Míkel apresó mi nuca, enredó sus dedos en mi pelo y profundizó en mi boca con una sensualidad arrolladora. Me dirigió hacia la cama. Caminé de espaldas hacia ella y me sostuvo con firmeza antes de dejarnos caer sobre el colchón. Y ya no vi más que sus labios devorando mi cuello; sus manos, recorriendo mis costados; su cuerpo, dominándome entera. Me abrí a él y en el momento en que Míkel rozó mis genitales con su erección, todo se desbocó dentro de mí. Gemí en su boca. Él volvió a repetirlo, esa vez más despacio, aunque con mayor intensidad. Mi voz clamó golpeando las paredes de la estancia. Recorrió mi pierna derecha con su mano, solo como esos dedos sabían acariciarme, y se coló por debajo de la tela de mis shorts y mis bragas. Me sostuvo la nalga con una firmeza delirante y volvió a presionarme una vez más.

—Dios… —musité cada vez más excitada.

Se hundió en mi cuello y, de ahí, bajó hasta mi clavícula. Recorrió con su lengua el perfil de mis pechos. Me mordió uno de ellos, y yo reí y gemí al mismo tiempo. Llevó sus manos a los botones de mi camisa. Retiró los tres primeros. Coló su mano por mi *bralette* y liberó uno de mis senos para encarcelarlo luego entre sus dedos. Cubrió mi pezón con sus labios y, al bañarlo con su lengua, un latigazo insaciable me flageló entera. Arqueé mi espalda y me rendí al placer.

Pero, de inmediato, Míkel paró. Lo miré contrariada. Sus ojos estaban clavados en la puerta del dormitorio, por cierto, abierta. Giré mi rostro hacia allí y distinguí la voz de Emma no demasiado lejos. Venía cantando “It’s my live”, que seguía sonando en bucle.

—Está subiendo —susurró Míkel.

Y de inmediato se separó de mí. Voló hacia su camiseta y se la puso con rapidez. Yo me cubrí y cerré los botones de mi camisa con una torpeza fascinante. Menos mal que solo me había quitado tres.

Estaba todavía sentada sobre la cama, cuando Emma llegó al descansillo de la planta. Vi a Míkel sonreír hacia ella con muchísima tensión.

—“*It's my life. And it's now or never…*” —entró cantando y bailando mi inoportuna cuñada —. ¿Habéis montado una fiesta sin mí?

—¿Si te animas? —la invitó él.

Le lancé un mirada asesina que le borró la sonrisa y despertó a mi amígdala del aletargamiento lascivo en el que se encontraba.

«¡Eh! ¡Oye! ¡Espera! Ahora que me acuerdo, yo estaba enfadada con Míkel. ¡Si es que esto

no es normal! ¡Si es que es tenerle delante y me enajeno, me enajeno, y me enajeno…! Pero es que es tan maravilloso, tan tierno y me siento tan bien con él… ¡Ay! ¡Dios! ¿¡Pero qué me estoy haciendo!? ¡Despierta! ¡Ya!».

Que decepción, oye. Me cabreé. ¿Con Míkel? No, no. Eso después. Ahora solo estaba decepcionada conmigo. Al final, no se puede ser convincente con una misma ni con el mundo si sucumbimos a la tentación con tanta facilidad. Bueno, vale. Es verdad. Aquí no solo hubo tentación libidinosa. Aquí había habido demasiado buen rollo, cariño y risas como para dejar ese momento relegado a mero pecado carnal.

—¿Al final, había ratas? —preguntó Emma. Y desvió sus ojos hacia el armario.

—No he terminado —se disculpó Míkel. Se acercó hasta la cama para coger su teléfono. Apagó la música y aprovechó para posar sus ojos sobre los míos. Lo hizo con tal intensidad que me levanté del colchón como un resorte y hui despavorida hacia la ventana del dormitorio. Lo escuché respirar con malestar—. Voy a ponerme con ello.

—Te ayudo —se postuló mi cuñada.

—No te preocupes, Emma. No es necesario.

—*Yeah! Come on, let's go!* Pero antes, voy a '*ensender'* la luz, porque no se ve nada.

—No, no, no, no, no… —rogó Míkel. Pero ella pulsó el interruptor—. Mierda.

—¿Qué pasa?

Se lo aclaré yo.

—La bombilla parpadea y Míkel cree que es por el exceso de potencia.

A lo que él reiteró:

—Es por un exceso de potencia. —Alcé las manos en señal de rendición. Por supuesto, no iba a volver a mi hipótesis porque ya me había demostrado lo que pensaba. Pero él no dejó pasar mi retirada así como así—. Laura, es por eso. No hay nada más.

—No te lo he puesto en duda.

—¿Qué pasa? —se inmiscuyó Emma.

—No es nada —sentencié yo.

Míkel trató de explicarle:

—Laura achaca el parpadeo de la bombilla a otras razones.

—Míkel —le advertí.

—¿Qué '*rasones*'?

Miré a Emma y traté de salir indemne de otro posible escarnio.

—Es una tontería…

—Pero ¿qué es?

—Nada. Una chorrada. —Y no añadí nada más. Míkel se coló dentro del armario, cogió un destornillador y lo incrustó entre dos de las lamas. Empezó a forzar la retirada de la lámina con mucho cuidado. Y, entonces, la luz del techo comenzó a parpadear de nuevo. Me temblaron hasta las pestañas—. ¡Ay, mi madre!

Emma miró hacia la bombilla y, después, hacía mí. Pero Míkel solo advirtió:

—Apagad el interruptor antes de que liemos alguna.

Y, al tiempo que levantaba la parte superior de una de las láminas de madera, la puerta de la estancia se cerró de un portazo.

—¡Aaaaaah! —gritamos Emma y yo.

—Laura, cierra la ventana para evitar la corriente —volvió a sugerir Míkel con una tranquilidad de las que hacen época.

Pero yo ya estaba desbocada.

—Míkel, esto no ha sido el aire.

—Laura… —se quejó. Y asomó su cabeza por la puertecilla del armario para lanzarme una mirada condescendiente.

—¡Te he dicho que no ha sido el aire! Estoy al lado de la ventana y no…

De pronto, la bombilla empezó a parpadear muy rápido, mantuvo la luminiscencia durante unos segundos, en los que dejé de respirar, y explotó. Me tapé la cabeza y me escondí en mí misma.

—¡Aaaaaaah!

—Lo que faltaba… Cuidado con los cristales. —Cuando alcé la vista me encontré a Emma acantonada contra la pared y a Míkel saliendo del armario. Descansó sus manos sobre las caderas, bufó y miró con desgana al techo—. Al final, va a tener que venir *Pelos*. —Y, después, comenzó a mirar por el suelo para recoger los trocitos que se habían desperdigado.

Corrí hacia él.

—Quiere algo de nosotros.

—¿Quién? —demandó mi cuñada, ya con un desasosiego evidente.

Míkel me miró con desgana y, después, volvió sus ojos hacia ella. Los dos hablamos al mismo tiempo.

—Nadie.

—Un fantasma.

Ya os podéis imaginar quién dijo qué.

—¿¡Un fantasma!?

—Un fantasmita —precisé.

—*A little ghost? Like Casper?*

—*A child ghost* —insistí marcando la palabra niño.

—*A child…?*

No pudo ni terminar la frase.

—Sí. —Y bajé mucho la voz—. Se llama Arturito.

—¿Agtog…? —se atragantó—. *Shit!*

—¡No! ¡No se llama Arturito! —zanjó Míkel. Y caminando hacia una de las mesillas de noche, probó la lámpara para ver si funcionaba—. Al menos no nos hemos cargado la instalación de la luz entera —masculló al ver que se encendía correctamente—. Laura, por favor, trae el aspirador porque no veo bien los cristales. Y, también, busca una bombilla de las antiguas por la casa, a ver si ha sido solo eso y no ha afectado al cableado.

—¡Uy, no! ¡Ni de coña! No voy a volver a moverme sola por esta casa en lo que me queda de existencia.

—¿Te acompaño, *honey*?

Dudé. Miré a Míkel.

—Ve, por favor, o no terminaremos nunca con esto —suplicó con sosiego.

Míkel siguió buscando pedacitos de cristal por la estancia y yo caminé hacia Emma. Al llegar a su altura, la rodeé por la cintura, volví mis ojos hacia él y, no sabría decir por qué, pero le transmití lo que mi mente me pedía a gritos en ese preciso instante.

—Quita las tablas del armario, Míkel. Creo que quiere que lo encontremos.

36
MÍKEL

El nivel de sugestión de Laura estaba empezando a inquietarme. Estoy habituado a tratar con personas en estado de ansiedad extremo y sé que, en esa situación, vemos cosas bajo un prisma que, a menudo, no nos devuelve la realidad. Pero, en el caso de Laura, esa disonancia cognitiva estaba durando demasiado tiempo. Se estaba enredando en su miedo.

Empezaba a sospechar que todo aquello no se debía solo al pánico que tenía a la casa. La estaba influyendo la cantidad de estrés con la que cargaba. Sus padres, la caída por la escalera, el encontronazo con Aitana e, incluso, yo mismo estábamos actuando como acicate para aumentar la inquietud que ya de por sí tenía.

Sin embargo, había algo en todo aquello que no me cuadraba. No sabría decir qué podía ser exactamente. Era como si algo no terminase de encajar; como si la forma en que Laura mostraba sus miedos tuviera una única referencia palpable. No se trataba de algo etéreo, difuso. No. Parecía como si aquello que le aterraba fuese una entidad palmaria como una mesa. Quizá había en esos momento algo en su vida que la estuviese desestabilizando más de lo que pudiese soportar. No podía concebir que su enajenación estuviese creciendo cada vez más solo por el temor a una supuesta entidad trascendental.

No creo en fantasmas. Me parece divertido poder jugar con esos temas, ver algún programa sobre ellos o alguna película. Existe un cierto placer en dejarse llevar por lo paranormal. Lo oculto, lo inexplicable, lo irracional generan sensaciones discordantes. Esa subida drástica de adrenalina nos hipnotiza. Nuestro pulso se dispara. Pero siempre hay un reducto racional en nuestra mente; ese que nos da el control, que establecemos por la distancia y que nos aporta la satisfacción de saber que, a pesar de todo, los fantasmas no existen.

Mi mundo es el que es y no concibo otro tipo de realidades alternativas más allá de las que puedan captar mis sentidos. Por eso no acabo de comprender la fe ciega que depositan algunos en todo lo que atañe a lo paranormal o que se enganchen a ese tipo de patrañas sin sentido.

Pero con Laura aquello se estaba empezando a desbocar. Y eso era algo que no podía dejar pasar por más tiempo. Me importaba demasiado como para seguir viéndola en ese estado. No iba a permitir que siguiese de ese modo. Necesitaba ayuda.

Había conseguido aligerar su miedo hasta hacerlo desaparecer hacía tan solo unos minutos. De lo que había sucedido entre nosotros de más, no quería ni pensarlo. Me agobiaba cómo reaccionaría más tarde. No podía engañarme. Laura podría echarse atrás, tal y como había sucedido en las dos anteriores situaciones en las que habíamos acortado distancia. No quería ni pensar en esa posibilidad de nuevo. Pero, antes de todo eso, tenía que sentarme con ella y averiguar qué demonios estaba pasando en su vida para que un simple juego de su infancia la paralizase de ese modo.

Cuando terminé de recoger todos los trocitos de bombilla que conseguí ver por la estancia, retorné al armario. Me metí dentro, encendí de nuevo la linterna del teléfono y volví a encajar el destornillador entre la pared y la lama. Lo hice en silencio, sin preguntas, con mucha impaciencia, y con mucha más confusión y aturdimiento. Me preocupaba Laura y cada vez más. Escuchaba su voz por la casa junto con la de Emma. Hablaba con muchísima rapidez. Estaba

extremadamente nerviosa.

Tiré con firmeza de la madera en varios puntos hasta que conseguí librarla por la parte de arriba. De ahí bajé por el lateral y la fui retirando hasta que se desprendió del todo y sin desperfectos. De inmediato, me golpeó la llegada de un aire viciado. Respiré con dureza. Un olor rancio, pútrido y húmedo lo impregnaba todo. Cogí el teléfono y confirmé que, como había sospechado, la pared no estaba tapiada. Solo habían colocado unas tablas para tapar el hueco que había al otro lado. Pero lo que me encontré no se asemejaba a nada de lo que había imaginado. Todo lo contrario. Había un hueco enorme que daba acceso a una zona. Sin embargo, la luz del teléfono no era suficiente como para poder discernirlo con claridad.

Fui quitando una a una el resto de lamas hasta que abrí por completo aquella entrada. Enfoqué de nuevo con la linterna del móvil y, bajo la penumbra, vislumbré una especie de pasadizo, como de un metro ochenta de altura y de unas siete zancadas de largo. Bordeaba la techumbre y llevaba hacia lo que parecía un tramo de escaleras de madera muy desgastado. Ascendían a la zona superior de ese dormitorio en el que estábamos. Pero ahí perdía cualquier referencia.

Me senté sobre una de mis piernas y llevé mi mano a la cara. Mesé la barba de varios días que ya poblaba mi piel y lo hice inquieto. No esperaba encontrarme con algo así. En ningún momento había escuchado a Elena o a Samuel hablar de un dormitorio en la zona superior, pegado a la techumbre. Pero, además, por el olor, me daba la sensación de que aquello debía llevar décadas cerrado.

—¡Laura! —llamé en voz alta.

—Todavía no hemos encontrado ninguna bombilla antigua —gritó ella desde el piso de abajo.

—Dejad la bombilla y venid aquí arriba, por favor.

—¿Por qué? —demandó Emma.

Pero no respondí. Esperé paciente a que subieran. Aproveché esos minutos para desplazar la linterna del teléfono de un lado a otro. Recorrí el artesonado. Estaba poblado de humedad, telarañas y polvo. No sabía muy bien por qué, pero me empecé a sentir bastante inquieto.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Laura al tiempo que entraba en la estancia.

Llevé mis ojos hacia ella y enseguida leyó mi preocupación.

—¿Ya has quitado '*todou*'?

—Sí. Venid aquí.

Se colocaron a mi lado, fuera del armario, y miraron sorprendidas lo que la luz de mi linterna les mostraba. Me volví hacia Laura. Sus ojos azules estaban ahogados.

—¿Sabías que había una habitación más arriba? —Por supuesto, lo negó—. ¿Tus padres nunca te dijeron nada?

—No.

—¿Y tampoco lo viste antes de la reforma?

—No estoy segura, pero creo que los dos armarios que hay en estas habitaciones son originales. Ya estaban cuando mis padres adquirieron la propiedad y solo los barnizaron.

Me acaricié la nuca. Independientemente de todo aquello, había que encontrar unas ratas. Y, sin duda, aquel espacio en la zona superior facilitaba que se hubiesen atrincherado allí dentro.

—¿Tenéis vuestros móviles?

—*I'm sorry, but.*… No voy a entrar ahí. Mucho polvo, mucho asco, mucho…

—Solo quiero que me prestéis uno y, con el otro, me deis luz.

Emma me tendió el suyo.

—No vas a entrar tú solo —se adelantó Laura.

Pero ignoré su comentario.

—Esperadme aquí.

—¡He dicho que no!

Me impuse.

—Laura, no vamos a subir los dos. La madera está cargada de humedad.

—Pues si no subimos los dos, no va a subir nadie.

Le sonreí paciente.

—Laura, estás asustada.

—¿Y?

—Te tiemblan las manos y apenas puedes moverte.

Desvió sus ojos hacia ellas y, con la misma cadencia de un crío de cinco años, volvió a repetir:

—¿Y?

La tomé el rostro. Aquello la cogió de sorpresa y tomó aire con muchísimo aturdimiento. Fijé la mirada sobre la suya.

—Te quedas aquí.

—¡No subas solo, Míkel!

—Alguien tiene que proteger a Emma, ¿verdad?

—Yo preferiría que no subieseis ninguno de los dos —sugirió esta—. Hay empresas de plagas bastante efectivas.

Pero ya no las hice caso. Me metí dentro del pequeño túnel.

—Míkel… —musitó Laura.

—Dame luz.

En vista de la parálisis de Laura, Emma cogió su teléfono y encendió la linterna. Pude ver con claridad todo el artesonado que cubría el tramo. Caminé agachado hasta el final, giré y me topé con la escalera. Alcé la luz. Eran apenas cinco escalones que desembocaban en una pequeña puerta de madera, de algo más de metro y medio de alto. Ascendí con cuidado y evaluando la capacidad de aquellas maderas para sostener mi peso. La humedad se palpaba de forma enfermiza ahí arriba y temía que eso las hubiera pasado factura y se quebrasen. Muy despacio, conseguí llegar hasta el último.

Cogí el picaporte de la puerta y lo giré. Empujé la hoja, pero me costó abrirla. La madera estaba demasiado cargada de humedad. Se había vencido de las bisagras y rozaba con el suelo. Tuve que ayudarme de mi cuerpo. Apoyé mi hombro y terminó cediendo.

—¿Míkel? —escuché a Laura desde abajo.

—Sí, tranquila. Todo va bien.

Moví la linterna de mi teléfono por aquella estancia. Eran algo más de diez metros cuadrados y eso me permitió visualizarlo todo con esa escasa luz. Estaba cubierto por completo por multitud de telas de araña de unas dimensiones y una densidad que asombraban. La sensación rancia se te colaba hasta los pulmones. Se podía mascar el polvo y la humedad acumulados durante décadas. De hecho, ese paso del tiempo descansaba sobre los muebles, cubriéndolos con esas partículas como si de una tela imperecedera se tratase.

El vello de mi cuello se erizó al recorrerlos con los ojos: un arcón, un mueble de pared, un caballito de madera, una mesita muy baja con un coche de carreras de metal rojizo, varios soldaditos de plomo y una cajita de madera azul. Por último, en el extremo más alejado, una cama de hierro de pequeñas dimensiones con su ropa y sus mantas.

Avancé hacia el interior para poder evaluar todo con mayor detalle. Me llamó la atención la cajita que había sobre la mesa. Era muy diminuta y tenía labrada una decoración de florituras rojas sobre un fondo azulado. Sabía lo que era. Mi madre tenía una parecida y yo me pasé media infancia deleitándome con ella. La abrí despacio y, de inmediato, una suave melodía mecánica se abrió paso: la bagatela *Para Elisa*, de Beethoven.

—¿¡Míkel!?

El tono se Laura explotó con auténtico pánico.

—¿Qué es eso? —demandó Emma con la misma inquietud.

—Tranquilas, es solo una cajita de música —me apresuré a responder. Bajé la tapa y se extinguió la melodía. Después, comencé a explicarles lo que veía—. Hay una habitación con cosas antiguas. No sabría decir… Como de principios del siglo XX o quizá algo más. No sé.

—¿O quizá más? ¿Cuántos años más? —Me sonreí a mí mismo al escuchar su demanda profesional de Laura. Pero mis labios borraron de inmediato ese gesto cuando la luz de mi teléfono enfocó algo en lo que no había reparado hasta ese momento—. Míkel, ¿me oyes? ¿Míkel? ¡Míkel!

Fui incapaz de responder. Y, aunque seguí escuchando la demanda de Laura, mi atención estaba secuestrada por ese hallazgo que no esperaba. Avancé despacio hacia la cama. Apenas se percibía su forma bajo aquella cantidad de mantas. El paso del tiempo había acabado casi con todo y solo se intuía la zona superior de la cabeza. El propio clima de la zona había preservado resquicios de su cráneo y los escasos retractos de piel seca mantenían algunos mechones de pelo. Me acerqué más hasta ponerme a su altura. En su rostro quedaban unos cuantos tendones momificados que aún no se habían desintegrado. Pero lo que antaño fue su cara solo mantenía la estructura debilitada del colágeno óseo, hecha cera, y su dentadura, que ni siquiera estaba completa. Era muy pequeño. Demasiado.

—¡Míkel! —me llamó Laura desde muy cerca.

Me volví y la vi parada en la puerta de aquella estancia. Extendí mi mano.

—Para, Laura.

—¿¡Qué demonios es todo esto!?

—No entres.

—Míkel… —se desbordó por completo.

—No des un paso más.

Clavó sus ojos sobre la cama.

—Dios…

37
LAURA

—Nos ceñiremos a lo que os he dicho. Que yo había escuchado estos días atrás ruidos. Que pensábamos que podían ser ratas. Y que, cuando lo abrimos para poder poner trampas, nos encontramos con todo eso. Nada más. ¿Me oís? —Respondió Emma. Yo no. Mi mente todavía seguía desbocada—. Laura —me reclamó Míkel con suavidad.

Seguí sin responder. De hecho, no había vuelto a hablar después de bajar. Me resultaba imposible. Mi mente se había quedado ahí arriba, paralizada, enajenada, aterrada frente a la visión que se había desplegado frente a mis ojos. Mi cerebro se había embrollado como un torbellino y me había plasmado lo que estaba enfrente mía casi como si fuese una película, de forma irreal, como si lo estuviese observando desde fuera. Mi conciencia se nubló y fue incapaz de encajonar con destreza todos los estímulos que la asaltaban. Y, afortunadamente, no lo había visto todo con precisión porque Míkel había sido mucho más rápido y había aprovechado mi parálisis para envolverme en su cuerpo y sacarme de allí.

Ni siquiera recordaba cómo había bajado hasta la habitación. Esos recuerdos habían pasado a un segundo plano frente a la evidencia que había secuestrado mi mente. Me vi cayendo por una espiral convulsa y dañina que no me dejaba escapar. Empecé a llorar. Estaba muerta de miedo, aterrorizada, y me ahogaba, me ahogaba, me ahogaba… Solo me calmó él. Con paciencia, me llevó hasta la cama, me sentó en ella y me habló despacio, con muchísima serenidad. Guio mi respiración y me llevó lejos de todo aquello. De nuevo, Míkel se convirtió en mi punto de equilibrio para sostenerme. Cerré los ojos y me anclé a la suavidad de sus manos sosteniendo las mías, a su atrayente y narcótica voz, a la seguridad que me transmitían sus palabras en mitad de aquel mar embravecido.

Los minutos se fueron sucediendo y, cuando conseguimos alcanzar cierta normalidad, Míkel se fue revistiendo de un velo rígido, frío y cada vez más grave. No sabía si estaba controlando su desasosiego o, simplemente, que ya nada le alteraba demasiado después de haber presenciado tantas cosas en su trabajo. No dejó de repetir el mismo mensaje, casi como un mantra: que no nos saliésemos del guion que había marcado. Y, directamente, me insistió a mí que no mencionase nada ni de los ruidos, ni de lo que había percibido durante años o del juego que había hecho con mis amigas hacía casi dos décadas. Ni siquiera, de lo que había visto hacía unas noches en la ventana de mis padres.

Sé que lo hacía para protegerme, para que no levantase suspicacias sobre una investigación ya de por sí compleja. Estaba tratando de evitar que me tomasen como una perturbada, al estilo de Cate Blanchett, en *Premonicion*, o que aquello se convirtiese en un cutre episodio de *El mentalista*.

—Todo eso da lo mismo, Laura. Lo importante es que ahí hay un cuerpo desde hace, al menos, tres cuartos de siglo y hay que averiguar de quién es y cómo se produjo el óbito. Todo lo demás es irrelevante. Serán rápidos en acabar de recopilar lo que se necesite y la investigación se desarrollará en comisaría. No debemos alargar el proceso más de lo debido con cuestiones que no son claves para la investigación.

Pero, para mí, eran fundamentales y necesitaba respuestas. Después del descubrimiento de

ahí arriba, todo lo que yo había experimentado durante casi dos décadas había empezado a cobrar sentido. Se me asemejaba a un intento constante y reiterado de ese pequeño para que alguien lo hallase, allí donde los suyos lo habían olvidado; allí donde los suyos lo habían…

Ni siquiera quería plantearme algo así.

Míkel salió fuera del dormitorio y llamó a la Guardia Civil de Cangas para informar del hallazgo. Pero no se quedó ahí. Habló con más gente; compañeros de su propia comisaría que luego, más tarde, se presentaron, junto con los que se desplazaron de servicio. Telefoneó también a mi tía. Le contó lo que sucedía y, después, se lo dijo a mis padres.

Yo me quedé sentada en la cama con Emma a mi lado. Habíamos entrelazado nuestras manos casi como una necesidad. Al mismo tiempo, ella estaba tratando de contactar con mi hermano por teléfono. Perdí la mirada por la ventana y observé el trasiego cotidiano de visitantes a la Santina bajo la débil lluvia. Toda esa imagen ordinaria contrastaba con la convulsión que habíamos vivido ahí dentro y que había sacudido con violencia mi propia mente. El mundo parecía muy distinto al habitual. Era como si en ese universo cerrado se hubiera abierto una puerta que me generaba muchas más preguntas que certezas.

Con la cabeza apoyada en el hombro de mi cuñada, le pregunté:

—¿Crees en los fantasmas?

—No sé qué '*desirte*', *honey*. Es complicado.

—Nunca había creído del todo —la confesé—. Siempre había un resquicio de mi mente que me decía que todo lo que sentía aquí, en esta casa, era fruto de mí misma, pero ahora…

—Ahora puedes seguir pensando lo mismo —me interrumpió Míkel desde la puerta. Y entró en la estancia con un paso marcial que golpeó con dureza la madera del suelo. Le observé detenidamente. No podía entender esa seguridad en seguir negando lo que yo veía tan evidente y, sobre todo, después de lo que él sabía y había presenciado—. No saques conclusiones precipitadas, Laura. No sabemos nada.

Lo encaré.

—¿Que no sabemos nada? Lo que hay ahí arriba es un crío. ¡Tú mismo me lo has dicho! Aunque no haya visto el cuerpo, ¡la habitación es un dormitorio de un niño!

Sostuvo el peso sobre su cadera derecha y se cruzó de brazos frente a mí.

—¿Y qué?

—¡Cómo que «y qué»!

—Sí. ¿Y qué?

—*Honey*… —trató de mediar Emma al ver que elevaba el tono.

—¿Qué más pruebas quieres, Míkel?

—¿Pruebas para qué?

—¿Cómo que para qué?

—Sí, efectivamente. Para qué.

—¡De qué vas!

—Lo que tú estás haciendo es recopilar pruebas que sostengan tu hipótesis y no analizar esos datos de modo objetivo para llegar a la verdad.

—¡Es él! —me reafirmé con rabia.

—¿Quién? —siguió encarándome. Pero fui incapaz de decir su nombre. Míkel suavizó su mirada y me habló con sosiego—. Laura, los fantasmas no existen.

Presioné mi mandíbula y cerré los puños.

—¿Y qué me dices del niño que vi la otra noche?

—¿Viste un niño? —demandó Emma.

Pero Míkel ni se paró ni me dejó darle explicaciones.

—Viste a alguien en la ventana de la habitación de tus padres. Nada más. No puedes asegurar que fuera un niño. Y, aunque lo fuera, estaba más vivo que el de ahí arriba.

Ardí de cólera.

—¿Y los ruidos?

—La madera de la casa.

—¿Y los golpes de llamada en las puertas?

—Los propios huéspedes.

—¿Y el portazo que hemos presenciado? ¿Y la explosión de la bombilla?

—La corriente de viento por las ventanas abiertas y la fuente de alimentación que ha fallado por exceso.

—¿Y lo que yo siento?

—Sugestión. —Lo miré derrotada. Su frialdad me hacía incluso más daño que todas sus respuestas. Mordí mi labio inferior y traté de controlar las lágrimas que se agolparon en mis ojos. Se dio cuenta enseguida—. Laura… —me llamó con suavidad.

Míkel dio un paso hacia mí y trató de tomar mis manos. Me aparté de golpe e intenté alejarme hacia la puerta. No quería que me viesen llorar. Pero Emma me impidió que avanzara. Me sostuvo de la cintura y se puso enfrente mía para enlazar mi mirada.

—*Lory, sweetie,* Míkel tiene '*rasón*'. No te dejes liar por tus '*emosiones*'. Estás muy nerviosa…

Me separé de ella.

—Laura —me llamó Míkel con firmeza.

Me di la vuelta en el arco de la puerta de la habitación y me dirigí a él directamente.

—No te preocupes. No me voy a salir de lo que me has dicho. No diré nada. ¡Absolutamente nada! Podéis estar tranquilos y disfrutar de vuestra racionalidad, vuestra madurez y vuestro buen juicio.

Me di la vuelta y salí de allí sin atender a ninguno de sus reclamos. Bajé las escaleras casi a la carrera y me metí directamente en mi dormitorio.

El sonido de varias sirenas se fue abriendo paso desde la lejanía. Me senté en la cama y cobijé mi cabeza entre mis brazos para poder huir de ellas. Mis lágrimas se desprendieron y no puse freno. Me sentía sola en esa lucha porque, entre otras cosas, ya no lo percibía. Después de subir a aquella habitación, fue como si algo dentro de mí cambiara; como si el hilo invisible que nos había conectado durante años hubiese sido cortado; como si después de que encontrásemos su cuerpo, ya no requiriese nada más de mí y se hubiese marchado después de conseguir lo que tanto añoraba. Un último fogonazo irrumpió en mi mente con una imagen muy precisa, la de él, la de sus ojos curiosos, la de su tímida sonrisa a través de la ventana del dormitorio de mis padres. Después, ya nunca volvió.

38
LAURA

No puedo decir que ese día actué bien. Fueron horas interminables que sólo consiguieron aumentar mi desasosiego y que me desbordaron en el momento final. Llegaron varias patrullas de la Guardia Civil a las que se les unieron Policía Municipal y una ambulancia. Aunque eso solo fue la primera parte del dispositivo que se montó allí esa tarde.

Míkel tomó las riendas desde el primer momento. Explicó lo sucedido con una seguridad casi arrogante, con una claridad meridiana, sin dejar ningún cabo suelto, sin añadir nada más. Lo hizo en la zona común y con todos esos policías y guardias civiles a su alrededor. Le vi en su hábitat natural y, sinceramente, me impresionó esa versión de él que no conocía y de la que a menudo solía burlarme.

Subieron arriba. Estuvieron mucho tiempo. Mientras tanto, otros agentes nos interrogaron a Emma y a mí sobre todo lo ocurrido. Lo hicieron abajo, en el comedor de la sala común. Nos dieron vueltas sobre lo mismo una y otra vez. Míkel nos lo había advertido. Nos iban a preguntar por ello hasta la saciedad. Me ceñí al guion y no me salí de él en ningún momento.

Mi tía pisó a fondo el acelerador del Maserati y se presentó en la Casona con mis padres. Se sentaron conmigo y narraron a los agentes todo lo que conocían de aquella casa desde que la compraron y las reformas que hicieron. En todo momento, dejaron claro que, cuando ellos la adquirieron, aquella pared estaba revestida con un armario y que su madera nunca se sustituyó, sino que se reparó y barnizó debido a la gran calidad del material y el buen estado en el que se encontraba.

Dos horas más tarde, se presentó un equipo científico de la Guardia Civil y tres policías nacionales de paisano. Estos últimos resultaron ser compañeros de Míkel. Él mismo los había avisado. Y con ellos, Loles. Me saludó de manera cariñosa, aunque se despidió rápido. Su interés estaba arriba. A nadie le importaba nada más. Ella y sus compañeros ayudaron a los equipos responsables de la investigación y no se separaron de Míkel en ningún momento.

Fueron llegando los clientes alojados. Se les tuvo que informar de lo que sucedía. Los que estaban en las habitaciones de la última planta fueron reubicados en otros alojamientos cercanos, que enseguida se prestaron para ayudarnos. Hubo gente que se quejó y tuvimos que buscarles otro lugar donde pasar la noche. Otros, sin embargo, disfrutaron de la experiencia entusiasmados, como si aquel espectáculo no escondiera detrás una realidad horrible. Empezaron a subir fotos a las redes sociales hasta el punto de que nos alzamos como tendencia en *Twitter*. No fui yo la que lo vi. Fueron Cova y Lucía las que se lo encontraron de bruces y, de inmediato, me llamaron para saber qué estaba pasando. No pude hablar con ellas. Las escribí y les prometí una llamada cuando terminara todo. Pero, en realidad, me hacían más falta que nunca. Solo mis amigas podían llegar a comprender lo que implicaba todo aquello y cómo me sentía.

Los últimos en presentarse fueron los de la Comisión Judicial, con el médico forense y el juez. Supe, entonces, que el final de todo aquello ya andaba cerca.

El momento más aciago fue cuando se llevaron los restos del niño. Míkel se adelantó y me buscó. Yo me encontraba con mi madre. Estábamos tratando de encontrar una habitación para unos clientes en otro hotel. Se disculpó con ellos y nos lo advirtió sin medias tintas.

—Lo van a sacar ya.

No pude quedarme. Me alejé de ellos dos y me metí en mi dormitorio. Cerré la puerta y desaparecí durante ese tiempo. Ni siquiera tuve el valor de volver. Fue mi madre la que se acercó hasta mi habitación minutos más tarde. Me abrazó como nunca y lloró conmigo durante mucho tiempo. No hablamos, pero ambas nos dijimos muchas cosas que ya intuíamos y que cobraban sentido.

Cuando las dos salimos de allí, Míkel estaba fuera, esperando. Enlazó sus ojos a los míos, pero fue mi madre la que se tiró a sus brazos y se deshizo de nuevo en lágrimas con él. No quise entrometerme. Ella también lo necesitaba. A fin de cuentas, era como su hijo y necesitaba también de su cariño.

El dispositivo policial fue desapareciendo en el último tramo. Los compañeros de Míkel se fueron, junto con la policía científica. Loles tuvo la deferencia de pararse unos minutos conmigo. Pero, en vista de que mi conversación era nula y solo era capaz de responder con monosílabos, terminó abrazándome y me instó a charlar otro día.

Dejaron la habitación número uno precintada. Quedó únicamente una patrulla de la Policía Local de Cangas de Onís. Míkel estuvo charlando con ellos durante mucho tiempo. Después, se dedicó a hacer innumerables llamadas que parecía que no tenían fin. Todas fueron de carácter burocrático. Y todas, con un único objetivo: aligerar el trámite para que la investigación se cerrara dentro de la Casona lo antes posible.

Ni siquiera supe por qué, pero le notaba mucho más tranquilo; como si meterse de lleno en la investigación le hubiese obligado a esa distancia profesional y le hubiera otorgado la calma que de otra forma no hubiera alcanzado. Se desquitó enseguida del peso que cargaba previamente sobre sus hombros y se liberó de las implicaciones que todo aquello conllevaba.

No fue mi caso. Yo caí y me hundí. No quise ser valiente ese día. No pude, pero nunca me lo reproché. La vida está llena de obstáculos y a veces estamos cansados para saltarlos. Ese día yo no solo estaba agotada; estaba desencajada, perdida, consternada. Lo que necesitaba era frenar, detenerme y darme el tiempo necesario para reponer fuerzas y lidiar con esa valla que tenía que saltar para seguir adelante. Por qué, además, era muy alta. Demasiado.

Emma y mi tía se hicieron con las riendas de la Casona. Y, cuando todos los clientes estuvieron reubicados, la tranquilidad volvió a cernirse sobre la zona. Solo entonces, mi tía se bajó con mis padres a Gijón; ambos, destrozados, doloridos y consternados. Apenas daban crédito a todo lo sucedido y no terminaban de encajar que su propia casa hubiese albergado ese reducto macabro durante tanto tiempo.

Míkel volvió a la Casona. Me buscó y trató de establecer un encuentro, fuera ya de todo el descontrol con el que habíamos lidiado. Pero lo evité con excusas y él terminó metiéndose en el baño a darse una ducha. Yo me fui al dormitorio. Me puse un chubasquero y mis botas de montaña. Necesitaba salir de allí y caminar bajo el *orbayu* para despejar un poco mi mente.

Al final, solo tres de las habitaciones se mantuvieron ocupadas. Los demás, decidieron marcharse. Era comprensible. No sabría decir si yo hubiese actuado como ellos, pero lo que sí comprendía era que tuviesen miedo.

Cuando crucé la puerta de acceso a la zona común, Emma estaba allí sentada. Mi cuñada había montado en mitad del salón una especie de tertulia improvisada y relajada, que habían aderezado con varias empanadas, refrescos y cervezas que se trajo del restaurante *El Merendero*. Con su talante equilibrado, charlaba de lo que había sucedido con los clientes que se habían quedado. Lo hacía tal y como si se tratase de una reunión de amigos.

Me acerqué a ella y le susurré al oído que necesitaba dar un paseo. Asintió en silencio y me

bañó con la seguridad de su sonrisa.

Estaba ya anocheciendo cuando salí de la casa. Habían pasado más de ocho horas desde que habíamos descubierto todo y el *orbayu* seguía descargando liviano, de forma apenas perceptible, como si nada hubiese sucedido y todo fluyese con la misma dinámica; como si el tono de aquel lugar no se hubiese ennegrecido; como si todo no fuera mucho más difícil de asumir. Me cubrí con la capucha y tomé la senda peatonal que transcurría paralela a la carretera, y de camino hacia El Repelao. Pero, cuando llegué allí, veinte minutos después, necesité más. Continué caminando, en silencio, y con mi mente golpeándome cada vez con más crudeza.

Cuando llegué a La Riera, media hora después, lo hice calada hasta los huesos. La lluvia había empezado a ser mucho más intensa y el viento se había levantado con virulencia, hasta el punto de que tuve que guarecerme. Alcancé la parada del autobús, que estaba situada al lado del puente que cruzaba el río Reinazo, y me refugié allí dentro. Justo cuando me senté en el banco, el cielo se iluminó con un rayo y, poco después, un trueno golpeó con violencia sobre la zona.

«¡Jolines! ¡Lo que faltaba!».

El agua comenzó a golpear con mayor dureza. Me crucé de brazos y piernas, y me encogí para cubrirme; algo inútil porque, aunque de cintura para arriba estaba abrigada, seguía llevando los mismos shorts vaqueros y mis piernas empezaban a estar congeladas.

Otro trueno descargó cerca y su bramido retumbó por toda la comarca. Bufé y me reproché haber salido de aquella manera y haberme ido hasta tan lejos.

«Tranquila. En cuanto pase la tormenta, seguro que amaina y vuelve el *orbayu*, que también cala un montón, pero, al menos, es más agradable que estas puntas de lanza. Y, si no, pues a aguantarse y vuelta para arriba. Y, cuando llegue, una ducha calentita y un Nesquik…».

Pero no parecía que aquello fuese a parar. Quince minutos más tarde, allí seguía, congelada por completo, con la noche cerrada ya sobre mí y sin ceder a la única opción que me quedaba; esa, que había tratado de evitar de forma absurda y a la que debía enfrentarme, sobre todo, después de lo que había pasado.

No quería estar a solas con él porque, de nuevo, tendría que lidiar con su cercanía; de nuevo, tendría que luchar contra lo que yo misma deseaba; de nuevo, caería en sus brazos. Y me daba miedo porque no quería volver a sentir todo aquello que él me hacía brotar. Dejar libres esos sentimientos era como padecer el sangrado de una herida abierta que no alcanzas a poder cerrar definitivamente. Era volver a enfrentarse al amor que sentía y al hecho evidente de que, diez años atrás, Míkel había preferido apartarse de mí sin tenerme en cuenta y se había plegado a los deseos de Alonso, sin ni siquiera darme voz.

Todo ello me desbordaba porque una parte de mí me decía que no luchase más, que hiciese el esfuerzo de ponerme en su lugar, de empatizar con su decisión, de tratar de entender que siempre buscó lo mejor para mí, a pesar de su error, y de intentar perdonarlo. Pero había otra parte de mí, la más nociva, la que estaba consumida por todo lo que estaba sucediendo y que apenas tenía capacidad para serenar ese desgaste emocional con el que cargaba. Esa parte estaba ahogada por la rabia, por el rencor, por la impotencia, por la frustración, por la entelequia del rechazo y del abandono, y por ver mi propio orgullo pisoteado si cedía.

Descargó un nuevo trueno y, al final, me di por vencida. Saqué el teléfono del bolsillo y busqué el contacto de Míkel. ¿Podía haber llamado a mi cuñada para que cogiese el coche de mi padre? Sí. Pero tenía muy claro que, en cuanto ella se lo dijese a Míkel, él iba a ofrecerse para

venir y ella accedería. Así que me rendí al destino del que trataba de huir y asumí lo que se derivase.

Míkel respondió enseguida y con voz calmada.

—¿Dónde estás? —la suavidad que imprimió en esas dos palabras me devolvió a ese revoloteo dañino del que necesitaba huir.

—En La Riera. Estoy metida en una parada del autobús que hay junto al puente de acceso al otro lado del pueblo. Frente al albergue.

—Voy para allá.

39
MÍKEL

Conduje despacio por la carretera de camino a La Riera. Tenía una idea aproximada de dónde estaba Laura, pero iba preocupado por dónde parar a recogerla. Aquella vía no tenía arcén y era demasiado estrecha como para dejar el coche estacionado unos segundos. Además, llevaba a un capullo detrás comiéndome el guardabarros y, tras él, un autobús, una caravana y otros dos vehículos.

Por esa razón, cuando llegué a la altura de las indicaciones de Laura, desvié el coche hacia el puente de piedra que cruzaba el río Reinazo. Desde allí se podía distinguir la parada de autobús donde sospechaba que estaba. Enseguida la vi asomarse por un lado de la caseta. Se cubrió con la capucha de su chubasquero amarillo y avanzó hacia dónde yo había estacionado.

Salí del BMW a su encuentro. Lo hice a pesar de la lluvia porque necesitaba más que nada ese momento con ella. Confluimos justo en la arcada del puente.

La sonreí como saludo, pero sus ojos me devolvieron muchísima inquietud y una turbación creciente. De hecho, su mirada estaba baja, esquiva. Traté de acercar posturas porque, a esas alturas, ya no sabía qué lugar ocupaba yo dentro de ese amasijo desordenado de vivencias que agitaba con virulencia la mente de Laura. No sabía a qué atenerme porque ni siquiera sabía si yo estaba en la ecuación.

—Hola —la saludé con calma.

—Hola —respondió con voz muy baja—. Siento haberte llamado, pero es que… —Y alzó su mano para indicar a la lluvia.

—No pasa nada.

Tomé esa mano entre mis dedos y la acaricié despacio, con detenimiento. Evalué su temple, su mirada, sus gestos. Me llegó su estremecimiento, pero no me rechazó. Me anclé a ella. Invadí esos ojos azules, en los que tanto me gustaba perderme, y no vi nada que le pusiese en alerta. Eso me dio pie a dar un paso más. Llevé mi otra mano a su rostro y acaricié su mejilla. Laura me miró derrotada, pero erré en intuir la verdadera razón de ese desgaste. Bajé mis labios a los suyos y dejé un suave beso en su boca, demasiado liviano y demasiado corto como para lo que desató en mi cuerpo. Sin embargo, se apartó. Bajó la cabeza para esconderse y a mí me azotó el frío de mi eterna condena.

Exhausto, la observé en silencio. Laura elevó sus ojos y susurró:

—Lo siento.

Dio un paso hacia atrás para distanciarse y se cruzó de brazos. Volvió a bajar su mirada al suelo y, de nuevo, se encerró en sí misma.

Sentí la presión dañina de su rechazo. Pasé la mano por mi pelo y, después, llevé la mirada más allá del puente. Las gotas de lluvia golpearon mi rostro, pero no hice nada por evitarlo. Ni siquiera las sentía. Lo único que inundaba mi conciencia era ese rechazo reiterado que me sacudía con saña. El quebranto se abrió paso y se unió a ese nuevo desengaño para acabar con la poca serenidad que me quedaba. Me dejé llevar por aquel revés y exigí a Laura una respuesta a todo aquello. Y lo hice mal porque ese día no era el adecuado. Los acontecimientos nos habían desgastado excesivamente y, a esas alturas, estábamos demasiado doloridos por todo.

Andábamos tan agotados que las emociones nos desbordaban, nos ahogaban y, lo peor, nos cegaban en la oscuridad del desconsuelo.

—¿Por qué?

—Míkel, por favor…

—Quiero una respuesta —exigí con rabia. Pero ella siguió negando con su rostro. Ni siquiera pude ver la inquietud en su mirada, ni su bloqueo, ni su parálisis, ni su duda. Solo me vi a mí, roto en pedazos por lo que leí como un nuevo desprecio—. ¿De qué va esto, Laura? —Intentó hablar, pero no se lo permití—. Hace unas horas estabas tumbada conmigo en una cama, besándome y dejándote llevar. ¿Y, ahora, me rechazas?

—Míkel… —rogó.

—¿Me puedes explicar cómo puedes pasar con tanta facilidad de un extremo a otro? ¿Cómo puedes besarme como lo has hecho y que ahora te asquee que te toque?

—No me asquea —se apresuró a decir. Y lo hizo con la voz rota.

—Entonces, ¿por qué?

Dio un paso hacia atrás, pero no se escondió más.

—Porque cada vez que me tocas, me haces daño. —Leyó mi desconcierto—. Siento… Siento demasiadas cosas.

—¿Y eso es malo?

Para mi desgracia, asintió.

—Me consume la rabia.

—¿Rabia? —No respondió. Cerró sus labios con muchísima presión, casi como si estuviese conteniendo su lengua—. ¿Es por lo que te dije ayer? —Esperé una contestación que siguió silenciando—. De veras, ¿sigues creyendo que elegí a Alonso? ¿Que la decisión que tomé hace diez años fue por él y no por ti?

—Solo intento no caer en el mismo error.

—¡Esto no es ningún error!

—¡Me destrozaste, Míkel! ¡Me sentí utilizada y despreciada por el chico al que adoraba!

Y, entonces, lo vi claro.

—No has creído ni una sola palabra de lo que te he dicho, ¿verdad? Crees que te estoy engañando.

—No… No es eso.

—Y, entonces, qué debo entender. ¿Se trata de una venganza?

—¡No me estoy vengando!

—¡Ah! ¿No? —Y me cegué—. ¡Me estás castigando, Laura! ¡Y de la peor manera!

—¡Eso no es verdad!

—Lo hice mal, es cierto. La cagué y soy consciente de ello. Y ni siquiera sé si alguna vez podrás entenderme o llegar a perdonarme. Pero, explícame, qué pasa ahora. Llevo tres días en una puta montaña rusa. Me echas de tu vida, me dices que me vaya, pero no dudas en besarme o incluso llegar a más. Y, después, vuelves a echarme de nuevo. Si esto no es una venganza, ¿¡qué es, Laura!? ¿¡Qué soy para ti!? ¿¡Un maldito juguete!?

—No, Míkel…

—Eres capaz de empatizar con un niño que murió hace casi un siglo pero no conmigo, que estoy aquí, que estoy destrozado por cómo me tratas, por cómo me menosprecias cuando sabes, perfectamente, que estoy loco por ti. —Percibí su estremecimiento y ya no supe qué pensar—. Ya no te pido que me perdones, sino que al menos trates de entender por qué lo hice. Pero ni siquiera lo has intentado, ¿verdad?

—No me pidas que te entienda cuando tú ni siquiera hiciste ningún esfuerzo por revertir ese dolor.

Me ahogué de cólera.

—Es eso, entonces. Es más gratificante castigarme por haberme equivocado, ¿no es cierto? ¿¡Es eso lo que necesitas, Laura!? ¡Golpearme mucho más de lo que esa decisión me ha flagelado durante toda una década! ¿¡Eso quieres!?

—Míkel…

—Después de todo lo que ha habido entre nosotros, de lo que siento por ti, de verdad, Laura, ¿¡crees que merezco esto!?

—¡No! —gritó desbocada. Frené mi lengua y doblegué mi frustración, pero ya era tarde. Laura se rompió entera y se mostró sin velos—. Lo único que quiero es estar sola… Que me dejes… Nada más.

La llamada de un claxon nos sacó de ese bucle en el que estábamos enredados. Ambos nos giramos a la vez y mis ojos se encontraron con quien menos me esperaba. Al otro lado de la carretera vimos a Alonso. Estaba dentro de su Mercedes *Vito Tourer*. Había subido la furgoneta familiar al camino, sin importarle, como siempre, la que pudiese liar. Bajó de ella y cruzó deprisa para llegar hasta nosotros. Lo hizo con una sonrisa antinatural, forzada y muy tensa. Nos había visto discutir. Me quedó muy claro.

Laura se adelantó a su llegada. Yo ni me moví. Me quedé allí bajo la lluvia, cruzado de brazos y observándolos. Pero, sobre todo, midiéndole a él por qué ni siquiera entendía qué demonios hacía en Asturias.

Alonso me evalúo en silencio y, de inmediato, supo que debía retraerse. Se dirigió a Laura con una afabilidad exagerada y un buen humor que chirriaba por todos los lados.

—¿Qué pasa, hermanita? ¿Qué hacéis aquí?

—¿Y tú?

Efectivamente. Aquello era algo que no nos cuadraba a ninguno.

—Habéis montado una fiesta de Halloween sin mí y, encima, tengo que estar contento de que no me hayáis invitado. —A Laura no le hizo gracia. A mí, tampoco—. Abrazó a su hermana y no la soltó. La mantuvo rodeada por la cintura y volvió a evaluarme antes de dirigirse a mí. Se mascaba el ambiente enrarecido para todos. Levantó su mano, a modo de saludo, para interpelarme—. ¿Qué tal, tío?

No respondí y eso le perturbó mucho más. Pero ya estaba harto y apenas podía mantener a raya mi malestar.

—¿Pero tú no tienes que trabajar el lunes? —preguntó Laura.

—Sí. Pero había que venir a echar una mano, ¿no? Me bajo el domingo y el miércoles volveré a subir, cuando coja las vacaciones.

—¿Y mis sobrinos?

—He pasado por Gijón y los he dejado en casa de papá y mamá.

—Alonso…

—Ya, Laura. Pero no me los podía traer aquí arriba. Además, venían todos meándose porque no he parado desde que salimos de Madrid. —La acarició la espalda—. Tranquila, a papá y a mamá les va a venir bien después de todo lo que ha pasado. Incluso a la tía. Se ha puesto a hacer macarrones con salchichas, mientras yo les instalaba la Play. No te preocupes. Van a estar bien. Todos. Ya lo verás. —Buscó su mirada y la sonrió de lado—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Su respuesta dijo mucho.

—¿Podemos irnos ya?

—Sí, claro.

Alonso llevó sus ojos hacia mí y yo los dirigí hacia Laura. Pero ella no me dispensó ni con una mísera mirada.

—¿Puedo ir contigo? —le preguntó a su hermano.

Aquello acabó con la poca serenidad que me quedaba. Laura me cerraba las puertas, tal y como había hecho desde el primer día que nos habíamos reencontrado. Y, sinceramente, ya no me quedaban fuerzas para golpear de nuevo en ellas. Tiré la toalla y creo que solo lo hice por todo lo que llevábamos encima. Lo único que me llegaba era su constante reclamo para que me alejase y ya no podía más. Así que, con la rabia y la frustración ahogándome, le otorgué lo que quería. Me di la vuelta y me encaminé hacia mi coche.

—¡Nos vemos ahora! —escuché a Alonso a mi espalda.

Pero no le contesté. Me monté en el BMW, encendí el motor y subí por la calzada para dar la vuelta en un tramo más ancho. Bajé de nuevo el puente y me coloqué en el Stop de salida a la carretera. Alonso me miró antes de salir a ella, me sonrió con tensión y emprendió el camino a la Casona. No le seguí. Tomé la dirección contraria y me bajé a Gijón.

40
LAURA

—¿Míkel no estaba durmiendo en la Casona?

—Sí —respondí extrañada.

Alonso llevó sus ojos al retrovisor.

—Pues, no viene.

—¿Cómo que no viene?

—Que no viene —repitió.

Miré por el retrovisor de mi derecha.

—Llamar a Míkel —ordenó mi hermano. La voz mecánica del manos libres respondió a su demanda: «Llamando a Míkel» y el primer tono se abrió paso—. No te preocupes. Seguro que se ha quedado más atrás… —Pero, después del segundo tono, la llamada se cortó. Volví mis ojos hacia Alonso cada vez más turbada. Le había colgado. Él le quitó hierro enseguida—. La cobertura, Laura. Seguro que es eso. Esta zona siempre da problemas. Más arriba, seguro que funciona mejor.

Pero no funcionó. Alonso lo intentó dos veces antes de entrar a la Casona y, en ambas, recibió la misma respuesta. Dos horas más tarde, cuando ya había transcurrido el tiempo suficiente para que llegase a su casa, lo intenté yo. Los tonos se sucedieron sin que Míkel contestara. Y eso me deshizo. Empecé a temer que le hubiese sucedido algo. Lo intenté una segunda vez y una tercera. Y terminé enviándole un mensaje de WhatsApp.

Laura:
«Dime que estás bien, por favor».

No lo hizo. Aunque el doble check azul me dejó claras dos cosas: que seguía vivo y que, por mucho que lo intentase, Míkel me había cerrado las puertas y no me las iba a abrir más.

Me convencí de ello cuando al día siguiente siguió sin aparecer ni responder a las llamadas de Alonso. Yo ya no lo intenté. Decidí no molestarle más y darle lo que quería, lo que yo misma necesitaba y le había pedido: distancia. Aunque no tenía muy claro si esa situación revertiría en algún momento.

—¿Qué ha pasado con Míkel? —me preguntó mi cuñada ese domingo por la mañana.

Mi hermano no lo hizo en todo el tiempo que compartimos. Él sospechaba lo que podía estar sucediendo, pero prefirió enviarla a ella para averiguarlo. Si no has sembrado la confianza cuando debías, no puedes esperar que broten las palabras ni que te abran el corazón. Ni siquiera lo hice con Emma, aunque sí terminé rompiéndome en sus brazos.

Los días fueron transcurriendo con la constante demanda por parte de los miembros de mi familia sobre qué había pasado con Míkel y por qué se había ido. Comenzó mi tía ese mismo domingo por la tarde. Había subido a Covadonga a cambiar el Maserati por la furgoneta familiar. Con los críos en casa, no había otra forma de poder moverse.

—Entonces, ¿yo me bajo a Madrid en el Maserati?

—Mira, sobrino, conducirás mi coche cuando yo me haga socia del Athletic de Bilbao y

ponga una foto en el fondo de pantalla de mi iPhone de Iñaki Williams sobre la de Míkel Aramburu. Y, hablando de Míkel, ¿dónde está Pelayitxu?

El silencio que se mascó nos descubrió sin velas. Miré a Emma y mi cuñada me observó con preocupación. Se me llenaron los ojos de lágrimas y, cuando mi tía clavó su atención sobre mí, decidí esconderme abriendo la puerta de la nevera. Terminó respondiendo Alonso.

—Trabajando.

—¿Trabajando? Pero si no tenía que volver hasta mañana lunes.

—Ya, pero con lo del cadáver del niño, se ha bajado a Oviedo, a ver qué pasa.

—¿Pero no había venido hoy la Guardia Civil otra vez a hablar con vosotros y a desprecintar?

—Sí, pero él se ha bajado a… otras cosas de la investigación, tía. ¡Yo qué sé! Mejor, ni meternos. ¡Déjale! Que haga lo que crea oportuno y ya está.

Mi tía no se creyó nada de lo que Alonso le dijo. De hecho, se hizo la remolona hasta que él decidió irse a Madrid. Esperó a que Emma saliese con mi hermano a la calle para despedirse y, entonces, me cogió por banda.

—¿Qué ha pasado con Pelayitxu?

Ni siquiera daba opción a la duda. Sabía que había habido problemas. Y mi reacción se lo corroboró. Bajé los ojos y le respondí esquiva.

—Nada, tía. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tienes los ojos tan inflamados como dos manzanas Royal.

—La alergia.

—Y las lágrimas, sobrina. Que a mí no me engañas. Te conozco desde chica. Tú has llorado. Y mucho.

—Por todo lo que ha pasado con el descubriendo del cadáver...

—Y por eso te desmoronas cuando he preguntado por Pelayitxu.

—Que no, tía. ¡Qué cosas dices!

—Lo que quieras sobrina. A la que baje, voy a llamarlo y que él me diga. ¿Mejor te parece?

—Tía —le advertí.

Y eso terminó por confirmarle sus sospechas. Se acabó su café sin dejar de evaluarme en absoluto silencio. Después, vino hacia mí. Me abrazó, dejó un beso en mi frente y me recordó:

—Aquí me tienes *pitxin*, para cuando quieras.

No todos fueron igual de comprensivos.

—¡Te lo dije! —me acusó Cova con su dedo índice, cuando estábamos tomándonos unas cervezas en el restaurante *El Merendero*.

Se subieron a verme el mismo día que llegaron de Ibiza.

—Cova, para —la intentó frenar Lucía mientras me cogía de la mano.

Pero frenar los arrebatos de Cova era como intentar evitar un asteroide que viniese directo contra la Tierra. Y por allí no había rastro de Bruce Willis para lograrlo.

—Pero es que, encima, estás mucho peor.

—¡No estoy peor!

—Sí, Laura. Estás mucho peor. No has parado de llorar en ningún momento desde que nos has empezado a contar lo que ha pasado estos días. Y, encima, no te lo has follado.

—¡Cova! ¡Joder!

—Lo único positivo que podías sacar de él y ni siquiera lo has disfrutado. —Y cambió de tema radicalmente—. Bueno, ¿cuándo hacemos la sesión de güija?

—Nunca —respondí categórica.

—Tenemos que confirmar que Arturito se ha ido.

—Se ha ido.

—¿Y cómo estás tan segura?

Porque ya todo había desaparecido. Porque, después de descubrir el cadáver, ya no hubo más inquietud, ya no hubo más ruidos extraños, ya no hubo más llamadas y, sobre todo, dejé de sentirlo cerca. De hecho, llegué a dormir una noche en la habitación número uno, quizá tratando de volver a sentir esa inquietud que antes me asediaba. No la hubo. Pero sí crecieron las dudas, las preguntas y el desasosiego de por qué murió ahí, solo y sin que nadie lo descubriera en tantas décadas; por qué tapiaron esa pared sabiendo que había una habitación arriba. Pero, también, por la convulsión que había sufrido mi propia comprensión del mundo. Quizá fuera verdad lo que dijo Míkel; que todo fue fruto de la casualidad y de la sugestión que yo misma arrastraba. Nunca pude confirmarlo, ni por un lado ni por otro. Y esa duda me acompañó el resto de mi vida.

Mi abuelo vino a generar muchas más incertidumbre a todo aquello y a aumentar mi turbación. Aunque no solo por Arturito.

Aprovechando que mis padres estaban mucho mejor, el viernes, mi tía decidió que había que merendar todos juntos. Me llamó para avisar y, después, se los cargó a todos en la furgoneta y se los subió a Covadonga. Amelia se quedó al frente de la Casona.

Me adelanté a su llegada y me bajé a por mi abuelo en el Chevrolet. Pero antes de recogerle, aproveché para pasarle la ITV en la estación que había en La Parcela. Fui incapaz de evitar que me atizara el recuerdo de Míkel hace días, pidiéndome las llaves del coche y de su beso de despedida. Su remembranza aumentó mi sensación de pérdida y me hizo sentirme aún más turbada de lo que ya estaba.

—¡Pare, señora! ¡Pare! ¡Pare!

—Pero ¿no me dijo que acelerase al máximo?

—Sí, y también que parase. Pero eso me da que no lo ha escuchado.

Pues no. Pero salí con la pegatina.

Cuando volví, me detuve en Villanueva delante de la casa de mi abuelo. Llamé a la puerta, esperé, pero no me abrió. Golpeé de nuevo, pero seguí sin encontrar respuesta. Saqué mi teléfono del bolso y lo llamé.

Un tono.

Otro tono.

Y otro más.

Y otro.

Descolgó y se coló un impresionante ruido de fondo.

—¿Abuelo?

—Sí, *equí toi*.

—¿Dónde?

—*Na tabierna* de Pablo.

Me armé de paciencia.

—Abuelo, ¿yo no te dije que iba a venir a buscarte a las seis y media para merendar todos juntos?

—¿*Yá* son *los* seis y media?

—Sí, abuelo.

—*Ye que m'enguedeyé*.

—¿Que te enredaste? Ya. Claro, jugando al mus, ¿verdad?

—Non, Laurina. *Ye que Pelayín convidónos* a unos vinos.

El corazón me golpeó hasta la garganta.

—¿Pelayín?

—Sí.

—¿Pelayín Míkel?

—Claro. ¿Quién si *non*? —Mi respiración se entrecortó—. *Vieno preguntar nos pol neñu qu'atoparon na Casona. Vieno cola* novia. —Se me paró el mundo—. Ah, que no eres la novia. *¿Y qué yes, maya?*

Y la voz de Loles se coló por el teléfono de mi abuelo con un calmado «Soy su compañera de trabajo».

Por lo visto, Míkel y Loles se habían presentado en la taberna donde la mayoría de los viejos del lugar acudían. Estaban intentando ayudar en la investigación de forma a paralela a quienes la estaban llevando a cabo. Buscaban a alguien que pudiese darles alguna información o que hubiese escuchado algo en su infancia sobre un niño que muriese a temprana edad en aquella zona. Y los ancianos, con sus ganas de salir de la rutina, bajaron sus cartas, apartaron sus fichas de dominó y se mostraron muy dispuestos a la charla en grupo. De hecho, montaron una tertulia en toda regla.

Aquel día, pisé el acelerador del Chevrolet como su motor no recordaba desde hacía décadas. Cinco kilómetros me separaban de él. Cinco kilómetros que iba a cubrir en el menor tiempo posible. No podía desaprovechar esa oportunidad de volver a verlo. No me quedaba otra, después de que me hubiese cerrado las puertas de su teléfono.

Solté el Chevrolet frente a la puerta de la taberna. El BMW de Míkel estaba aparcado varios metros más adelante. Me sonreí esperanzada. Salí a la carrera y me tiré hacia la puerta del establecimiento. Entré y me topé con ocho abuelos del lugar, sentados alrededor de dos mesas que habían unido, y a Loles con ellos. Pero Míkel no estaba. Desconcertada, tomé aire y pasé una mano por mi pelo para tratar de calmarme.

Varias voces se alzaron para saludarme.

—¡Mira! ¡Si es la Laurina!

—¡Pero cuántos años sin verte!

—¿Esta *ye la to* nieta, Bras?

—¡Cómo ha crecido!

—¡Pero qué guapa!

Respondí a todos con sonrisas, mientras mi mente bramaba:

«¿¡Dónde está Míkel!? ¿¡Dónde demonios está!? Por Dios, me va a dar algo como no salga. ¿¡Dónde leches se ha metido!? ¿Aquí? ¿Allí? ¡¡Dónde!!».

—Hola, Laura.

Esa era Loles, que se había levantado de su asiento para saludarme, abrazarme y darme un beso en la mejilla al que, por cierto, ni fui consciente de responder.

«¡Dime donde está! ¿¡Dónde estáá!? ¡Tú tienes que saberlo!».

—¿Qué tal, Loles? ¿Qué… qué estáis haciendo por aquí?

—Ayudar un poco a los compañeros que se encargan de la investigación en el caso del niño.

—¿Y eso?

«¿Dónde está Míkel? ¡Dímelo! ¡Dímelo! ¡¡¡Dímelo!!!».

—No tenemos mucho. —Y soltó una carcajada seca—. Bueno, en realidad, no tenemos nada. Es como si nunca hubiera existido.

—Ya.

«Pero ¿¡¡¡dónde está Míkeeeeel!!!?».

Giré mi rostro por decimoctava vez hacia la ventana que daba a la calle.

—¿Y tú? ¿Qué tal estás? —Y llevó su brazo al mío para dejar una suave caricia que me chirrió muchísimo.

«Te lo ha contado».

—Estoy. Dejémoslo ahí.

—*Bonu, pos yá toi llistu*. —La rapidez de mi abuelo en prepararse me sentó como una patada en la boca—. Vamos, que tenemos *priesa*.

—No tanta, abuelo. No tanta…

—Que sí, que sí. Que después, si *non*, tu madre me regaña.

—Tu tranquilo, abuelo, que me encargo yo de que no lo haga.

Pero enlazó su brazo al mío y tiró de mí.

—Vamos, Laurina. Adiós.

Volvió a tirar, pero me resistí. Mandé a freír monas mi postureo de «Míkel me importa un bledo» y sucumbí a la desesperación.

—Y… oye, Loles… Esto… ¿Dónde…? ¿Dónde está Míkel?

—Está fuera, hablando por teléfono.

Me animé como nunca a seguir a mi abuelo a la calle. Aunque esas ganas se esfumaron de golpe, cuando él mismo me dijo:

—*Llamólu*, la exmujer. La Aitana.

Jarro de agua fría.

A ella, a pesar de todo, le seguía cogiendo el teléfono. A mí, no.

El botón de la rabia se puso en modo 'ON' y acabó diluyendo cualquier emoción sana que pudiese albergar. De mí brotó el marasmo de furia y cabreo más irracional que pudiese haber. Espera. ¿«Irracional» he dicho? No, no, no. ¡Mi furia estaba más justificada que el Desembarco de Normandía!

Mantuve mi sonrisa como pude y decidí salir de allí cuanto antes. Porque, como lo viera, me lo comía. Y no precisamente a besos.

—¡Ale, pues nos vamos! Venga, *güelino*. ¡Hasta otro día!

Nos dimos la vuelta y enfilamos los pocos metros que había hacia la puerta. Salimos y, cual suricato, oteé la calle en busca de Míkel. No lo encontré. Ayudé a mi abuelo a montar en el asiento del copiloto. Después, volví al otro lado y me puse al volante.

Fue, entonces, cuando apareció. Lo vi salir de la esquina de unas casas más allá de la taberna. Estaba serio. Cargaba con un aspecto sombrío, aunque jodidamente arrebatador. Vi temblar las defensas que me había brindado mi cabreo. Se convulsionaron presas del deseo que me generó su irresistible imagen y los recuerdos; los malditos recuerdos de su ternura y su cariño. Me lo reproché. Mucho. Pero no me sirvió de nada.

Míkel iba centrado en la pantalla del teléfono. Cuando levantó la mirada, sus ojos se encontraron con el Chevrolet y, de inmediato, buscó los míos. Percibí la sorpresa, la duda y, sobre todo, el desconcierto que le asaltó y que le llevó a frenar levemente el ritmo de sus pasos.

Pero, en cuanto volvió a enfilar hacia mí, lo hizo con seguridad. Le clavé la mirada con todo el odio que albergaba dentro. Giré la llave del Chevrolet, metí primera y salí haciendo rueda.

—¡Laurina! —se quejó mi *güelu*.

Se agarró al tirador del techo que había sobre la ventanilla y suspiró cuando seguí acelerando.

41
LAURA

Me mantuve en silencio todo el camino hacia Covadonga. De fondo, *AC/DC* en estado puro. No lo puse yo. Ya lo tenía mi abuelo metido dentro del radiocasete del coche. Lo iniciamos con el puntilleo de guitarra de "Thunderstruck". Pero, después de las descargas atronadoras, mi abuelo comenzó a hablar y mi cabreo fue sustituido por otra emoción, la de la preocupación por Arturito.

No tenían nada y por eso Míkel y Loles se habían acercado a hablar con los más viejos de la zona, aunque estos tampoco habían podido arrojar nada de luz. Lo único que había conseguido averiguar la investigación era la fecha aproximada del óbito.

—Principios del *sieglu* XX.

—¿Cómo de principios? ¿La década de los diez, de los veinte…?

—*Pos nun* sé.

Los restos eran insuficientes para poder arrojar resultados sobre la razón de la muerte. Habían tirado de archivo en busca de los propietarios anteriores, pero los que vendieron la casa a mis padres la habían heredado de los suyos. Y estos, a su vez, la habían comprado, apalabrándola y sin llevar a cabo una escritura fehaciente ante notario. Eran otros tiempos.

—*Les coses, entós, faíense asina*.

—Ya, ya sé que antes se hacían así, *güelu*. Entonces, ¿no se sabe el nombre de los que vivían allí en esa época? ¿Y nadie recuerda nada?

—*Non*.

—¿Dónde están mirando? —Se encogió de hombros y yo mascullé—. Tiene que mirar en el Archivo Histórico de Asturias. Ahí están los catastros antiguos, las delimitaciones y seguro que hay alguna cuestión de linderos. Siempre hay líos con las lindes. O, quizá, haya algún contrato, reparación o licencia que pueda dar alguna pista.

—¿Y por qué *nun* vas tú?

Pues hubiera ido, pero yo no era *poli*. Era historiadora. Y a los historiadores no nos hace caso ni Dios.

—Si no consiguen sacar nada, a lo mejor me acerco un día y echo un vistazo.

No es que me las dé de lista. Es que llevo media vida trabajando en Archivos. Y, aunque nunca sabes qué puedes encontrar, lo que sí tengo claro es qué tipo de documentos hay y dónde hay que apuntar para encontrar una información que te sirva de algo. Hay veces que no es necesario encontrar una escritura para hallar un nombre. Hay muchos más documentos que nos dan esa información.

Cuando llegamos a Covadonga y nos sentamos en la terraza exterior de *El Merendero*, mi madre preguntó lo que ya rondaba mi cabeza desde hacía varios días.

—Entonces, ¿qué van a hacer con el niño?

—Lo tirarán al *huesario* —soltó Alonso con desinterés.

Le reprendí.

—El osario, no el *huesario*. ¡Y no se tira! Se depositan los restos.

—No podemos dejar que lo echen ahí —resolvió mi madre apurada—. Es un niño.

—En realidad, lo fue. Ahora es solo una cabeza y dientes.

—¡Alonso! —le regañó mi madre. Y le soltó un pescotazo que le hizo soltar el móvil que sostenía entre las manos. Como si tuviera diez años. Igual.

—*Honey*, te quiero mucho, pero a '*veses*' eres un…

—Miserable emocional —finalicé yo.

—Lo que queráis —siguió él. Y perdió la mirada más allá, hacia la explanada de los puestos de souvenirs, donde jugaban mis sobrinos.

—Quizá deberíamos pagar el entierro —propuso mi padre. Y esa idea, sin saber por qué, me llenó de paz—. Ahora, si eso, subo a la Basílica y hablo con uno de los sacristanes. A ver cómo suelen actuar en un caso así.

—¿Y Pelayín, Laura? ¿Le dijiste que subiera cuando terminara? ¿Que estábamos aquí?

Me sentí invadida por todas las miradas.

—Pues… no.

Mi madre me sancionó y mi abuelo terminó de hundirme con una risilla nerviosa.

—Salió disparada en cuanto *ver pela* esquina.

—¡Abuelo!

—¡Laura! —me reprendieron mi padre, mi madre y mi tía al mismo tiempo.

Y, directamente, mi madre me achacó una responsabilidad que, por supuesto, no tenía. Al menos, yo sola.

—¿¡Pero se puede saber qué le has hecho a Pelayín!?

—¿Cómo? —resoplé con un pie dentro del cabreo—. ¿Que qué le he hecho yo? ¿A qué viene eso, madre?

—Pues claro que sí, Laura. El sábado se fue de la Casona y no ha vuelto, a pesar de que Alonso ha venido. Y todas sus cosas están ahí abajo. Y no me ha llamado en seis días. ¡Seis días! Y eso él no me lo hace. Vosotros dos, sí. Pero mi Pelayín, no.

Os lo dije. Mi madre funcionaba con Míkel como si fuese su hijo predilecto. Estaba casi segura de que le preparaba *tuppers* de *fabes* todas las semanas.

—¿Y se puede saber por qué tengo yo la culpa, mamá? ¿Me puedes explicar por qué razón te pones del lado de Míkel sin ni siquiera saber qué ha pasado?

—¿Y qué ha pasado, hija? —intercedió mi padre más paciente.

Pero le ignoré y seguí increpando a mi progenitora.

—Si quieres que venga, llámalo tú misma. Que seguro que a ti te coge el teléfono.

—Laura… —escuché a Emma.

—Hija… —siguió mi padre.

—*Elkarrizketarik gabeko maitasunak dira min gehien egiten dutenak*[10].

Mis años en Donosti me dieron un nivel bajísimo de euskera. Pero, las tres palabras que entendí me ayudaron a sospechar por dónde iba mi tía.

—¡No me toques más las narices, *izeba*!

—¿Qué has dicho, Tere?

—Nada, hermano.

—Por Dios…

—Vamos a ver qué pasa —propuso mi padre. Y sacó su teléfono móvil del bolsillo.

Pero se adelantó mi madre con aire muy compungido.

—Ya lo llamo yo, Samuel. —Me encañonó con sus ojos—. Y le voy a decir que venga.

—Pues muy bien.

Me levanté y me fui con mis sobrinos.

No subió. Según le dijo a mi madre, ya estaba de camino a Gijón. Pero prometió ir a verla al día siguiente a su casa. Y fue. Por supuesto que fue. Y se pasó la tarde jugando a la Play con mis sobrinos, mientras Emma, Alonso y yo estuvimos en la Casona. De hecho, cuando hablé con mi madre por teléfono estaba exultante; ella y todos los críos, que por fin habían visto al *tío* Míkel.

—¡Qué harta estoy, Cova! ¡Qué harta estoy!

—Ya me lo imagino, amiga.

—Necesitaría salir una noche para quitarme de todo esto de encima.

—Estamos a miércoles y mañana trabajamos. Pero sabes que contigo a muerte. Si lo necesitas, nos vemos. Siempre nos quedará el quitaojeras del *Mercadona*.

—Qué bueno es, ¿verdad?

—Ya te digo.

—Pero no. Prefiero que pase todo. Mañana es el entierro y, después, ya está. ¡Dios! No puedo quitarme de la cabeza lo que pudo sufrir ese pequeño… —Y, como en las anteriores ocasiones, sentí que me quebraba por dentro y un vacío me sepultaba hasta el alma. Aquel dolor difícilmente desaparecería de mi vida—. No sé ni qué hacer por él.

—Yo creo que ya has hecho lo que necesitaba: que se supiera. Y, al menos, le vais a ofrecer una dignidad en el enterramiento que ni sus familiares le dieron.

—¡Ay! ¡Cova! ¡Vete tú a saber! A lo mejor, ni lo encerraron ahí a conciencia. Puede que su madre, o quien lo tuviese a cargo, tuviese un accidente y él se quedó ahí, sin poder salir, o… No sé…

Pero ninguna hipótesis me devolvía ningún consuelo ante el terrible padecimiento que podía haber sufrido ese crío. No sabía si alguna vez llegaríamos a conocer algo, aunque tampoco tenía muy claro que la información que se pudiese aportar fuese a ser menos lesiva.

—¿Cómo están tus padres de la operación?

—Están cada vez mejor. Así que solo me queda este último esfuerzo.

—Un último esfuerzo muy, pero que muy grande.

—Digno de un Triatlón emocional en toda regla.

—¿Y qué tal llevas tener que verlo mañana?

Me hice la tonta.

—¿A quién?

—A Míkel.

—¡Ah! Pues bien. No creo que venga. Tendrá que trabajar. No ves que es a las doce.

—¿Y si va?

—Él pasará de mí y yo pasaré de él. Ya lo hemos vivido antes. Durante diez años.

El tono tuvo que ser tan demoledor que incluso a Cova se le removió algo por dentro.

—¿Quieres que me suba y pase la noche contigo?

—¡Anda ya! ¿Pero qué me estás contando? Estoy perfectamente.

Perfectamente, hecha mierda.

Y encima yo, que siempre he sido muy de superar mis límites, me dejé caer de cabeza en una piscina de detritos. Hice lo que debería haber evitado. Fantaseé con ese ansiado reencuentro en mi cabeza justo antes de entrar en mi sueño. Y eso fue mi perdición.

Esa misma noche, volví a soñar con él. No fue como en las anteriores ocasiones. Esa vez fue más destructiva. Míkel caminaba y yo lo seguía, y lo seguía y lo seguía. Pero, por más que lo llamaba, él no se detenía ni volvía sus ojos hacia mí. Y cada vez me costaba más alcanzarlo hasta que la distancia fue tan grande que lo perdí para siempre.

*****

La amígdala es, a veces, un rollo. Vale que tiene una función muy molona y muy determinante, la de procesar y almacenar reacciones emocionales que atienden, directamente, a la supervivencia básica del individuo. Casi nada, ¿verdad? Es la *Securitas Direct* del sistema límbico. Funciona, además, en plan Síndrome de Diógenes. No tira nada. Desde hace milenios, lleva almacenando información sobre el peligro que corremos y la pasa a través del ADN. Es muy lista. Por eso, cuando ve el peligro acechar, se pone en marcha. No hace falta que se tire nadie a tu yugular. Con una simple mirada o con un gesto, es capaz de leer la amenaza y evaluar el riesgo. Y, si considera que hay que salir por patas, se pone a dar órdenes al resto y no hay nada más que se focalice a nivel consciente.

Pues cuando finalizó la ceremonia y el posterior enterramiento de los restos del pequeño, aunque estaba deshecha, turbada y perdida, mi amígdala me gritó que huyera. El peligro me acechaba.

—¿Dónde está Pelayín? —demandó mi madre con voz lenta y cavernaria.

Me clavó la mirada y los puñales, si hubiese podido. Ya, sin decirme nada, me estaba haciendo responsable de que él no hubiera asistido ni a la misa de réquiem ni al entierro.

Mi padre, que se lo veía venir, trató de evitar que se lanzara a por mí en un nuevo asalto.

—Pues trabajando, mujer. A lo mejor no ha podido pedir el día libre.

—Me dijo que vendría y que comería con nosotros. —Y, de nuevo, me clavó sus ojos como una asesina en serie.

—Se habrá liado, Elena. A lo mejor ha pasado algo grave y le han necesitado.

Vuelta a mirarme con ansias de despedazarme. Me di la vuelta y me dispuse a largarme echando leches; como una gacela con los ojos de la leona sobre su cuello. Tal cual. Di un primer paso, pero la voz de mi hermano me congeló la escapada.

—No está trabajando, papá. Lleva dos días de vacaciones.

—¡Ya se ha ido a ver los volcanes a Disneylandia!

—A Islandia, mamá. ¡A Islandia! Y no. Se iba el jueves de la semana que viene. Está en Gijón.

—¿Y por qué no ha venido?

—Pues no lo sé, mamá. No lo sé. —Y lo repitió sombrío, apesadumbrado, con el rostro cargado de muchísimo malestar y una tristeza que apenas pudo contener.

No en vano, llevábamos nueve días ya sin saber nada de Míkel, salvo por lo que mis padres hablaban con él. Y eso no solo me estaba pasando factura a mí. También había hecho mella en mi hermano. Sabía que él lo había intentado todos los días desde ese sábado en que Míkel se fue. Y, día tras día, había recibido la misma respuesta. No me lo había dicho directamente, pero había percibido su decadencia emocional a cada día que pasaba. Cuando me armé de valor y le pregunté a Emma, ella me lo corroboró.

Yo no había vuelto a intentarlo después de ese primer día. Y quizá ese había sido el problema.

«Y salir haciendo rueda con el Chevrolet, también».

Estábamos volviendo a caer en la misma dinámica de diez años atrás. Y por nada del mundo quería eso. Me sentía cada vez más consumida por esa situación. Míkel y yo teníamos nuestras diferencias. Pero si de una cosa me arrepentí en todos esos años fue de no hacer más.

No quería perderlo de nuevo. Sabía cómo era Míkel y que su orgullo, al igual que el mío, podía llegar a cegarle, pero tampoco podía seguir sin hacer nada. Sabía las consecuencias. Ya las había sufrido y me habían torturado durante años. Solo me quedaba una opción: ir directamente a

un encuentro, obligarle a encarar la situación y tratar de llegar a un equilibrio que, al menos, nos permitiese vivir sin la tensión dañina que nos azotó antaño. Debía intentarlo. Y si Míkel me mandaba a freír monas, lo asumiría y aprendería a vivir con ello.

42
MÍKEL

Siempre me ha liberado correr. Quizá es por el esfuerzo que supone ponerte en marcha o, incluso, por el agotamiento que te puede azotar antes de terminar. El hecho de conseguir llegar a la meta me refuerza y me hace sentir que puedo con todo. Aunque no es solo eso. Al correr, suelo sumergirme en un nivel de concentración tan alto que todo a mi alrededor desaparece: el estrés, las preocupaciones diarias, los problemas rumiantes… Desbloquea mis parálisis o cualquier obstrucción que no me permita visualizar la salida a los problemas. De hecho, consigo olvidarme momentáneamente de ellos e, incluso, muchos quedan relativizados cuando termino.

Sin embargo, no sucedió nada de eso durante aquellos días. Laura no se me fue de la cabeza en ningún momento durante mi rutina de ejercicio. Pero tampoco durante la jornada de trabajo, ni en cada ida y venida a casa, ni tomando un maldito café, ni charlando con otros, ni comiendo, ni cenando, ni en mis momentos de ocio, ni, por supuesto, durante mi vigilia. Porque en eso se convirtió cada una de mis noches, en una constante y reiterada lucha por alcanzar ese sueño que me eludía; por sortear el recuerdo de esos ojos anegados; por evitar su mirada herida; por huir de sus reproches; por asumir la evidencia de que Laura no me quería en su vida.

Por esa razón, cuando subí el *Camín* de la Fontica, en dirección a mi casa, frené mi carrera y lo hice caminando. Estaba agotado, pero no por el esfuerzo físico, sino porque mi propio corazón pesaba tanto que ya me resultaba imposible cargar con él.

Laura me contó una vez que los egipcios, cuando morían, debían someterse al *Juicio de Osiris*. Consistía en colocar tu corazón en una balanza. Al otro lado, el dios depositaba la pluma de la Justicia. Si eras un buen hombre, tu corazón debía equilibrarse con la pluma. Si pesaba más era porque no habías sido justo en vida. Y así, efectivamente, me sentía yo. Mi corazón se había convertido en una losa imposible de mover que me dañaba por dentro y me asfixiaba con su dureza.

Porque, por mucho que me repetía que eso era lo que Laura quería, sabía que no debía haber impuesto ese distanciamiento. No había actuado bien desde el primer día que me bajé a Gijón. Me había afanado en encontrar un paréntesis en todo lo que estaba sucediendo y sin atender a nada más. Ella me lo había pedido. En parte, yo también lo necesitaba. Pero su mensaje de esa primera noche… Nunca debí ignorarlo. Tenía muy claro que aquello iba a traerme consecuencias.

Mi actitud estaba generando un daño mayor. Y, a esas alturas, ya no sabía si volver a verla e intentar un nuevo acercamiento sería lo más beneficioso para ella. Conocía a Laura y sabía que, cuando odiaba a alguien, lo quería lejos. Lo desterraba de su vida y no volvía a abrirle la puerta jamás. Yo había cruzado esa frontera hacía tiempo, pero en esos últimos días había creído que ella me volvería a permitir la entrada a su mundo. Sus besos, sus caricias, sus miradas, su predisposición me habían cegado y olvidé que la atracción no conlleva necesariamente amor, ni mucho menos perdón.

Hace diez años acaricié un sueño que no estaba destinado para mí. Ella me lo dio todo esa noche y yo no tuve el valor de luchar para alcanzar el día a su lado. Me sentencié de por vida y acabé con lo que pudo ser. Fui el responsable de esa bola de nieve que se desprendió montaña

abajo. Si ahora estábamos así era únicamente por mi culpa. Había acabado con todo, con su confianza, con su cariño, con su devoción, con su lealtad. Sus ojos ya no me miraban como antaño, con esa fe ciega e inquebrantable que había depositado en mí desde muy niña. Todos los años en los que fraguamos esa unión tan mágica, se echaron a perder en el momento en que yo tomé la decisión de montarme en mi coche y desaparecer de su vida. Ahora había vuelto a hacer lo mismo, aunque con la salvedad de que, en el momento actual, yo ya no formaba parte de ella. Por mucho que hubiera creído que la realidad era distinta, yo había salido de su vida hacía ya una década.

Llegué hasta la esquina que entraba en mi calle. Lo hice cabizbajo y tratando de domar los dedos invisibles que me cerraban la garganta cuando pensaba en ella. Pasé mi mano por el pelo y elevé la mirada para cruzar a mi portal. En ese preciso momento, lo vi. Alonso estaba sentado en los dos escalones de entrada. Había apoyado los brazos en sus rodillas y daba una sensación de agotamiento extremo. Tenía la cabeza agachada y sus ojos perdidos en el asfalto.

Caminé despacio a su encuentro. Levantó su cabeza y, solo entonces, pude ver sus ojos. Cargaban con muchísima melancolía. Me puse en alerta. Pero, de inmediato, modificó sus facciones. Aligeró la rigidez de sus rasgos y me sonrió con suavidad.

—Hola —susurré.

Durante aquellos días, Alonso no había dejado de llamarme cada noche, pero yo no le había cogido el teléfono. Él sabía por qué. Entre nosotros no había necesidad de explicaciones. Nos conocíamos. Sin embargo, ahora mismo, eso también me pesaba demasiado.

Se levantó despacio de su asiento.

—Hola, tío. ¿Qué tal estás? ¿Vienes de correr?

—Sí. ¿Qué haces aquí, Alonso?

Se sonrió a sí mismo.

—En vista de que no me coges el teléfono, he venido a verte.

—Han sido días complicados…

—Lo sé.

Respiré profundamente. Aquella circunstancia no presagiaba nada bueno.

—¿Qué quieres, Alonso?

Y, cuando ya me estaba armando contra sus posibles reproches, me trastocó con una respuesta que no esperaba.

—He venido a pedirte perdón, Míkel. —Directo. Esa vez, no dio ningún rodeo previo. Entorné la mirada, pero lo que vino a continuación me desconcertó mucho más—. Nunca debí entrometerme entre mi hermana y tú. Nunca debí ponerte en esa encrucijada. Y creo que tengo parte de responsabilidad en lo que está sucediendo ahora mismo. —Dio un paso hacia mí hasta que se quedó prácticamente a mi altura—. Es cierto lo que me dijiste hace unos días. Nunca traté de entenderte porque… —Bajó los ojos y negó reiteradamente con la cabeza—… Ni siquiera sé por qué… —Volvió a alzar su mirada—. Pero, lo que tengo muy claro, es que Laura no podría tener a nadie mejor que tú en su vida.

—Ya es tarde para eso.

—Mi hermana te quiere, Míkel. Pero no se lo estás poniendo nada fácil.

—Laura me ha echado de su lado desde el primer día que la vi en la Casona. Y, por mucho que lo he intentado, he terminado aceptándolo. No voy a forzarla a nada que no quiera, Alonso. Yo no funciono así.

—Ayer estuvo aquí, esperándote. —Sus palabras colisionaron en mi pecho con crudeza. Tuve que tomar aire muy despacio—. Se pasó toda la mañana. Estuvo sentada en tu portal hasta

el mediodía, pero no apareciste.

Desvié mis ojos con pesar y mi mandíbula se tensó sólo de imaginarla allí.

—Ayer salí muy temprano de casa y no volví hasta la noche.

—Te hubiera llamado, pero no le coges el teléfono, así que ni lo intentó. —Y me lanzó sin velos la información más acuciante—. Se va pasado mañana.

—¿Adónde?

—A Copenhague. Nos ha dicho que anteayer la llamaron por la noche. Le ha surgido un problema de trabajo; un congreso, la semana que viene. Por lo visto, uno de los ponentes no puede ir y le han pedido que asista ella. Dice que se va antes porque aquí no puede trabajar. Sinceramente, Míkel, no me trago nada de lo que ha dicho. Creo que solo es una excusa para largarse cuanto antes porque no puede más. Está destrozada por todo; por lo que ha pasado contigo, por lo del crío de la buhardilla, y solo quiere huir. —Dio otro paso y buscó una mayor intimidad—. Míkel, no quiero perderte otra vez.

—No vas a perderme…

—Y Laura, tampoco. Aunque ahora creas que no quiere volver a verte, no es verdad. Pero me temo que vuestra relación termine mal si ella se va ahora, sin que ni siquiera podáis veros una última vez. Te conozco a ti, pero también sé cómo es mi hermana. Y tengo muy claro que, si coge ese avión sin que, al menos, crucéis unas palabras, cuando vuelvas a verla ya no habrá nada que puedas hacer.

Me separé de él.

—La he dado lo que quería. Distancia.

—Entonces, ¿qué? ¿Ibas a desaparecer para siempre?

—No. Pero eso fue lo que ella me pidió.

Dejé escapar el aire con fuerza.

—Míkel, conozco a mi hermana. Y tú la conoces, incluso, mejor que yo. Sabes lo testaruda que puede llegar a ser. Pero, también, te conozco a ti. Y sé que, muchas veces, te ciega el orgullo.

—No con ella. Te aseguro que no se trata de eso.

—Sé que tú también estás destrozado. Y, de veras, no tienes por qué explicarme nada. Entiendo que, a veces, actuamos de forma contradictoria más por dolor que por la propia cabeza. Pero eso no es asunto mío. Eso es algo que solo os compete a mi hermana y a ti. Yo solo he venido a exponerte lo que pasa. Puedes hacer lo que quieras, Míkel. Yo no soy quién para decirte cómo debes actuar. Ni siquiera sé lo que ha pasado exactamente, ni el lugar que quieres que Laura ocupe en el futuro.

—Claro que lo sabes, Alonso.

—Puedo imaginarlo —precisó—. Pero, si quieres seguir teniendo a Laura en tu vida, al menos como amiga, debes dar un paso. —Llevó su mano a mi hombro—. Ella ya lo dio el sábado, cuando te fuiste, y ayer al venir aquí. No va a volver a hacerlo más, Míkel. Lo sabes. Es ahora o nunca. —Después, me explicó—: Mis padres llevan desde ayer en la Casona con mi tía. Y Laura, Emma y yo nos hemos bajado a Gijón con los críos. Mañana íbamos a comer todos juntos y, después, cuando mis padres y mi tía vuelvan, iremos a la playa, a San Lorenzo. Pasaremos toda la tarde allí y cenaremos por el barrio. —Me miró esperando una respuesta que no le di. En vista de mi mutismo, volvió a recordarme—: Piénsalo. Puede que sea tu última oportunidad.

Me mantuvo la mirada unos segundos que se alargaron de forma perentoria y terriblemente dañina. Después, rompió la distancia que nos separaba y me abrazó. No pude más. Me deshice y

me anclé a él como no recordaba; como tanto había añorado; como tanto necesitaba.

—Lo siento, Alonso —susurré.

—No tienes que sentir nada, hermano. —Y me estrechó mucho más contra su pecho—. Hagas lo que hagas, decidas lo que decidas, yo lo aceptaré. —Se separó y buscó mis ojos—. Te quiero, Míkel. Recuérdalo siempre. Solo te pido que no le hagas más daño.

—Nunca lo pretendí. Te lo juro.

Pero también sabía que hacía demasiado tiempo que había destrozado el corazón de Laura. Y ahora, por muchas explicaciones que le diera, por mucho que le jurara que solo lo había hecho porque pensaba que era lo mejor para ella, no iba a recomponerlo. Todo lo contrario. Me daba la sensación de que, aunque lo intentara eternamente, nunca conseguiría reparar esa herida que mi presencia volvía a abrir.

Sin embargo, Alonso tenía razón. No podía dejarla marchar a Copenhague sin volver a verla. Por Laura lucharía una y mil veces si ella me lo permitiera. Pero, si su felicidad residía en no amarme, lo aceptaría sin condiciones, aunque las dudas me carcomiesen al leer sus ojos; aunque la esperanza me espolease día a día al percibir su deseo cuando me tuviese cerca. A pesar de todo, tenía que armarme de estoicismo y conseguir una cosa antes de que ella se montara en ese avión: rescatar nuestra amistad del desfiladero donde se encontraba varada desde hacía años.

43
LAURA

Me impulsé, di un salto y golpeé la pelota con la palma de mi mano. Alonso intentó interceptarla. Pero no nos podíamos engañar. Mi hermano era un manta jugando al vóley.

—¡Joder, papá! ¿De verdad no has podido llegar a eso? ¡Estás viejo! —le sancionó Alex, el mayor de mis sobrinos, mientras Alonso mordía el polvo otra vez.

«Jodío niño».

Aún lo recordaba hace años, cuando todavía le adoraba e iba diciendo a todos sus amigos que su padre jugaba al fútbol mejor que Messi. Pero la adolescencia era lo que tenía. Traté de echarle una mano a mi hermano.

—No es que sea malo, Alex. Tu padre juega muy bien. Pero tu tía lo hace mejor.

Y elevé mis brazos para marcar mis bíceps inexistentes y blandengues. Mientras, Pablo y Robby, los gemelos 2.1 y 2.2, me rodeaban y apelaban a lo buenísima que era. Al mismo tiempo, Manu, el gemelo 1.1, se metía con su otro compañero de placenta, Jon, al otro lado de la red. Emma y Leo, el más pequeño de toda la progenie, ayudaron a Alonso a levantarse. Y yo aproveché para recolocarme el bikini blanco que me había puesto. Que era muy mono, sí. Con dos tirantes anchos, atados al cuello. Pero, con tanto movimiento, no dejaban de salírseme las tetas.

A ver, entendedme. No me avisaron del plan en el que iban a ir y yo tampoco había caído en que estaba rodeada de adolescentes hormonados con demasiada energía.

Había terminado aceptando ir a la playa de San Lorenzo después de que Alonso me propusiera el plan. ¿De forma libre y autónoma? Pues no. El muy mamón me había chantajeado con alegatos tales como «Apenas has visto a tus sobrinos», «No puedes irte a echarte la siesta», «Mañana te vas a Copenhague y tienes que pasar una tarde playa con ellos», «Ni siquiera sabemos cuándo nos volveremos a ver todos», «Leo te echa mucho de menos», y demás mamarrachadas que terminaron constriñéndome el corazón.

Y yo había ido, sí; pero a jugar a las cartas, en plan *tranqui*, a chapotear un poco en la orilla, porque con mis añazos aún no sabía nadar; y, también, por supuesto, a ignorar mis pensamientos rumiantes a base de seguir a todos mis sobrinos hasta la extenuación. Pero esta gente desalmada, a la que llamo familia, no me había dejado tumbarme ni un ratito. En cuanto pusimos un pie en la arena, se dedicaron a sacar cosas del bolso de Mary Poppins que portaban y a practicar todos los deportes playeros habidos y por haber. Ahí dentro, llevaban medio *Decathlon*. En serio.

Lo entiendo. Viajar con críos es lo que tiene. Y viajar con adolescentes es un hándicap más, sobre todo, si quieres hacer vida de familia fuera de las pantallas. Pero, bueno, al tener en cuenta que estos eran todos chicos, la cosa era más fácil. Con cualquier deporte que se propusiese, se picaban. Ponían en marcha su juvenil testosterona y trataban de demostrar su mini-valía frente a sus otros compañeros. Incluso el enano. Con sus seis años ya competía con sus hermanos como un igual. Cosas de la crianza en grupo, que se les pega todo.

Pero, a esas alturas, ya no sabía si estaba pasando una tarde de playa con mi familia o

entrenándome para los próximos Juegos Olímpicos. Habíamos echado un partido de futbito con unas porterías inflables de Nivea. Después de golpear a demasiadas personas y atraer todas las miradas de odio de aquellos que nos rodeaban, decidimos optar por otra alternativa menos agresiva.

Jugamos al *frisbee*, pero la cosa no salió bien. Emma, que tenía una puntería malísima, se obcecó en tirarla sobre otra familia que había allí cerca. Y, cuando dio en toda la cabeza al crío de cinco años que tenían, decidimos cerrar esa otra alternativa. Ellos también. Se marcharon con insinuaciones por lo bajo y miradas como cuchillos, a pesar de las disculpas suplicantes de mi cuñada. No se lo iba a criticar. Yo hubiera hecho lo mismo, aunque con algún exabrupto de regalo.

Seguimos con las palas. Pero las fricciones por jugar se impusieron porque solo había cuatro. Mi hermano acabó soltando una bronca a sus hijos y guardando las raquetas de madera.

Al final, acabamos montando la red plegable que habían traído en su maxi-bolso playero y echamos un partido de vóley. Y, ahí, me lucí. Armada con el espíritu de Juana Hazuki, demostré mi valía. Me había pasado mi más tierna infancia delante de la tele viendo los episodios de *Juana y Sergio*, mientras me merendaba los sándwiches de Nocilla que me hacía mi madre. Y claro, al final, naturalicé ese deporte a través de mi retina.

Años después, cuando mis padres me apuntaron en el cole, perfilé mi destreza. Aunque eso solo duró un año. Por entonces, descubrí *Bésame Licia*, otra serie *anime* con dramón romántico de trasfondo y que la echaban a la misma hora a la que yo iba a vóley. Y, claro, se impuso la única prioridad que cabía. Yo tenía que quedarme a ver ese dramón. A ver, entendedme, el protagonista masculino de *Bésame Licia* tocaba en una banda de rock, llevaba chupa de cuero y, encima, era mayor; mucho mayor que Licia. Se paseaba por los episodios con su pasado traumático a las espaldas y con un porte de macho alfa, a lo japonés, que enamoraba a cada paso. ¡Ay!

De pronto, mi sobrino Leo salió corriendo como un torpedo.

—¡¡Tío Míkel!!

«¡Qué mierdas…!».

Me giré deprisa, siguiendo la estela del enano, hasta que mis ojos se clavaron en él. El impacto que recibí fue brutal. Me paralizó y me dejó sin fuerzas. Aunque, cuando Míkel alzó sus ojos hacia mí, el golpe fue mucho más demoledor. Me secuestró en la distancia y volví a recibir otra colisión aún más dura, más desestabilizadora, y que me debilitó por completo.

Míkel se mantuvo alejado y rodeado por mis entusiasmados sobrinos que gritaban y jaleaban por su llegada. Y él, cómo no, les dispensaba con toneladas de cariño. Maldije a la providencia y a la déspota manía de las Moiras de llenar mi vida de casualidades delirantes. Pero, en el momento en que escuché a mi hermano darle la bienvenida, supe que el azar había jugado bien poco en ese encuentro.

—¡Pensaba que te habías rajado! —le gritó desde el otro lado de la red—. ¿Qué haces todavía ahí y con la camiseta puesta? ¡Vamos! ¿Ya no tienes huevos a enfrentarte a mí?

—¡Papá! Pero si eres malísimo jugando al vóley.

—Ya, pero el tío Míkel es peor que yo. —A esas alturas, mi hermano había salido de su zona de campo al encuentro y Míkel estaba llegando totalmente rodeado por su séquito personal—. ¿A que no miento?

—No —respondió Míkel con una preciosa sonrisa cubriendo todo su rostro. Después, le abrazó con vigor—. Además, hace años que no juego a esto.

Emma llegó también hasta allí y le saludó con un abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Vienes conmigo, tío Míkel?

—¡No, no, no! —se interpuso mi hermano—. Esto es un duelo en toda regla, Leo. Y tú estás en mi equipo.

—Pero yo quiero ir con el tío Míkel.

—¡He dicho que no!

—¿Y por qué no hacemos de nuevo los equipos?

Alonso miró con reproche a su hijo mayor.

—No te vas a librar de mí, Alex.

Y todos rieron al mismo tiempo. Yo no. Yo me mantuve clavada, cual estatua de sal, y a lo lejos. Estaba totalmente paralizada y no sabía cómo actuar. Su presencia me había metido de lleno en un torbellino de emociones descontroladas. Apenas podía pensar con claridad y, mucho menos, maniobrar con un poco de coherencia. Y la cosa empeoró porque, cuando Míkel volvió a llevar sus ojos sobre mí, recibí una nueva descarga que me recordó lo que quería sepultar y no podía. Todo mi cuerpo se estremeció y mi piel se alteró de tal manera que tuve que abrazarme. Me sentí desfallecer porque después de todos esos días, ya me había hecho a la idea de que no volvería a verlo más en una larga temporada.

—¡Venga! ¡Vale! Haremos de nuevo los equipos. Yo seré el capitán de uno y Míkel el del otro, ¿de acuerdo?

—¡Sí!

—¡Guay!

—¡Mola!

—Vamos a ver quién empieza —sugirió Míkel.

Alonso asintió y allí se pusieron, a dividirnos de nuevo para jugar. El primero en seleccionar fue Míkel que, como no, eligió a Leo. ¡Cómo para negárselo! Mi hermano eligió a su hijo mayor, Alex, solo para joderle un poco más.

—¡Jo, papá!

Emma se lo increpó y terminó aceptando. Cuando le tocaba de nuevo a Míkel, la voluntad de Leo se impuso.

—Elige a la tía, que es muy buena.

Míkel volvió su rostro hacia mí. Intenté tragar. Me fue imposible.

—¿Seguro? —dudó él.

En realidad, no estaba poniendo en duda mi destreza. Lo que sucedía era que había leído mi cara de espanto y dudaba de si complacer a mi sobrino pequeño o liberarme a mí de tener que formar parte de su grupo.

—¡Qué sí, tío! ¡Hazme caso! —El enano se giró hacia mí y me ordenó—: Vienes con nosotros.

Y no me negué. ¿Para qué? Total, la rueca de las Moiras ya se había puesto a hacer jerséis de lana para todo mi invierno… Me sometí al *fatum* y comencé a dar pasitos hacia allí, muy despacio y abrazada a mí misma. Mientras, ellos seguían dividiéndose con su particular selección. Cuando llegué a su altura, ya habían terminado y en mi nuevo equipo, además de Leo y Míkel, estaba los gemelos 2.1 y 1.2; es decir, Pablo y Jon.

—Vamos a ver quién saca.

—Primero hay que elegir campo.

—¡Mamá! ¡Saca de nuevo la moneda!

—Yo no la tengo.

—¿Y quién la tenía?

—Alex.

—¿Yo? ¡Qué va!

En mitad del embrollo que se estaba montando, Míkel volvió su rostro hacia mí y me clavó sus ojos castaños. Su suave sonrisa, sin embargo, trató de aligerar la potencia demoledora de esa mirada.

—Hola —me susurró.

—Hola. —Y traté de dulcificar mi gesto, tan cargado de presión.

No quedó ahí. Con los reproches de fondo de mis sobrinos, volando de unos a otros, Míkel deshizo la distancia que nos separaba y llegó hasta mi altura. No dudó ni un momento. Colocó una mano en mi cintura y ese leve contacto abrasó mi piel. Después, bajó su rostro hacia el mío y besó mi mejilla. Llevé mi mano temblorosa a su brazo en un amago de abrazo, de caricia o no sabría decir qué, porque me quedé a medias de todo y sin finalizar nada. Su proximidad terminó desbordando la inestabilidad con la que ya cargaba. Míkel lo supo. Buscó mis ojos y se disculpó, diciendo:

—Voy a dejar mis cosas.

Me sonrió y se alejó hacia la montaña donde habíamos dejado las nuestras. Lo seguí con atención.

Llevaba un bañador, tipo bermudas, de color azul oscuro, y una camiseta blanca sin mangas; de esas que caen un poco más abiertas por el costado. No pude apartar mis ojos del cuerpo cincelado que se insinuaba por esa abertura. Pero, cuando se retiró la camiseta, el deseo me desbordó y terminó sometiéndome entera. Ese torso era una diabólica tentación hasta para una clase de Anatomía. Hacía apenas unos días, lo había recorrido con mis labios y lamido con deseo, aunque demasiado rápido y de manera accidentada. Pero ahora me deleité observándolo con detenimiento. Me volvió a impresionar por su belleza y el anhelo más vehemente volvió a clavarse en el centro de mi deseo.

No estaba excesivamente mazado, pero sí muy fibrado. Su punto fuerte eran esos bíceps tan marcados y esos hombros tan rectos que ya me habían vuelto loca desde hacía años. Pero su vientre… Su vientre era otra maldita tortura. Era firme y se le notaba muy trabajado. Aun podía recordar su dureza cuando mis dedos lo acariciaron. Las yemas de mis dedos se cargaron de electricidad.

«Esto va a ser una auténtica mierda…».

Y lloriqueé.

Sentí las manos de Emma sobre mis hombros y me giré hacia ella.

—¿Estás bien?

Por supuesto, la mentí.

—Sí, claro. Sí.

—Alonso habló ayer con él y le invitó. Pero no pensamos que fuera a venir. Por eso, no te dijimos nada.

—No te preocupes, Emma…

«… que esta os la guardo».

Alex, como buen adolescente, se acercó hasta Míkel para enseñarle sus mini-progresos en el gimnasio al que se había apuntado. Míkel le correspondió con la atención que cualquier chaval

de quince años hubiese querido. Y, claro, en vista de aquello, se le unieron también los otros dos pares de gemelos. Mi hermano terminó imponiéndose porque aquello se convirtió en una conversación sobre kilómetros, tablas de pesas, ejercicios de fuerza y un montón de cuestiones más que solo a ellos interesaba.

—¡Eh! ¡Basta ya de memeces!

—¿Eso lo dices por la barriguita que tienes, papi?

—Te estás dejando, padre.

—¡Os vais a ir todos a la mierda! ¡Al campo! ¡Ya!

Y nos pusimos a ello.

Me dejé llevar y actué como una autómata bajo las órdenes del resto. Había que jugar un partido. Nada más. Y eso fue lo que hice. Si había que pasarle la pelota a Míkel, se la pasaba. Si mis sobrinos chocaban sus palmas con las de Míkel, después de ganar un punto, yo también las chocaba. Si hacían estrategias en corrillo con Míkel, yo también me unía a ellos. Si abrazaban a Míkel... No. Ahí, me iba a beber agua.

Me libré, al menos, de las palmaditas en el culo que en algún momento él les daba para animarlos. O de su proximidad al preparar una estrategia al oído. Aunque lo que no pude evitar fueron los encontronazos. Chocarme con mis sobrinos al ir hacia la bola no tenía una respuesta similar a cuando lo hacía contra Míkel.

Si el revoloteo que oscilaba de mi estómago hasta mi vientre era ya intensito, el constante cosquilleo sobre mis hombros y la electricidad por mi columna se convirtieron en una dinámica habitual cada vez que teníamos un encontronazo. Ya os lo he dicho mucha veces. Soy débil. Y que Míkel evitase dos veces que me desparramase por el suelo, sosteniéndome con fuerza contra su cuerpo por mi cintura, pues ya me diréis. Si es que una no es de piedra. Por no hablar de sus manos sobre mis caderas, para evitar que chocase con él, mientras caminaba hacia atrás, medio atontada, por el vuelo de la pelota. De hecho, creo que ahí mojé la braga del bikini. Seguro.

El momento más desconcertante fue cuando ambos salimos corriendo a la caza de una pelota, que mi sobrino Leo había lanzado de pena. En ese alarde de conseguir devolverla, la di con tanta fuerza que no solo la retorné al campo contrario, sino que le estampé el puño a Míkel en toda la cara.

—¡Ay! ¡Dios! ¡Perdóname! ¡Perdóname! No lo he hecho aposta, de verdad. —Míkel alzó sus ojos con sorpresa a escuchar esa disculpa que insinuaba tanto—. ¡Ay! ¡No, no, no…! No quería decir eso. Nunca… Nunca te pegaría… En serio. ¡Mierda! ¿Estás bien?

Y me arrodillé frente a él. Tomé su rostro entre mis manos y acaricié su mejilla magullada. Míkel acentuó su mirada y me invadió sin tregua. Temblé aturdida y se me cortó la respiración dos segundos.

—¡No le creas, tía! —gritó Alex—. ¡Solo quiere que le hagas mimitos para…! ¡Ay!

Esa queja fue fruto del pescozón que le metió mi cuñada en la cabeza.

—Estoy bien. Tranquila —musitó Míkel. Y cubrió mi mano con la suya.

Mi corazón se descontroló y tuve que bajar la mirada. Míkel se incorporó. Y yo con él, aunque lo hicimos sin soltar nuestras manos y sucumbiendo al más terrible de los anhelos. Cuando se separó de mí, lo hizo dejando una suave caricia sobre mi cintura. El suspiro que brotó de mis labios dejó a mis sobrinos 2.1 y 1.2. con una risilla que no tuvieron la menor intención de camuflar.

—¿Se puede saber qué miráis? —les regañé. Y, así, lo empeoré mucho más.

Solo me faltaba un cartel de neón sobre mi cabeza por si a alguno no le había quedado claro.

Pero no quedó todo ahí. Mi *looping* emocional decidió enrollarse un poco más.

Textualmente. En concreto, cuando Míkel y yo, diez minutos más tarde, chocamos, caímos uno encima del otro, rodamos y me quedé tendida bajo él. ¿Cómo? Pues con su cuerpo entre mis piernas, su rostro prácticamente sobre el mío, su respiración entrecortada, y con una de sus manos sobre mi cadera y la otra apoyada sobre la arena. La intensidad de sus ojos terminó colapsando mi cordura.

—¡Pero que hay niños pequeños! —volvió a gritar Alex con sorna.

—Si eso, os dejamos solos —se animó el gemelo 2.1.

—Míkel… —supliqué con las manitas puestas sobre su pecho.

—Sí, perdona —se disculpó nervioso. Y se incorporó con rapidez—. ¿Estás bien?

—Sí, sí.

—¿Te he hecho daño? —Y me tendió sus manos para levantarme.

Pero ni respondí. Mis ojos estaban clavados en la enorme erección que se marcaba en la suave tela de su bañador.

—Estoy…

«… deseando que me folles duro con ese misil que tienes entre las… ¡Ey! ¡Espera! No lo habré dicho en voz alta, ¿verdad?».

Afortunadamente, no. Todavía había alguien con cordura pilotando mi cerebro. Terminé tendiéndole mis manos. Él las tomó y me impulsó hacia arriba. Dio un paso hacia mí y me cubrió con su cuerpo.

—Laura… Se te ha…

Seguí su mirada, que bajó inquieta hacia mi pecho. Con espanto vi que tenía una teta fuera.

—¡Mierda! —mascullé, y me recoloqué la tela del bikini—. Gracias.

Ni me respondió. Sé dio la vuelta, soltó el aire bruscamente por su boca y pasó una mano con su pelo, mientras se alejaba de mí.

—¡Qué! ¿Seguimos? —demandó mi hermano con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo vamos?

—Empate a dos *sets*. Y siete a cinco en este.

—Venga, pues deprisita —nos espoleó Alonso—. La marea está subiendo.

«Y yo creo que debería ahogarme con ella».

44
LAURA

—Lo siento —clamé desesperada.

Pero ni mis disculpas ni mis ruegos calmaban el llanto desbocado de Leo. Emma lo abrazaba contra su pecho y el crío tenía un cabreo que no quería ni mirarme.

—De verdad, no lo he hecho aposta, *peque*.

—¡Joder, Laura! Es que, ya te vale… —se quejó mi hermano.

Me defendí como pude.

—Es que no lo vi. Ni siquiera sé por qué estaba en el otro campo.

Le había estampado el balón de vóley en toda la cara a mi sobrino pequeño. El crío, en mitad de una jugada, había decidido pasar por debajo de la red porque tenía en el dedo un moco que se había sacado. Como era muy grande, había decidido ir a por su madre para ver cómo podía enmendarlo para no tener que pegárselo en el pantalón. En ese instante, yo me alcé sobre la red y rematé con fuerza, aunque con tan mala suerte que le di de lleno. Se había puesto a gritar como si la vida se le escapara por la boca y con unos lagrimones impresionantes corriendo por sus mejillas.

El resto de mis sobrinos no ayudaron en nada.

—Ya te vale, tía.

—Es que te has venido muy arriba.

—Menuda leche le has dado.

—¿Cómo no lo has visto? Es enano, pero va de amarillo.

—En qué estarías pensando, tía.

—Esta sí que no te la perdona.

Y eso era lo que más me agobiaba. A pesar de que Emma me había asegurado que el niño estaba bien, la mirada de desafecto del pequeño me había taladrado el alma. ¡Por Dios! No hay seres más destructivos que los críos cabreados. Actúan igual que una bomba nuclear sobre tu corazón.

Solo necesitaba una cosa.

—¿Me perdonas?

—¡Nooooo! —berreó frente a mi cara.

—Estás bien jodida, hermanita.

—Sí —corroboró Míkel.

Los odié como nunca. Llevé mis manos a la carita de Leo. El enano se apartó y se sumergió más en el pecho de su madre.

—Dime qué quieres que haga para que me perdones. —Volvió su mirada hacia mí—. ¿Te compro una camiseta de la *Patrulla Canina*?

—Ya no me gusta.

—¿Cómo que no te gusta? ¿Cuándo ha pasado eso? —le pregunté a Emma. Pero volví rápido a él—. ¿Y un helado?

—No, que no cena —me censuró Alonso. Le clavé la mirada y él ladeó su sonrisa.

—¿Quieres… quieres…? No sé… ¿Un disfraz de Spiderman? —Negó con su cabecita—.

¿De Superman? —Reiteró su rechazo—. ¿De Ironman? —Y vuelta a ello—. ¿De Hulk? ¿De Batman? ¿De Mr. Wonderful?

—¡Se llama Wonder Woman! ¡¡Y no quiero un disfraz!!

—*Honey*, —le frenó mi cuñada en su arrebato—, la tía solo quiere disculparse.

—¡Me da lo mismo!

Agotada, me senté sobre la arena.

—Yo sé lo que quiere Leo. —Miré a Alonso desesperada. Él llevó la atención sobre su hijo, que ya lo observaba expectante—. ¿A que lo que quieres es vengarte de la tía?

—¡Alonso! —le regañó Emma.

Pero la sonrisa de Leo ya se había abierto y sus hermanos empezaron a jalear. Estaba claro que todos, sin excepción, habían salido al padre.

Las risotadas de los gemelos se abrieron paso y su hermano mayor decidió echar más leña al fuego:

—Esta no te la esperabas, ¿eh, tía? Ya verás que cabrón es el enano.

—¡Alex! —le llamó al orden mi cuñada.

Dio igual. Ese comentario aumentó las carcajadas de todos mis sobrinos.

Me armé con toda la serenidad que pude.

—Leo, cariño, la venganza no es buena.

—¡Venga, hijo! ¿Cómo quieres vengarte de la tía? —Miré a mi hermano con reproche. Pero él añadió—: ¿Recuerdas lo que te conté?

—¿El qué?

—Que le da mucho miedo meterse en el mar.

Me rebelé.

—¡Eh! ¡No! ¡Para! —Y me volví hacia mi sobrino—. ¡No hagas caso a tu padre!

—¡Una '*guaguadilla*'! —gritó él, entusiasmado.

—Mierda…

—¿Solo una? —cuestionó uno de los gemelos.

Leo llevó sus ojos sobre él, pero fue mi hermano el que terminó por enfangarme más.

—Yo creo que tres estaría bien, ¿eh, Leo?

—¡Vale! —Y clavó los ojitos que había heredado de su madre sobre los míos—. Tres '*guaguadillas*' y te perdono.

—Pero… Pero…

—¡Vamos, tía! Es eso o nada —me recordó Alex.

Llevé mis ojos sobre Míkel, quizá en un ruego desesperado de que alguien, con dos dedos de frente, los hiciese entrar en razón. Él me devolvió la mirada, divertido.

—¡Vamos, hermanita! Que se hace tarde.

Alonso, como no, se postuló enseguida para ejecutar la condena.

—Leo… —supliqué.

Pero él estaba a otra cosa.

—Tú no, papá. Quiero que la ahogue el tío Míkel.

«¡Maldito enano!».

Míkel soltó una carcajada.

—Bueno, eso de ahogarla…

—¿Y por qué él y no yo? —se quejó mi hermano.

—Porque él es policía y es más fuerte. Y así, si se ahoga de verdad, puede salvarla.

—Yo soy médico, hijo… —clamó Alonso, apesadumbrado.

Pero Emma lo emborronó todo mucho más.

—Esa es muy buena idea, *honey*.

—¿¡Cómo que es buena idea!? ¿Os estáis escuchando? ¡Que no sé nadar!

Ni Dios me hizo caso y, además, no dio tiempo a más súplicas. Mis otros cinco sobrinos empezaron a vocear y a dar palmas sobre sus cabezas:

—¡Aguadilla! ¡Aguadilla! ¡Aguadilla!

—*Children!* No asustéis a la tía.

—¡'*Guaguadilla*'! ¡'*Guaguadilla*'! ¡'*Guaguadilla*'! —les siguió Leo con gran euforia.

Y yo, sentada en el suelo, derrotada y sin fuerzas, elevé mis ojos hacia mi particular verdugo. Míkel se aproximó hacia mí, abrió su preciosa sonrisa y me tendió la mano. Preferí no pensar. Al menos, el coro de abroncadores, cada vez más exaltados, me ayudaba a ello.

—¡Que sepáis que esta os la guardo!

—¡'*Guaguadilla*'!

—¡Aguadilla! ¡Aguadilla! ¡Aguadilla!

Míkel tiró de mí con suavidad y yo le seguí hacia el mar. Llegamos hasta el perfil donde se perdían las olas y ralenticé el paso. El mar me gusta. Me encanta escuchar su sonido al romper contra la roca o al llegar a la arena. Disfruto paseando. Me puedo pasar horas observando su movimiento oscilante. Pero no me gusta meterme en él. Hay una única razón y es muy básica: No sé nadar y nunca he hecho nada por intentar repararlo. Soy carne de cañón si me meto demasiado.

Por eso, cuando Míkel emprendió el camino hacia el fondo, le supliqué:

—No vayas más lejos.

El agua me llegaba por las pantorrillas.

—Aquí es imposible hacerte una aguadilla.

—Pero es que el viento se ha levantado y las olas están entrado muy picadas.

Se paró y, con el coro de jaleadores de fondo, apenas a tres metros, me señaló hacia el puesto de socorristas.

—Tenemos bandera verde. Es solo un poco de viento. Venga, vamos.

Me rodeó la cintura con un brazo –«¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!»– y caminamos un poco más. Su mano, sobre mi piel desnuda, me abrasaba.

—¡Aguadilla! ¡Aguadilla! ¡Aguadilla!

—¡'*Guaguadillaaaaaa*'!

Volví mi rostro hacia Leo. Alex lo llevaba encaramado a su espalda y no dejaba de gritar como un loco.

—¿Estás contento? —le reproché.

Pero una ola golpeó con dureza contra mi cuerpo y me desplazó levemente. Me agarré a Míkel como nunca.

—Aquí. Para.

Pero él volvió a protestar.

—Laura, aquí no puedo ni tumbarte.

—Seguro que sí. El agua me llega por las caderas.

—Vamos un poco más al fondo. No tengas miedo. No va a pasar nada.

—No, no. —Y me anclé—. No pienso moverme de aquí.

—¡Más al fondo! —berreó Leo.

Y el coro se animó a forzarme a ello.

—¡Al fondo! ¡Al fondo! ¡Al fondo!

—¡Venga! Solo un poquito más, Laura. Confía en mí.

Míkel tiraba sutilmente de mi muñeca. Y yo tiraba de la suya hacia el lado contrario.

—¡Jolines, Míkel! No sé nadar y me da miedo meterme más.

Deshizo la distancia que nos separaba.

—Solo necesito que haya un poco más de profundidad. No quiero que te hagas daño en la espalda.

—Pero… ¿¡Se puede saber cómo demonios me vas a hacer la aguadilla!?

—Pues como se hacen las aguadillas. —Y con ironía, añadió—: Ya has oído a tu sobrino. Quiere que te ahogue. —Después de aquello, mi cara de susto tuvo que ser tal, que Míkel comenzó a reír—. Venga, tranquila. Pasará pronto.

Y volvió a tirar de mí con tan mala suerte que el fondo de arena se desplazó y perdí el equilibrio. Míkel me sostuvo, antes de que me estampase contra el agua. Y flote, sí. En sus brazos. ¡Ay! Aquella cercanía estaba empezando a pasarme factura.

—¿Estás bien, hermanita?

—Capullo —mascullé.

Me sujeté al brazo de Míkel. Eso al principio. A medida que nos íbamos metiendo más, mi miedo al agua pasó por encima de mi reticencia y terminé abrazándome a él como si de un árbol se tratase. Y él, por supuesto, no se hizo de rogar. Me sostuvo de la cintura con una firmeza que me hubiera derretido si no hubiera sido por las circunstancias que me rodeaban. Caminamos unos cuantos metros más, hasta que el agua me llegó por el pecho.

—¡Vamos, tío Míkel! ¡No tengas piedad de ella!

—No les hagas caso, Míkel. Por favor —rogué.

—Relájate…

Y se colocó frente a mí. Presa del miedo, di un salto y rodeé su cuello con mis brazos. Él me sostuvo en volandas contra su cuerpo. Le miré a los ojos. Estábamos muy cerca.

—¿Por qué me haces esto?

De su boca brotó una carcajada.

—Yo solo ejecuto, Laura. Las quejas, a tu sobrino.

—Míkel, no me sueltes.

—No te suelto.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, Laura.

Pero su voz había cambiado. Se había vuelto más grave, más susurrante, más sugestiva. Mientras yo me aferraba a él presa del pánico, Míkel había entornado su mirada y me retenía en ella. Sus ojos descendieron durante un instante hacia mis labios.

—¡Aguadilla! ¡Aguadilla! ¡Aguadilla!

—¡Vamos! ¡Métela ya!

—¡O métesela ya! —Míkel y yo nos volvimos hacia Alex, justo en el momento en que Emma soltaba un nuevo pescotazo en su nuca—. ¡Ay, mamá!

Ni me lo pensé. Me solté de golpe y mis pies tocaron la arena del fondo. Y lo hice desestabilizándome otra vez. Pero, además, vino una ola con muchísima potencia y me traspasó entera. Me cubrió la cabeza y me desplazo con su fuerza. Caí por la inercia y me sumergí hacia el fondo. De inmediato, sentí la mano de Míkel cogiéndome con vigor y arrancándome hacia la superficie. Eso sí, salí tosiendo descontrolada. Había tragado agua.

—¡Una! —le escuché que decía.

—¡Eh! ¡No, no, no! Se ha caído ella sola.

Ese era Alonso, como no.

—Pero cuenta —lo intentó de nuevo—. No veis que ha tragado agua. ¿Qué me dices, Leo?

—Vale.

—Hijo, así no puedes vengarte —le reprendió su padre.

Míkel me cubrió los hombros con su brazo y agachó su cabeza a mi altura.

—¿Estás bien?

—No.

Seguí tosiendo y él sonrió complaciente.

—¿Vamos a por las otras dos? —No puse inconveniente. Ya me daba lo mismo morir en sus brazos—. Te las hago seguidas, ¿de acuerdo? Y así no sufres tanto. Tápate la nariz.

Ni rechisté. Tomé aire y me dejé llevar por él. Míkel me hundió, me volvió a sacar y, de nuevo, me impulsó hasta el fondo. Cuando salí definitivamente a la superficie, me dieron la bienvenida los vítores, los silbidos y los aplausos de mis sobrinos. Mi respuesta fue en forma de tos. Había vuelto a tragar agua. Me abracé a Míkel como un koala y traté de hallar algo de aire para mis pulmones.

—¡Muy bien, tía!

—¡Valiente!

—No era para tanto, ¿eh?

—¡Te perdono!

Al menos, había servido para algo.

Acabado el espectáculo, todos fueron volviendo a la playa, excepto Míkel y yo. Creo que él estaba esperando a que yo me soltase para emprender con ellos el camino. Pero, en vista de que no hacía ni el amago, me susurró:

—¿Te encuentras bien?

Pues, en realidad, no lo estaba. Pero no dudaba de que pronto lo lograría si no dejaba de acariciarme la espalda como lo estaba haciendo. Le había rodeado el cuello con mis brazos. Había apoyado mi cara en su pecho y, con las piernas colgando y medio cuerpo sumergido en el agua, me deleitaba escuchando los latidos de su corazón. Él me sostenía con un brazo. Y con su otra mano libre recorría mi columna con sus dedos.

No pude resistirme a su cercanía. Todo aquello con lo que había cargado en los últimos días desapareció momentáneamente. De hecho, ni siquiera atendí a las olas que golpeaban sobre nosotros. Solo estaba él y las maravillosas sensaciones que brotaban de mi cuerpo al tenerle allí conmigo.

Clavé los ojos en sus hombros rectos y los acaricié despacio. Me hechizaba su piel bronceada. Bajé por su clavícula y la dibujé detenidamente. Acaricié su pectoral casi perdida y de forma muy sutil. Volví a subir a su hombro y me sostuve en él. Solo entonces, elevé mis ojos. Él ya me estaba esperando. Ladeó su rostro y entornó la mirada. No hubo palabras. No hacían falta. La energía que nos rodeaba y nos entrelazaba era demasiado conocida como para no entenderla.

Míkel tomó aire profundamente y, después, exhaló muy despacio. Su aliento bañó mis labios y me trajo el recuerdo de la calidez con la que era capaz de cubrirme.

Me abrí a él.

—No sé qué estoy haciendo.

—Solo te estás dejando llevar.

Sentí la presión de mi vientre. El deseo doblegó mis dudas y me sedujo.

—Te he echado de menos.

—Yo a ti también, pelirroja.

—Míkel…

—Dime.

No pude. Me dejé ahogar por el miedo, por mi inminente viaje, por la irremediable pérdida.

—No sé… No tengo muy claro que esto sea lo mejor.

—Solo tú puedes saberlo.

Con sus ojos fijos sobre los míos, me bajó al suelo. Se separó despacio, pero buscó mi mano para enlazar mis dedos a los suyos. Lo seguí en silencio. Vadeamos el agua hasta la orilla y, cuando alcanzamos la arena, Míkel se apartó para dejar paso a Leo, que venía corriendo hacia mí. Me agaché para recibirlo y me dejé cubrir por el abrazo que me dio mi sobrino. Lo estreché contra mi cuerpo y cerré los ojos. Mi corazón iba a mil y arrastraba más dudas de las que portaba antes.

45
LAURA

Después de las aguadillas, ya no hubo más diversión encarnizarte ni deportiva. La tarde ya estaba cayendo y quedaba apenas una hora antes de que la marea se comiese la arena de la playa. Así que empezamos a recoger las cosas. Decir eso en una familia normal implica un rato. Decir eso en mi familia conllevaba toda una eternidad. Había que organizar el medio *Decathlon* que llevaban.

—Dobla, dobla, dobla… ¡Así no! ¡Coge esa punta!

—¡Mamáá́á! ¿Cómo se desinflan las porterías?

—¿Alguien ha visto la pelota de vóley?

—¡Ey! ¡He encontrado la moneda!

Decidimos pasar por casa para ducharnos y cambiarnos, antes de ir a cenar. Míkel se fue a la suya y quedamos con él directamente en *De Carbone*, un restaurante italiano con horno de leña que estaba situado frente al Puerto Deportivo del Muelle de Oriente.

Era un lugar que me encantaba. De hecho, cada vez que había ido allí, había hecho lo imposible para que me dieran una mesa junto a la basta cristalera que daba hacía el embarcadero. Comerse una pizza cuatro quesos con esas vistas y en ese ambiente era una experiencia que hechizaba.

Tardamos mucho en salir. Cuestión básica de logística, más bien. En casa de mis padres había un baño y éramos nueve. Mis sobrinos se fueron duchando de dos en dos. Y mi hermano y mi cuñada decidieron hacerlo también, aunque los pillines tardaron más de la cuenta. Fui la última en poder entrar y, por tanto, me espolearon hasta la saciedad. No pude pensármelo mucho y cogí la ropa que tenía preparada para viajar al día siguiente. Era un vestido largo, hasta los tobillos, de color negro. La tela lisa de algodón se ajustaba alrededor del torso en un escote palabra de honor. La falda caía recta, aunque con algo de volumen.

Salí por la puerta con el pelo mojado y poniéndome una de las sandalias de cuñas de *Desigual* a saltitos.

—¿Pero es que no podéis esperar?

—Míkel lleva ya veinte minutos allí.

Y los que le quedaba. Al menos, otros veinte a paso ligero, si no más.

Cuando llegamos al restaurante, Míkel ya estaba dentro. Nos habían montado una mesa alargada para los diez. Estaba junto a una de sus arcadas de ladrillo y frente a la gran cristalera que daba al puerto. Él estaba sentado en la esquina de la zona de sillones desde la que se podía disfrutar de esas vistas. Mi hermano se lanzó hacia allí. Le pidió disculpas y se sentó justo enfrente, en una silla. Emma lo hizo a su lado en otra.

—Con todos estos, es imposible llegar a tiempo a ninguna parte.

—No te preocupes, me lo imaginaba. Tranquilos.

Hubo un revoloteo incesante entre los chavales por saber quién se sentaba dónde y al lado de quién. Aunque mi sobrino Alex lo tuvo muy claro desde el primer momento.

—¿Sillón o silla, tía?

—Si me dejáis, prefiero sillón.

—Pues todo tuyo. —Y cazó por la pechera a uno de sus hermanos, el gemelo 2.2., que iba a sentarse junto a Míkel. Lo sacó de allí casi en volandas y me cedió el paso—. Pasa, tía.

—No, no te preocupes. Siéntate tú, Robby.

—¡Vale! —dijo este. Pero, de nuevo, Alex no se lo permitió.

—¡Vamos, tía! —Y con un sutil empujón, me instó a meterme dentro—. Seguro que estarás más cómoda sentada al lado del tío Míkel.

«Maldito niño…».

—Pasa tú, anda. Que seguro que tienes mucho de qué hablar con él sobre gimnasios, pesas y esas cosas que haces ahora.

—Óyeme, tía. —Se aproximó a mi oído—. A mí ya no me engañas. —Y me guiñó un ojo, el muy mamón.

Terminé cediendo y pasando a ese asiento. Míkel me observó en silencio hasta que me acomodé a su lado. Sus ojos me recorrieron entera, despacio, casi saboreando cada trazo y abrasando la serenidad que me había vuelto a robar con su cercanía.

—Hola —saludé inquieta.

—Hola —respondió él. Se inclinó hacia mi oído y me susurró—. Estás preciosa.

—Gracias —conseguí responder. Muy tonta me puse. ¡Muy tonta!—. Tú también estás... muy bien.

Para merendárselo, en concreto. Se había vestido con unos pantalones vaqueros y una camisa blanca que llevaba remangada y por fuera. Sencillo, sí. Pero la percha era de una calidad inigualable. Lo más adictivo, los tres botones que llevaba abiertos y esa forma sutil con la que la tela se pegaba a sus hombros y a sus pectorales. Un infierno.

—Hola, de nuevo, tío Míkel.

Sí, por supuesto. Mi sobrino Alex se sentó a mi lado para no perderse nada.

—Hola, Alex. ¿Cómo vas?

Cogí la carta que había sobre la mesa y comencé a repasarla. Me la sabía de memoria, pero había que desconectar de lo que me asediaba a mi derecha. Míkel había llevado su cuerpo ligeramente sobre el mío para escuchar mejor a Alex. Era bastante difícil entenderse en mitad del griterío de sus otros hermanos. Mi sobrino también se inclinó un poco, pero ya os podréis imaginar que el efecto no era el mismo. La calidez que desprendía el de Míkel bañó toda mi piel y me embriagó con su aroma.

Terminé dejando la carta sobre la mesa y, hechizada, volví mis ojos hacia él. Lo escuché hablar de una app de entrenamiento que ni me iba ni me venía. Y lo hice sin dejar de mirar sus apetitosos labios, de sonreír a su mirada, de anhelar acariciar cada una de sus facciones.

—Míkel, —le llamó mi hermano—, ¿compartimos pizzas o quieres un plato…?

—Sí, compartimos las pizzas.

—¿Y tú, Laura? ¿Qué quieres?

«A él».

—¡Laura! —canturreó Alonso para que bajara de mi ensoñación.

—Sí, pizza.

—¿Y de beber?

—Yo quiero una copa de vino blanco —soltó Alex.

A lo que Alonso respondió:

—Te estás ganando que te pida un vaso de leche y te mande a la cama.

—¡Eh! ¡Padre! Ya soy mayor.

—La ley no dice lo mismo, hijo.

—¡Venga ya! Seguro que tú a mi edad ya habías llegado borracho más de una vez a casa de la abuela, ¿verdad, tío?

Míkel soltó una suave carcajada y respondió con una evasiva:

—Yo no recuerdo nada de eso.

—No lo recuerda porque él iba igual de mal —añadí mordaz.

Míkel rio mucho más y Alonso me crucificó con su mirada.

—Muy bien, hermanita.

—Da lo mismo, cariño. Sabes que, en cuanto a bebida se refiere, esta familia se rige por la ley estadounidense. Hasta los 21 nada.

—¡Venga ya, mamá! ¿Y eso desde cuándo?

—Desde hace treinta segundos.

—Entonces, ¿no podemos beber, mami? —preguntó Leo a su lado.

—Claro que sí, *sweetheart*. *Water*.

—Mamá, nosotros queremos Coca-Cola —exigió uno de los gemelos.

—No —se atrincheró ella.

—¿Tampoco refrescos? —se extrañó Míkel.

Fue mi hermano el que respondió:

—Prueba a llevártelos a dormir a tu casa después de haberse tomado cafeína y azúcar a mansalva.

—Nosotros aplicamos la *Ley Gremlin* —le explicó Emma.

—¿La *Ley Gremlin*?

—Nada de azúcar y cafeína después de las seis de la tarde.

—¿Y funciona? —insistió él—. Lo digo porque los he visto beberse una botella entera de dos litros de Pepsi cuando estábamos en la playa.

—Bueno, —se desdijo mi hermano—, es que es verano…

—Y '*hase'* calor.

—Y, a veces, hay que ser un poco flexible.

—Pero no siempre.

—Depende del día.

Aunque, al final, Emma terminó derrumbándose.

—En realidad, somos un fraude en cuanto a normas se refiere.

—Lo intentamos…

—Pero desistimos con demasiada '*fasilidad*'.

—¿Eso quiere decir que podemos bebernos una Coca-Cola, mami? —clamó Pablo.

—¡No!

Mi risa se abrió paso. No pude evitarlo. Me encantaba estar con ellos. A pesar de todo el jaleo y de que, al terminar el día, parecía que hubieses corrido media maratón, esa dinámica me divertía muchísimo.

Miré a Míkel. Estaba riéndose de algo que había dicho mi hermano que, a duras penas, conseguía establecer sus normas. Ya eran todos muy mayores para ello. Incluso Leo, el pequeño, había aprendido de la dinámica de sus otros hermanos y había entrado en ese perfil contestatario tan adolescente. Quizá debería haber estado más atenta a la trampa a la que me estaban llevando mis emociones. Pero vernos así a todos juntos, disfrutando de ese ambiente distendido y relajado,

me enamoró; sobre todo, porque él estaba de nuevo con nosotros. Me encantaba tener a Míkel allí, a mi lado, como uno más.

«O, quizá, como algo más…».

Mi mente me jugó una mala pasada y me lanzó a un sueño que debería haber vetado hace años. Me sentencié a mí misma cayendo en ese preciado anhelo que solo podía cobrar vida en las quimeras a las que me arrastraban mis propios deseos. Ese pensamiento terminó doblegando el buen humor que me había cubierto hasta ese momento. Ni siquiera tuve fuerzas para camuflarlo.

—¿Qué te pasa, tía? ¿Por qué te has puesto triste?

El silencio sepultó la dinámica previa. Me sentí invadida por todas las miradas.

—No me… No me he…

Alex se metió por medio.

—Está triste porque se va mañana, ¿verdad, *tita*?

Y sí. En parte se traba de eso. Empezaba a estar realmente jodida por tener que desprenderme de todos ellos tan pronto.

«Y de él, ahora que ha vuelto…».

—¿¡Te vas mañana!? —clamó Leo.

El grito del enano me puso en alerta. Había sonado muy compungido.

—Sí, mañana.

—¿La tía se va mañana? —preguntó Robby, como si la confirmación de su madre fuera más fidedigna que la mía.

—*Yes*.

—Me voy, sí.

—¡Oh! ¡No!

—¡Venga ya, tía! ¿Tan pronto?

—¡Apenas hemos estado juntos, *tita*!

—¡No puedes irte mañana!

—Tengo que trabajar... —Y me empezó a fallar la voz.

—¿Y cuando te volveré a ver?

—No sé…

—Vives muy lejos.

—¡No te vemos nunca! —me lanzó el más canijo como una flecha envenenada.

Me sentí desbordada por las acusaciones de mis sobrinos. Turbada, recorrí a todos con mis ojos. Era como estar frente a un tribunal de la Inquisición. No había posibilidad de defensa.

—No puedo hacer otra cosa… Tengo… Tengo un congreso en unos días…

—¿Y, cuando termines, volverás, tía? —me preguntó Pablo.

—No, no puedo.

Porque, entre otras cosas, mi sueldo paupérrimo de investigadora no me daba para tantos viajes. Y Copenhague era carísimo. Y, desde que vivía allí, siempre me costaba llegar a fin de mes. Pagaba por una buhardilla de treinta metros cuadrados, con una sola ventana, el sesenta por ciento de lo que me abonaban. Malvivía. Y, lo que era peor, no podía darme un capricho tan básico como volver unos días más para estar con mi familia porque era económicamente imposible. De hecho, había sido mi madre la que me había dejado el dinero para irme a Ibiza. Había cargado también a su cuenta el traslado de la isla a Asturias. Y, afortunadamente, los

viajes de vuelta a Copenhague y el de Fráncfort me lo pagaba el proyecto de investigación. Pero a España, no; a España no iba a poder volver, al menos, hasta Navidad.

No pude aguantarlo más y me empecé a romper.

De pronto, sentí la mano de Míkel sobre la mía. Me estremecí y lo miré apurada. Un halo de preocupación cubría sus ojos. Él sabía lo que estaba pasando por mi cabeza. Se lo había confesado apenas unos días atrás. Esa lejanía, esa distancia que, cada año que pasaba, me costaba más; esa sensación de pérdida de mí misma, a pesar de estar trabajando en algo que me fascinaba.

—¡No es justo! —gritó Leo.

En vista del clima que estaba generando su hijo, Emma intervino.

—Leo, *shut up!*

—¡No, mamá! ¡No quiero callarme! —Y comenzó a llorar—. ¡Quiero que la tía se quede!

—¡Leo!

Comencé a temblar y el quebranto oprimió mi garganta.

—¡No nos quieres! —me acusó el maldito enano. Y golpeó con la mesa con fuerza.

—*That's enough!*

Emma se levantó de golpe, cogió de la mano a Leo y le obligó a levantarse y a seguirla. Se lo llevó hacia los baños, pero ya era tarde para mí. Apenas me quedaban fuerzas para mantenerme indolente.

—Hermanita, ya te lo dije. Copenhague era una mala idea.

Pues sí. Alonso me había advertido de lo difícil que se me iba a hacer. Pero peor idea era restregarle su error a una persona que sabía que se había equivocado. Bajé mi rostro y traté de esconderme. Mis ojos se cubrieron con el daño de todos sus reproches. Parpadeé para intentar frenar lo inevitable, pero me fue imposible. Las lágrimas se desprendieron sin ni siquiera atender a mi ruego y un sollozo silencioso se abrió paso a través de mis labios.

De inmediato, Míkel me rodeó con sus brazos y me cobijó en su pecho. Me abracé a él como pude y me rompí como no recordaba. Sus manos acariciaron mi pelo y trataron de calmar la agitación imparable que se había desencadenado. Fue imposible.

—¡Ya te vale, papá!

—¿¡Papá!? ¡Habéis empezado vosotros!

—Sí, pero tú la has hecho llorar.

—Ya estaba llorando antes de que yo dijese nada.

—No, eso no es verdad.

—A que sí es verdad, Laura. Díselo.

Lo que sí que me hubiera gustado decirle era que se fuese a la mierda. Sin embargo, Míkel se me adelantó.

—Alonso —lo llamó cortante. Y, con una voz de ultratumba, le ordenó—: Cállate.

Todos mis sobrinos rompieron a reír a carcajadas.

—Muy bien, amigo. Acabas de mandar a la mierda el escaso respeto que me tenían.

—Te lo has ganado tú solito.

Y me abrazó mucho más fuerte contra su cuerpo.

46
MÍKEL

Me sentía muy presionado. A medida que pasaban los minutos, no conseguía tener un momento a solas con Laura. Se había pasado toda la cena a mi lado, aunque sin hablar conmigo directamente. Yo formaba parte de sus conversaciones y ella de las mías, pero siempre con otras personas y en ningún momento habíamos cruzado esa línea. Eso me decía mucho. Nuestros gestos habían sido todos muy cuidados y precisos, amables, educados. A excepción del momento en que la había abrazado, ninguno de los dos habíamos vuelto a traspasar ese límite. De algún modo, estaba establecido de antemano.

Tampoco sabía muy bien qué pensar. Sentía su cercanía, incluso su anhelo. Lo había visto en la playa, cuando se desprendió de todos sus amarres. Y sus miradas no me engañaban. Cuando yo hablaba, me seguía atenta, aunque con una intensidad que me había hecho estremecer en algún momento. En más de una ocasión, la había visto cómo deslizaba sus ojos por mis brazos, por el perfil de mi rostro. Y eso solo acentuaba mi desgaste porque, entre otras cosas, yo también lo había hecho con ella.

Pero la cena había terminado y el paseo posterior no había acortado distancias. Alonso me había acaparado durante todo el trayecto. Me gustaba estar con mi amigo, pero esa noche necesitaba hablar con Laura. Sin embargo, ella no había hecho nada por buscar mi cercanía después de salir del establecimiento. Se había mantenido a distancia, con sus sobrinos o con Emma. Incluso, había hecho una llamada de teléfono y había conversado separada de nosotros. Y ahora, que ya estábamos cruzando la plaza del Ayuntamiento hacia el Paseo de San Lorenzo, me daba la sensación de que, si no hacía algo determinante, aquella noche iba a terminar de ese modo y me arrepentiría el resto de mis días.

Cruzamos por el paso de peatones, desembocamos en la plaza de las termas romanas y llegamos a la balaustrada que daba a la playa. La marea alta hacía que las olas golpearan contra el muro. Esa noche, lo hacían de forma liviana. El día no había otorgado las condiciones suficientes como para que la escasa brisa que se intuía les diese más fuerza.

Alonso ralentizó el paso y me miró. Aquel lugar me ponía en la disyuntiva de tomar el camino que subía hasta mi casa o acompañarlos a ellos, paseo abajo, hasta su barrio. Pero lo que no quería eran otros veinte minutos de charla con él. Necesitaba a Laura. Ya era muy tarde. Rozábamos la media noche y ella había insinuado en la cena que su vuelo a Madrid salía temprano. Yo solo quería unos minutos en lo que me asegurase que, la próxima vez que volviésemos a vernos, las cosas estarían bien entre nosotros. Nada más. Me conformaría con eso. A esas alturas, no podía aspirar a otra cosa.

—¿Te subes para casa? —me preguntó mi amigo.

Llevé mis ojos hacia Laura. Nos había adelantado y caminaba con dos de los gemelos, Robby y Jon, y con Alex. Iban contemplando las olas y uno de ellos les iba contando algo mientras señalaba al mar. Emma se paró junto a nosotros y puso a Leo en los brazos de Alonso. El pequeño se había quedado dormido. Los otros dos gemelos, Pablo y Manu, se colocaron a mi izquierda.

—¿Ya nos despedimos, tío Míkel? —preguntó uno de ellos.

Fue Alonso el que se adelantó a responder.

—Sí, pero nos vemos mañana, ¿verdad?

—Sí, claro. —Volví mi interés hacia Laura. Se había dado cuenta de que nos habíamos detenido. Se lo advirtió a sus sobrinos y todos volvieron hacia nosotros—. ¿Qué teníais pensado?

—Yo tengo que subir a la Casona a ayudar a mis padres y a mi tía con los desayunos. Pero, después, podíamos subir a los Lagos —propuso Alonso.

—¡Andando! —gritó Robby.

—Yo me apunto —exclamó Alex.

Y Emma se anticipó de inmediato.

—Yo os espero arriba, con Leo.

—Puedo llevarle en la mochila, cariño.

—¿Me estás proponiendo veinticuatro kilómetros de subida, monte arriba? —Y empezó a reír mientras negaba—. Ya me engañaste una '*ves*'. No más. Me subo en la furgoneta, te dejo a todos estos en la Casona y, después de tomarme un café con tus padres y tu tía, iré subiendo tranquilamente y disfrutando de las vistas. —Se volvió hacia mí—. Si quieres, puedo pasar a buscarte por la mañana.

—No, no te preocupes. Quedamos mejor allí.

Eché otro vistazo a Laura. Estaba callada, cruzada de brazos y observando en silencio nuestra conversación. Sus ojos me dijeron que la estaba costando ver nuestra quedada y que, si no hubiera tenido que tomar ese avión, se hubiera apuntado sin pensárselo.

Alonso, como no, vino a enfangar un poco más su estado de ánimo.

—Qué, hermanita, ¿te apuntas?

Laura le sonrió con tensión. Pero Emma trató de enmendar la mordacidad de su marido. La sostuvo de los hombros y la abrazó con dulzura.

—La próxima vez, ¿verdad?

Laura asintió, pero también desvió su mirada hacia el mar como si necesitase más que nunca desaparecer de allí.

Alonso llamó mi atención de nuevo.

—Hasta las doce no te presentes, porque no vamos a poder salir antes.

—Ya me imagino.

Después, me clavó sus ojos y, de inmediato, los desvió hacia su hermana.

—Me llevo a todos estos —susurró. Y me guiñó un ojo. No pude evitar sonreír—. ¡Hala! ¡Venga! A despedirse del tío Míkel hasta mañana.

—¡Hasta mañana, tío Míkel!

—Adiós.

Emma se acercó y me dio un abrazo.

—Descansa.

—Tú también. Hasta mañana, Emma.

La busqué y prendí sus ojos. Laura se fue acercando, mientras el resto iniciaba el camino de vuelta bajo el espoleo incesante de Alonso. Lo hizo inquieta, como si cada paso que daba le costase. Mantenía el rostro bajo y ladeado, sus labios levemente abiertos y los brazos cruzados sobre el pecho. Podía leer su pesadumbre sin ningún tipo de velo, su turbación, su nerviosismo.

—Bueno, pues yo sí que me despedido de verdad —dijo con una sonrisa que le costó dibujar.

Di un paso hacia ella. Necesitaba acortar esa distancia, aunque fuera solo unos centímetros. Me sumergí en sus maravillosos ojos azules casi como si pudiese atesorar su recuerdo. Repasé sus facciones y, rendido, me detuve en sus labios.

—Siento que tengas que irte tan pronto.

—Ya sabes, el trabajo…

Agucé la mirada.

—Es por eso, ¿verdad? No hay nada más…

Me atormentaba lo que me había dicho Alonso y que, en realidad, Laura hubiese tomado la decisión de marcharse antes por todo lo que estaba pasando entre nosotros. La reacción de ella me dejó claro que no iban por ahí los tiros.

—Sí, sí. Te puedo asegurar que no me hubiera movido de aquí si no hubiera sido por esa llamada de última hora. Pero debo ir. No puedo hacer otra cosa.

—¿A qué hora sale tu vuelo?

—A las diez.

—Bueno, no es tan temprano.

—No, pero ya sabes que hay que ir con tiempo…

—Si quieres, puedo llevarte.

—No, no, no. Gracias. —Y lo dijo con una amplia sonrisa—. Odio las despedidas en los aeropuertos. Además, ya tengo concertado un taxi.

—¿Cuándo tienes el Congreso?

—El martes de la semana que viene. Pero, además, no es en Copenhague, sino en Fráncfort. Así que llegaré y ni desharé la maleta. Solo abriré el portátil e intentaré recortar fragmentos de algunos de mis artículos para intentar trazar un texto coherente para la conferencia. Todo esto me ha cogido un poco sin nada. No es mi tema de estudio. Además, yo solo participo en ese proyecto de forma puntual, como paleógrafa. Nada más. Mi otro compañero, el que se iba a encargar, se ha roto la pierna y lo han operado. Así que me toca improvisar un poco con sus notas y con lo que pueda apañar de lo mío.

—¿Y eso no lo podrías haber hecho aquí y haber volado directamente a Fráncfort? —Me miró con reproche—. Lo siento. Es solo que… —Dejé escapar el aire y, abatido, desvié la mirada, pero no me oculté—. Me hubiera gustado tenerte un poco más. —El rostro de Laura se cubrió de desconsuelo—. Lo sé —me apresuré a decir—. Sé que debería haber hecho algo. Debería haber vuelto antes… —Cerré los ojos en un alarde de controlar el desaliento que empezó a invadirme—. Sé que debería haberte cogido el teléfono el primer día o, quizá, haberte llamado después. Pero no… no sabía si a estas alturas querías…

—Claro que quería.

—Cuando te vi en Villanueva, no me lo pareció.

—Cuando me viste en Villanueva estaba dispuesta a arrinconarte, si con eso podía hablar contigo unos minutos. Pero me dolió…

Cerró sus labios, como si quisiese evitar que aquellas palabras brotaran de su boca.

—¿Qué, Laura? —Di un paso más hacia ella y volqué mi rostro sobre el suyo. Llevé una mano a su brazo y lo acaricié despacio. El contacto de mis dedos con su piel desnuda me produjo una descarga que embriagó todo mi cuerpo. Pero no solo fui yo el que recibió esa agitación interna. Sentí perfectamente su estremecimiento y la perturbación que la invadió—. Dime qué pasó, por favor.

—No —susurró. Y se sonrió con tristeza—. No soy quién para decirte lo que debes hacer en tu vida.

—Laura…

—Por favor, Míkel. —Y dio un paso hacia atrás para desprenderse de mi agarre—. Dejémoslo ahí.

—¿Cómo el resto de cosas?

—Quizá es lo mejor, sí.

—¿Crees que esto es lo mejor para nosotros?

—Ya ni siquiera tenemos tiempo para averiguarlo.

Eché a un lado mi cautela, lo que me había prometido, y me abrí sin reserva.

—Para mí no lo es, Laura. Te lo dije hace días. Llevo años enamorando de ti y eso no va a cambiar por mucho tiempo que pase ni por mucha distancia que interpongas. —Llevé mi mano a la suya y la tomé con añoranza. La acaricié despacio y, después, enlacé mis dedos a los suyos. Busqué su mirada. Ya no podía más—. Dime, al menos, que no sientes nada por mí.

—Sabes que no puedo decírtelo.

—Entonces, ¿por qué, Laura? ¿Tanto daño te he hecho que prefieres huir?

—¡No huyo, Míkel! Pero soy realista. Entre tú y yo puede haber muchísimo cariño, pero también han sido demasiados años de deterioro y eso ha provocado demasiadas heridas.

—Podemos sanarlas.

—Para eso es necesario tiempo y constancia. Y tú y yo vivimos a miles de kilómetros. —Vi la tensión del desconsuelo reflejada en su rostro y su voz, de inmediato, se cargó de ella—. Por favor, Míkel. No quiero irme así. No quiero coger ese avión con reproches.

Tomé su rostro con delicadeza.

—No te reprocho nada. Sé lo que hay. Pero déjame, al menos, intentar reparar algo de todo este estrago.

Suavizó su gesto y envolvió las manos con las que yo la sostenía.

—Ya lo has hecho. Al menos has venido. Eso es mucho más de lo que esperaba.

—Como que mucho más... Laura, haría lo que fuese por ti.

Retiró mis manos de su rostro, pero las mantuvo entre las suyas.

—Míkel, a pesar de todo, te has pasado trece días sin dar señales de vida.

—Me dijiste que querías estar sola. —Y liberé lo que yo mismo me había negado—. De algún modo, yo también necesitaba esa distancia. Al menos, unos días.

—¿Y eso implicaba también no cogerme el teléfono? ¿No responder al mensaje que te envié ese sábado?

—Sí, lo hice mal. Nunca debería haberlo ignorado…

—Solo te pedí que me dijeses que estabas bien. Después de cómo te fuiste, necesitaba saberlo. ¡Solo te pedí eso! —Bajé la mirada—. Me castigaste, Míkel.

—No, no lo hice para castigarte, Laura.

—Entonces, ¿por qué? Dime. ¿Sabes por qué me fui en Villanueva? ¿Quieres saberlo? Porque me dices que me quieres, pero es a Aitana a quien le coges el teléfono. No a mí. Aunque me dijiste que no volverías a hacerlo por su propio bien. A ella, a pesar de todo, la mantienes en tu vida y a mí me echaste hace diez años y lo has vuelto a hacer durante todos estos días y… no… ¡Dios! —musitó deshecha.

Y yo terminé quebrándome. Sus reproches me dejaron claro la imagen deformada que mis actos habían fraguado en ella. Nunca la eché de mi vida, pero daba lo mismo las explicaciones que pudiese darle, las disculpas que profiriese. Laura lo había vivido así, lo sentía así. Y esa sería mi eterna condena.

Se dio la vuelta. Llevó sus manos a la cabeza y enredó los dedos en su pelo como si se arrepintiese de haber dicho todo aquello. Pero enseguida volvió a girarse y me suplicó:

—No deberíamos seguir hablando. ¡Ni siquiera debíamos haber empezado! Me voy mañana y, si seguimos así, al final terminaré cogiendo ese avión mucho peor de cómo esperaba hacerlo

antes de volver a verte.

—Todo lo contrario.

—Míkel…

Deshice la distancia que había interpuesto y la tomé de los brazos para llevar su atención sobre mí.

—Laura, escúchame.

—No, Míkel. No es el momento. Esto no es algo que se pueda arreglar con una simple charla.

—Escúchame, Laura, por favor. —Y la intensidad que impuse en mi ruego la frenó en su arrebato—. Si la cogí el teléfono fue por el mensaje que me envió. Su abuela murió ese mismo día. Estaba hospitalizada. Había sufrido un ictus unos días antes. Y sí. La llamé ese día y unos días después para saber cómo se encontraba.

Laura se derrumbó y se encogió en sí misma.

—¡Dios! —susurró—. Lo siento. Lo siento mucho… —La envolví entre mis brazos y la llevé a mi pecho—. Soy una persona horrible…

—No, no lo eres, mi vida. No lo eres.

47
LAURA

Sí, lo era. Por mucho que él me dijese que no, en realidad había mostrado mi vena más miserable. Yo no era nadie para decirle a Míkel a quién debía tener o no en su vida. Y, ni mucho menos, debía haber sacado ninguna conclusión precipitada, cuando ni siquiera sabía los verdaderos motivos de esas decisiones. Para muestra un botón. Había metido la pata hasta el fondo y me había enfangado con mi propia ponzoña sin necesidad de que nadie me tirase de cabeza a ella.

«¡Ey! ¡Oye! ¡Espera! ¿Será verdad? Porque si esta tía fue capaz de montar un embarazo ficticio para casarse con Míkel, a lo mejor ha montado lo de la muerte de la abuela… ¡No, no, no! ¡Para! Y, por supuesto, no se te ocurra decir nada ni preguntarle si vio el cadáver, que ya te has pringado de mierda hasta las orejas».

—Creo que debería irme.

Sobre todo, para no seguir cavando paladas en la fosa profunda en la que andábamos metidos.

—No te vayas todavía, por favor.

Su voz susurrante me acarició la mejilla. Temblé entre sus brazos y Míkel me aferró con más fuerza. Su aroma me embriagaba. Con la terneza que descargó sobre mí, me alejó de todo y me recordó lo mucho que lo iba a echar de menos. Esa calidez tan placentera, tan acogedora, me engañó y me hizo pensar que todo podía ser así de fácil. Atesoré ese instante entre mis manos, casi como si hubiésemos podido detener el tiempo y burlar al destino. Y, por eso mismo, me vi abriéndole mi corazón.

—Te aseguro que, si pudiese, me quedaría contigo.

—Hazlo.

—No…

Buscó mis ojos.

—Entonces, Laura, ¿qué va a pasar con nosotros?

—No lo sé. Pero lo que tengo claro es que este no es nuestro momento. —El tormento se descargó en su mirada—. Lo siento.

Me puse de puntillas y besé su mejilla. Me mantuve unos segundos más allí, como si el mero hecho de desprenderme de su contacto fuese a condenarme al padecimiento perpetuo de su eterna lejanía. De algún modo, así era. Por mucho que me lo negase y que la maldita esperanza nublase mi mente, fue como si el destino nos hubiese encerrado en un laberinto que éramos incapaces de sortear juntos.

Bajé mi rostro y me di la vuelta para marcharme. Necesitaba hacerlo antes de que mis lágrimas se desprendieran porque ya no podía más. Pero, en el momento en que di el primer paso, Míkel me sostuvo del brazo y me giró con fuerza. Me rodeó la cintura, me llevó a su cuerpo y apresó mis labios con los suyos. Me besó apresuradamente, con una intensidad desbordante que me hizo arder. Enseguida respondí a su arrebato. Liberé la fuerza impetuosa que

me amarraba y me diluí en la amalgama abrasadora que nos fundió de nuevo. Giré con él en esa rueda delirante donde los sueños se mezclan con la realidad y en la que las esperanzas se convierten en deseos posibles. Me dejé llevar por esa ilusión devastadora, tantas veces reprimida.

Míkel me recordó a qué sabía el clamor del anhelo, la seguridad persistente, el cariño tenaz, el hogar añorado, el amor más puro. Con cada embate que ejercían sus labios, me mostró el absoluto placer de sentirse deseada. Acarició mi corazón con sus acometidas y lo terminó desbordando con el ímpetu dominante de su vehemencia.

Solo me liberó para apresarme a una tentación mucho más sugestiva.

—Pasa esta última noche conmigo.

—Míkel…

—Dame esta noche, Laura.

Me anclé a su mirada.

—Solo esta noche —concedí—. No me pidas nada más.

Volvimos a besarnos. Pero su mano pronto se aferró a la mía para iniciar el camino. Subimos el trayecto hacia su casa con besos buscados, ávidas caricias y un ansía cada vez más desbordante, que no dejábamos de mostrar contra las muros de cualquier edificio, en las esquinas o sobre cualquier coche que nos cogiese a mano. Los escalones de subida hasta su piso se convirtieron en un ascenso lento y desbocado, hambriento e insaciable.

Cuando pasamos a su casa, lo arrinconé y desabroché con ímpetu los botones de su camisa. Me lancé a su torso, acaricié su vientre y apresé su erección bajo la tela vaquera. Mientras lo recorría con mis labios, Míkel bajó con dureza el corpiño de mi vestido. Me empotró contra la puerta de la vivienda y sostuvo mis muñecas a ambos lados de mi cabeza. Recorrió mi cuello con sus labios, lamió mi clavícula, apresó mis pezones y mordió uno de ellos de forma tan deliciosa que una descarga de placer azotó el centro de mi deseo. Gemí sin reprimirme. Como respuesta, Míkel me regaló la presión de su polla sobre mi pubis y la imagen de su rostro anegado en la locura.

Con un movimiento rápido, me cogió en brazos y, sin dejar de besarme, se encaminó hacia las escaleras. Subió hasta el piso superior y pasó a su dormitorio. Me dejó sobre la cama con un cuidado desmedido y se tumbó encima mía. Lo besé embriagada por todas las sensaciones que me transmitía su cuerpo dominándome. Me abrí a él, pero Míkel tenía otra idea en mente.

Bajó besando y lamiendo mi cuello, mi pecho, mi esternón. Cogió la tela de mi vestido y la fue deslizando de mi cintura a medida que recorría mi vientre, hasta que solo me dejó solo con mi *culotte*.

—¡Dios! —masculló sobre ella. Y su sonrisa se abrió paso—. Rosa—. Besó la tela sobre mi pubis—. Eres mi perdición. —Apartó el encaje con una mano—. No sabes lo que he fantaseado con esto.

Y, antes de que pudiera decir nada, hundió su boca sobre mi vulva. Gemí desesperada. Su lengua se deslizó por ella con mucha lentitud, y arrastró sus dientes y sus labios sobre mi piel, casi como si estuviese degustándome. Lo hacía despacio, recreándose en cada movimiento, evaluando cada una de mis reacciones. Subió hasta mi clítoris y lo apresó con una succión enloquecedora. Perdí la noción sobre mí misma y solo atendí a enrollar mis dedos en su pelo para pedirle más.

Llevé mi vista hacia él y me encontré con sus ojos. Me observaban embriagados de un ardor delirante. Apresaron mi cordura y me encadenaron a su deseo.

Míkel rodeó mis ingles con sus brazos y me arrastró con dureza hasta clavarme más en su boca. Me deshice. Deslizó una vez más su lengua por toda mi vulva y arrastró una de sus manos

por todo mi torso hasta amarrar uno de mis senos. Moví las caderas pidiéndole más y me lo dio durante unos segundos. Después, se retiró.

Tomé ese respiro casi como una necesidad para no morir de placer. Míkel deslizó mi *culotte* por las piernas para terminar de retirarla. Centró sus ojos en mi vagina y posó su pulgar sobre mi clítoris. Una descarga eléctrica me atravesó entera. Me retorcí sobre la cama y sucumbí a esa fuerza arrolladora que me deshizo con ese mero toque. Llevó su boca sobre él y lo lamió, lo absorbió. Una vez. Otra vez. Y otra. Creí morir.

Chupó su dedo índice y acarició la entrada a mi vagina. Estaba tan excitaba que lo deslizó con facilidad. Míkel sonrió y dejó escapar el aire de sus labios. Con la misma lentitud, resbaló dos dedos y comenzó a jugar, metiéndolos y sacándolos de forma rítmica, aunque con una lentitud exasperante. Moví mi cadera y busqué una cadencia mucho más rápida. Míkel respondió a mi deseo. Volvió a posar sus labios sobre mi clítoris y, con solo un leve roce, todo explotó dentro de mí. Un orgasmo me atravesó con una intensidad desmedida. Y yo no pude hacer más que retorcerme sobre mí misma al compás de las brutales oleadas.

Me quedé varada, sin apenas fuerzas y totalmente perdida. Míkel ascendió despacio, casi como un depredador dispuesto a clavarme sus fauces, con la mirada felina clavada en mi retina y una media sonrisa con la que hubiera podido someterme a lo que quisiera. Volvió a colocarse sobre mí. Y mientras yo trataba de recuperar el aliento, él comenzó a besar todo mi rostro, mi pelo, mi cuello. Apresó mis labios, degusté el sabor del sexo y jugó con mi furor.

Su potente erección, todavía encarcelada, rozó contra mi vulva desnuda. Busqué con premura los botones de sus vaqueros y tropecé con sus manos que ya iban a ello. Los retiramos con una rapidez que se convirtió en torpeza y que solo consiguió que brotara nuestra risa. Pero cuando él se liberó de su ropa y se tumbó de nuevo encima mía, todo volvió a desbordarse. Sus genitales rozaron los míos en un juego de suaves acometidas que acrecentó mis ansias de tenerlo dentro. Me abrí a él con un deseo cegado, desmedido y que se rebeló a mi cautela.

—Te necesito ya —supliqué entre gemidos.

Míkel estiró su mano hacia una de las mesillas de noche, pero lo frené. Sostuve con fuerza su muñeca y seguí reclamándolo. Aferré mis manos a su polla, la acaricié con lentas sacudidas y la coloqué en mi entrada.

—Laura —gimió perdido.

—Te quiero así.

—Cariño… —susurró contenido, pero me posicioné para llevarlo dentro. Conseguí apresar su glande, moví mis caderas y Míkel me miró a los ojos con una carga evidente de suplicio—. ¿Tomas la píldora?

—Sí. Solo dime que no has sido un chico malo últimamente.

—No, no lo he sido. Nunca —jadeó.

—¿Nunca? —me reí, burlona.

—Eso ya quedó muy atrás.

Me penetró despacio, deleitándose con ese roce dilatado, y yo gemí presa de deseo. Una sonrisa se abrió en sus labios y, de inmediato, comenzó a invadirme. Primero, con una suavidad enloquecedora en la que se recreaba casi como si entrase en trance. Después, alternándola con una intensidad constante, rítmica y cada vez más potente. Me envolvió en su fascinante cuerpo. Escondió su rostro entre mi cuello y mi hombro. Su respiración rápida me erizó la piel y me lanzó directa a una mayor exigencia.

Nuestros jadeos se entremezclaron en el silencio de la noche. Navegamos juntos con cada acometida. Nos diluimos bajo el deseo anegado de nuestros cuerpos entrelazados. Sucumbimos

al deleite infinito de dejarnos llevar el uno junto al otro, sin dudas, sin miedos, sin pasado, sin pararnos a pensar en lo que vendría después. Nos rendimos a nuestro anhelo más instintivo, el del puro placer sin preguntas, a las sensaciones más deliciosas, a la pasión más delirante.

Míkel se arrodilló en el colchón. Enlazó sus brazos por dejado de mis rodillas y, con fuerza, tiró de mí hasta que nuestras pelvis chocaron. De nuevo, llevó su pene hacia mi vagina. Pero, antes de entrar, la acarició entera con su glande. Me revolví buscándolo. Volvió a penetrarme, aunque lo hizo muy poco a poco. Con la misma cadencia enloquecedora, sacó su polla entera y, aún más lentamente, volvió a meterla hasta el fondo. Cerró los ojos y bañó su rostro en puro placer. Lo repitió una vez más. Y otra. Y otra. Y otra. Y cada vez con más firmeza, con mayor ímpetu, con más vigor. Míkel conseguía bajarme a los infiernos cuando se alejaba, para luego devolverme al cielo con una nueva acometida cada vez más recia, cada vez más sólida, cada vez más implacable.

Me centré únicamente en él, en sus ojos, en sus labios. Recorrí con la mirada su cuerpo perlado por el sudor que empezaba a cubrirle. Aquella tela suave y cristalina le dotaba de un erotismo mayor y definía mucho más su belleza. Brillaba. Esa imagen me enloqueció sin remedio.

Llevé las manos a su vientre y lo acaricié perdida. Vi la tensión del deseo plasmada en su rostro. Sus facciones reflejaban la dureza de cada una de sus acometidas. Me rendí a ese vigor primitivo de fuerza, de dominio, de poder.

Enlazó mi retina.

—Laura...

Resolví su duda. Envolví su cuerpo con mis piernas para evitar que se alejase. Lo quería todo de él.

Míkel llevó su torso sobre el mío. Se sostuvo con ambas manos sobre el colchón. Me clavó la mirada y comenzó a moverse de forma más rápida y superficial. Levanté levemente mi pelvis y cerré más las piernas para alcanzar una mayor fricción sobre mi clítoris. Necesitaba correrme de nuevo y deseaba hacerlo con él. Sentí cada penetración profunda con mayor intensidad hasta que no pude más. Sucumbí enseguida a otro orgasmo demoledor en el momento en que me invadió hasta el fondo con potentes sacudidas. Mecidos en un baile decadente y cargado de delirio, se dejó llevar dentro de mí.

Me abracé a él. Quería pararlo todo; que el mundo se detuviese y pudiese permanecer allí, entre sus brazos, por el resto de mis días; que esos minutos que habíamos compartido se extendiesen a cada una de mis noches y me bañasen hasta el amanecer. Me escondí más en su pecho, casi como si pudiese huir de la realidad que me esperaba en cuanto me alejase.

Pasaron varios minutos en los que sucumbimos al placer de entrelazar los latidos de nuestros corazones, de relajar nuestras respiraciones agitadas, de cubrirnos con el roce de nuestra piel, con nuestros labios, con nuestro aliento.

Sin embargo, la reacción posterior de Míkel me desestabilizó por completo. Cuando más rendida estaba al anhelo de tenerlo de nuevo entre mis brazos, se levantó de golpe. Sin mediar palabra, se dirigió al baño y cerró la puerta detrás suyo. A pesar de todo, me dio tiempo a ver su rostro. Estaba cargado de rabia.

Me incorporé de la cama, pero apenas pude moverme. Sabía qué estaba pasando porque, efectivamente, yo sentía lo mismo; esa presión desgarradora que oprimía el alma hasta casi romperla; ese quebranto avasallador esclavizado a la pérdida inminente.

Esperé unos segundos más con los ojos clavados sobre la puerta. Pero, en vista de que Míkel no volvía, me obligué a tomar la iniciativa.

Bajé los pies a la madera del suelo y me levanté despacio. Temblaba, pero no se trataba de frío, sino del tormento que te flagela al saber que estás dañando a la persona amada. Me crucé de brazos. Mi desnudez me hacía sentir mucho más vulnerable. Por eso, me agaché al suelo, cogí su camisa blanca, que estaba a mi lado, y me cubrí con ella. La crucé sobre mi torso y volví la mirada hacia la puerta del baño. Caminé hacia allí y al llegar a ella, ni siquiera llamé. Cogí el picaporte, la abrí despacio y pasé dentro. Me encontré a Míkel de espaldas a mí. Estaba dentro de la ducha. El agua se deslizaba por su piel dibujando el recorrido que dictaba el perfil de sus músculos. Tenía las manos apoyadas en la cerámica y su rostro, escondido, estaba bajo.

Mi presencia no le pasó inadvertida y volvió sus ojos hasta encontrarse con los míos. Estaban anegados en un dolor lacerante. Su rostro estaba contraído, cargado de severidad, de aflicción, de lucha. Di un paso hacia él y Míkel giró su cuerpo muy despacio. Abrió la puerta acristalada y me tendió su mano. Deshice la distancia que nos separaba para poder enlazarla. Tiró de mí con suavidad y entré con él bajo la cascada.

El agua empapó mi cuerpo y la camisa que me cubría. Míkel me observó detenidamente. Acarició despacio mis hombros y bajó hacia mi torso. Abrió la tela y dejó expuestos mis pechos. Acarició uno de ellos con tanto vigor que una respiración agitada se escapó de mi boca. Después, bajó sus labios a los míos y me besó despacio, con una cadencia sosegada, aunque cargada de intensidad. Acaricié su mejilla y busqué su mirada. Se me quebró el corazón al leer su dolor y mi voz se rompió al proferir su nombre.

—Mikel…

Deslizó sus dedos por mi rostro con una delicadeza extrema. Me llevó hacia el fondo de la ducha y pegó mi espalda a la pared. Acarició mis costados y bajó por ellos muy lentamente, mientras volvía a besarme.

—No puedo, Laura —musitó sobre mi boca. Y movió su cadera sobre mi pubis. Su erección ya estaba más que preparada. Ese delicioso roce me arrancó un gemido sin pretenderlo que enardeció su mirada—. No quiero solo esta noche. —Elevó mi pierna, la sostuvo con fuerza contra su cadera y llevó sus genitales a los míos. Despacio, me penetró parcialmente—. Quiero más. —Deslizó la otra mano de mi cadera a mi trasero y lo aferró con firmeza. Me levantó levemente para ajustarse a mi entrada y penetrarme hasta el fondo—. Quiero hacerte el amor cada noche. —Salió y volvió a invadirme—. Quiero estrecharte en mi cuerpo, mientras nuestro mar nos mece con su sonido. Quiero amanecer a tu lado y amarte cada día que me reste de vida. —Su posterior envestida la asestó con un vigor que saqueó mi delirio—. Te quiero aquí, conmigo.

—Míkel… —gemí desbordada.

Me sujeté a sus hombros y él descargó una nueva acometida profunda, que arrancó mi delirio. Grité presa de placer.

—Te amo, Laura.

No me oculté más.

—Te quiero, Míkel.

Lo abracé con fuerza y me dejé llevar por su movimiento acompasado, por sus dedos clavados sobre mis nalgas, por la firmeza de cada una de sus penetraciones. Me rendí a él, al estremecimiento de mi cuerpo fusionado al suyo, al ímpetu dominante de su ardiente vehemencia. Volví a correrme entre sus brazos y terminé sobrepasando los límites de mi propio anhelo.

Míkel terminó de robarme el corazón esa noche. Después de aquello, ya no me quedó ninguna duda de que tendría que vivir el resto de mis días sabiendo que él siempre sería mi amor

más añorado.

48
LAURA

Dicen que las noches que no dormimos son momentos que nos regala la vida para poner orden en ella. Es difícil de asegurar. Mis noches en vela siempre se han aparejado a momentos de turbulencia extrema en donde todo quedaba mucho más embrollado de cómo empezó. De hecho, la luz de la mañana no suele traerme consuelo después de esa obligada vigilia. Más bien, todo lo contrario. Me recuerda que hay victorias que no están reservadas para nosotros por mucho que lo intentemos, que luchemos, que nos dejemos la piel en la batalla.

Aquel amanecer fue uno de los más duros de mi vida. Cuando la primera marca de sol apareció en el horizonte, me obligué a combatir contra mi deseo de permanecer a su lado. Míkel me tenía abrazada con su torso clavado sobre mi espalda. Me abarcaba por completo con su cuerpo, casi como si no quisiese dejarme ir. Su calidez era embriagadora y dolorosamente codiciable. Se había quedado dormido y su respiración tranquila había sido el único consuelo que me había mecido en aquella noche turbulenta. Todo lo demás había sido un largo suplicio que había sido incapaz de doblegar para, al menos, poder disfrutar de las escasas horas que me quedaban a su lado.

Me sentía tan frágil como una copa de cristal. Y sabía que, en el momento en que me desprendiera de sus brazos, me quebraría igual que si estampase esa pieza contra el suelo. Pero tenía que hacerlo; tenía que romperme para poder seguir caminando. No tenía más alternativa. Era un paso obligado para poder salir adelante, aunque las heridas no sanasen nunca. No sabía muy bien lo que me depararía el futuro y si Míkel estaría ahí o no. Y eso me despedazaba porque por primera vez en mucho tiempo lo deseaba casi como una necesidad vital.

Me moví muy despacio de entre sus brazos. No quería despertarlo porque sabía que, si lo hacía, no podría irme. Era un acto cobarde, aunque tenía muy claro que Míkel entendería que, en realidad, eso era lo mejor para los dos.

Cuando mi cuerpo desnudo dejó de tocar su piel, me invadió un frío enfermizo, flagelante, demoledor. Sentí que me despedazaba y mis lágrimas volvieron a empañar mis ojos. Luché contra todo aquello. Saqué fuerzas de donde pude y terminé de salir de la cama. Mis pies pisaron el suelo y me incorporé. Volví una última vez mis ojos hacia Míkel y un nuevo latigazo se descargó sobre mi corazón. La serenidad que desprendía su rostro contrastaba con la ansiedad y el desasosiego que me azotaban sin tregua.

Me di la vuelta. Busqué mi ropa interior y con rapidez me la puse, junto con mi vestido y mis sandalias. Salí del dormitorio. Bajé las escaleras y desemboqué directamente en el salón. Caminé hacia la puerta de la vivienda, donde todavía estaba tirado por el suelo mi bolso. Lo cogí, saqué el teléfono móvil y comprobé la hora. Las siete menos diez. Vi que tenía también un mensaje de mi hermano. Lo había mandado hacía pocos minutos. Imaginé que lo habría enviado antes de ponerse en camino a Covadonga.

Alonso:
«Espero que todo haya ido bien».

Le respondí.

Laura:
«Ha ido bien».
«Cuando llegue a Madrid, os llamo».
«Espero que nos volvamos a ver pronto».

Y, cuando me disponía a mandarle un emoticono con un beso, escuché sus pasos en la escalera. Me volví hacia ella y vi a Míkel apostado allí. Le cubría un aura de desvelo terriblemente dura. Bajó despacio los escalones que le restaban, aunque sin apartar su bella mirada de la mía. Avanzó con una lentitud delirante que provocó que mi corazón se desbocara. Se había puesto unos pantalones largos de pijama, pero su torso desnudo emanaba una llamada tan sensual como un canto de sirena.

—Te ibas —dijo apenas a unos pasos de mí.

Lo observé turbada. La profundidad de su mirada me desconcertaba demasiado. Por nada del mundo quería que se enfadase conmigo. Y, por supuesto, no lo hizo. Míkel me entendía lo suficiente como para comprender por qué había necesitado marcharme de esa manera. Deshizo la distancia que nos separaba y avanzó hacia mí sin titubeos. Enredó sus dedos en mi pelo, sostuvo mi nuca y bajó sus labios hacia los míos con una intensidad devastadora. Sus besos volvieron a secuestrarme y me mostraron sin velos la calidez de la que debía desprenderme. Y no quería… No quería alejarme más de él.

Se separó y apoyó su frente sobre la mía. Cerró los ojos y yo lo hice con él. Nuestros alientos se enredaron en una respiración jadeante y cargada de anhelo. Sentía mi corazón latiendo con fuerza, casi como si fuera a partirme el pecho.

—Quédate, Laura —musitó. Abrí los ojos y lo miré consternada. No podía creer que me estuviese haciendo eso. Traté de separarme, pero Míkel me lo impidió. Me sostuvo de la cintura con firmeza y calvó sus ojos sobre los míos—. Solo un par de días.

—Sabes que no puedo.

—Sí puedes. Podrías trabajar aquí, en mi casa, y volar directamente hasta Fráncfort. Nadie te molestaría. Solos tú y yo.

—Míkel, por favor… —clamé.

—Dame solo un par de días más.

Me separé con violencia.

—Acordamos solo esta noche.

—Lo nuestro no es así de sencillo.

—Y, aunque no lo sea, ¿qué? ¡Dime! ¡No podemos hacer nada! Nuestra situación es la que es…

—Podríamos intentarlo.

—¿Cómo? —dije apenas sin voz.

Avanzó hacía mí, me tomó de los hombros y bajó su rostro a mi altura.

—Llevamos años separados y, aun así, no ha mermado nada de lo que sentimos. Todo lo contrario. Se ha acrecentado mucho más.

—Míkel… —Y traté de poner mis ideas en orden—. No es tan fácil. También hay muchos reproches, mucho daño…

—Tendríamos estos días para poder hablar de todo eso.

—En dos días no podemos solventar el dolor generado durante diez años.

—Al menos, podríamos intentarlo.

Me separé de él y establecí más distancia. Mis lágrimas estaban a punto de desbordarse.

—No pienso iniciar una relación así. Y mucho menos cuando todavía me quedan tantos meses en Copenhague. ¡Ni siquiera sé dónde iré después!

—Sería difícil, pero podemos lograrlo.

—No, Míkel, no. Para que una relación a distancia funcione debe haber una base sólida. Y tú y yo no tenemos nada de eso. Todo lo contrario. La tuvimos hace años, pero ahora cargamos con muchas piedras en la mochila. Y eso, ahora mismo, terminaría destrozándonos.

Agravó su voz y las facciones de su rostro se endurecieron.

—Laura, no me estás dando opciones.

—Lo sé —musité casi sin fuerzas.

—Entonces, qué. ¿Se acabó todo?

No supe qué responder porque, efectivamente, no había salida en ese camino.

—No quiero albergar esperanzas ni engañarme con ilusiones. No sé cuándo volveré a verte. Ni siquiera sabes cómo será tu vida cuando volvamos a encontrarnos. Quizá haya alguien…

—Laura, esperaría toda una vida por ti si me prometieses que volverías a mi lado.

—Eso es precisamente lo que no quiero. Nunca te amarraría a mí en estas condiciones. No sería justo… Te quiero demasiado.

—¿Cómo puedes decir eso y no darme algo a lo que aferrarme?

Me armé de valor. Debía hacerlo por él. Incluso por mí misma.

—Sigue tu vida, Míkel. Yo seguiré la mía. Si el destino nos tiene reservado un futuro juntos, llegará el día en que nos los ofrezca. Pero, ahora, no es ese momento.

Caminé despacio hacia él. Acaricié su mejilla y dejé un suave beso en sus labios. Después, me alejé rápido y me dirigí a la puerta. Estaba totalmente desbordada y no podía soportarlo más. Abrí con fuerza, pero, entonces, mi mundo quedó paralizado. El miedo barrió mis lágrimas y me invadió con violencia.

Aitana estaba ahí, sentada en los escalones de la escalera de enfrente. Estaba abrazada a sí misma, casi encogida y con las piernas dobladas en una posición antinatural. Me miró con los ojos desencajados y totalmente enrojecidos. Su cara estaba inflamada por el llanto silencioso y temblaba.

Enseguida sentí a Míkel a mi espalda. Acto seguido, su mano me aferró del hombro para echarme hacia atrás y colocó su cuerpo delante del mío. No dijo nada. Solo se quedó observándola, evaluándola, midiéndola. Y ella a él. Aquel silencio me heló la sangre.

—Laura, —me requirió Míkel con firmeza—, vete.

Dudé, pero la gravedad de su voz me hizo entender que debía hacerle caso. Salí al pasillo para tomar el tramo de escaleras de bajada. Pero lo que me inquietó sobre manera fue que, en ese movimiento, Míkel me siguió cubriendo con su cuerpo, como si fuese mi escudo.

Deshice los peldaños de bajada con premura y, cuando volteé para tomar el siguiente tramo, llevé mis ojos hacia arriba. Entre los barrotes de la balaustrada pude ver cómo Míkel se había agachado frente a Aitana y estaba tomando su mano con delicadeza. Después, ya no me volví más.

49
MÍKEL

El reloj marcaba las doce del mediodía cuando salí del Hospital de Oviedo. Lo hice con sensaciones encontradas. Por un lado, me sentía en paz. Me había pasado tres horas hablando con Aitana en mi casa. Y, en esa conversación, hubo muchísimos altibajos, sobre todo por el grado de agresividad que trató de imponer. Pero sus reproches ya habían dejado de afectarme. Solo me centré en bajar su nivel de violencia y en atraerla de nuevo hacia mí, como un amigo. Fue difícil, pero al final ella se dio por vencida y, por primera vez en años, hablamos. No sabía bien la razón que la llevó a ello, pero Aitana terminó aceptando lo que se había afanado en negar desde siempre. Y, lo más importante para ella, decidió ingresar por sí misma en la Unidad de Psiquiatría.

La acompañé hasta el último minuto en que me lo permitieron y traté de mostrarla todo mi apoyo. Salí del hospital como si me hubiera liberado, aunque en parte me sentía dañado por dejarla allí. Sabía que era lo mejor para ella; que el tratamiento que iba a iniciar podría aportarla la calidad de vida que había perdido. Sin embargo, me dolía haberla visto caer de ese modo. Solo esperaba que el tiempo y la constancia la ayudasen a encontrar un camino de serenidad que equilibrase su vida y la devolviese la sonrisa que la enfermedad le había arrebatado.

Aun así, lo que más me golpeaba, lo que me tenía totalmente vencido, era no tener ya a Laura. Durante el tiempo que estuve con Aitana, lo mantuve controlado. Pero, después de salir del hospital, ese tsunami me golpeó con violencia y desbarató el escaso equilibrio que había luchado por mantener. El hueco que Laura había dejado en mí era mucho más profundo que nunca y ni siquiera sabía cómo hacerlo frente. La necesitaba allí, conmigo. Ya estaba harto de negarme a mí mismo una vida sin ella. Y, sabiendo que Laura también anhelaba eso mismo, el dolor se hacía mucho más insoportable.

Abrí mi teléfono móvil y vi varias llamadas de Alonso, pero no las atendí. Mi interés estaba en el mensaje de WhatsApp que Laura me había enviado.

Laura:
«Míkel, por favor, en cuanto puedas, llámame y cuéntame que ha pasado».

Pero no podía. Laura había montado ya en su vuelo a Copenhague. Solo pude enviarle un mensaje de respuesta con la esperanza de que pudiese verlo en cuanto aterrizase.

Míkel:
«Estoy bien».
«Aitana ha decidido ingresar por sí misma en la Unidad de Psiquiatría. Es lo mejor para ella. Sé que la cuidarán».

Y dejé salir lo que sentía por ella.

«Te echo de menos».

«No quiero seguir así, lejos de ti».
«Te quiero, Laura».
«Por favor, llámame esta noche, cuando ya estés instalada».

Después, tiré el teléfono sobre el asiento del copiloto y perdí la mirada a lo lejos. El pesar tan intenso con el que cargaba me dejó abatido durante muchos minutos. Me consumía la rabia, la frustración, la añoranza. Necesitaba escapar al único lugar donde sabía que podría encontrar mi remanso. Y era junto a ella.

Solo cuando mi teléfono móvil comenzó a sonar, con Alonso al otro lado, me obligué a ponerme en marcha. Colgué la llamada. No me apetecía hablar con nadie, pero le envié un mensaje.

Míkel:
«Subo ahora mismo».

Su respuesta no se hizo esperar.

Alonso:
«Laura me ha dicho que Aitana estaba frente de la puerta de tu piso cuando ella ha salido. ¿Estás bien?».

De golpe, entendí todas sus llamadas. Me sonreí. Agradecía su gesto.

Míkel:
«Todo bien».
«Luego hablamos de ello».
«Salgo ya».

Y me puse en marcha. Recorrí el camino de subida a Covadonga casi perdido en los recuerdos de la noche. Me estremecía cada vez que evocaba el tacto de su piel, con cada segundo que recordaba el placer de hacerla mía, el gozo de tenerla entre mis brazos, sus melodiosos gemidos que me desbordaban de placer. Ni siquiera supe cuándo me quedé dormido, pero lo hice mecido en una serenidad que ya ni siquiera sabía si alguna vez había logrado alcanzar lejos de ella.

Pero en ese trayecto también se abrió paso el malestar, la rabia, la frustración, la sensación de condena. No lograba encontrar la forma de sortear esa situación. Laura no quería una relación a distancia. Y, aunque me dolía, sabía que tenía razón. Nuestros cimientos estaban demasiado dañados para afrontar algo así. Pero tampoco podía pedir a Laura que dejara su trabajo y se trasladase aquí conmigo. No sería justo. Era su pasión, su vida. Llevaba años luchando y estaba alcanzando muchos logros, aunque cada vez fuese más lejos del lugar que ella deseaba.

Yo tampoco quería dejar el mío. Al igual que ella, me apasionaba mi trabajo y había batallado mucho para llegar a alcanzar mi plaza de inspector. Si ella estuviese en España, al menos, podría plantearme pedir un traslado de comunidad autónoma. Pero, estando en Dinamarca, cualquier opción era inviable. Todavía la restaban ocho meses de contrato en Copenhague y, aunque sabía que luego volvería a Madrid, no tenía claro si se quedaría allí el resto del tiempo que le quedaba en el CSIC.

Demasiadas incertidumbres, demasiadas lagunas, demasiada opacidad como para poder

tomar una decisión que no nos golpeara. Parecía que la vida no estaba dispuesta a darnos una simple oportunidad que pudiésemos aprovechar. Ese pensamiento aumentó mi malestar y mi rabia. Por eso, cuando estacioné el coche en el parking de la Casona, me sentía totalmente derrumbado.

Salí del coche y caminé despacio hacia la entrada. Pero, al doblar la esquina de la fachada principal, vi a Elena. Estaba sentada en una de las mesas que había junto a las hortensias y que daban al río. Sostenía entre sus manos la taza de una infusión y tenía la mirada baja, casi perdida. Su cara contenía mucha melancolía. Sabía, perfectamente, la razón.

Me acerqué hasta ella. Al intuir mi llegada, alzó sus ojos hacia mí. Me sonrió, aunque sus labios no mostraron su natural alegría por verme. Los míos, aunque lo intentaron, tampoco lo consiguieron.

—Hola —musité. Y busqué su mejilla para darle un beso.

—Hola, Pelayín. Llegas pronto. No te preocupes. Emma todavía no ha llegado con los niños. Ha salido hace cuarto de hora. Ya sabes cómo son.

—¿Y Alonso?

—Está dentro, con Samuel y con Tere. Estaban terminando de ver qué hacemos con la habitación de la buhardilla.

—¿Y tú?

—Me he bajado porque… —Y desvió sus ojos al río—. Porque todavía no sé cómo voy a hacer para acostumbrarme a estar ahí. Además, —añadió pesarosa—, no llevo buen día.

—¿Y eso?

—Lo sabes bien.

—Ya.

A ambos nos doblegaba el mismo pesar.

Volvió sus ojos hacia el Monte Priena. Tomó una bocanada de aire con dificultad y me confesó:

—Cada vez la echo más de menos. —Sus palabras ahondaron en mi propio dolor. Bajé mi cabeza y traté de contener la presión que se acantonó con dureza en mi garganta. Uní las manos y jugueteé con mis dedos como mecanismo de escape—. Mi niña… Al menos, cuando estaba en Madrid, subía más y nosotros también bajábamos. Pero allí, tan lejos. ¡Y con lo que cuesta vivir en esa ciudad! Estoy deseando que se vuelva de una vez. Aunque se vaya a Almería. Por lo menos, la tendría más aquí, ¿verdad? —Pero ya no respondí. Parpadeé varias veces e intenté dominar las lágrimas que invadían mis ojos—. Alonso me ha dicho que ayer estuviste con ellos. ¿Fue todo bien? —Asentí sin levantar mi rostro—. Pelayín, —me demandó insegura—, ¿qué te ha pasado con mi Laura estos días?

Elevé mis ojos y la miré derrotado. Ni siquiera pude contener la lágrima que se desprendió con crudeza y recorrió mi mejilla. La aparté con rabia. Traté de doblegar el dolor de su pérdida, pero dejé de ocultarme. Me abrí a ella y se lo conté todo.

*****

—Bueno, bueno, bueno —escuché a Alonso detrás de nosotros—. ¿Y esos abrazos? ¿Me das uno a mí, mami? —añadió con sorna.

Me separé de Elena y ella miró a su hijo con reproche.

—Siempre ha sido el más celoso —dijo a media voz, aunque con intención de que lo oyera. Dio un paso hacia él y lo rodeó por la cintura—. Anda, ven aquí, mi pequeño diablillo.

—¡Será posible! Soy un hijo modélico, madre. ¿Cuándo te he dado yo un problema?

—No tengo una lista hecha, mi niño. Pero todavía tengo muy buena memoria. ¿Tú padre, dónde está?

—Dentro, con la tía. Iban a hablar con el seguro.

—Voy con ellos. —Pero antes de irse, se volvió hacia mí. Sus labios esbozaron una suave sonrisa. Llevó su mano a mi mejilla y me acarició con una ternura que, de nuevo, me removió todo por dentro. Después, me besó en la cara y me susurró con cariño—: Recuerda lo que te he dicho.

Y sí, lo recordaría el resto de mis días. Porque la generosidad de Elena no tenía límites. Me lo había demostrado durante años y había vuelto a confirmármelo ahora, después de confesarle todo lo que sentía por Laura. No me juzgó y, por supuesto, no dudó de mí, tal y como hizo Alonso en el pasado. Todo lo contrario. Me escuchó y se afanó en dejarme claro que para ella no habría nadie mejor para su hija. Esas palabras suavizaron mis heridas y calmaron parte de la inquietud que me asediaba. Aun así, no acabaron con la sensación de pérdida con la que todavía tendría que lidiar cada día.

Elena se fue y yo volví a sentarme en la silla. Alonso me dio un toque en la espalda y, tras zarandearme por el hombro, se sentó donde había estado su madre.

—Te noto mal.

—Estoy mal —le confirmé sin ocultarme.

—¿Tan chungo ha sido lo de Aitana?

—Lo de Aitana ha sido duro, pero no estoy jodido por eso. Más bien, todo lo contrario. Quiero lo mejor para ella y, por primera vez en años, estoy esperanzado. —Entornó su mirada—. Ha ingresado en Psiquiatría.

—Vale —resolvió si más con un tono cantarín.

—Ya sé lo que piensas.

—Y con el tiempo me darás la razón. Aitana no tiene rasgos de TLP. Las personas con TLP presentan dos cualidades determinantes: la impulsividad exacerbada y el déficit de regulación emocional. Y ella regula las emociones de putísima madre y a su conveniencia. Engaña. Manipula. Distorsiona. No busques una excusa en un diagnóstico. —No me molesté en responderle, pero creo que mi mirada le dejó claro lo que opinaba de su razonamiento—. Entonces, si no es por ella, ¿a qué se debe esa cara?

—Lo sabes muy bien.

—¿Tan mal te ha ido con mi hermana? Aunque preferiría que te ahorrases los detalles...

—Tu hermana es una diosa en la cama —respondí con toda la intención.

Se tapó los oídos y, de forma exagerada, empezó a gritar:

—¡Ah! ¡Dios! ¡Calla! ¡Ah! ¡Joder!

—Pero sí, es por ella. —Y me abrí sin temor—. Necesito tenerla cerca.

—¿Qué pasa, que vas en serio?

—¿Todavía me lo preguntas?

—No te lo tomes a mal. Es que nos conocemos, amigo. —Y brotó su risa irónica—. Entiéndeme, me he pasado más de media vida saliendo contigo de fiesta. —Tensé la mandíbula —. ¡Eh! ¡Oye! ¡Que estoy de coña!

—Tus coñas vienen con mensajes implícitos.

—No, hombre, no. —Alcé una ceja—. ¡Que no, joder! Me fío de ti. Y, si no, así tengo otra excusa para darte otro puñetazo. —Desvié los ojos hacia el río—. ¡Eh! ¡Oye! Escucha. Podrías anular tu semana de vacaciones en Islandia, con esos tíos del trabajo, e irte a Copenhague con ella.

—No estaría mal. Pero eso no me soluciona el problema de los ocho meses que la quedan allí y lo que venga después, vete tú a saber dónde.

—Bueno, las relaciones a distancia son difíciles…

—Ella no quiere una relación a distancia.

—¿No?

—No. Me lo ha dejado claro. Me ha dicho que siga mi vida y que ella seguirá la suya. Que entre nosotros hay demasiadas heridas y que ese pasado imposibilitaría que pudiésemos aguantar una relación a distancia.

—Bajo esa fachada de niña enclenque, siempre ha sido jodidamente fría y analítica.

—No es eso, Alonso. Tiene miedo de que esto termine destrozándonos. Y, sinceramente, yo también. Pero no estoy de acuerdo con ella. Creo que es peor no intentarlo.

—No la vas a convencer.

—Ya. —Tomé aire profundamente. Ni siquiera sabía cómo iba a poder asumir su rechazo, cuando tenía claro que ella quería estar a mi lado—. No sé qué hacer, Alonso, porque no quiero perderla definitivamente cuando hemos conseguido dar este paso. Después de todo lo que ha sucedido, después de todo... ¡Joder! —susurré abatido. Cerré los ojos y pasé la mano por mi pelo. Cada vez me sentía más asediado con todo aquello—. ¡Dios! Ni siquiera puedo pensar con claridad…

—Te van a venir bien estas vacaciones. Llevas un año muy jodido. En el curro habéis tenido más mierda de lo habitual. Aitana te ha tocado los cojones más de la cuenta, y con las consecuencias derivadas con tu propio jefe y tu comisario. Lo de tu gato que, sinceramente, no lo entiendo, pero lo respeto…

—Haces por respetarlo porque no quieres que te vuelva a partir la cara con tu puta falta de empatía.

—Y, ahora, lo de Laura. Quizá, en esa semana, consigas liberarte un poco.

—Para liberarme, como tú dices, necesitaría al menos una excedencia.

Y fue decir esa palabra y mi cerebro se puso a funcionar.

50
LAURA

Cuando decidí pedir una estancia para trabajar en Copenhague nunca me imaginé la vida como me estaba yendo. Vale que, quizá –y solo quizá–, me dejé llevar un poco por mi espíritu friki y mi pasión por Ragnar Lothbrok. Estaba muy enganchada a la serie '*Vikings*' y me dije: «¿Por qué no? Los vikingos molan». Total, iba a ser una experiencia más y, sin duda, lo recordaría con cariño el resto de mi vida.

Después de varios meses allí, sabía que lo recordaría, sí; aunque no tenía muy claro que fuera con el buen rollo que preveía al principio. Ya no se trataba del clima. Porque, en serio, por mucho que os digan lo contrario, esta gente vive con dos estaciones, como en Juego de Tronos. Aquí o se vive en invierno, o en la otra estación a la que los cachondos llamaban verano. Pero tampoco se trataba de las horas de luz, que para un español es demasiado inexistente. Ni de lo carísimo que era esa ciudad para vivir. Ni de mi miedo al invierno que ya tenía encima con el recién inaugurado noviembre; o, más bien, el terror al pago de la factura por la calefacción. No. La dificultad estribaba en la distancia. Y eso no me lo generaba esa maravillosa ciudad. Esa dificultad partía de mí misma; de todo lo que echaba de menos; de todos los que me hacían falta.

Era cierto que algo ya había cambiado en esa dinámica decadente con la que había vuelto a Dinamarca. Mis días, que transcurrían inmersos en mi trabajo y poco más, se habían llenado de un entusiasmo que creía casi perdido. Y esa felicidad me llegaba cada noche, cuando a las nueve en punto hablaba con Míkel. Nunca imaginé que su primera llamada, el mismo día que regresé a Dinamarca, se convirtiese en una costumbre entre nosotros. A pesar del miedo y de mis primeras reticencias, terminé dejándome llevar por el sendero que él me proponía. Aquel camino al que Míkel me invitaba no era una entelequia; aquello era real.

Desde mi vuelta a Copenhague, nos habíamos telefoneado prácticamente a diario. Hablábamos de su día, del mío, de nosotros, de los nuestros, y la charla se extendía a menudo mucho más que cualquier conversación cotidiana. A veces podíamos llegar a hablar durante dos horas y, a pesar de todo, nos costaba cortar la conversación.

Llevábamos más dos meses así y esa rutina me llenaba de vida. Estábamos consiguiendo restablecer ese grado de comodidad tan nuestro que habíamos perdido durante años. En muchos de esos días, habíamos tratado temas sensibles y el hecho de mantener esa charla por teléfono nos facilitó escucharnos, más que lanzarnos reproches.

Pero, además, habíamos establecido una tendencia cada vez más íntima y que cruzaba con creces la mera amistad. El cariño se fue imponiendo en cada palabra, en cada frase, en cada despedida. Y los «Te quiero» y los «Te echo de menos» se fueron abriendo paso con demasiada frecuencia. Los «Necesito verte» empezaron a ser una constante. Los «Me encantaría que estuvieses aquí» terminaron expresándose sin miedo a incomodar al otro.

Nos abrimos y enseguida supimos que estábamos tejiendo una base resistente con cada día que nos mostrábamos sin velos. De algún modo, esa sinceridad nos ayudaba a soltar el dolor de la distancia e, incluso, el miedo a no satisfacer las esperanzas que se nos abrían.

A pesar de todo, mi melancolía por la añoranza también se hizo menos llevadera. Esa morriña, de mis queridos vecinos gallegos, se presentó en el día a día como cómplice dañino de

la tristeza que me asediaba y que me desgarraba el alma. Solo conseguía atenuarla cuando llegaba la noche, me sentaba en la cama y podía hablar con Míkel.

Sin embargo, ese viernes estaba muy inquieta. Habíamos roto esa tendencia o, más bien, yo la había bombardeado. La última conversación con Míkel había sido hacía tres días y no había ido demasiado bien. Cuando lo llamé y descolgó, me comentó que se había encontrado con una amiga en Oviedo y que estaban cenando juntos. Me invadió un batiburrillo en el estómago, no lo voy a negar. Pero cuando la voz de ella se coló a través del teléfono, para avisarle de que iba al baño, sentí un estremecimiento tan virulento como encontrarte de frente con las dos gemelas de *El Resplandor*. Era Aitana, no tenía ninguna duda. Y que él no me dijese que esa *amiga* era ella, me llenó de dudas.

Míkel me prometió una llamada más tarde, que decliné. Y, como no, en un alarde de victimismo trasnochero, terminé la conversación abruptamente. Por supuesto, no se tragó mis «No pasa nada», «Ya hablamos otro día», «Que te vaya bien con tu *amiga*». Mentir no está entre mis habilidades. Ni siquiera, telefónicamente. Y él, que podría leerme hasta en braille, me terminó llamando dos horas después. No respondí. Dejé que el teléfono sonara hasta que la melodía terminó extinguiéndose. No insistió y yo no hice nada por salir de aquella autotortura.

Ni siquiera lo hice al día siguiente. Ignoré su llamada de la noche. Solo le escribí un WhatsApp en el que le dije que no podía hablar porque me dolía la cabeza y que lo llamaría al día siguiente. Lo sé. Mi toxicidad *celosil* salió a darse un paseo para estirar las piernas. Pero la cosa no era tan simple. Lo que en realidad me pasaba no tenía nada que ver con Aitana. Ella solo era un reflejo de mis miedos. Yo estaba demasiado lejos de Míkel y me sentía vulnerable ante las posibilidades que se le podían ofrecer.

Por mucho que hubiésemos dado un paso en nuestra relación, lo cierto era que entre él y yo no había nada, y no nos debíamos fidelidad. Me lie en mis miedos y temí que la esperanza que se había ido forjando cada noche, terminase estallándome en la cara; que, cuando volviese a España, él ya no estuviese allí para mí; que cuando volviésemos a encontrarnos frente a frente, las ilusiones que se habían gestado se quebrasen junto a mi corazón y mis sueños.

Al día siguiente, me regañé a mí misma por mi actitud infantil. Me recordé que, si tanto me gustaba '*Vikings*', ya podía tomar nota de cómo actuó Lagertha cuando Ragnar se enamoró de otra mujer. No se amilanó. Lo asumió, tomó las riendas de su vida y lo abandonó antes de tener que sufrir su rechazo. Se quiso más a ella misma y se priorizó por encima de la situación que se le venía encima. Ella podía con eso y con mucho más.

Es cierto. La vida sigue y sobre los corazones de los demás no podemos actuar por mucho que queramos o por mucho que nos duela. Pero, entenderme, yo no era como Lagertha y, en mi caso, alguna lagrimita sí que solté. Para qué negarlo. Pero, aun así, decidí llamar a Míkel y hacer frente a eso que no podía evitar ni debía intentar controlar.

Sin embargo, mi alarde de madurez improvisado quedó enfangado antes incluso de que pudiese creérmelo. Cuando cogí el teléfono, tenía un mensaje de él que mandó toda mi seguridad al garete.

Míkel:
«Hola, Laura».
«No puedo llamarte hoy. Tengo un asunto importante que debo solucionar sí o sí».
«Te llamo mañana. ¿Te parece?».

Me pareciera o no, me iba a tener que aguantar y atragantar con la bola de ponzoña tóxica que me había creado yo misma.

Ese viernes esperé como nunca su llamada. A las nueve de la noche, me encontraba sentada en el sofá del salón de mi casa, con los pies sobre la mesita baja que había frente a la tele y con el teléfono móvil apoyado en mis piernas. Miraba la pantalla casi de forma enfermiza.

«Las nueve y diez. Nunca se retrasa. ¿Debería llamarlo yo? Me dijo que me llamaría él. Si le llamo yo, ¿pareceré desesperada? O, a lo mejor, meto la pata porque tiene lío. Voy a esperar un poco más. Tic-tac, tic-tac, tic-tac. ¡Ay! ¡Dios! ¡Por qué diantres no le cogería la llamada el otro día! Si lo hubiera hecho, no andaría metida en este sinvivir ahora mismo, ni me habría montado películas durante estas noches sobre Aitana y Míkel, y… ¡Jolines! No sé por qué le doy tantas vueltas. Tampoco podría hacer nada para impedirlo. Si pasa, pasa y ya está. No hay…».

Y, de pronto, llamaron al timbre de la puerta. Alcé los ojos y mi corazón comenzó a golpearme el pecho. En todo el tiempo que llevaba viviendo en Copenhague, nadie había llamado a mi puerta y, mucho menos, a esa hora de la noche en la que los daneses ya estaban casi con un pie en la cama.

Observé la madera blanca y lo hice quieta como una estatua de sal. El timbre volvió a sonar y yo boté sobre el sofá.

—¿Qué hago? —musité.

Sí, ya lo sé, abrir. Pero, si has leído todo este libro, a estas alturas ya sabrás que no suelo razonar con demasiada coherencia. Pensé yo que lo mejor sería quedarme muy quieta. Así, la persona que estuviese al otro lado pensaría que no había nadie y se iría. Y así lo hice. Pero, entonces, mi teléfono móvil comenzó a sonar.

«¡Míkel! ¡Jolines, qué oportuno!».

Lo cogí tras el primer tono y, con voz siseante, lo saludé.

—Hola.

—¿Estás afónica?

—No, no. ¡Qué va! Es que… —Me levanté del sofá y me dirigí al dormitorio para poder hablar con un tono normal—. Es que no quiero que me oigan.

—¿Y eso?

—Alguien ha llamado a mi puerta y no quiero abrir. —Su risa se abrió paso—. Míkel, no te rías. Son más de las nueve de la noche y aquí no hay confraternización entre vecinos. De hecho, no hay confraternización de nada.

—Vamos, Laura. Abre. Puede que alguien necesite tu ayuda.

Desde la cama, volví a escuchar el sonido del timbre.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—Que, quien sea, ha vuelto a llamar.

—Creo que deberías abrir.

—No, no. Si al menos tuviera mirilla… Tengo que decírselo a mi casera. —Se abrieron paso varios toques sobre la madera de la puerta, por cierto, de manera tremendamente insistente—. ¡Arg!

—¿Sigue con ello?

—Sí.

—Está claro que, quien hay al otro lado, necesita que le atiendas.

—Y yo lo que necesito es que se largue de una vez y me dejé en paz.

Brotaron de nuevo sus carcajadas.

—Venga, Laura. Ya verás como no pasa nada.

—Míkel, no me fío.

—Abre.

Y, sin saber por qué, su voz me puso en movimiento. Caminé despacio hacia la puerta.

—No cuelgues.

—No colgaré, tranquila.

—Si oyes que grito, llama a la policía.

—Lo haré.

—¿Recuerdas mi dirección?

—De memoria.

Sí. Míkel me la había pedido, se la había dado y, a los dos días, me habían llegado unas gerberas naranjas a casa. ¡No se puede ser más *cuqui*!

—Míkel, atento.

—¡Vamos, Laura! ¡Abre ya!

No sabía por qué narices se lo tomaba en plan jocoso. Tomé aire.

—Voy a abrir.

Quité el cierre interno de seguridad, giré la llave dos vueltas y asomé mis ojos por la rendija que fui abriendo muy poco a poco. Solo entonces, lo vi. Estaba apoyado sobre la jamba de la puerta y me observaba con una sonrisa canalla.

—¿¡¡Eres tú!!?

Y me lancé a sus brazos. Míkel me cogió al vuelo y me estrechó contra su cuerpo. No recuerdo el volumen que imprimí a mis gritos de entusiasmo, pero tuvieron que ser bastante intensos porque mi vecino de enfrente abrió la puerta de malas maneras para llamarme la atención.

—*Venligst, kunne I stoppe med at råbe på trappeafsatsen?* —Que es algo así como que dejase de berrear en el pasillo.

Por supuesto, me disculpé, pero no sirvió de nada. Cerró la puerta mascullando un «Forbandede spaniere!», que no es, precisamente, un alago bello ni amable para los habitantes de mi patria.

Cogí a Míkel de la mano y, con una amplia sonrisa, tiré de él para meterle dentro de la casa. Míkel alcanzó el asa de su maleta y no dudó en seguirme.

—¿¡Qué haces aquí!?

—Me dijiste que podía visitarte cuando quisiera. Así que he venido a conocer a Copenhague.

—¡No me lo puedo creer! —Era incapaz de reprimir mi euforia. Pocas veces en mi vida se me había desbordado de ese modo la felicidad—. ¿Se puede saber por qué no me lo has dicho?

—Quería que fuese una sorpresa.

—Pues lo has conseguido.

—¿No te molesta?

—¡Cómo me va a molestar! ¡Me encanta que estés aquí! Pero… ¡Esto es una locura! —dije sin parar de reír—. ¡Debiste avisarme! ¿Sabes que no tengo nada en la nevera? Me acabo de comer las dos últimas rebanadas de pan de molde. Creo que todavía había un yogur…

—Eso no importa —respondió con una serenidad tan atrayente que caí rendida. Mi corazón desbocado se aceleró mucho más.

Avanzó un paso y llevó una de sus manos a mi mejilla. La envolvió y me acarició despacio, casi como si necesitase ese momento más que nunca. Temblé de pies a cabeza. Había echado de

menos ese tacto y, por eso, no pude más que cerrar los ojos y dejarme mecer por su calidez. Cuando volví a él, su mirada había cambiado. En ese momento, sus ojos me transmitían una intensidad tan profunda que me sentí desnuda en mis pensamientos.

—Explícame tus planes. ¿Pasas el fin de semana aquí o…? —Me brotó de nuevo la risa nerviosa y él me acompañó en ella—. Es que no entiendo nada. ¿Cuántos días te quedas?

—Los que me dejes.

—¿Los que te deje? ¡Oh! ¡Venga ya! ¡No seas así! No me avisas, para al menos tener un paquete de palomitas, y ahora tampoco me…

—Los que me dejes —repitió.

Pero su tono ya no era el mismo. Mostraba esa alegría desbordante por el reencuentro, pero había mucho más, como una esperanza que se abría paso poco a poco, casi con incertidumbre.

Llevé mis ojos a su maleta y, solo entonces, me di cuenta de que su medida era extragrande para un fin de semana.

—Míkel… —susurré desconcertada. Empezaba a ser consciente de lo que sucedía—… Pero… ¿Y tu trabajo?

—Me he tomado una excedencia.

—¿Una…?

No pude terminar la frase.

—De ocho meses.

Abrí mucho los ojos.

—¿Ocho meses?

—No quiero estar más tiempo lejos de ti. —Se me cortó la respiración—. Tenías razón cuando dijiste que una relación a distancia terminaría con nosotros. Por eso he venido. Quiero que lo intentemos. Quiero que nos perdonemos. Y quiero que lo hagamos aquí. Tengo muy claro que podemos crear algo juntos. Y, si me dices que sí, te prometo que no volverás a arrepentirte de nada. —Di un paso hacia él, apoyé mis manos en su torso y me anclé a su bella mirada. Estaba cargada con una esperanza a la que me quise lanzar. Acaricié su pecho con mis manos y me derretí con el simple roce. Míkel me abarcó la cintura muy despacio. Con su otra mano, deslizó sus dedos por mi pelo en una caricia extremadamente delicada. Ladeó su cabeza y entornó su mirada—. Dime que sí, Laura.

Abrí mi sonrisa.

—Claro que sí.

Volé a sus labios y él me recibió despacio, con una suavidad que me devolvió la calidez que tanto había añorado. Dejé escapar mi pasión sin ningún miedo y me acurruqué en el refugio que me brindaba a su amparo. Míkel profundizó en mi boca e intensificó de tal modo cada roce que se me desbordó el deseo. Creí morir de amor entre sus brazos cuando sentí que todo encajaba de nuevo. Solo entonces, acaricié la más bella de las sensaciones, la de la serenidad a su lado.

Me encantaría deciros que fuimos felices y que comimos perdices. Pero, sinceramente, no. Yo ese bichín no lo cocino. ¿¡Cómo nos íbamos a comer a un pajarín tan chiquitín y tan *cuqui*!? ¡Por Dios!

Pero felices, sí. ¡Claro que lo fuimos! Ese fue el primer día de muchos en que la alegría inundó mi vida. Siempre lo había hecho, pero con él fue a más. Míkel no solo sumó, sino que multiplicó mis sonrisas hasta el infinito. Los meses de Copenhague se convirtieron en una luna de miel en la que recompusimos y aunamos nuestros caminos. La vuelta a España fue complicada. Volvimos juntos a Madrid, pero Míkel se tuvo que reincorporar a su puesto de trabajo dos meses después sin que todavía yo hubiese terminado mi contrato con el CSIC. Fueron

semanas difíciles, muy duras. Tras haber convivido durante tanto tiempo, se convirtieron en un tramo muy complejo de vadear.

Pero las Moiras volvieron otra vez a decidir el destino de mi vida, aunque esa vez me tejieron con su rueca un jersey muy bonito, calentito y agradable al tacto. La Universidad de Oviedo abrió una plaza de profesor para el departamento de Historia Medieval. La solicité y, gracias a mis años de trabajo en la mochila, la gané. ¡Todavía no me lo creo! Volví a Asturias. Volví a mi Gijón. Volví con mi familia, con mis amigos, a mis calles, a mis barrios, a mi mar. Y, por supuesto, volví de nuevo con Míkel, con mi único amor, con mi sueño más adorado, con el hombre que no ha parado de darme felicidad desde que decidimos unir nuestros caminos.

Al final, no estuvo tan mal enamorarse de un *poli* malo. Bueno, a lo mejor no era tan malo… Después de todo este tiempo, tengo mis dudas. No te creas. Lo que sí tengo muy claro es que Míkel siempre será lo mejor que me ha pasado en la vida.

Mi querida lectora:

Los escritores somos como plantas y necesitamos que nos rieguen. Vosotras nos dais la vida y significa mucho que haya alguien al otro lado que nos diga que le hemos hecho feliz durante el ratito que ha durado tu lectura.

Por eso, si te ha gustado este libro, por favor, deja una reseña favorable.

Besos,

Kirsty

---

[1] "So Long, Farewell", es una canción que proviene del musical *The Sound of Music* (1959), de los compositores Richard Rodgers (1902–1979) y Oscar Hammerstein II, y que se popularizó con la película *Sonrisas y lágrimas* (1965), dirigida por Robert Wise.

[2] Guisantes.

[3] Se trata de una expresión coloquial de los italianos del norte para despreciar a los habitantes de la Italia meridional.

[4] Tía.

[5] Sobrina.

[6] "It's My Life" (2000), de *Bon Jovi*. *"Esta no es una canción para los que tienen el corazón roto"*.

[7] “No hay oración silenciosa por los que han abandonado la fe”.

[8] “Y no seré solo una cara entre la multitud. Oirás mi voz cuando la grite en voz alta”.

[9] “Es mi vida. Es ahora o nunca. Pero no voy a vivir para siempre. Solo quiero vivir mientras esté vivo”.

[10] Los amores no correspondidos son los que más duelen.

Kirsty Campbell

Y QUE DESPIERTES A mi lado

Ocho veranos para volver a verte

Kirsty Campbell

Serie Olivia & Robert I

Ocho otoños para volver a amarte

Kirsty Campbell

Serie Olivia & Robert II

Ocho inviernos para poder perdonarte

Kirsty Campbell

Serie Olivia & Robert III

Todas mis primaveras serán para ti

Kirsty Campbell

Serie Olivia & Robert IV